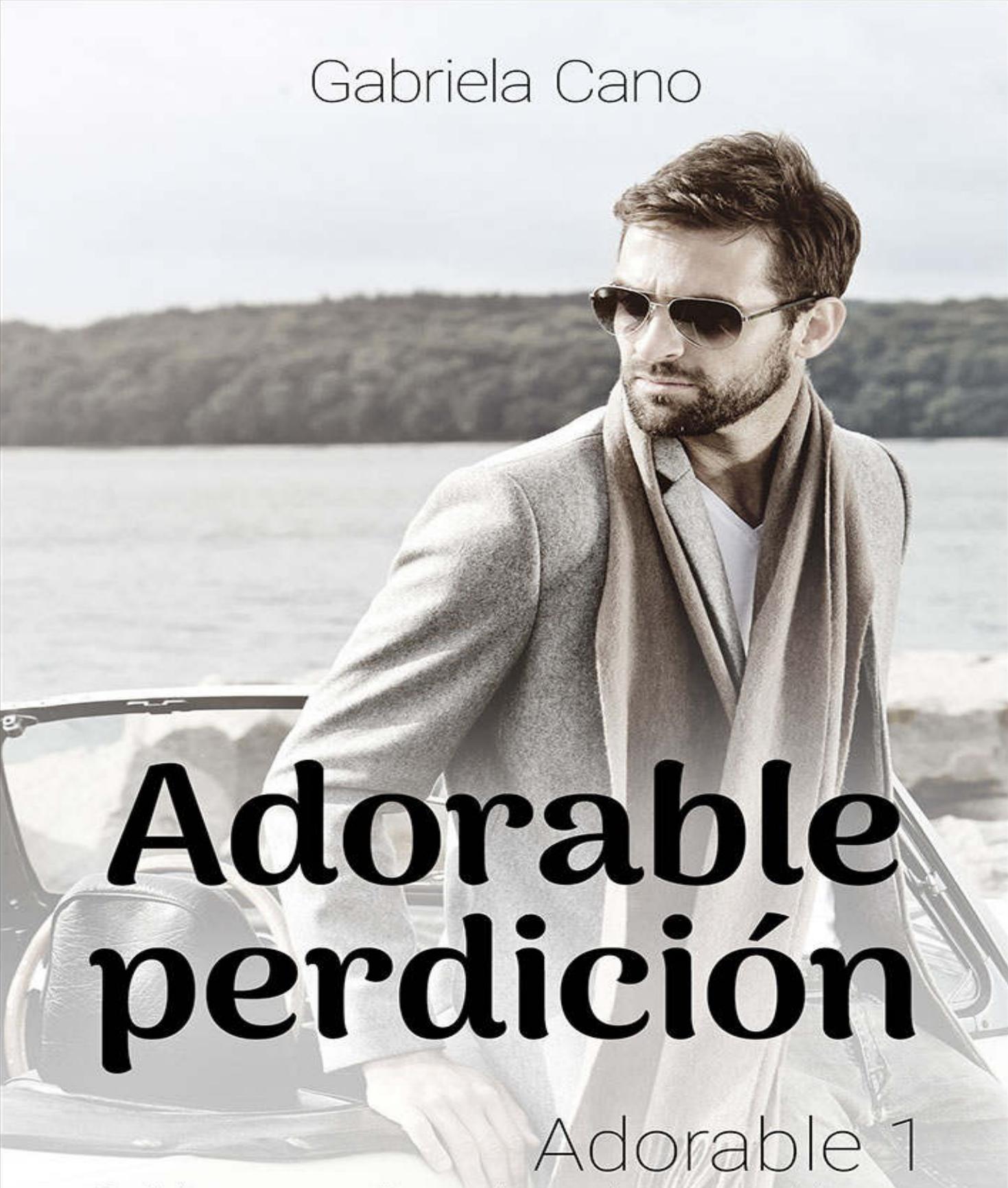


Selecta

Gabriela Cano

A man with a beard and sunglasses, wearing a grey suit jacket and a matching scarf, is leaning on the open door of a car. He is looking off to the side. The background shows a body of water and a forested hillside under a clear sky.

Adorable perdición

Adorable 1

Sabía que su llegada sería un problema

Adorable perdición

Sabía que su llegada sería un problema

Trilogía Adorable 1

Gabriela Cano

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para todas las Gabs squad, especialmente para Ileana Rodríguez,
quien siempre ha creído en mí más de lo que yo misma lo hago.*

Nunca me cansaré de darte las gracias.

Este logro es de las dos.

Prólogo

Heather

Termino la llamada y, frustrada, tiro mi celular en el asiento del copiloto, gruño un par de veces y golpeo el timón de mi auto.

No entiendo en lo que se ha convertido la sociedad ni que las cosas superficiales tengan mucha más importancia. Odio el hecho de pensar que, en algún momento, fui como ellos al darle más valor al ¿cuál es tu apellido?, ¿qué carrera quieres estudiar cuando entres a la universidad?, ¿de qué familia eres? Si eres un doctor o un empresario, las personas te miran con buenos ojos y te ganas fácilmente su respeto pero, si eres un profesor, un enfermero o una mesera, la misma sociedad y hasta las personas que han estado a tu alrededor te miran debajo de sus hombros y te hacen sentir tan inferior. Es eso en lo que la sociedad se ha convertido y, en su momento, todos hemos contribuido a que sea de esa forma y a que nunca cambie.

Las personas te preguntan si estás bien, pero en realidad no lo quieren saber; solo lo hacen porque creen que están obligados a hacer esa pregunta tan seca. Muchos lo sabemos, así que siempre optamos por mentir y decir: «Estoy bien», cuando quizás es todo lo contrario. Pero se supone que no debes de fingir con tus padres, al menos debes de saber que puedes confiar en ellos. Definitivamente ese no es mi caso.

Mis padres están dentro de toda categoría, menos en la de confianza y cariño para con sus hijos, y odio el hecho de que todavía no tengo el valor

para hacer lo que en realidad quiero y no lo que ellos me obligan hacer.

Suspiro y estoy tan molesta que decido detenerme un momento para salir a tomar un poco de aire. Estaciono en un lugar un poco oscuro, por los frondosos árboles típicos de la zona, todavía a unas manzanas cerca del campus universitario. No quiero seguir conduciendo sin rumbo alguno cuando todavía estoy tan molesta.

Salgo del auto sin tomar mi celular y camino hasta estar en la parte delantera de este; me siento en el capó para observar el idílico retrato de la ciudad de Los Ángeles, cubierta por sus luces, que le dan ese aire soñador después de una levísima llovizna, que es bastante frecuente en el mes de diciembre. Observo la noche, que llega para bañar de misterio a la ciudad y para despertar toda sensación de libertad, y me siento un poco melancólica al desear un poco de ese sentimiento.

Al recordar la llamada de mi padre, salto del capó y procedo a golpear el neumático de la parte izquierda del auto. En cuanto se produce el primer impacto, mi pie duele, pero no me detengo y lo hago una y otra y otra vez, hasta que finalmente me canso y me dejo caer en la grama que recubre la pequeña loma, a un lado de la carretera.

—¿Has sacado toda tu furia? —Escucho que preguntan.

Giro mi rostro y busco de dónde proviene la voz. Entrecierro mis ojos y, entonces, puedo ver la tenue silueta de alguien. Camina unos pasos hasta estar iluminado, solo un poco, por los faros de la carretera; entonces puedo ver que se trata de un chico. Se vuelve a sentar detrás de mí, lo suficientemente lejos, pero con la distancia perfecta para escucharlo claramente cuando me pregunta si la furia se ha comido mi lengua. Muevo mi lengua en el interior de mi boca y hago un gesto de negación.

—No, al parecer, sigue intacta. Suerte que no golpeé el neumático con ella; de lo contrario, me habría lamentado. —Intento bromear a pesar de no tener idea de quién es.

Giro mi rostro, nuevamente viendo hacia el frente, a mi auto. Si este chico

no se marcha cuanto antes, lo más sensato es que me vaya directo a la residencia; pero no quiero irme a encerrar para rodearme de cuadernos y trabajos donde solamente terminaré más molesta, por lo que ser interrumpida por un extraño suena, incluso, más tentador que volver a perder los estribos.

Observo que ahora el cielo se encuentra totalmente limpio, sin rastros de lluvia, lo que me hace desear estar cerca de la playa, ser sutilmente acariciada por la brisa fresca y olvidar todo lo que me rodea.

—Al parecer, tu humor sarcástico no es tan inteligente como tus estúpidas decisiones —Lo escucho decir—. ¿Si sabes que pudiste lesionarte el pie golpeando al pobre neumático de esa manera?

Reprimo una sonrisa y giro mi rostro hacia él.

—¿Te das cuenta de que en pocas palabras me has llamado «estúpida»?

Logro divisar que levanta sus manos en un gesto de inocencia.

—Que conste que lo dijiste primero tú y no yo.

Niego y vuelvo a darle la espalda.

—Olvidalo.

Pienso qué es lo que realmente hará hasta que dice:

—Si quieres, podemos hablar de lo que te tiene tan molesta.

—Sin ánimos de ofender, pero no tengo muchas ganas de hablar de mis secretos oscuros con un extraño.

—Ese es el punto.

—¿El punto de que? —contesto sin ver hacia él.

—El punto de hablar con un extraño —aclara—. Te escuchará y te dirá lo que en realidad piensa; en cambio, un conocido solo disfraza sus palabras.

Analizo lo que acaba de decir; creo entenderlo y, por una extraña razón, quiero escuchar su opinión sobre mi patética vida. ¿Qué más da?

—Estoy molesta porque aún no me atrevo a hacer las cosas que en verdad quiero y anhelo, sino lo que esperan de mí. ¿Eso me hace ser una completa estúpida?

—No —contesta de inmediato—. Te hace ser una completa cobarde.

Ahogo una exclamación y casi me rio de lo que acaba de decir. Ni siquiera me molesta que me llame «cobarde», porque en el fondo lo sé; pero me sorprende que ande sin rodeos y diga las cosas exactamente tal y como son.

Cambio de posición y me siento frente a él.

—Vaya, supongo que debo de darte las gracias por la sinceridad —comento sarcásticamente.

—Te advertí que diría lo que pienso. Y dime: ¿qué es lo que en verdad quieres hacer?

Para su suerte, la luz del faro le da acceso a mi rostro pero, para mí desgracia, no es así; apenas puedo distinguirlo, y la gorra que lleva puesta no me facilita en nada la tarea. Como si leyera mi pensamiento, él la ajusta todavía más; cubre así todas sus facciones y solamente deja a la vista su malvada sonrisa.

—Muchas cosas.

—Esa es una respuesta ambigua.

—No dijimos que íbamos hablar claramente.

Creo que él sonríe; ciertamente no estoy segura.

—Tienes razón. Entiendo que no quieras ser sumamente clara, pero creo que eres muy inteligente y, tarde o temprano, harás lo que en realidad quieres.

—Es complicado.

—La vida es complicada.

—Jaque mate. —Me levanto, con mis manos limpio mi trasero para quitar cualquier grama que se haya pegado a la tela de mis vaqueros—. Gracias por la pequeña charla, pero me tengo que ir.

—Siento como si haya fracasado en mi misión de ser un completo extraño.

Frunzo mi ceño y ladeo mi cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—Ni siquiera logré intimidarte o que salgas lejos de aquí, como lo habría hecho cualquier chica al ser interrumpida por un desconocido; tampoco logré que me dijeras tus oscuros secretos.

—No lo hice porque, si hubieras pensado en matarme o algo así, no habrías esperado un minuto más. Y tampoco me confesaría con un extraño, pero gracias por intentarlo.

—¿Qué pasa si esa fuera mi táctica?

—En ese caso —digo mientras doy unos pasos torpes hacia atrás—, será mejor que me marche ahora mismo.

Esta vez, sin duda alguna, se ríe, lo cual me molesta porque es el único de los dos que se está divirtiendo con mi situación actual.

—Solo bromeaba.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes. —Se pone de pie y empieza alejarse a través del oscuro camino.

—¿No habrá presentaciones?

El chico se detiene y gira su rostro hacia mí. Por más que esfuerzo a mis ojos para tratar de ver más allá de un rostro cubierto de sombras, no lo logro.

—Eso arruinaría mi papel de extraño.

Es todo lo que dice y empieza a caminar lejos de mí. Le doy un grito de «Buenas noches»; él levanta su mano en respuesta y, en cuestión de segundos, se ha metido en un callejón que no había visto y desaparece de mi oscuro radar. Inesperadamente, me siento un poco mejor y me quedo observando el camino por el cual se ha marchado, sintiendo.... ¿qué? ¿Un poco de intriga o esperanza de que regrese y sigamos con la extraña conversación? Suspiro, esta vez, cansada. Hasta este momento, la calle se llena de autos y estos iluminan el lugar donde estábamos.

—Demasiado tarde —susurro.

Tiene razón: hablar con un extraño, a veces, ayuda un poco y, aunque no miré el rostro de ese chico, de alguna manera le agradezco, ya que sus palabras intentan abrirse paso entre la vida sin sentido que llevo. En ocasiones siento como si mi vida fuera un camino lleno de tinieblas por el cual constantemente intento salir, y no estoy segura de si pueda encontrar la luz por

mí misma.

Me siento de nuevo sobre la grama, mirando a la nada, pensando que sería capaz de cambiar todo lo que soy y lo poco que poseo por algo o alguien que me muestre todo lo que no soy capaz de ver ni de hacer y, finalmente, llegar a los días en los cuales sienta que estoy en este mundo por un determinado propósito.

Capítulo 1

REY DE LA VELOCIDAD

Heather

Es un completo alivio cuando miro las notas de las últimas pruebas; por suerte, son aceptables para mis padres. Ahora, sintiéndome un poco más desahogada, podré estar tranquila este fin de semana.

Una vez que el profesor se ha cansado de llenar el pizarrón con tantos números y ha dado la clase por finalizada, con todo el gusto del mundo, guardo mi cuaderno y mi lápiz en mi bolso, y prácticamente salgo despavorida de la sección. Me dirijo a la cafetería y tomo la primera mesa que encuentro disponible, masajeo mi cuello y poco a poco me relajo al saber que la próxima clase de Finanzas será hasta la siguiente semana.

Para mi desdicha, estudio Economía, no porque sea mi vocación, sino porque es la carrera universitaria que mis padres me impusieron «con el fin de preservar y mejorar la cadena hotelera de la familia Fleming» —es lo que dice mi padre— y, aunque ya les he hecho saber que no estoy conforme con la decisión que se suponía me correspondía tomar solo a mí, dejar esta carrera no es una opción, mucho menos un tema en las infaltables cenas de los sábados.

«Cobarde», dijo ese chico y, aunque han pasado casi dos meses desde aquella noche, sigo pensando que tal vez tiene razón. Soy una completa cobarde por no imponerme ante ellos y por no serle fiel a mis ideales, pero

unos padres como los míos resultan intimidantes y desinflan cualquier acto de valentía.

Chequeo la hora e intento llamar a la única persona que eleva mi estado de ánimo, pero parece adelantarse, ya que el nombre de Thiago aparece en la pantalla de mi celular, lo que me roba una amplia sonrisa. Contesto al instante, y nos envolvemos en una amena conversación al escuchar bastante de sus aventuras. Por la diferencia de horario, él es quien se tiene que desvelar para que podamos comunicarnos, aunque no es un sacrificio para él, ya que es bien recompensado con las tantas chicas con las cuales se divierte hasta la madrugada.

—*Londres está resultando encantador y las londinenses todavía más* — asegura eufórico a través de la llamada.

—Lo puedo imaginar y estoy segura de que no había necesidad de alejarte tanto cuando, en Estados Unidos, puedes sacar un doctorado en rompecorazones.

Se carcajea. Thiago es mi hermano mayor y mi constante comparación para ser como él, un licenciado en Economías que está realizando un doctorado en una universidad de Londres. «Deberías ser como Thiago». «No entiendo por qué eres tan diferente de tu hermano; aprende más de él y enorgullece a la familia». Me río porque no puedo creer que, incluso, en mi mente pueda imitar perfectamente a mi madre, así que sí, Thiago es el vivo retrato del mejor hijo que pueda existir sobre la faz de la tierra.

—*No te preocupes, hermanita. No hay corazones rotos.*

—Eso espero, porque no quiero que alguna chica con un acento bien marcado aparezca un día frente a la puerta de nuestros padres intentando rebanarte en miles de pedazos.

—*¡Jesús, Heather! Hablando de acentos, en una de mis clases, he conocido a una chica con el acento británico más sexi. Te juro que casi me provoca un orgasmo auditivo.* —Lo interrumpo diciéndole que no necesito tantos detalles, y ambos acabamos en risas.

Cualquiera pensaría que las constantes comparaciones y preferencias hacia Thiago me harían odiarlo o tenerle alguna clase de celos, pero es todo lo contrario; de hecho, lo adoro y lo admiro. Es un gran hermano; desde pequeña, recuerdo que siempre me ha protegido y velado por mí... En verdad lo extraño. Ojalá regrese pronto.

Con nostalgia, termino la llamada y, mientras camino hacia el auditorio para la siguiente clase, tecleo un mensaje a Lindsay para preguntarle lo que cenaremos esta noche. En mi paso, choco con un chico que está repartiendo algunos volantes.

—Disculpa. —Me sonrío y, del rollo de papel que sostiene en sus manos, toma un volante y me lo entrega—. Deberías de asistir, estará genial.

Leo el volante, el cual promociona una carrera de autos clandestina, y se me hace muy cómico que anden por ahí regando anuncios; eso, definitivamente, no lo hace clandestina. Tomo el papel y lo doblo para guardarlo en mi bolso. Eventos de este tipo son de los que huyo desde que dejé la escuela secundaria, y quiero que sigan como están: en el pasado.

Las dos clases posteriores terminaron bastante rápidas y no tuve que impacientarme cada vez que miraba el reloj de mi celular. Antes de llegar a mi cuarto, en la residencia estudiantil, me desvió por el pequeño centro comercial que está en la esquina de la universidad. Con suerte no estará tan lleno, y podré conseguir algo para nuestra cena.

No, no tuve nada de suerte. El pequeño centro de compras está abarrotado de jóvenes que seguramente se preparan con licor y *snacks* para la carrera. Si tengo tan solo una pizca de suerte, podré tomar algo de comida, colarme en una de las filas sin que nadie lo note, pagar e irme.

De los estantes de pan, tomo una torta de vainilla con trozos de coco que estoy segura de que le encantará a Lindsay; hago lo mismo con algunos pudines y luego voy a la mantenedora por algunas sodas. Teniendo todo lo que necesito, miro hacia todos lados y la tercera fila es en la que me puedo colar con más facilidad, por lo que, con un poco de disimulo y usando unas revistas

que están en el exhibidor, cerca de la caja registradora, me acerco y dejo las cosas en la cinta de espera. La cajera termina de facturar las compras de un grupo de chicas y luego toma mis cosas. No exagero cuando digo que respiro de alivio y espero que me diga cuánto es el total, pero no podía ser todo tan fácil, ¿no? Porque a mi lado hay una chica mal encarada viéndome como si tuviera el poder de hacerme polvo; lo haría sin pensar.

—¿Quién te crees que eres para colarte sin siquiera esperar por tu turno? — Se cruza de brazos y arquea su ceja—. Aquí no tienes ninguna corona, así que vas a la cola —espeta señalando hacia donde termina la fila.

—No tienes que hacer esto. Ella ya facturó las cosas, qué más da. —Echo mi cabello hacia atrás y espero que la cajera me diga el total.

—¿Qué más da? —repite descansando su mano en su cadera—. Tenemos que ir a una carrera y tú estás atrasándonos.

Apenas me rio y niego con mi cabeza.

—Tú eres quien los está atrasando porque, de no ser por tu intento de quedar como la fresa villana del cuento, hace más de cinco minutos que yo estaría rumbo a mi cuarto.

La chica corta la distancia entre nosotras, y todo lo que yo hago es permanecer en mi lugar levantando mi mentón para demostrarle que miedo es lo que precisamente no es capaz de transmitir.

—Creo que ha sido demasiado de tantos estrógenos —interviene una voz masculina señalando a la chica que se ha encargado de montar esta escena—. Tú eres quien está demorando todo el proceso.

No sé qué es lo más atractivo de la situación: si precisamente el hecho de que ella no ha dicho un buen argumento o que me he quedado idiotizada viendo a este chico, que ha aparecido de la nada y que se quita sus lentes oscuros de una manera tan seductora que, en combinación con su perfecto porte, resulta intimidante. Es evidente que para nada es el típico chico rubio de Los Ángeles; sus ojos azules, intensos e impactantes, le dan un aire distinto, como si lo hiciera ser único entre muchos, y los tatuajes aleatorios de su brazo le

dan un toque oscuro y resultan tan interesantes como hipnotizantes.

—Pero...

—Deja que pague y se vaya —vuelve a pedirle.

Me tengo que exigir a mí misma dejar de verlo, aunque de alguna manera no quiero hacerlo, y si de algo estoy segura es que no hay manera de negar que cualquier chica habría caído desmayada al ser intervenida por un chico igual de guapo que él.

—Como quieras, Kilian —contesta rodando sus ojos hacia él—. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Después de tanta escena dramática, me apresuro a pagar y a tomar mis cosas.

—¿Y bien? —El chico extiende sus brazos—. ¿No hay al menos un «Gracias»?

—Gracias. —Elevo mis labios en una genuina sonrisa de agradecimiento y me apresuro hasta la salida pasando junto a él.

Como si necesitara de un escolta, el chico camina a mi lado hasta estar en la calle.

—¿En serio pensabas irte a los golpes con ella?

—Por supuesto que no, esa clase de chicas solo saben alardear.

Kilian, como lo llamó la chica, me mira fijamente, de una forma que no me gusta, como si estuviera debatiéndose en hacer o decir algo y luchara internamente.

—¿Es típico de ti estar siempre en problemas? —inquire luego de salir de su raro estado silencioso.

Frunzo mi ceño porque en verdad no tengo ni una pizca de idea sobre a qué se refiere.

—¿Disculpa? No te entiendo.

Se cruza de brazos y acaricia su mentón con una mano, como si estuviera disfrutando el hecho de que estoy totalmente ajena a lo que se refiere.

—Olvidalo, solo asegúrate de mantener tus problemas controlados.

Empieza a caminar lejos de mí, pero apresuro el paso y lo sujeto del brazo.
—¿Nos conocemos? —me atrevo a preguntar confundida por su comentario.
Él baja su vista hacia mi agarre e instantáneamente lo suelto.

—¿Por qué habríamos de conocernos?

—No lo sé, yo solo... —Dudo y llevo un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Tienes razón. Muchas gracias por lo de hace un momento.

No hay señales de que responderá a mi agradecimiento, por lo que emprendo mi camino hacia la residencia, donde debería de haber llegado hace mucho tiempo si no hubiera sido por esa chica con necesidad de llamar la atención de todos los que se encontraban a su alrededor.

Lindsay salta de su cama y corre hacia mi encuentro con un papel en su mano.

—Tenemos que ir —suplica eufórica ondeando el papel sobre mi rostro.

Es el volante que el chico andaba repartiendo.

—Traje esto por si quieres comer algo —señalo la comida intentando cambiar de conversación.

—¡Gracias a Dios! La comida de la cafetería del campus apesta.
¿Entonces...? —Ondea nuevamente al volante.

—Si sabes que lo clandestino es ilegal, ¿verdad? —pregunto tratando de persuadirla para que cambie de opinión.

Lindsay es mi compañera de habitación. Desde que intento olvidar mi pasado, he tratado de no tener muchas amistades porque no tiene caso: la mayoría de ellas están contigo por puro interés. Eso lo sé por las chicas que decían ser mis amigas durante la secundaria.

En nuestras últimas semanas de clases, descubrí que estaban conmigo solamente por ser parte de la popularidad que me había ganado por el hecho de ser la hermana menor de Thiago Fleming. Solo fingían ser la clase de amigas que daban todo por mí cuando, en realidad, no esperaban las horas en que yo girara para hablar a mis espaldas. Desde los zapatos que vestía hasta la

cinta de cabello que usaba. Éramos cinco chicas populares que tratábamos de hacer sentir mal a los demás: renegábamos de los que eran inteligentes y cercanos a los profesores llamándolos «cepillos» y nos sentíamos superior a toda nuestra sección. Realmente éramos patéticas porque nos jactábamos de todas las estupideces que decíamos y hacíamos. Lo sé, fui una completa idiota, pero al final todos tenemos derecho a enmendar nuestro camino e, irónicamente, escucharlas hablar mal de mí fue lo que me hizo quitar la venda rosa de los ojos.

Por eso, me prometí a mí misma que no volvería a comportarme de esa manera, tan denigrante para los demás, y eso incluía dejar las fiestas y las amistades hipócritas. La universidad sería una etapa que me convertiría en una nueva persona en toda la extensión de la palabra. Por eso mismo, no estoy rodeada de amistades ni de nada por el estilo; me llevo bien con mis compañeros, pero nuestra relación es meramente de estudios, aunque Lindsay se encargó de lo contrario.

Las primeras semanas que convivimos juntas, apenas cruzábamos palabras pero, una noche en la cual el campus entero se quedó sin energía eléctrica a causa de las frecuentes ramas caídas de las palmeras gigantes de eucalipto, empezamos hablar toda la noche y me di cuenta de que ambas teníamos un pasado que no nos enorgullecía por completo. Tenemos tantas cosas en común, como nuestro resentimiento en secreto hacia nuestras familias, y así ella se convirtió en lo más cercano a lo que se puede llamar «amiga».

—Heather, es nuestro segundo semestre universitario y no hemos hecho nada interesante. Además, es viernes; cierto que somos estudiantes novatas, pero no tenemos que llevarlo al extremo.

Miro entre el volante que sostiene elevado y a ella. «Será solo una pequeña salida, nada extraordinario», digo en mi mente.

—Bien, vamos a esas carreras clandestinas; quizás un arresto sería algo extraordinario para mi expediente.

Ambas nos reímos y rebuscamos, en nuestro guardarropa, lo que usaremos

para la dichosa carrera clandestina.

Pasadas las diez y media de la noche, tomamos la interestatal diez para llegar a la playa de Santa Mónica, donde se llevará a cabo la carrera. Lindsay estaciona en el primer lugar que encontramos, en lo más remoto de la playa, lo suficientemente alejado de las personas para evitar atraer la atención.

Esto de las cosas clandestinas son un completo elixir para los universitarios porque hay una gran cantidad de autos estacionados a lo largo de ambos lados de la carretera, chicos eufóricos con cervezas en sus manos y varios recipientes de basuras prendidos en llamas, ubicados estratégicamente para iluminar aún más todo el lugar.

Nos bajamos del auto y merodeamos el lugar; reconozco a varios de mis compañeros de clases y ellos, al verme, levantan sus cervezas en saludo.

—Ustedes son nuevas. —Escuchamos que dicen. Ambas giramos hacia un simpático chico que se acerca a nosotras.

Lindsay me mira curiosa.

—¿Tenemos un letrero que dice que somos nuevas? —Lindsay señala su frente y casi me río.

—Lo digo porque conozco a todos los que asisten —se explica sonriendo ante el disparo de Lindsay. Puedo notar que el chico es alto, fornido y que el color canela de su piel combina preciosamente con el color miel de sus ojos —. Soy Jordan, y ustedes ¿son...?

No contestamos a su pregunta. A cambio digo:

—¿En realidad entienden el significado de la palabra *clandestino*? — Intento contener la risa.

Irónicamente, el chico pasa la mano por su cabeza, como si tratara de arreglar su peinado, cuando es evidente que no tiene ni una sola hebra de cabello, debido a que su cabeza está completamente rapada.

—Eso es difícil cuando se están enfrentando los mejores.

—¿Quiénes son los mejores? —pregunta Lindsay.

—Jordan, ¡es hora! —grita un chico del otro lado de la carretera.

Jordan se gira hacia él y hace una seña de espera con su mano.

—Chicas, él es Ralph, el encargado de las apuestas. Espero que disfruten la noche —dice y se marcha de prisa.

Lindsay y yo intercambiamos miradas y continuamos con nuestra exploración. Minutos después de comprobar lo que ya era obvio, la mejor noche para algunos de los presentes, nos detenemos y nos recostamos en una camioneta.

—¿Por quién apostarás?

—¿Qué? No voy a apostar, Heather.

—¡Vamos, Lindsay!, tú querías estar aquí. Apostar es parte de la experiencia.

Ella lo piensa y, segundos después, me dice que apostará. Sin conocer a ninguno de los chicos que están compitiendo, me acerco a un compañero de clase para preguntarle sobre los competidores, y él brevemente nos hace un historial de ellos.

—Entonces, yo apostaré por ese tal Kilian —se decide Lindsay.

Mi mente rebobina donde exactamente he escuchado ese nombre y se detiene al recordar al chico del centro comercial; pero que ambos sean la misma persona sería demasiado extraño e improbable.

—También apostaré por él; todos aseguran que es el mejor, y prefiero ir por el voto popular.

Le entrego cien dólares a Lindsay; ella se ríe de la ridícula cantidad de dinero que estoy apostando y se dirige hacia el chico encargado de las apuestas. Varios de los competidores empiezan a llegar en fila y aceleran escandalosamente los motores de sus autos alardeando la agilidad que tienen para hacer maniobras.

El chico de hace un momento, Jordan, se coloca en medio de la carretera y todos, inmediatamente, guardan silencio para escucharlo.

—Bienvenidos, una vez más, a las carreras que tanto amamos y que la mayoría de nosotros morimos por que lleguen. Esta noche, se enfrentarán los

mejores. Nuestros queridos amigos de la USC y los de nuestra universidad.

Cuando menciona a los chicos de la Universidad del Sur de California, algunos de mis compañeros y el resto de los estudiantes de la UCLA hacen un poco de abucheo, por lo que Jordan tiene que pedirles que se callen.

—Hay que agradecerles a ellos por la cantidad de volantes que fueron repartidos por toda nuestra universidad —continúa Jordan—. Como me dijo una hermosa chica esta noche, definitivamente no conocen el significado de la palabra *clandestino*.

Algunos se ríen y Lindsay, pícara, me da un codazo sonriendo. Después de que Jordan termina de remarcar las reglas, los dos primeros autos se posicionan en el punto de partida, y una chica con *short* y *top* diminutos se coloca en el medio de la carretera con una bandera entre sus manos. A la señal de un silbido y una vez que ella ha bajado sus manos, ambos autos salen a toda velocidad y todos corremos hasta el punto donde estaban.

El momento parece una escena salida de la saga de *Rápidos y furiosos*, a excepción de que los autos no son tan geniales como los de la película. Cuando vemos que vienen de regreso, corremos de nuevo, lejos de la carretera, y observamos la carrera desde la orilla. El auto azul es quien trae la delantera, y mis compañeros de clases gritan y celebran de felicidad.

Y así pasó con los competidores posteriores. Euforia, gritos, chicas con ropas diminutas, alcohol y adrenalina es de lo que está hecha la noche. Esperaba que esto de las carreras clandestinas no fueran la gran cosa, pero he de decir que he disfrutado la noche al tope; la adrenalina y terror al ver los autos peleando por la delantera, evitando salir de la carretera y no ir directo a la arena es algo fascinante de ver, aun sabiendo perfectamente que estos chicos están locos de remate.

—Creo que ese es el chico por el cual apostamos. —Lindsay señala a un auto clásico negro.

La ciudad de Los Ángeles está invadida de autos carísimos y clásicos por doquier, y no es de sorprenderse, pero es evidente que este auto captura las

miradas de todos los presentes, incluida las de nosotras. Cuando este y un auto deportivo hacen su entrada triunfal, todos los chicos silban y se echan cervezas unos con otros mostrándose totalmente eufóricos y fuera de sí.

—Ha llegado lo que todos estábamos esperando —anuncia Jordan introduciendo a los autos que están por salir—. ¡Los reyes de la velocidad! A mi derecha, aclamado por ustedes, nuestro invicto y más grande orgullo de la UCLA, único y odiado por muchas chicas: el inigualable ¡Kilian Price!

Todos estallan en vítores y, ya que es el chico por el cual hemos apostado, nosotras también hacemos lo mismo.

—Y a mí izquierda, uno de los mejores corredores de nuestra universidad amiga, la USC, una completa bestia: ¡Liam Ware!

Algunos ríen del malicioso cumplido y de la forma en que Jordan ha llamado bestia al otro competidor, mientras que los que lo apoyan silban y gritan.

La misma chica se coloca en medio de ambos autos, señala primero al chico del auto por el cual hemos apostado; luego, al deportivo. Levanta sus manos sonriendo coquetamente, espera unos segundos, lo que eleva la tensión del momento, y finalmente las baja y hace que inmediatamente ambos autos salgan disparados.

Llevo mi mano a mi pecho cuando veo la velocidad con la cual han salido y, como si fuera poco, ambos aceleran todavía más en el trayecto. Jamás había visto algo igual de emocionante que esto.

Todos graban con sus celulares. Los autos se alejan cada vez más y más hasta el extremo de parecer dos miniaturas. Al llegar al punto tope, los neumáticos rechinan escandalosamente, al girar por los botes en llamas, y vienen de regreso, lo que hace que, a los pocos segundos, la carretera se desocupe en un abrir y cerrar de ojos.

El auto deportivo viene por detrás del clásico, a tan solo milésimas de distancia, todavía dando la competencia. Pero es inútil: el auto clásico ha llegado a la marca. Todos salen a recibirlo gritando de emoción y rociando de

cervezas a todos.

—¡Ganamos! —chilla Lindsay—. Yo tengo que conocer a ese chico. Definitivamente es el rey de la velocidad.

Como podemos, nos hacemos paso hasta estar lo suficientemente cerca para ver al grandioso «rey de la velocidad». Me pongo de puntillas para poder tener un poco de visibilidad y por un momento me quedo anonadada al verlo, sin dar crédito al chico que se baja glamurosamente del auto y que recibe aplausos y un abrazo de Jordan.

Es él. El mismo chico del centro de compras.

Kilian es el mismo Kilian Price, que está a unos pasos de mí.

Capítulo 2

MALDITO CHICO ESTRELLA

Kilian

Suelto lentamente el acelerador y sujeto el timón mientras adoro la sensación de adrenalina que todavía recorre cada parte de mi cuerpo. Sabía que competir contra Liam sería dinero fácil y, al igual que todos, grito eufórico.

Una vez que aparco, me encuentro rodeado de muchas caras conocidas que me felicitan por mi victoria y me demuestran su apoyo al darme palmadas en mi hombro mientras paso por ellos. En cuanto me aproximo a Jordan, me abraza y despeina mi cabello como si yo fuese un niño pequeño, pero por esta noche lo dejaré pasar.

—¿Viste el rostro de Asher? —me pregunta Jordan con una gran sonrisa—. Ellos sabían que esta era nuestra; tenías razón al decir que no valía la pena saltarte las clases para prepararte para esto.

Si hay algo que nunca pongo en riesgo son mis estudios.

Después de disfrutar y de utilizar las carreras como terapia para mi enojo, mis estudios de actuación, en la Universidad de California de Los Ángeles, son lo más importante para mí. No es algo que pongo en riesgo, aunque para los demás, muchas veces, sea lo contrario; pero es porque yo mismo me he encargado de que así sea.

—Te lo dije: esta carrera ya era nuestra desde antes de llevarla a cabo.

Los vótores continúan, sobre todo los que vienen por parte de las chicas.

—¡Eres lo máximo, Kilian! —grita una morena y me da un beso cerca de la comisura de mi boca.

—¡Sabía que tú ganarías! —exclama otra chica muy coqueta.

Es lo que escucho a medida que camino en busca del imbécil de Liam; esta era su revancha, su oportunidad de intentar ganarme y borrar la pateada que le di la última vez, pero nuevamente ha fallado. Él está recostado en su deportivo, y puedo notar en su mirada la furia de mierda que lo invade.

—Buen trabajo, Liam. —Elevo mi voz, lo que hace que todos los presentes se muestren expectantes—, pero te hace falta muchísimo para estar a mi altura. Espero que no hayas tenido esperanzas de ganarme, ¿o sí?

La mandíbula de Liam se tensa, y camina unos pasos cerca de mí, pero nuevamente su amo, Asher, ha entrado en escena.

Mi grupo y el de Asher son los mejores de la zona, aunque jamás me han superado; por lo tanto, es un verdadero espectáculo cuando ambos nos enfrentamos. Hay buenas ganancias, fiestas y chicas por doquier.

—Trabajaremos en esto —murmura Asher entrometiéndose—. Porque, la próxima vez, no te enfrentarás a él, sino a mí, y no te sentirás tan machito.

—La próxima vez no sonreirás de esta manera, Kilian —me advierte Liam.

—Eso ya lo veremos —contesto desafiándolos con mi mirada—. Mientras tanto, ¡hay que disfrutar de nuestra victoria! —grito y todos enardecen.

A pesar de la adrenalina que siento, me alejo de ellos porque le prometí a Jordan que esta noche no habría una pelea.

Algunos de los acompañantes de Asher y ciertos estudiantes de la USC se marchan acelerando sus autos y escapando del lugar a toda prisa; solo quedan los que están dispuestos a ser parte de la celebración que tendremos.

Entre la multitud intento buscar a Ralph para que me dé el dinero que me he ganado, pero algunas chicas me detienen para felicitar me, lo que hace un poco complicada mi tarea.

—Kilian, ¿mañana asistirás a la fiesta de la fraternidad? —me pregunta una rubia ofreciéndome una cerveza.

Tomo la cerveza de su mano y la llevo directo a mi boca, y me dejo deleitar un momento por el sabor amargo pero muy bien helado de la cerveza, obviando el hecho de lo mucho que me encabrona que haya una fiesta en mi fraternidad y que nuevamente los hijos de puta me hayan excluido. Si no fuera porque la renta es mucho más barata en comparación con un apartamento de la ciudad y, más que todo, por mi puro capricho, hace mucho que me habría mudado.

—Por supuesto, vivo allí.

—¡Genial! Así podré volver a verte.

—¿Y tú eres...?

La chica jadea como si la hubiera ofendido y apoya el peso de su cuerpo en un pie.

—¿Quién soy? ¡Dormiste conmigo hace dos noches!

Mientras espera por mi respuesta, doy otro trago de mi cerveza, totalmente despreocupado y preguntándome por qué demonios sigo cometiendo los mismos errores y enredándome con este tipo de chicas.

—¿Se supone que, mientras teníamos sexo, tenía que memorizar tu rostro?

—La rubia me mira indignada y tengo que contener las ganas de decirle que me deje solo y que no arruine la victoria que acabo de tener.

Ella, por fin, lo entiende y dice algunas palabras que se suponen tienen que ofenderme, pero no lo hacen en lo más mínimo. Continúo mi camino; sin embargo, me quedo inmóvil cuando veo a una chica que pretende convertirse en un rostro familiar.

¿Qué demonios hace ella aquí? ¿Esto es parte de alguna clase de broma del destino?

Después de volver a verla esta tarde y de extrañamente sentir la necesidad de evitar una pelea con Stephania, recordé la primera vez que la miré; aquella escena cómica rondó por mi mente unos cuantos días. No podía ver los neumáticos de un auto porque inmediatamente me reía al recordarla y, a su volátil momento, incluso cuando sabía que su pie tuvo que haberle dolido al

impactar contra el neumático tantas veces, a ella parecía no importarle.

Esa noche, mientras conversábamos, tuve una sensación que no me gustó y me alteró un poco; era tan incomprensible para mí la excusa que pasó por mi mente al intentar que se desahogara conmigo, ya que no me interesa en lo más mínimo escuchar los problemas de los demás. Para ser sinceros, tengo suficiente con los míos como para llevar otros a cuestras, por lo que ni siquiera sé por qué demonios le dirigí la palabra a esta chica o por qué intenté que me dijera lo que le molestaba. Al parecer, solo quería sacar esa furia y estar sola, y precisamente yo sé lo que es eso; así que, tan rápido como esa extraña sensación vino a mí, de la misma manera, desapareció.

Sabía que compartíamos la misma universidad, ya que ella usaba una sudadera de la UCLA, pero hay que ser francos: no esperaba volver a verla cuando en la universidad hay más de cincuenta mil estudiantes, así que es totalmente irónico y molesto verla una tercera vez, sobre todo ahora, que está frente a mí observándome dudosa, como si tratara de asegurarse de que soy el mismo chico que le salvó el trasero de la pelea de esta tarde, porque estoy seguro de que ella no pudo verme aquella noche. Pero hay algo, incluso, más molesto: ¿por qué demonios estoy sobreanalizando este asunto? Esto solo lo hacen los capullos patéticos, y claro está que yo no soy uno de ellos.

No estoy seguro de por qué sonrío al ver que ya no viste esos desfavorables vaqueros que llevaba por la tarde, sino que usa un *short* y una camisa ajustada, con una sudadera atada a su cintura que la hace ver gloriosa.

Al notar el asombro y confusión en su rostro, decido hablar primero.

—Te dije que mantuvieras tus problemas controlados. —Retomo mi camino acercándome a ella—. Y al venir aquí estás haciendo todo menos eso, ¿o es que acaso quieres darme las gracias?

Ella frunce su ceño y nuevamente me da la mirada de confusión que puso por la tarde.

—Todavía sigo sin entender a qué te refieres, pero estoy aquí porque mi compañera de habitación ha insistido en venir, y creo que ya te he dado las

gracias.

Su voz es dulce como la primera vez, pero más segura de sí misma.

—Lo hiciste porque yo te lo dije, no porque haya nacido de ti.

Ladea su cabeza, y me encanta la mirada desafiante en su rostro.

—Muchas gracias, Kilian.

Bajo lentamente mi mirada mientras me regodeo de que me ha dado las gracias y admiro la vista de sus deslumbrantes y largas piernas. Ella chasquea sus dedos frente a mi rostro y, sintiéndome un poco incómodo de que me haya atrapado viéndola, nuevamente observo su rostro.

—No tienes que darme las...

—Te doy las gracias porque me has hecho ganar dinero, no por lo de la tarde, porque claramente recuerdo haberte agradecido —aclara mordazmente.

¡Vaya, vaya! La chica sí que tiene su carácter.

—¿Has apostado por mí? —Mi gran ego me empuja a hacerle esa pregunta y, siendo sincero, no puedo evitar sonreír.

—Sí, solo fueron veinte dólares —comenta despreocupada.

—¿Solo veinte dólares?

No sé si sentirme molesto o impresionado porque está tratando de mentirme, ya que el valor más bajo que se acepta es de cincuenta dólares.

—No estaba dispuesta a dar muchas ganancias y ahora, que sé que eres tú, estoy orgullosa de mi decisión.

Me río.

—¿Ustedes se conocen? —pregunta una chica que se entromete en la conversación.

Su cabello me llama la atención inmediatamente, lo lleva teñido de un color platinado, y tengo que reprimir las ganas de reír, porque... ¡Demonios!... Esta moda de las chicas, de llevar el cabello casi blanco, es tan ridícula; estoy jodidamente seguro de que, cuando sean unas ancianas con muchas arrugas e invadidas de canas, harán todo lo posible por ocultarlas. En cambio, la chica con carácter tiene un cabello tan negro que podría confundirse con el alquitrán,

sin mencionar el color grisáceo de sus ojos, que me quitó el aliento esta tarde, lo cual es muy inusual en mí.

Nunca... jamás, en la historia de Kilian Price, una chica con unos singulares ojos grisáceos y unos bonitos pechos me había dejado sin habla, pero creo que disimulé a la perfección, porque ella no se mostró ni un momento intimidada.

—No, para nada. Solo lo estaba felicitando por haber ganado. Es hora de irnos, Lindsay.

Le mintió, o solo lo hizo por quitarme importancia. Y si es la segunda opción, pues se joderá.

—¿No quieres contarle a tu compañera que te salvé de una pelea asegurada?

Las fosas nasales de la chica con carácter se empiezan a dilatar, lo que me demuestra lo molesta que está por mis seleccionadas e inoportunas palabras.

—Felicidades, Kilian —es todo lo que dice, y toma del codo a su amiga y se va de mi lado.

Las observo mientras se dirigen en dirección a la playa y, antes de perderlas de vista, busco a Jordan y, una vez que lo encuentro, le pregunto por ellas. Jordan entrecierra sus ojos y ve a las chicas alejarse.

—Oh, ellas... Son nuevas; nunca las había visto por aquí.

—¿Qué quieres decir con eso de «Oh, ellas»?

—Nada, solo que hablé con ellas cuando estaban llegando y me parecieron agradables.

—Haz que se queden. Quiero saber el nombre de la chica de cabello negro. Jordan tuerce el gesto y me mira desaprobatario.

—Kilian, parecen buenas chicas. No tienes que agregarlas a tu extensa lista de ligues.

—No son mi tipo —me defiendo—. Y no hables en plural, no quiero con las dos. Es más, no quiero con ninguna de las dos, solo tengo un poco de curiosidad por una de ellas.

Jordan niega con su cabeza.

—Si no te conociera... —murmura mientras se aleja de mí, y se va en busca de ellas.

Ciertamente no me conoce porque, de lo contrario, sabría que ella no es para nada mi tipo; solo deseo arruinarle un poco la noche, eso es todo.

Las excesivas felicitaciones han terminado, y Ralph me ha dado una gran cantidad de dinero de las apuestas, algo que era de esperarse porque la mayoría de los que están aquí apostaron por mí. Ahora todos nos dirigimos a la playa para la celebración que tendremos. Ya tienen armadas las fogatas y, mientras algunas chicas se desviven por llamar mi atención, yo solo me centro en buscar a una a la que espero arruinarle la noche. Recorro la playa hasta que doy con Jordan, que está sentado junto a ellas, alrededor de una de las fogatas.

—¡Kilian! Amigo, ven, siéntate con nosotros —me pide Jordan disimulando perfectamente.

Esperaba que la chica con carácter hiciera el típico papelito de chica molesta, se levantara y se fuera, pero, o sabe disimular muy bien, o definitivamente mi presencia no le afecta en lo más mínimo, y vaya que esa idea me molesta un poco.

—Kilian, te presento a estas bellas chicas. —Jordan las señala con esa encantadora sonrisa que conozco perfectamente; ellas en verdad le agradan—. Heather y Lindsay.

Heather.

Ahora tiene un nombre y es... sexi.

—Espero que hayan disfrutado la carrera —comento mientras me siento frente a ellas.

—Estuviste genial. Le rogué a Heather para que viniéramos, y valió la pena convencerla.

—¿Nunca habías asistido a una carrera clandestina? —le pregunta Jordan a Heather.

Ella no contesta de inmediato, sino que se toma su tiempo.

—No es algo que me llame la atención —comenta mientras dibuja algo en

la arena.

No responde directamente, lo que quiere decir que sí ha estado en una carrera clandestina.

Es estúpido y jodidamente irracional, pero de alguna manera me llama la atención y no me refiero a su físico; es decir, es extremadamente hermosa, pero no es mi tipo. Yo prefiero a las chicas alocadas y que sepan divertirse, cosa que Heather no aparenta, pero hay algo en su personalidad que llama mi atención, lo cual es de locos porque solo he hablado con ella tres veces, aunque a sus ojos serían solo dos veces, sin tomar en cuenta el incidente de golpear el neumático de su auto sin parar.

¡Eso es! Justamente ese incidente. Si se nota tan calmada y serena, ¿qué demonios la haría ponerse tan enojada para golpear el neumático de esa manera? Y aquí voy de nuevo: ¿a mí que más me da? Ella, si quiere, puede tirarse de un barranco, y yo siempre seré al que le vale una mierda la vida de los demás.

Fin del asunto.

—¿Quieren cervezas? —ofrezco mientras me pongo de pie para ir en busca de las bebidas.

Jordan y Lindsay contestan al unísono que sí, pero ella niega con su cabeza y me ofrece una sonrisa como si se estuviera disculpando. Sacudo mi cabeza alejando toda esta porquería y voy en busca de las cervezas.

Mientras voy de camino, estoy revisando mis mensajes y contestando algunos de ellos, especialmente los de las chicas ardientes y el mensaje de Georgina, con quien tengo una clase de lío de cama desde hace unas semanas y, ya que se acerca el fin de semana, quién mejor que ella para divertirme. La diversión se acaba cuando tengo una llamada entrante de mi mamá. Miro la hora y ya es medianoche. Ella nunca se cansará conmigo, pero hoy nuevamente no le contestaré.

A veces me resulta incómoda su insistencia en hablar conmigo; me llama constantemente y no muchas veces contesto sus llamadas. Desde la destrucción

del que llamábamos «nuestro hogar», la relación que tenía con mis papás nunca fue la misma. No sabía si las llamadas de mi mamá serían tranquilizadoras o si serían las llamadas interventoras para mi papá, por lo que, después de un tiempo, opté por rechazar la mayoría de ellas. Y aunque vivimos en la misma ciudad, me encargo de que siempre piense que estoy sumamente ocupado con asuntos de la universidad; de esa manera solo espero dos visitas por mes.

Desde hace más de cuatro años, no hay un lugar que espere por mí que se llame «hogar»; desde hace más de cuatro años, mi familia se desboronó frente a mis ojos. Alejo esos recuerdos de mi mente y regreso con las cervezas, al tiempo que me decepciono instantáneamente de lo que ven mis ojos.

Jordan, prestándole toda la atención a esa chica Lindsay. ¡Aquí vamos de nuevo!

Él tiene la tendencia a ver algo diferente en algunas chicas. Puedo comprender el hecho de que Lindsay le parezca atractiva y de que quiera disfrutar con ella; el problema es que no está en su faceta de coqueto, sino que está siendo atento con ella. Lo que significa una sola cosa...: si ellos continúan viéndose, ella lo traerá de rodillas, lo cual es una mierda.

Es evidente que no ha aprendido la lección; por más que le aconseje que no tiene que involucrarse sentimentalmente, la mayoría de las veces no hace lo que le digo. Típico de él.

—Georgina estaba preguntando por ti —miento. Le tiro la cerveza a él y le entrego la otra a Lindsay.

—¿Georgina? —Frunce su ceño confuso.

—La chica que te tiraste el fin de semana pasado, esa que decías que gemía muy...

—Ya entendí —gruñe.

Paso la mano por mi cabello y oculto las ganas de reírme al notar su incomodidad y la de Lindsay.

—¿Te parece divertido? —pregunta Heather.

Me enfoco en ella y ahora su actitud hacia mí ha cambiado: ahora me observa como los demás, con su mirada desaprobatoria.

—Cariño, tú no tienes idea de lo que me parece divertido.

Me mira un poco molesta y, negando con su cabeza, se pone de pie; lo mismo hace Lindsay.

—Claro que lo sé, maldito chico estrella. —Su tono es tan tranquilo que es totalmente desconcertante—. Y no es necesario que saques sus ligues para hacer que nos marchemos, solo tienes que pedirlo.

Tira de la mano de su amiga, y ambas se alejan de nuestra fogata sin decir nada. Jordan se pone de pie y yo hago lo mismo.

—Wow —murmura sin perderlas de vista—. Esa chica sí que tiene carácter.

—Escuché mal ¿o me llamó maldito chico estrella?

Jordan se gira hacia mí y, en un movimiento que no esperaba, engancha un golpe directo a mi mandíbula, lo cual hace que me tambalee un poco y me quede completamente pasmado por lo que acaba de hacer.

—¿Y eso por qué fue? —espeto molesto mientras empiezo a sentir el sabor de la sangre en la comisura de mi boca.

—Puedes ser un patán con las chicas que quieras y con las que te lo permiten, pero ellas no se merecían eso —dice entre dientes, luego se marcha.

Escupo un poco de sangre y maldigo.

—¿Ustedes qué miran? —les grito a los que están viéndome sin dar crédito a lo que acaba de pasar.

Jordan es el único que puede hacer eso porque, si alguno de ellos siquiera lo intenta, irían directamente a parar al hospital con el rostro desfigurado. Hay demasiado rencor y furia corriendo por mis venas como para hacerles una simple cortadita.

¿Maldito chico estrella?

¿Y esta quién se cree que es para llamarme así?

Capítulo 3

CENA DE LOS SÁBADOS

Heather

Con toda la resignación y sin tener alguna otra excusa para evitar asistir a la cena de los sábados, abro la puerta de la casa de mis padres para encontrarme con el pulcro vestíbulo, completamente vacío. Dejo mi bolso en la mesa del recibidor, solo porque sé lo mucho que eso le molesta a mi madre, y lo primero que hago es ir a la cocina, en busca de alguien que es muy especial para mí y a la que considero como mi mamá.

 Mi nana.

 No sé qué haría sin ella; siempre ha estado para mí sin importar qué, me ha escuchado y me ha dado los consejos que se supone que mi madre debía brindarme. Estuvo conmigo en los días que lloré sin cesar porque me había dado cuenta de lo insensible e idiota que había sido durante mi temprana adolescencia, e hizo todo lo posible por convencerme de que todos cometemos errores, pero que no todos somos capaces de aceptarlos. Me llevaba de paseo cuando mi madre estaba más enfocada en las reuniones de la sociedad que en la vida que llevaban sus hijos. Mi nana simplemente ha volcado su vida en cuidar de Thiago y de mí desde que éramos unos bebés; ella es todo lo que siempre he soñado en una mamá, por eso la considero como tal.

 La cocina huele espectacular y hay un festín de comida sobre la encimera. Caminando de puntillas llego hasta ella y tomo una uva, pero esta se cae de mi

agarre cuando me han dado un manotazo y han hecho que el lugar donde he recibido el golpecito escuece.

—Te he dicho que no toques mi comida —me reprende, aunque ambas sabemos de que solo lo hace en broma.

—¡Nana! —chillo y la abrazo.

Ella es de estatura baja, por lo que siempre es un completo deleite envolverla en un abrazo y apapacharla.

—Temía que no vinieras y te buscaras otro problema con tus papás.

Resoplo y el mechón de cabello que se ha colado por mi rostro se levanta; mi nana sonrío y lo lleva tras de mi oreja.

—De hecho, no quería hacerlo, pero ya he acabado con todas mis excusas y mi madre prácticamente me gritó que debía estar aquí. ¿Sabes por qué?

Está a punto de contestar cuando escuchamos el golpe fino de unos tacones que se acercan a nosotras y el sonido de las puertas de vaivén nos alertan de que probablemente mi madre esté detrás de nosotras, por lo que no decimos palabra alguna.

—Imaginé que estarías aquí. —Su característico tono frío marca cada palabra y la hace sonar extremadamente educada.

Me giro hacia ella; viste un vestido negro a su medida, el cual llega hasta debajo de su rodilla, un bonito collar con sus aretes a juego y unos tacones demasiados altos para una simple cena familiar.

—Hola, madre.

—Hola. —Finalmente contesta y se acerca a mí, me da un beso en cada una de mis mejillas, por lo que ruedo mis ojos para asegurarme de que no me verá —. Nunca lograré que saludes primero a tu madre, ¿no es así?

Frunzo mis labios y me alejo un poco.

—No empieces con eso, por favor.

—Claro. Larissa, asegúrate de que todo esté listo —ordena—. En un momento Joseph estará aquí con nuestro invitado.

—Por supuesto, señora.

—¿Invitado? —pregunto curiosa.

Mi madre me sonríe y arregla mi cabello.

—Una coleta te hubiera quedado mejor —comenta en un tono desaprobatorio—. Es mucho más elegante que andar con el cabello suelto.

—Será la próxima.

—Eso espero. —Engancha su brazo en el mío—. Acomp ame.

Me giro hacia mi nana para tratar de que me d  una pista de quién se trata el invitado de mis padres, pero ella solo se encoge de hombros y me ofrece una sonrisa compasiva. Cuando pasamos por la mesa del recibidor, mi madre comenta lo molesto que resulta el hecho de que no me haga entender que hay un lugar indicado para los bolsos y, aunque lo s , siempre hago lo mismo. Sabiendo que nuevamente logr  mi objetivo, sonrío para mis adentros.

No es que me guste hacerla enojar porque sí o porque quiero ser una rebelde sin causa, sino porque me agradar  más que no se fije tanto en detalles que est n llenos de superficialidades en cada rincón de ellos.

Mientras estamos en la sala de estar esperando a mi padre, tenemos una charla «educada» con preguntas como:  te est  yendo bien en la universidad?,  tienes un grupo de amigos de nuestra altura?,  puedes integrarte a los grupos de caridad de mi asociación?

Pienso en todos los lugares en los que me gustará estar menos en mi casa; no la había sentido como un castillo de cristal hasta ahora, que comprendo cuán equivocada estaba de la vida.

Cuando me he hastiado de tener una conversación tan fría y distante, escuchamos que la puerta principal se ha abierto y, posteriormente, se reproduce la voz de mi padre y la de...  Oh, diablos!

— Por qué has invitado a Ryle? —No puedo ni siquiera esconder mi molestia—.  Cre  que habías entendido que no quería volver a verlo!

—Baja la voz y no te comportes como una maleducada.  l todavía te ama y tienes que darle otra oportunidad.

— Otra oportunidad?  No puedes hablar en serio!

Mi madre se levanta y, tomándome del brazo, me mira muy enojada.

—Baja la voz, y lo digo en serio, Heather Fleming. Compórtate con Ryle, ¿me has entendido?

No contesto nada, solo me enfoco en controlarme. Me siento totalmente indignada de que ellos nunca escuchen lo que quiero; nunca tratan de entender mis motivos, siempre esperan que haga lo que dicen sin tener oportunidad de refutar.

Con mis ojos cerrados cuento hasta diez y repito el proceso dos veces. Me reúno con ellos en la sala de estar y contengo las ganas de vomitar al verlo en sus relucientes pantalones de vestir y su camiseta polo.

¡Por Dios! Apenas tiene dieciocho años y se viste como una persona mayor. Es guapo, sí, con su cabello rubio cenizo cortado en una barbería de las más finas de la ciudad y con sus ojos celestes alucinantes, pero, aun así, no entiendo cómo pude haber salido con él durante el último año de mi secundaria, porque ser guapo es lo único impresionante en él, ya que carece de una belleza interna.

—Heather, estás impresionante —comenta con gran descaro, como si, la última vez que nos vimos, no hubiera sido lo suficientemente clara al pedirle que se alejara de mí y de mi familia.

—Mi pequeña está en casa. —Mi padre me salva al no tener que contestarle a este idiota—. Ryle y yo conversábamos de lo mucho que añorabas verlo; por eso ha aceptado nuestra invitación a cenar.

Jadeo y me rio, ya que no me queda otra opción. Podría gritarles o lanzar cosas, en especial irme contra Ryle porque él, más que nadie, sabe que esto es una patraña de mentiras, pero es algo que no puedo hacer.

—No recuerdo haber dicho semejante cosa, padre.

—Oh, Heather, no seas tímida. —Mi madre me toma de los hombros—. Has estado enamorada de Ryle desde séptimo grado, está bien que aceptes que lo extrañas.

—Madre... —adviento y me aseguro de que sea tan notable en mi tono de

VOZ.

—Iré a dejar mi maletín y volveré en un segundo —anuncia mi padre—. Sally, acompáñame.

Ambos salen de la sala y nos dejan solos. Ryle se sienta en uno de los blancos sillones, esperando a que sea yo quien diga algo, pero eso no pasará.

No entiendo cómo pude soportarlo por un año entero. Sí, estuve enamorada de él desde que ambos estábamos en séptimo grado, pero no fue hasta nuestro último año de la secundaria que mi tonto enamoramiento se volvió realidad y él dejó de ser un simple *crush* y pasó a ser mi novio oficial. Los primeros meses lo toleré. Todo era de maravilla hasta que me fui dando cuenta de lo engreído, superficial y experto posesivo que era y, sobre todo, de la triste realidad de que alardeaba más de mi apellido y de su superioridad al emparentar con mi familia que del hecho de que yo fuera su novia.

Pero, para ese entonces, ya fue demasiado tarde; nuestros padres amaban la idea de que, en un futuro no muy lejano, nuestros apellidos y los complejos hoteleros de mi familia, con la cadena de restaurante de los Hughes, se fusionaran y formaran un solo imperio. Ese avaro proyecto fue demasiado atractivo para todos; por ende, terminar con Ryle fue toda una explosión.

—¿No piensas decir nada? —pregunta Ryle rompiendo el hielo.

Y por mí no hubiera sido molesto. Si se tratara de él, soy la chica que disfrutaría el hielo entre nosotros con una Coca-Cola y se deleitaría con cada sorbo.

—La cena está servida —nos informa mi nana.

—Nana, ¿necesitas ayuda? —pregunto mientras me acerco a ella y le acaricio su mejilla.

—No, Heather. Tú tienes que hacer otras cosas —me recuerda viendo a Ryle de soslayo.

—Sírvenme un *whisky* —le pide Ryle en tono autoritario.

Me giro hacia él, con mis ojos entrecerrados, deseando poder eliminarlo.

—Sírvetelo tú —gruño.

—¡Heather! ¿Qué modales son esos? —me reprende mi padre al reaparecer.

Mi nana les dice que la cena ya está servida, y sé perfectamente que ellos manejarán la situación yéndonos directo al comedor como si esta escena no acabara de suceder.

Ocupamos los mismos lugares de siempre: mi padre, en la cabecera; mi madre, a su derecha, y yo, a su izquierda, con Ryle a mi lado. Y la conversación monótona da rienda suelta a la cena.

En el pasado, escuchaba embelesada a los hombres de esta mesa hablar de los hoteles y los restaurantes y, en la primera oportunidad que tenía, les enviaba un mensaje a mis supuestas amigas que decía que era la chica más afortunada de este mundo porque Ryle se había fijado en mí.

¡Puaj! Qué idiota era. Ahora las cenas de los sábados se han vuelto rígidas y forzadas y, por más de que lo noten, insisten en que se siga la tradición así que, mientras ellos hablan, tarareo mentalmente la letra de la primera canción que se me ocurre —cualquiera... la que sea— con tal de no escuchar su molesta voz, y funciona por un tiempo hasta que terminamos de comer el postre y la poca paciencia y autocontrol que tenía se va por las tuberías ante la estupidez que ha dicho Ryle.

—¿Qué has dicho? —le pregunto mirando entre mis padres y a él.

—Tus padres han aprobado que nosotros nuevamente seamos novios.

Golpeo levemente la mesa al sentirme muy anonadada.

—¡Pero a ti qué rayos...! —Corto la sarta de malas palabras que estaban a punto de salir de mi boca cuando mi madre abre sus ojos en total enojo y desaprobación—. ¿Cómo se te ocurre hablar de una relación amorosa con los padres de la «futura novia», pero no con la chica implicada? ¿Te has puesto a pensar que yo ni siquiera quiero regresar contigo?

—Eso es solo parte de tu etapa rebelde, Heather. Claro que quieres estar conmigo, lo sabes —dice tomándome de la mano.

Inmediatamente alejo mi mano de él y tiro la servilleta sobre la mesa al mismo tiempo que me pongo de pie.

—No es ninguna etapa rebelde, Ryle. Jamás pienses que tienes una oportunidad conmigo.

—¡Heather! —me reprende mi padre, nuevamente.

—Lo siento. Será mejor que me marche, tengo muchas tareas por hacer.

Salgo del comedor antes de que ellos me obliguen a quedarme.

¡No sé por qué diablos Ryle es tan estúpido o, peor aún, no sé porque accedí siquiera a cenar con él! Desde que lo vi debí de haberme marchado. Tomo mi bolso y luego voy a la cocina para despedirme de mi nana; ella está limpiando la estufa pero, una vez que me mira, deja el trapo a un lado y camina hacia a mí para darme un abrazo.

—Por lo visto, no salió nada bien.

—No, nana. Ellos tratan de hacer de cupido; es por eso que me voy. Cuídate, ¿sí?

—Lo haré. Conduce con cuidado.

¡Oh, diablos! Golpeo mi frente con la palma de mi mano y, sin evitarlo, suelto unas maldiciones.

—Ella es una bruja, nana.

Mi nana no puede evitar reírse y me pregunta por qué he dicho eso. Resulta que mi madre insistió en que su chofer pasara por mí y, claro, si todo estaba muy bien planeado. Ella esperaba que Ryle me llevara de regreso.

—Podemos llamar a una compañía de taxis —sugiere mi nana tomando el teléfono de la cocina.

—Nada de eso —niega mi madre, quien entra a la cocina con su rostro de máximo enojo—. Nos has hecho quedar mal ante Ryle, pero no me objetarás en esto y permitirás que él te lleve a la residencia.

—No me iré con él.

—No te estoy preguntando. Es una orden.

Sintiéndome la más miserable de esta ciudad, me despido de mi nana y me encargo de hacerle un desplante a mi padre cuando este esperaba un beso en la mejilla o un «Adiós».

Ryle sonríe como si nada hubiera pasado y hasta intenta hacerse el caballeroso cuando abre la puerta de su BMW para mí. Reviso mi celular e intercambio unos mensajes con Lindsay, quien me informa que esta noche no se quedar  en la residencia, lo cual es una completa desdicha porque esperaba que al menos viéramos una película para pasar el tiempo. Pero ya que no es así, aprovechar  que estar  sola para terminar el libro que actualmente estoy leyendo.

— Tan aterrante te pareció la idea de que volvamos?

Incluso su voz me parece tan molesta. Si no hay mucho tráfico, son casi veinte minutos de Beverly Hill hasta la residencia; así que, si lo soport  durante toda la cena, por supuesto que lo podrá hacer por estos siguientes minutos.

— No me has escuchado? —Sigo sin contestar—. Heather,  no escuchas? Te estoy hablando.

—Por supuesto que lo he hecho, pero hay una técnica que aplicas cuando quieres evitar a alguien y se llama «ignorar».

— Podr as ser un poco más madura?

—Lo soy, Ryle. T , en cambio, no lo eres. Caes tan bajo usando a mis padres como escudo, porque sabes que hago cada maldita cosa que ellos dicen, pero no ceder  en cuanto a regresar contigo se trate, así que corta esa remota ilusión.

— Est s saliendo con alguien? —Es notable lo mucho que le molesta formular esa pregunta.

—No. —Muy tarde me he dado cuenta de que haber contestado demasiado rápido le dará una idea errónea, por lo que miento—. No es oficial, pero sí, estoy viendo a alguien y, aunque estuviera sola, no regresar  contigo.  Es eso difícil de entender?

Lo cierto es que no estoy saliendo con nadie. Meses antes de entrar a la universidad, us  el argumento de que podíamos tratar a otras personas y, si mirábamos que no funcionaba, regresar mos en un futuro; él lo acept  muy

gustoso. ¿Qué novia hace algo así? Claro, una que sabe que no está enamorada. Ryle solo había mirado las puertas que le estaba abriendo con otras chicas, pero no es bastante notable que no había captado la indirecta de que ya no quería nada con él. Y desde entonces mi vida social se ha limitado, simplemente, a tener muchos novios literarios.

—Es difícil cuando todavía quieres a alguien. —Me mira de reojo, y juro por los divinos libros que intenté retener la risa que eso me provocó, pero no funcionó para nada porque ahora estoy riéndome a carcajadas.

—Dime que tú no te creíste eso, porque yo, definitivamente, no lo hago.

—Si quieres burlarte de mí, adelante, hazlo. Es lo que mejor hacías en la secundaria, ¿no es así? —Eso sí que ha sido un golpe bajo, y por supuesto que tenía que venir de él.

—Déjame aquí.

—Estamos a unas cuadras de tu residencia.

—No me importa. Detén el auto, Ryle.

—No te irás caminando con esos zapatos.

Lo cierto es que sería capaz de irme completamente descalza con tal de no seguir compartiendo el mismo espacio con él, por lo que nuevamente le ordeno que detenga el auto.

—Bien, como tú quieras. —Gruñe y cambia de carril para detenerse. Sin perder más tiempo, desabrocho mi cinturón de seguridad, y Ryle aprovecha para acercarse demasiado a mí, toma mi mentón y, tan pronto como lo hace, alejo su mano.

—En serio quiero que lo intentemos de nuevo.

—¿No crees que, si quisiera lo mismo, te hubiera buscado en estos meses? No quiero nada contigo, Ryle. Nunca vamos a regresar.

Si no lo conociera, diría que finalmente lo ha entendido, pero claro que no lo ha hecho, porque desabrocha su cinturón de seguridad y se inclina hacia mí para intentar besarme. Pero inmediatamente pongo mis manos en sus hombros y lo echo hacia atrás, y tomo la oportunidad para salir de su auto.

—Vendrás corriendo a mí, Heather. De eso me encargo yo —grita y pone el auto en marcha nuevamente; los neumáticos rechinan a su salida.

Seis cuadras. Seis largas y transitadas cuadras faltan para llegar a la residencia.

Suspiro y no sé de dónde ha salido esta decisión, pero no pasaré la noche en la residencia totalmente sola. Estamos en el área de discos y *pubs*, así que entro al primer *pub* que encuentro. Necesito un trago, ya mañana me puedo lamentar, pero no hoy.

Capítulo 4

SÉ VALIENTE

Kilian

Georgina está resultando un poco fastidiosa: está encima de mí como si se tratara de una garrapata y, lo que es peor, habla puras tonterías. De su boca no sale nada atractivo; lo único fascinante es el color carmín de sus labios. Sigo preguntándome por qué salgo con chicas como ella, pero es mejor que cubrir en solitario un turno de mierda en el *pub*.

Ralph y Jordan cambiaron sus turnos con dos de estos tíos porque hoy tienen un juego de billar y, con lo que detesto ese juego, no tenía más opción que invitarla a venir. Esperaba que tomara algunos tragos para animarse un poco y, luego, que terminara mi turno, me pidiera ir a su apartamento para tirarnos un polvo. Pero ella resiste y va de tequila en tequila, mientras me baila provocativamente y roza su trasero contra mí.

Sé lo que está haciendo: la famosa técnica que usan las chicas de dar probaditas para encendernos y que seamos nosotros quienes terminemos suplicando por irnos, lo cual me causa gracia porque yo nunca le ruego a nadie y menos lo haré con una chica vestida de una manera que grita, desde lejos, «sexo perverso».

- Kilian, sírveme otro —pide mientras aletea sus falsas pestañas hacia mí.
- Los primeros iban por la casa; estos los pagas tú, Georgina.
- ¿Te han dicho que eres un cretino?

—Muchas veces.

Me pongo de pie y, al levantarse de mi regazo, se tambalea un poco. Si sigue tomando así, de ninguna forma iremos a su apartamento. Una cosa es que sea un cretino y otra muy diferente es que me aproveche de chicas con tantas copas de más como para caer inconscientes en la cama.

Me apresuro a limpiar la barra y a encargarme de algunos clientes cuando la puerta principal se abre y la sofisticada presencia de una chica llama la atención de todos, incluida la mía. Frunzo mi ceño cuando me percató de que se trata de Heather; ella mira todo el alrededor, un poco insegura. Puedo notar, por su actitud, que la opción de marcharse pasa por su mente, pero respira y empieza a caminar hacia la barra, en dirección a Griffin.

No se parece en nada a la chica despreocupada de la otra noche, que vestía unos *shorts* y una sudadera atada a su cintura. Ahora, con su ajustado vestido verde tierno, que le llega un poco encima de sus rodillas, y con sus zapatos de tacón fino, que hacen ver sus piernas malditamente esbeltas y sexis, se parece demasiado a esas chicas sacadas de una pija revista de modas, de las caras y distinguidas. Se sienta con delicadeza en una de las bancas de la barra, y escucho que pide un coñac.

Por supuesto que tiene gustos finos.

Griffin se toma su tiempo devorándola con la vista; luego adquiere su actitud de cazador intentando entablar una conversación, pero ella se muestra tan impenetrable que él entiende la señal y se limita a servirle el trago.

—¿Quieres dejar de comértela? —Georgina gruñe—. Todavía estoy sobria como para darme cuenta.

—No estoy viéndola —miento descaradamente.

—Lo que tú digas, Kilian. Regreso en un minuto, voy al servicio.

Me vuelvo a enfocar en la chica sexi, que está a unos pasos de distancia. Ella observa todo el lugar mientras toma su trago con deleite, y no es hasta que chocamos miradas que se percata de mi presencia. Aparta su rostro inmediatamente, pero luego vuelve a verme, totalmente sorprendida y tratando

de asegurarse de que soy yo. Una vez que ha salido de su estado de sorpresa, levanta su mano en un saludo tímido, lo que me da la oportunidad de acercarme a ella.

—Estoy seguro de que has investigado sobre mí —bromeo mientras me coloco frente a ella, separados solo por la barra.

Sus mejillas se sonrojan rápidamente.

—Créeme: de haber sabido que trabajabas aquí, hubiera caminado directo a la residencia.

—Tranquila, puedes aceptarlo.

Rueda sus ojos y da un trago.

—En serio, Kilian, no sabía que trabajas aquí y, si piensas decir o hacer algo para que me marche, por hoy ahórrate el esfuerzo. Ya has dejado claro que no te caigo bien y he tenido una horrible noche, no la empeores.

Silbo y la miro detalladamente.

—Sabes que no me caes bien, pero, aun así, memorizaste mi nombre.

Ella me da una de esas miradas que hacen las chicas cuando algo las irrita demasiado o cuando un capullo les está dando demasiada mierda.

—¿Cómo no hacerlo? La otra noche había como cien chicas gritando tu nombre a todo pulmón, o ¿prefieres que te llame «maldito chico estrella»?

Me da un poco de coraje cuando recuerda que la otra noche me llamó de esa manera y que, gracias a ella y a su amiguita, conseguí que Jordan me propinara un jodido derechazo.

—No sé cómo te atreviste, pero espero que sea la primera y la última vez que me llamas de esa manera —advierto, y a ella parece divertirse mi advertencia.

—¿Soy la primera chica que le importa poco llevarte la contraria? —Sonríe y arquea su ceja derecha.

—Eso parece. ¿Piensas volver hacerlo?

—No —contesta secamente. Se enfoca en su trago y lo termina por completo—. ¿Puedes servirme otro? —le pide a Griffin.

Le hago seña a Griffin de que yo me encargo, y de mala gana él accede y se cambia a la derecha de la barra para cubrir el espacio que me correspondía.

—¿Podrías mostrarme tu ID? —Intento bromear, manteniéndome serio, cuando la verdad es que no prestamos atención a eso, siempre y cuando no parezcan niñas de quince—. No quiero que nos ganemos problemas legales.

—Tranquilo, no aparento menos de veintiuno y, solo para que lo sepas, te llamé de esa manera porque estabas comportándote como tal. No creo que nos volvamos a ver, así que no tendré una nueva oportunidad para llamarte «maldito chico estrella». —Escucho las risitas de Griffin—. Ups, lo hice de nuevo —agrega poniendo una falsa cara de preocupación; luego se enfoca en su trago tal como si yo no existiera.

—¿Tienes novio? —suelto sin más intentando probarle algo, pero apenas capto su atención.

—Por suerte no.

—Entonces..., si coqueteara contigo, ¿caerías ante mis encantos?

Ella se cruza de brazos, descansándolos sobre la barra, haciendo que sus pechos se junten y se realcen de manera espectacular. No soy un jodido ciego como para no ver lo hermosos que lucen.

—¿Estás coqueteando en este momento?

Me encojo de hombros.

—Puede. —Espero que se ponga nerviosa ante mi confesión; sin embargo, me mira seria, luego se echa a reír, y ese cambio me molesta un poco.

—No sabía que estabas coqueteando conmigo, pensé que era tu naturaleza innata —dice entre risas—. Pero, aunque me diera cuenta de ello, no somos el tipo de ninguno de los dos; además, la otra noche dejaste claro que apenas nos soportabas, y ya tengo demasiado con los que me rodean como para preocuparme de tu ridículo intento de ligue.

¡Maldición! Esperaba que se pusiera nerviosa y que, después de intercambiar algunas palabras, disfrutaría al decirle que no era mi tipo y que solo le estaba demostrando que estaba aquí por mí, pero tengo la sensación de

que está hablando con la verdad y no sabía que este es mi lugar de trabajo. Definitivamente me agrada un poco más. Solo un poco.

Lentamente la molestia disminuye y, sin encontrar qué decir, asiento sin intentar corregirla en cuanto a mi tolerancia hacia ella se refiere. Se está dando mucha importancia al asegurar que apenas es de mi agrado, cuando ni siquiera la conozco muy bien como para afirmarlo.

—Tienes razón: para nada eres mi tipo y no te tolero mucho.

Sé que ella quería escucharme decir eso, pero pareciera como si no esperara que lo admitiera.

—Te lo dije. —Vuelve a sonreír—. Ahora déjame sola, he escuchado demasiadas estupideces esta noche y quiero un poco de paz.

—Como quieras.

Sin encontrar qué hacer, limpio las copas que Griffin ya había aseado, pero ¿qué más da? Ella no se enterará. Su celular, el cual está sobre la mesa, se enciende y empieza a vibrar; ella lo mira y suspira al tiempo que rueda sus ojos.

Yo pensaba que era el único con problemas de mierda, pero esta chica necesita una intervención. Sé que no soy el indicado y no sé qué demonios está pasando por mi mente, pero por una noche no quiero ser el tipo que le vale una mierda los problemas de los demás.

—Si quieres podemos hablar del porqué estás aquí.

—Sin ánimos de ofender, pero no tengo muchas ganas de hablar de mis problemas con un chico que hasta hace unos días era un completo extraño y que, estoy segura, solo se burlaría de mí.

—Ese es el punto —replico.

—¿El punto de qué? —Dicha esa pregunta, mira hacia la pared detrás de mí y frunce su ceño, como si estuviera confundida—. Eso se sintió tan *déjà vu*. Qué raro —murmura viéndome—. ¿Nunca te ha pasado algo así?

—¿A qué te refieres?

—Hace un tiempo, tuve una conversación similar con un chico y, cuando te

pregunté cuál era el punto, sentí como si estuviera reviviendo el extraño momento que tuve con él, lo cual es divertido porque ni siquiera lo conocía ni miré su rostro.

Finjo que estoy confundido por lo que ha dicho cuando ciertamente no lo estoy. La conversación tomó un rumbo parecido al de la primera vez que nos vimos, algo de lo que ella no es consciente.

—¿No viste de quién se trataba?

Niega con su cabeza y le da un sorbo a su nuevo trago; confirmo mi teoría de que no pudo verme.

—Era de noche y donde él permaneció sentado se encontraba teñido de oscuridad, así que no, no vi de quién se trataba.

Exactamente no entiendo por qué no quiero que se entere de que soy la misma persona que inesperadamente le dio un consejo. Como he dicho, me vale una jodida mierda la vida de los demás, pero esa noche había hablado con mi mamá y me sentía en tan plena oscuridad después de terminar la llamada —literal y metafóricamente— que por un momento quise tratar de iluminar la vida de ella, incluso cuando yo no podía hacer lo mismo con la mía.

—A veces es nuestro subconsciente quien nos juega tretas; quizás solo quieres asociar nuestra conversación con la que tuviste con el misterioso chico.

Hace un gesto chistoso con su boca, poniéndola como la de un pescado, y aparentemente medita lo que le acabo de decir.

—Ojalá pudiera verlo nuevamente.

—¿Para qué?

Suspira y vacía su vaso.

—Para agradecerle por llamarme cobarde.

No era mi intención reírme, pero esas, definitivamente, sí son mis palabras y, al recordar que no le molestó ni un poco, sino que juraría que le pareció chistoso, me dan incluso más ganas de reírme.

—¿Te llamó cobarde?

—Sí. —Se ríe y cubre su rostro.

—¿Y eso no te molestó?

Ladea un poco su rostro y sonrío melancólica; el solo gesto provoca que una extraña sensación recorra toda mi nuca y me ponga la piel de gallina.

—La verdad nunca habría de molestarme, Kilian. Ese chico solo dijo algo cierto de mi patética persona.

Esta vez soy yo quien se sirve un trago de tequila y, junto con limón y sal, lo tomo de una sola vez y, antes de disponerme a hablar, inesperadamente sujeto su mano y le doy un suave apretón. Quizás no le soy del todo indiferente, porque ha dado un pequeño respingo.

—Ese chico quizás está equivocado, porque tengo la impresión de que la cobardía no es parte de ti.

Por el rabillo del ojo veo que Georgina está saliendo del baño de mujeres y viene hacia aquí, así que alejo mi mano de la de Heather, quien me sonrío amablemente y, sin decir nada más, se enfoca en la tabla de la barra.

Si hubiese sabido que llamarla cobarde solo haría más difícil que saliera de su caparazón, nunca lo habría hecho. A veces decimos cosas un poco pesadas y no imaginamos el efecto que nuestras palabras tendrán en las personas, y es una mierda que se haya enfocado solo en esa palabra cuando, posteriormente, le aseguré que era una persona inteligente y que, tarde o temprano, haría lo correcto. Sí, soy un maldito mujeriego que no le importa nadie más que no sea yo, pero me causa un poco de malestar el hecho de que haya contribuido a que se sintiera aún más mal con ella misma. Y por una vez en la vida, por una única ocasión en mi existencia, quiero reparar un error que cometí.

—¿A qué hora termina tu turno? —inquire Georgina de una forma exasperante—. La verdad es que estoy muy aburrída.

—Cubriré el turno de Jordan —miento—. Así que saldré mucho más tarde.

Jadea y abre su boca como si lo que le acababa de decir hubiera sido lo más indignante.

—¡Estás loco si crees que esperaré más tiempo por ti!

Me encojo de hombros despreocupadamente y coloco las copas en el estante.

—Ese es tu problema. La puerta está muy abierta; puedes irte cuando quieras.

—¡No sé por qué sigo saliendo contigo! —grita, gesto que atrae la atención de algunos clientes—. ¡Eres un completo imbécil!

—Vaya, eso es completamente nuevo para mí —ironizo.

Ella me enseña el dedo del medio y, tomando su cartera, se marcha a toda prisa. Heather la observa sobre su hombro, viendo hacia la salida del *pub*, luego vuelve su mirada hacia mí.

—Eso fue épico.

—¿Qué harás después de que salgas de aquí? —le pregunto ignorando lo que ha dicho.

Señala hacia sus altos zapatos y frunce sus labios.

—Caminar estas largas seis cuadras hasta la residencia y, si no me llego a dormir, tomaré mi libro de Nicolas Sparks y me prepararé para una noche de llanto, porque hoy lo terminaré sin excusa.

—¿Has venido hasta aquí caminando?

—No, de hecho, debido a los juegos sucios de mi madre, tuve que aceptar que mi ex narcisista novio me trajera a la residencia estudiantil. Pero intentó besarme, así que le pedí que detuviera el auto, y aquí estoy. —Suspira y me mira con cierta angustia luego de expulsar el aire que contuvo con esa retahíla de palabras—. Lo siento, estoy hablando mucho; eso me pasa siempre que tomo más de una copa de coñac. No soy buena tolerando el alcohol y.... ¡lo hice de nuevo! —Golpea su frente con la palma de su mano.

Sonríó un poco y voy a la mantenedora para darle una botella de agua fría, la pongo frente a ella.

—Va por la casa —ofrezco. Duda, pero luego la toma y da pequeños sorbos—. ¿Qué te parece si cambiamos tu rutina por algo un poco más emocionante?

—¿Por emocionante te refieres a algo ilegal?

—Quizás.

Lo evalúa en silencio por unos segundos.

—Entonces, me apunto —acepta con una gran sonrisa.

No esperamos mucho tiempo porque mi turno estaba a punto de terminar y, en cuanto le entrego las cuentas a Griffin, voy a mi casillero para cambiarme la camisa de trabajo y ponerme la mía.

Es rara toda esta actitud en mí, pero me encuentro, a casi las nueve de la noche de un sábado, ocultando únicamente la parte de mí que quiero enterrar, ante una chica que apenas conozco. Quizás es porque ella no cayó rendida ante mí como usualmente lo hacen, sino que fue muy clara desde el principio, y por una jodida razón eso me gustó de ella y por lo mismo no haré ningún movimiento para tratar de embaucarla, porque desde lejos me doy cuenta de que, aunque algún día llegara a intentar seducirla, ella merece mucho más que un mujeriego como yo.

Cuando salgo de los vestidores, Heather no está por ningún lado.

—Está afuera. —Griffin cabecea hacia la salida.

—Gracias, amigo. Nos vemos el lunes.

No me sorprendería que lo hubiese pensado mejor y se hubiera marchado; sinceramente la entendería. Pero me ha impresionado porque está recostada en la pared, con sus brazos cruzados, esperando por mí.

—Bien, ¿estás lista?

Asiente lentamente, y sé que reconoce mi auto porque lo mira fijamente y, cuando comienzo a caminar hacia él, ella también lo hace, pero a un paso lento.

—¿Pasa algo? —pregunto confundido.

—Es un clásico magnífico y, seguramente, muy costoso. No vendes drogas, ¿verdad?

Me carcajeo y, sin preocuparme de abrir la puerta del auto, pego un brinco para introducirme en él.

Efectivamente es un clásico, un Chevy Caprice convertible, y fue un regalo del que decía ser mi papá. Pero, luego de algunos accidentes que provoqué con toda la intención de este puto mundo, quedó prácticamente en chatarra, por lo que me encargué de repararlo y de buscar las piezas por todo el país para ensamblarlo yo mismo.

—Despreocúpate, prefiero la venta de órganos. —Ella sabe que bromeo y acaba con una pequeña sonrisa; logro visiblemente que se relaje y entre al auto.

Mira el interior de este y sonrío al pasar sus delicadas manos por el asiento. Conduzco en silencio hasta su residencia y espero por ella en el auto mientras entra al edificio para cambiarse de ropa. Pasó por mi mente la remota idea de acompañarla hasta la entrada del edificio, pero dije que no aparentaré nada con ella. No soy ni jamás seré un caballero; no le abriré la puerta de algún lugar para que ella entre, y menos la acompañaré a la entrada del edificio como si fuera una damisela que necesita protección. Ese no es mi estilo.

Lo único que hago es debatirme entre si es buena idea llevarla cerca de Santa Mónica, donde la vista de la ciudad es lo mejor, o si ir a algún otro lado. Lo que sea que decida lo haré para mejorar la noche de mierda que aparentemente ha tenido. Con honestidad, no sé cómo he pasado de querer arruinar su noche a querer arreglar algo en ella.

Regresa vestida completamente diferente, luciendo más juvenil y completamente en su zona de confort, con una camiseta floja de los Rolling Stones, unos botines y unos vaqueros ajustados que aceleran a mi corazón y mandan una señal a mi miembro. ¡Demonios! Está chica es malditamente sexi y ni siquiera se lo propone. Incómodo, ajusto mis vaqueros y rezo para que todo esté controlado para cuando suba al auto.

Luciendo más sonriente, sube al auto y doy gracias porque me observa al rostro y nunca baja su mirada.

—Y bien: ¿adónde vamos?

—Pensaba... pensaba —aclaro mi garganta y enciendo el auto—. Pensaba

que sería buena idea recorrer la playa de Santa Mónica.

—Me parece perfecto. —Sonríe y se acomoda en el asiento viendo a su derecha.

Me decido por Santa Mónica y, una vez que entramos a la interestatal diez, aumento un poco la velocidad. A ella parece gustarle la sensación de que aire cálido de la noche golpee su rostro, porque cierra sus ojos y abre un poco su boca en una sonrisa bobalicona.

—¿Puedo hacer algo? —pregunta girando su rostro hacia mí.

—Si piensas saltar del auto, la respuesta es no —digo y ella ríe—. Por supuesto que puedes —digo sin tener una idea de qué es exactamente lo que quiere hacer.

Entonces lo veo. Se levanta y acomoda su trasero en la cabecera del asiento; mi primer impulso es decirle que se baje de mi puto asiento, pero la forma en la cual echa su cuerpo hacia atrás, levantando sus manos y dejando escapar su largo cabello al lado del viento, me impide hacerlo.

—¿Confías en mí? —grito.

Heather sale de su trance y me observa.

—No puedes hacerme esa pregunta, apenas te conozco.

Buen punto.

—Por la forma en que me viste conducir la otra noche, ¿confías en cómo conduzco? —reformulo.

—Sí —contesta sin vacilar y no me sorprende. Soy un conductor excepcional.

Vuelve a levantar sus manos y, sin pensarlo dos veces, teniendo la autopista despejada, aumento la velocidad como si estuviera en una carrera.

Heather grita, pero sus gritos se mezclan con las risas. El viento levanta su camisa, por lo que brevemente veo su espectacular abdomen, pero con una mano sostiene su camisa para controlarla, y yo no tengo más opción que enfocarme en la carretera, pensando en lo increíble que es que esté disfrutando al máximo nivel una simple cosa como esta. Lo que me da una idea para

demostrarle que fue un error llamarla cobarde, porque hoy pude ver que no lo es; solo es cuestión de hacer que gane confianza en ella misma y, aunque mi vida es una jodida mierda, pretendo mejorar la vida de esta chica.

Estaciono cerca del muelle de Santa Mónica; ambos nos bajamos del auto. Heather no ha dejado de sonreír ni por un momento, ya no se parece a la chica desdichada que entró en el *pub*.

—¡Eso fue increíble! —Pasa los dedos a lo largo de su cabello para tratar de arreglarlo—. Deberías sentir los latidos de mi corazón; parece que se saldrá de mi pecho.

—No tengo problemas con eso. —Divertido, elevo mi mano hacia su pecho, lo que hace que ella dé un paso hacia atrás.

—Ni se te ocurra. —Me señala intimidante con su dedo índice.

Levanto mis manos aparentando la ingenuidad que no poseo y sonrío; ella también lo hace.

Se inclina hacia adelante echando su largo cabello hacia abajo; pasa nuevamente sus dedos en él y lo sujeta con una goma. Cuando se incorpora, su coleta es tan descuidada que no comprendo cómo hace para seguirse viendo genial.

—Tienes un peinado de salón.

En respuesta solo ajusta su coleta.

—Y lo mejor es que no gasté mucho dinero.

Esta chica sí que nunca se queda sin contestación.

Caminamos a lo largo del muelle hasta estar al final de este y escuchar las pequeñas olas estrellarse contra los postes de madera. Heather coloca sus manos en su cadera y mira hacia el oscuro horizonte, sonriendo.

—Me pregunto si el agua estará completamente fría.

—¿Por qué no lo averiguamos? —Al instante me maldigo por siquiera haber formulado esa pregunta.

¿En qué demonios estaba pensando? Por supuesto que estará completamente fría y no se me antoja averiguarlo en lo absoluto... O al menos... no se me

antojaba hasta que ella me da una mirada llena de asombro e incredulidad. ¿En realidad cree que no soy capaz de hacerlo?

—No estarás insinuando en tirarte al agua, ¿verdad?

—¿Crees que no soy capaz de hacerlo?

—Yo... no lo sé —balbucea—. Es decir, sé que estás un poco loco con eso de la velocidad, pero no creo que quieras comprobar algo que es demasiado obvio y que solo lo dije por decirlo.

—Entonces, solo hagámoslo por hacerlo. —La reto y empiezo a desamarrar los cordones de mis deportivos. Ella me observa como si estuviera loco, y verdaderamente estoy empezando a preguntarme lo mismo.

—¿Qué esperas para quitártelos? —Señalo sus botines negros.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio.

Se acerca al borde del muelle y mira hacia abajo, hacia los siete metros que nos separan de la superficie del agua.

—¡Estás loco!

—Y tú me acompañarás en mi locura.

Creo que no lo hará. Me mira esperando que me retracte de mis palabras y que le diga que solo estoy bromeando, pero es algo que no pienso hacer; así que, al notarlo y al verse atrapada, se quita sus zapatos y, una vez fuera de ellos, se para nuevamente en el borde y toma una larga respiración cuando mira hacia el agua.

Maldición, no puedo creer lo que vamos a hacer. Me paro a su lado y noto que tiene sus ojos cerrados.

—Abre tus ojos —le pido. Ella lo hace y me observa temerosa.

—Esto es una completa locura. No puedo hacerlo. Necesito un coñac.

—Claro que puedes —aseguro con demasiada convicción—. Sé valiente y no cierres tus ojos.

—No soy valiente —replica tan segura que me molesta demasiado.

—Por supuesto que lo eres.

Miro hacia el frente, sin darle tiempo para replicar, y le digo que, a la cuenta de tres, saltaremos. Apenas logro escuchar su voz baja lanzando maldiciones hacia la nada. Dudo si en verdad saltará, lo cual será una pérdida de tiempo el que solo yo me lleve el ridículo chapuzón, que estará frío cual témpano de hielo. Empiezo a contar y, para mi sorpresa, no he terminado cuando se ha adelantado y ha saltado mucho antes de lo que yo lo he hecho. Tomo un impulso y salto para unirme a ella. Tan pronto como nuestros cuerpos tocan al agua, ella chilla y yo me carcajeo.

—¡Maldición, maldición! ¡No sé por qué tuve que decirte eso! —Casi grita una vez que estamos sumergidos en las frías aguas.

Claro que no debió de decirlo, porque esto es peor de lo que lo imaginaba.

—No exageres, no es para tanto —logro decir al tiempo que procuro controlar el temblor inesperado de mi mandíbula.

Pasa las manos por su rostro para quitar el exceso de agua y niega una y otra vez.

—Estás loco de remate —chilla antes de empezar a nadar hacia la orilla.

Y ni siquiera trato de que se quede porque yo también quiero salir de aquí cuanto antes, sin tener que lloriquear como un crío. ¡Esta mierda está demasiado helada!

Capítulo 5

DESAGRADABLE ERROR

Heather

Hace mucho que no despertaba con una genuina sonrisa en mi rostro. Todavía no puedo creer lo locos que fuimos al tirarnos en el muelle de Santa Mónica. Hice ese tonto comentario porque apenas conozco a Kilian y ciertamente no tenía nada que decir que a él le pudiera resultar interesante. Pero mi descabellada idea fue más allá de ser atractiva; creo que fue totalmente tonto. Después de eso, nos limitamos a sonreír y a regresar a casa con una pequeña sensación de valerosidad; al menos así fue para mí.

Dos días después y continúo con la sonrisa en mi rostro... Oh, sí, también con algunos estornudos como consecuencia de la fría agua.

Saco mi cuaderno de Literatura; es mi clase optativa y sí que la disfruto al máximo. El auditorio, poco a poco, se llena y, mientras llega el profesor, aprovecho el tiempo para avanzar con mi lectura. Apenas levanto la vista cuando una chica rubia se sienta a mi lado; sé que es nueva, porque es la primera vez que la veo entre mis compañeros, y vaya que soy buena recordando rostros. Le sonrío y vuelvo a enfocarme en mi lectura, un poco incómoda de que haya escogido, precisamente, el asiento a mi lado; siempre ocupó los últimos lugares, ya que me siento mejor estando lejos de todos.

De soslayo veo que ella está intrigada con el libro que tengo entre mis manos.

—Vaya elección. —La escucho decir. Levanto la vista hacia ella para cerciorarme de si es conmigo con quien está hablando; ella señala al libro—. Es un poco deprimente, ¿no crees?

Los libros de Nicolas Sparks no son deprimentes... Bueno..., quizás un poco, pero los amo.

—Quizás, pero vaya que te cuele hasta los huesos.

Ella sonríe y asiente en muestra de que está de acuerdo.

—Por supuesto que sí. Ese es el don que tiene. ¿Qué tal la clase? — Observa con cierta preocupación el auditorio, que ya se ha llenado por completo.

—Interesante.

—Eso es genial —responde aliviada—. El primer semestre tomé la clase vía *online*. Iba a hacer lo mismo con este pero, de último momento, decidí que ahora la tomaré presencial.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer?

Me doy por vencida y guardo el libro en mi bolso, asegurándome de que no se doble ninguna de sus páginas. La chica toma su tiempo para contestar; luego me observa y se encoge de hombros, y no sé cómo tomar su expresión.

—Creo que necesitaba un cambio y, quizás, intentar ser un poco más social.

—Créeme: ser social apesta.

Parpadea un par de veces; luego se ríe, y yo apenas lo hago.

—Soy Violet. —Se presenta ofreciéndome su mano para estrecharla; contesto diciéndole mi nombre, y la pequeña introducción se acaba cuando la clase está por empezar.

El mes de marzo, para mí, es como si fuera el auge de la primavera. La ciudad pasa soleada casi todo el año y, por las noches, se recubre de un cálido clima pero, en este mes en particular, el sol y las suaves temperaturas hacen que hoy sea un día perfecto para tomar las calles sin rumbo alguno, que es lo que tenemos planeado hacer Lindsay y yo tan pronto como acabe esta clase.

Me tomo mi tiempo asegurándome de anotar correctamente las citas

bibliográficas que nos han dado para el siguiente encuentro; Violet también hace lo mismo, y al final ambas terminamos casi al mismo tiempo.

—Bueno, eso no ha estado mal —comenta cuando quedan unos pocos estudiantes en el auditorio—. ¿Nos vemos en el siguiente encuentro?

—Claro.

Ambas nos ponemos de pie. Violet mira su reloj y suspira.

—Lo malo de los encuentros presenciales es que esperas demasiado tiempo para la siguiente clase.

Rueda sus ojos risueña, y salimos del auditorio. Ser nueva siempre es algo abrumador y casi aterrador; es algo que todos hemos experimentado, y sabemos que no es nada bonito, por lo que no creo que sea mala idea intentar salvar el día de esta chica.

—Mi compañera de cuarto y yo tenemos planeado pasear por la ciudad. ¿Te gustaría venir?

Puedo ver en sus ojos el brillo que demuestra que la idea de salir resulta más atractiva que esperar sentada por tu siguiente clase.

—No lo sé..., no quiero arruinar sus planes.

—Oh, claro que no lo haces.

Ella termina aceptando, y nos encontramos con Lindsay, quien mira confundida a Violet y luego me observa a mí como esperando una explicación; lo único que hago es presentarlas e informarle que se unirá a nosotras. Al principio no parece agradaarle la idea, pero apenas hablan un poco y las cosas parecen cambiar.

Nuestra conquista al mundo, como dijo Lindsay, comenzó por detenernos por un In-N-Out Burger; es realmente necesario darle un poco de sabor a nuestro inicio de semana. Violet resulta ser una chica muy tranquila y amistosa; a pesar de conocernos recientemente, no se hace difícil entablar una conversación con ella. Por momentos la he visto por el espejo retrovisor y es como si un interruptor se apagara y tornara su mirada en tristes ojos azules que observan por la ventana de mi auto; pero, en cuanto digo algo para integrarla a

la conversación, su interruptor se enciende y vuelve a sonreír. Quizás soy muy suspicaz o solo estoy delirando respecto a esto, pero se siente como si su sonrisa fuera una fachada, o puede que sea solo mi tonta manía de sobreanalizar a las personas.

—¿Por qué estas repentinas ganas de hacer amigas? —me pregunta Lindsay cuando Violet ha ido por un helado.

—No lo sé, ella parece muy encantadora. ¿No te agrada?

—Sí, me agrada; es solo que es raro en ti.

—La chica iba a pasar un horrible primer día; solo quise evitar eso.

—¿Primer día? ¿Cómo es eso posible a estas alturas?

—Tomaba sus clases *online* y ahora se ha decidido por la modalidad presencial.

—Entiendo. No lo sé..., puede ser nuestra oportunidad de redimirnos, ¿sabes? —Reflexiona mirando hacia Violet—. Yo no he tenido muchas amigas por mi feo pasado, y tú has sido una engreída durante un tiempo: es nuestro momento de hacer las cosas bien.

Lindsay nunca me ha hablado demasiado de su pasado; solo sé que ella no está orgullosa de él y que odia un poco a su familia. Es todo lo que sé y no espero que, en tan solo unos meses de ser compañeras de habitación, me lo confiese; pero, gracias a que cada una vivió su oscuro pasado a su manera, ambas congeniamos y tuvimos ese lazo de comprensión. Quizás tiene razón: tal vez Violet puede ser un buen objetivo para borrar toda mi culpa y, por lo mismo, ser diferente con ella.

—Cuando la invité ni siquiera pensé en ello, pero tienes razón. Ya veremos qué pasa.

Lindsay sonríe y termina de devorar la hamburguesa que tiene frente a ella.

Estaciono mi auto en la entrada sur de la calle Rodeo, y acordamos dar una pequeña caminata por la Vía Rodeo. Esta área es muy visitada, ya que está llena de *boutiques* y de las tiendas más caras del mundo; pero, contrario a lo que piensan los turistas, es muy complicado —por no decir raro— encontrarte

a algún famoso, aunque Lindsay no para de pedir suerte para que podamos toparnos con Tom Cruise, o quizás nos sacamos la lotería con Brad Pitt.

—¿Alguna vez has entrado a alguna de estas tiendas? —le pregunta Lindsay a Violet.

—Solía acompañar a mi mamá a la tienda de Fendi, pero hace mucho que eso no sucede. —Su voz muestra un deje de tristeza.

Lindsay y yo intercambiamos miradas intentando descifrar qué terreno baldío hemos removido, mientras que Violet se queda demasiado tiempo contemplando la tienda y hasta después se percata del trance en que estaba.

—Lo siento, chicas —se disculpa ofreciéndonos una sonrisa tierna.

—Tu mamá... ¿ella falleció?

—¡Lindsay! —chillo molesta por la pregunta demasiado personal que ha hecho y porque ni siquiera ha tenido tacto para realizarla.

—No pasa nada, Heather —responde dándome un suave apretón en el hombro—. Pero preferiría hablar de otra cosa.

—Por supuesto, Violet. Recorramos las calles y veamos con qué celebridad nos topamos —ofrezco.

—Por favor, que esta vez sí encuentre a Tom Cruise —pide Lindsay juntando sus manos hacia el cielo.

—Ella tiene una obsesión con él —le explico a Violet, y así cambiamos de conversación por completo.

A última hora decidí asistir al juego de fútbol americano del equipo de la universidad; el profesor de la última clase se ausentó y el bullicio del juego era tanto que sentí curiosidad de echar un vistazo. Faltan solo cinco minutos para que el juego termine y el equipo de casa salga victorioso; sé que así será y lo mejor es marcharme antes de verme atrapada en la euforia de los fanáticos.

Las porristas del equipo están haciendo sus rutinas con sus cintas y gritando tan fuerte como pueden sus lemas; y quien sea que ha sujetado mi bolso, mientras paso a lo largo de la banca, ha pretendido que intente uno de sus pasos, porque he hecho todo un malabar para evitar caerme por las gradas.

Recobro el equilibrio y volteo dispuesta a gritarle a quien sea que ha hecho que casi caiga de bruces. Inmediatamente me quedo callada cuando reconozco a quien ahora me tiene sujeta del antebrazo y me ayuda a salir de las gradillas llevándome en dirección a la entrada principal como si yo se lo hubiera permitido.

—¿Creíste que te librarías tan fácilmente de mí? —Dicha esa pregunta, me suelta y se cruza de brazos, y se recuesta en la malla que hay en la entrada.

Le lanzo una mirada desdeñosa y reacomodo mi bolso cruzado.

—¿No te agradecí por el paseo en tu maravilloso auto y por casi coger un resfriado?

Alza su ceja al mismo tiempo que sonríe.

—Casi coges... —Su tono es divertido y ¿perverso?

—Un resfriado —puntualizo.

—Claro —asegura con igual diversión—. Pero no solo das un paseo en mi maravilloso auto y te olvidas del sexi Kilian Price. —Sus labios están alzados en una coqueta sonrisa, y yo me río tan fuerte que tengo que cubrir mi boca.

—¿Se suponía que nos volveríamos a ver? Pensé que me habías tolerado solo por compasión ante lo patética que estaba.

—¿No siempre eres patética? —pregunta acariciando su definido mentón.

Este chico tiene ese ridículamente guapo rostro de actor, con su cuadrada mandíbula y con su rubio cabello en un estilo despreocupado —ni muy corto ni muy largo—, que lo hacen ver tan bien, pero no demasiado como para llamarme patética. Solo yo puedo referirme a mí misma de esa forma.

—No, solo cuando me rodeo de patéticas personas. Ya sabes, tú podrías ser uno de ellos —comento despreocupada encogiéndome de brazos.

Él ladea su boca en una sonrisa encantadora, nada que ver con su

personalidad.

—¿Por qué has salido antes de que acabe el juego?

—Evito la euforia colectiva. —Empiezo a caminar al escuchar el silbido final del juego y los gritos de emoción.

Kilian no me sigue, pero yo no voltearé a verlo por nada del mundo, así que continúo caminando. Al cabo de unos segundos, escucho pasos apresurados que se dirigen hacia mí.

—¿Estarás libre mañana por la tarde?

—Quizás.

—¿Salimos por ahí?

Me detengo y él también lo hace. ¿De qué va todo esto? Llevo un mechón de cabello detrás de mi oreja y apenas lo observo.

—Depende el lugar y depende de si otra vez me llamarás patética. —Apoyo todo el peso de mi cuerpo en el lado derecho, sin saber muy bien qué hacer.

Kilian parece que estallará en risas, pero logra controlarse y adopta una postura seria.

—No prometo nada sobre evitar llamarte patética, pero lo intentaré. —Trata de ocultar una sonrisa—. Y bueno, tenemos pensado ir a Santa Mónica, ya sabes, para distraernos un rato. Jugaremos algo de voleibol.

—Suena genial. No me digas que también eres un jugador de voleibol.

Él sonríe y jala un poco la tela de la camisa en la parte de su pecho, en un evidente gesto de superioridad.

—No, pero te sorprenderías de saber todo lo que soy capaz de hacer. —Ha sonado malditamente sexi.

Finjo exasperación, pero la verdad es que intento ocultar la forma en la cual esas palabras han erizado mi piel.

—Está bien. ¿A qué hora quieres que esté ahí?

Arquea su ceja derecha y me mira curioso.

—¿No me pedirás que pase por ti?

Frunzo mi ceño al ver su expresión de sorpresa.

—Puedo llegar por mi propia cuenta, Kilian.

—Genial, porque no soy del tipo que pasa por la chica, y toda esa porquería. Nos vemos mañana a las cuatro —dice y se despide de mí de la manera menos linda: poniendo su mano en mi cabeza y moviéndola de un lado a otro, despeinando mi cabello.

Me echo hacia atrás, al tiempo que alejo su mano y gruño, mientras él sonrío y se dirige nuevamente hacia el campus de fútbol. Miro mi reflejo en la pantalla de mi celular, y vaya que ha hecho un gran trabajo al alborotar todo mi cabello.

Llego a la residencia y Lindsay no está en nuestra habitación, así que aprovecho para tomar mis cosas y dirigirme a las duchas. Esta es una de las cosas que odio de la residencia...: no tener una ducha propia. Pero es algo que supe cuándo elegí quedarme en la residencia, en lugar de permanecer en mi casa, que era lo más lógico para todos menos para mí.

Debido a lo largo que tengo mi cabello, me tomo mi tiempo para lavarlo. Lo llevo a la mitad de mi espalda y, si no lo amara demasiado, hace mucho tiempo que me lo habría cortado. Mientras me ducho, recuerdo la forma en la cual Kilian me hizo sentir con sus palabras sugerentes, pero a la misma vez me río porque es estúpido el hecho de que me sienta así cuando su naturaleza innata es decir cada palabra que sale de su boca de forma seductora. Creo que, si lo veo más tiempo, lo mejor es que me acostumbre a eso.

Sintiéndome totalmente refrescada, envuelvo una toalla a la altura de mis pechos y salgo de las duchas para regresar al cuarto. Sonrío cuando miro la puerta entreabierta y ruego por que Lindsay se haya encargado de la cena, pero la sonrisa es totalmente efímera cuando veo que no se trata de Lindsay.

—¿Qué haces aquí? —gruño enfatizando cada palabra, mientras pienso en las maneras en las cuales podría matar a Ryle.

El muy idiota está acostado en mi cama, hojeando algunos folletos que tengo en mi mesa de noche.

—¿No es obvio? He venido a verte.

—Bueno, resulta que yo no quiero verte. —Le arrebato los papeles de entre sus manos—. Necesito vestirme, y para eso quiero que salgas.

—¡Como si nunca hubiera visto ese cuerpazo! —lanza mientras se acomoda más en la cama, sin ningún intento de largarse.

—Eso fue un desagradable error, Ryle, y no volverá a pasar. Ahora, que lo sabes, te pido que te largues.

Al notar mi determinación, se levanta furioso de la cama, por lo que, sin dudar, doy unos pasos hacia atrás y me alejo de él lo más que puedo.

—Eso no era lo que decías antes, Heather. ¿Quién te está lavando el cerebro y te ha puesto en mi contra?

—El hecho de que no quiera saber nada de ti no significa que alguien me esté lavando el cerebro. Ya no soy la misma de antes y, si no te has dado cuenta de ello, es porque estás ciego.

Ryle se acerca todavía más a mí, por lo que retrocedo y pego contra el clóset, lo que me deja sin oportunidad de poner espacio entre nosotros.

—Tu mamá cree que es cuestión de una etapa rebelde, pero ya no estoy tan seguro de eso. —Intenta tocar mi rostro, pero detengo su mano. Él asiente y se aleja de mi lado—. Dime: ¿cuánto tiempo te durará el caprichito que tienes con quién sabe qué perdedor, para entonces volver por ti?

¿Cómo rayos nunca me percaté de lo imbécil que es Ryle?

—No es ningún caprichito, Ryle. Y si así lo fuera, ya les he dicho a ti y a mis padres que no regresaré contigo ni por la fortuna de Roma. ¿Qué hago para que lo entiendas?

—Jugaré tu juego, Heather: te daré unas semanas y luego rogarás por volver conmigo. —Se acerca a mí y, viéndome sin pestañar, agrega—: De eso me encargo yo.

En cuanto sale, prácticamente corro a poner el pestillo de la puerta y apunto mentalmente a nunca, nunca, nunca dejar sin seguro la habitación.

Capítulo 6

TENÍAS QUE FIJARTE EN ELLA

Kilian

La clase de Actuación Contemporánea es impartida por una de las mejores cineastas de la ciudad, Sofia Spielberg, quien ha sido candidata tres veces a los Premios Óscar en la categoría de mejor director. Y aunque ha obtenido el premio solo una vez, es un jodido regalo tenerla de profesora o, incluso, es una espléndida oportunidad pasarle un simple vaso de agua, y no exagero.

Hago lo mejor por destacarme en su clase, y eso implica analizar con detenimiento cada una de las piezas teatrales que ella nos asigna; y la tragedia *Romeo y Julieta* es un clásico shakesperiano que, sin duda alguna, estará entre sus listas, aunque debo decir que, cuando lo confirmé, me decepcioné un poco. Es decir, ¡vamos!, es la más recreada en toda la historia de los Estados Unidos, y juraría que, hasta en el mundo entero, hubiese preferido sus segundas obras más representadas. *Hamlet* y *Macbeth*, en lugar del ¡Romeo, Romeo! No entiendo cómo una trágica historia llama tanto la atención al extremo de que las chicas vayan diciendo por la vida que quieren un amor como el de Romeo y Julieta.

¡Una completa y real porquería!

Nadie con sentido común querría que su amada muriera de manera trágica y que, luego, él se clavara un puñal y ella despertara de su puto sueño para, en realidad, quitarse la vida. Así que, para mí, suena tan ridículo cuando una

chica dice que quiere un amor trágico y patético como el de ellos.

Claire y Shemar están representando una escena de la obra, pero apuesto una jodida cerveza que, en cualquier segundo, Sofia cortará la escena porque ellos lo están haciendo mal. Claire es una verdadera competencia entre nosotros, pero se está dejando llevar más por su papel de resentida con Shemar que por la representación de sufrida enamorada de Julieta. Eso pasa cuando tu compañero de escena es el exnovio que te engañó «con cada ser viviente con una vagina», como le gritó Claire frente a la clase.

—¡Corte! —grita Sofia, lo que visiblemente altera a todos en el salón.

Sofia se levanta de su silla de directora y sube al escenario al lado de ellos, y tengo que cubrir mi boca para evitar carcajearme ante la mirada asesina que Claire le lanza a Shemar.

—No sé qué pasa contigo, Claire. Según tu historial, creí que harías una buena Julieta.

—Te prometo que puedo, es solo que no me siento a gusto con mi compañero.

¡Aquí vamos! No hay que ser Einstein para saber que Sofia Spielberg no es de las que acepta excusas de mierda como esas. Sofia le ofrece una mirada de consuelo y luego se acerca a ella con demasiado ímpetu.

—Recuérdame, por favor, qué estas estudiando.

—Actuación —contesta Claire sin vacilar.

—¿¡Y tú crees que afuera te preguntarán si te llevas bien o no con algún actor!? —le grita haciendo que Claire dé un respingo—. ¡Siguiente pareja!

Miley se levanta al mismo tiempo que yo lo hago y, una vez que estamos en el *backstage*, sujeto su codo.

—Miley, más te vale que hagas bien tu papel porque, si fallas, te juro que...

—Tranquilo, Price —dice al tiempo que se suelta de mi agarre—. No solo tú tienes por objetivo impresionarla.

—Yo no necesito impresionar a nadie: basta con mi encanto para dejarlas anonadadas.

—¡Ay, sí! Pues eso no te ha funcionado conmigo.

Curvo mi boca en una sonrisa y me acerco a su oído para susurrarle:

—Cariño, eso es porque ni siquiera me he molestado en intentarlo. —Y antes de alejarme, le doy un fugaz beso en su mejilla, lo que hace que se ponga colorada.

Una vez en el escenario, Sofia nos da las indicaciones de continuar justamente donde ellos han dejado la obra y, sabiendo el guion de memoria, damos inicio a nuestra interpretación.

—... *La rosa no dejaría de ser rosa y de esparcir su aroma aunque se llamase de otro modo. De igual suerte, mi querido Romeo, aunque tuviese otro nombre, conservaría todas las buenas cualidades de su alma...*

Ella lo está haciendo bien y, mientras me meto en el papel de romántico empedernido, en mi mente busco el rostro de cualquier chica con la que alguna vez haya tenido un rollo para imaginar que es a una de ellas a la que le recitaré las próximas líneas, pero no tengo ni una puta idea de por qué el rostro de Heather es el primero que viene a mi mente, lo que provoca un total desconcierto en mí. Miley abre demasiado sus ojos cuando sé que es mi turno y, reconectándome con el presente, recito mis líneas y logramos acabar la escena a la perfección, al ver la evidente aceptación de Sofia.

Ahora, que las clases del día han finalizado, me espera la playa de Santa Mónica y, en cuanto recuerdo que he invitado a Heather, no es la misma emoción que usualmente siento.

Ella no solo se ha atrevido a llamarme «maldito chico estrella», sino que ha sido osada de meterse en mi subconsciente y ni siquiera está en mi lista de futuros ligues. Y no es porque no sea atractiva a mis ojos. ¡Demonios!, es súper atractiva a mis ojos, pero soy consciente de que ella merece más que un polvo.

Desde ayer me he estado preguntando por qué demonios la invité a nuestro juego; en el momento fue una excelente idea como parte del plan que estoy llevando a cabo; sin embargo, ahora quisiera echar un paso atrás y desistir de

ese jodido plan. Entonces, recuerdo que soy Kilian Price y nunca me echo para atrás ante nada ni nadie aunque las consecuencias puedan llegar a ser fatídicas.

Aparco con facilidad frente al café donde siempre nos reunimos, que es como nuestro lugar emblemático. Entro al local buscándolos, y los localizo rápidamente en una de las mesas. Ralph me mira primero; tuerzo mi gesto al ver que ya está fumándose su mendigo cigarrillo y que Jordan está enfocado en su celular, aunque este se percata de mi presencia, ya que se gira para verme.

—¿Te retrasaste con tu Julieta? —bromea Jordan golpeándome en el brazo.

—¡Romeo, sálvame! —exclama Ralph dándole una calada a su cigarrillo.

—Si algún día me piden ayuda para colarse en una fiesta de Hollywood, tengan por seguro que no moveré ni un dedo para ayudarlos.

Ambos se carcajean y, luego de intercambiar nuestro saludo, chocando las manos y luego los puños, me siento en la mesa con ellos.

—¿Y bien?, ¿qué planes tenemos después del juego? —pregunta Jordan sin despegar su vista de su iPhone.

—Yo tengo que arreglar lo de las apuestas para este fin de semana —nos dice Ralph— pero, si tenemos un plan mejor, eso puede esperar.

—¿Por qué simplemente no pasamos el resto de la tarde en la playa? —propone Jordan.

—¿Quieres broncear tu piel canela para ser un delicioso chocolate? —se burla Ralph, lo que provoca mis risas y hace que Jordan deje su celular por un momento.

—Al menos las chicas prefieren un delicioso chocolate negro que un chocolate blanco porque, hermano, estás tan blanco como Gasparin.

Ahora sí que me carcajeo mientras los escucho discutir por tonterías.

—Parecen unas nenas que rivalizan por una mierda —sigo.

—No estoy tan blanco como ese tonto fantasma —contesta Ralph, enfadado, mientras lo señala con su cigarrillo—. Yo tengo un bronceado por el que todas las nenas se mueren.

—Lo que digas. —Jordan sigue enfocándose nuevamente en su celular.

—Este fin de semana las apuestas tienen que ser abundantes —nos recuerda Ralph—. Necesitamos mucho dinero para el Coachella.

—Por supuesto —digo sin dejar de observar a Jordan—. Será nuestro tercer año consecutivo, no podemos faltar. ¿No es así, Jordan?

Él contesta con un sonido que indica que está de acuerdo, pero ya me he hartado de su repentina actitud por lo que, sin que él lo prevea, le arrebató su celular para ver qué demonios hace que nos ignore casi por completo. Intenta recuperarlo, pero se lo paso a Ralph, y es él quien se burla de lo que sea que estaba haciendo Jordan.

—¿Quién demonios es Lindsay y por qué la has invitado a que se una a nosotros?

—Espera. —Tomo el celular entre mis manos—. No me digas que se trata de Lindsay, la amiga de Heather.

—¡Maldita sea! ¿Por qué siempre me excluyen? —refunfuña Ralph—. ¿Quiénes son ellas?

—Nadie importante —contesto al tiempo que deseo partirle el rostro a Jordan.

—Ni se te ocurra mirarme de esa manera; tú invitaste a Heather ¿y es malo que yo haga lo mismo con Lindsay? Además, solo le estaba dando la dirección correcta.

—Yo ya se la había dicho a Heather.

—Solo le dijiste que la verías en Santa Mónica, vaya que fuiste claro.

—No se preocupen, que no estoy para nada confundido —ironiza Ralph.

—Los veré afuera —mascullo al tiempo que me pongo de pie, lo que hace que la silla produzca un gran ruido.

Afuera, intento golpear cualquier cosa que se ponga en mi camino, pero no encuentro nada y lo único que consigo es un tarro de basura, así que desquito mi furia en él y lo estampo contra la pared. Las personas que pasan por la calle me miran demasiado curiosas, pero me vale mierda lo que piensen de mí.

La puerta principal del café se abre y Jordan y Ralph vienen hacia mí.

—¿Por qué te molesta tanto que la haya invitado? —grita Jordan alzando sus brazos a la nada.

Camino hacia él y lo tomo de su camiseta.

—Porque no había necesidad de que, entre tantas chicas, te enrollaras con la amiga de Heather.

—¿Qué hay de malo en eso, Kilian? —Suelta su camiseta de mi agarre y me mira molesto.

Pero jodidamente él no puede estar más molesto que yo. Entre tantas chicas en la UCLA y en todo L.A, él va y se fija justamente en ella.

—Es claro, Jordan. —Escucho que dice Ralph interponiéndose entre nosotros—. Tiene miedo a que entre ustedes pase algo y, por ende, tenga que ver constantemente a Heather. Pero, entonces, ¿por qué la has invitado? — Trata de retarme con su mirada de mierda.

—Eso es algo que a ti no te interesa. —Lo empujo lejos de mí, molesto como el infierno—. Los veré en la playa.

Nunca me he metido en la vida sentimental de Jordan. Si se ha enrollado con cada chica que se pone en su camino, es su problema; si se ha emborrachado cuando se ha enamorado hasta los huesos, he estado para él y hemos tomado hasta el extremo de olvidar nuestros nombres, pero esta vez no solo ha escogido a cualquier chica, se ha fijado justamente en la amiga de Heather, lo que arruina completamente mis planes.

Solo esperaba poder demostrarle a Heather de que ella no es ninguna cobarde y, una vez que mi misión estuviera terminada, ella desaparecería de mi radar por completo. Pero si Jordan termina clavándose con Lindsay, la incluirá en nuestro grupo y, eventualmente, Heather también se unirá.

Por fortuna, encuentro un lugar disponible en el parqueo de la playa y, ya que no sé cuánto tiempo estaremos, pago el día entero de alquiler. Algunos tipos me saludan y me preguntan por la próxima carrera, a lo que les informo que será, como siempre, el sábado, y los emociono tanto asegurándoles de que no se los pueden perder.

Ralph y Jordan reaparecen con un *six pack* de Heineken, y Jordan me ofrece una al tiempo que se sienta sobre el muro de concreto, a mi lado, mientras que Ralph se queda de pie frente a nosotros.

—Es completamente estúpido que discutamos por algo que ni siquiera ha sucedido. —Jordan me mira mientras le da un trago a su cerveza.

—Te observé el otro día y era evidente lo mucho que te gusta así que, eventualmente, te tendrá a su merced. Además, ¿desde cuándo te escribes con ella?

—Me topé con ella en la universidad, conversamos e intercambiamos nuestros nombres de usuarios en Instagram.

—Hay que darle un punto de aprobación a la chica por no darle su número, ¿no crees? —comenta Ralph intentando quitar el hielo entre Jordan y yo.

Doy un trago a la cerveza y no comento nada más. Lindsay es inteligente y espero que sea lo suficientemente astuta para alejarse de nosotros, porque somos los tíos con más problemas de este mundo. Pero también sé que Jordan es un buen tipo y se merece lo mejor, y no soy quien para decirle qué debe hacer con su puta vida sentimental o no. Si tienen suerte, bien por ellos, y si no allí estaré yo para, con todo el gusto del mundo, recordarle un «Te lo dije».

—Haz lo que quieras, Jordan, pero, si algo sale mal, seré el primero en embarrártelo en tu cara.

Ralph y Jordan se ríen.

—Te dije que bajaríamos su melodrama de telenovela barata con sus cervezas favoritas —le dice Ralph a Jordan entre risas.

—No me jodan, necesitan más que un *six pack* para contentarme.

—Oh, espera a ver el auto. —Jordan sonríe—. Está lleno de municiones.

Ralph observa su reloj, luego mira en dirección al parqueo de la playa.

—Ustedes hacen un lío por estas tías y ellas ni siquiera aparecen. —Ralph dirige su vista en dirección al parqueo—. Ojalá que sean lo suficientemente guapas como para compensarnos por hacernos esperar casi media hora.

—Las viste el día de la carrera de Kilian contra Liam, ¿no las recuerdas?

—Jordan, estaba rodeado de un dineral como para prestarle atención a unas calientes tías.

—Quizás se arrepintieron y no vendrán —digo despreocupado mientras me acabo, de otro trago, mi cerveza. Ambos me miran acusatorios, por lo que agregó—: Y si es así, no me culpen, yo no he hecho absolutamente nada.

Jordan recibe un mensaje y, una vez que lo ha leído, se pone de pie para escanear entre la multitud. Ni siquiera tengo que voltear a ver de quién se trata porque sus ojos se iluminan a más no poder, lo que hace que Ralph le dé un golpe en el pecho.

—Hermano, tampoco te pases —pide y hace que Jordan salga de su patético trance y regrese a la tierra.

Si de ganarme la lotería se tratara, apostaría por que Jordan ya está clavado, y yo sería un jodido millonario.

Al parecer, la forma cariñosa en la cual Lindsay saluda a Jordan no es nada usual en ella, porque Heather la observa como si estuviera confundida. Ya somos dos. Y ella... ¡Demonios! Heather está preciosa para un simple día de playa, con su vestido playero corto y con sus sandalias planas, las cuales tienen unas cintas que llegan hasta arriba de su tobillo, que parecen sacadas de una película de gladiadores. Cuando nota que la estoy observando, sus carnosos labios forman una media sonrisa; luego intercambia un saludo de manos con Jordan y con Ralph, y este último las inspecciona sin descaro alguno, lo que hace que Heather rápidamente salga de su perímetro y se plante detrás de mí. Me da la sensación de como si yo fuera un escudo protector para ella, y no sé por qué siento que, si Ralph se hubiese quedado viéndola otro segundo de esa forma, habría metido un puñetazo en su boca.

—Siento mucho la tardanza; el tráfico ha estado más loco que nunca —se excusa—. Y Lindsay no ayudó en nada estacionando en el parqueo principal.

—¿No has estacionado al lado de la playa? —pregunta Ralph disimulando, un poco más, el hecho de que está idiotizado por ellas. Estará idiotizado por mi puño si él también se comporta como un imbécil.

—Pensé que estaría como siempre: lleno —se defiende Lindsay sonrojada.

—Bueno, ya están aquí. ¿Quieren una? — Jordan les ofrece una cerveza a cada una; ambas la aceptan y es como si fuera un alivio para ellas.

Ralph hace conversación con Heather y, aunque en un principio ella parecía incomoda ante su escudriño, ahora se muestra cómoda contestando a sus preguntas, ignorándome por completo, lo cual es jodidamente chistoso porque he sido yo quien la ha invitado a venir y, luego de su justificación por haber llegado tarde, ni siquiera ha cruzado palabra conmigo.

—Jordan, acompáñame a traer las otras cervezas —le pide Ralph.

—Yo los acompaño —agrega Lindsay casi de inmediato.

Todos se marchan, por lo que quedo solo con Heather. Pasan unos segundos, en los que ambos estamos en silencio, y al instante creo que fue mala idea invitarla, porque su silencio me hace pensar que no está cómoda, y no parecía así la otra noche. Sin nada que decir, me limito a observar al grupo que está jugando en la playa.

—Y bien... —Heather interrumpe al silencio mientras juega en la arena con la punta de sus sandalias—. ¿No piensas decirme nada o no estás de humor?

La observo y ella continúa viendo hacia la arena, pero luego levanta la vista para observarme. Siempre que la veo a los ojos es como si por unos segundos me quitara el aliento con el impresionante color grisáceo de sus ojos, pero ahora, que está completamente a la luz del día, es jodidamente rara la forma en la cual me hace sentir.

—No estoy de humor —contesto a secas.

Ella frunce sus labios y me observa como si estuviera a punto de justificarse.

—Sé que no te agrada Lindsay y, hasta cierto punto, creo que yo tampoco te agrado. Y aunque tengo poco tiempo de conocerla, nunca la había visto tan entusiasmada con un chico y no soy quien para decirle qué debe hacer o qué no. —Me mira de una manera tan dulce que no me gusta.

Todavía piensa que no es de mi agrado y, portándome de esta manera, no

haré que cambie su manera de pensar.

—Heather, ¿crees que te invitaría a pasar la tarde conmigo si no me agradaras?

Sus impresionantes ojos se abren en asombro; parpadea un par de veces, para luego llevar un mechón de cabello detrás de su oreja, y baja un poco su vista.

—Y si te caigo bien, ¿por qué estás actuando tan distante conmigo?

Suspiro y vuelvo a ver en dirección a la playa.

—Porque es mi forma de ser —admito—. Nunca esperes de mí un saludo cursi o alguien sin imperfecciones. Soy así, Heather, y estoy lleno de mucha mierda que hará que salgas corriendo lejos de mí; además, saber que tu amiga y mi mejor amigo podrían estarse enrollando no fue para nada de mi gusto.

Siempre digo, exactamente, solo un poco de lo que siento, pero de alguna manera Heather ha logrado que hable demasiado, y eso me incomoda mucho. Por suerte, ella no dice nada más, y los chicos han regresado y me han salvado el trasero. Inmediatamente Lindsay le susurra algo a Heather que hace que ella se moleste por lo que le ha dicho, y ambas se disculpan un momento y se alejan de nuestro alcance.

—Es impresionante lo guapas que son —comenta Ralph—. Es decir, míralas. Heather, con su cuerpo, con su despampanante y largo cabello negro y con esos ojazos que derriten a cualquiera. Y Lindsay, con esas curvas, con esas hermosas pecas en su rostro y con su gran seguridad al llevar el cabello de ese color. ¡Uf! ¡Rayos! Se han sacado la lotería.

—Olvidaste decir que son sexis —agrega Jordan.

—¿Por qué no se acuestan con ellas y dejan de decir tanta mierda? —les espeto.

—¿Y permitir que me partas la cara? —casi grita Ralph—. Hombre, tengo un poco de dificultades con los estudios, pero no soy tan idiota como para intentar algo con Heather.

—Nadie con sentido común lo intentaría —agrega Jordan con una sonrisita

que colma mi paciencia.

—¿Qué demonios están insinuando?

—No estamos insinuando nada —contesta Ralph—. Estamos afirmando, por la manera en que te estás comportando, que Heather terminará siendo tu chica, y no me refiero a tu chica por una noche, sino que terminarás en una relación formal con ella.

Por un momento los observo, luego termino carcajeándome de ellos.

—Definitivamente han vuelto a fumársela, ¿no es así?

—Nah, hace mucho que dejamos esa etapa —dice Jordan.

—Entonces, está claro que Lindsay te está afectando el cerebro, porque eso jamás pasará, y será mejor que se detengan si no quieren que les desfigure el rostro.

Ambos se vuelven a carcajear y observan en dirección a ellas. Mientras miro a Heather me pregunto: ¿Kilian Price en una relación? La sola idea es tan absurda que me provoca un malestar en mi estómago y, aunque no conozco a Heather completamente, lo que sea que Lindsay le esté diciendo también resulta molesto para ella.

Capítulo 7

LOS MOSQUETEROS

Heather

Pensaba que sería un buen día y que podría olvidarme de mis problemas pero, cuando más huyes de los problemas, ellos más te persiguen y no te dejan escapatoria alguna. Sigo sin comprender cómo es que Ryle ha dado con Lindsay, pero es un hecho de que se trata de él y de que está aquí buscándome.

—Se trata de Ryle Hughes, es mi exnovio, que no supera el hecho de que no quiero regresar con él —aclaró—. Gracias por no darle ninguna información de dónde encontrarme.

—¿Todos los chicos a tu alrededor son así de guapos? —pregunta riéndose pero, si supiera lo engreído y manipulador que es Ryle, la situación no sería nada chistosa para ella. Creo que lo nota porque la risa en su rostro se esfuma—. ¿Es un dolor en el trasero?

—Es como una espinilla que aparece justo antes de una foto importante.

—¡Carajo! ¡Lo presentí! Intentó embaucarme diciéndome que tú lo habías citado aquí, pero se requiere más que un chico guapo para engañarme.

Recorro la playa en busca de Ryle, pero no está a la vista; lo que sí noto es a los chicos, que nos observan como si trataran de descifrar nuestro astuto plan para apoderarnos del mundo. Y entonces, mi mirada se conecta solamente con la de Kilian.

No me esperaba para nada su confesión. Desde que me invitó a dar un paseo

en su auto, fue como un poco desconcertante; pensé que lo hacía por compasión ante lo fatal que, seguro, me veía esa noche. Luego, para mi asombro, viene y me invita a pasar la tarde con él y me confiesa que en realidad no le caigo mal, aunque a la misma vez se porta distante conmigo. Sinceramente no lo entiendo; es, incluso, peor que una chica en sus días de periodo.

Él es el primero en romper el contacto visual y dice algo para que los chicos se rían.

—Deberíamos volver —propongo pero, antes de dar otro paso más, la detengo—. Lindsay, está demás pedirte que no digas nada de esto, ¿verdad?

—Por supuesto, Heather.

—Y otra cosa... —titubeo antes de soltarla—. Te notas feliz, pero creo... creo que deberías de tomarte las cosas con calma.

—Heather, tranquila. Tengo una experiencia amplia, con los chicos, que desearía no tener, y casi había olvidado lo bonito que es que alguien se preocupe por ti cuando apenas te conocen. Pero todo estará bien, lo prometo.

Asiento y ambas regresamos con los chicos.

Nunca había visto tan detenidamente a Kilian; es decir, la primera vez que lo miré fue cuando intervino aquella tarde para evitar que la chica buscara una pelea conmigo. La combinación de sus ojos azules con sus tatuajes le daba un toque oscuro, pero ahora no lo veo tan sombrío; creo que, después de todo, es solo una fachada porque, aunque trate y trate de lucir imperturbable e intente parecer indiferente, ante todo, tengo el presentimiento de que no es así.

Siempre que lo he visto, usa *shorts* de tela, tenis, lentes oscuros o gorra, como ahora —pero nunca ambas opciones al mismo tiempo—, y camisetas con o sin mangas que lo hacen ver tremendamente sexi; y si le agregas una tabla de surf, es como si estuvieras viendo a los chicos que aparecen en la serie de *Hawaii 5-0* cuando están en la playa. Pero estoy diciendo todo esto porque estoy tratando de llevar mis pensamientos a otra dirección, aunque él no me lo está poniendo fácil.

Se ha quitado su camiseta y dejado al descubierto su espectacular cuerpo. Juro por los divinos libros que este chico no puede ser humano. Tiene su abdomen bien marcado, y mis ojos viajan hasta los tatuajes en su brazo derecho, donde tiene una gran rosa que da el efecto de como si estuviera deshojándose. Bajo este increíble tatuaje tiene un león que parece como si estuviera a punto de atacarte y, cuando lleva su mano para echar su cabello rubio hacia atrás, miro con detenimiento la parte interior de su antebrazo, donde tiene el tatuaje de una mano que sostiene un corazón que está desgarrándose.

Kilian me atrapa mientras lo miro con demasiada vehemencia; sin duda alguna, me siento avergonzada.

—Tienes que ser más inteligente, Heather —murmura curvando la comisura de sus labios en una sonrisa maligna; los chicos me miran desconcertados por su comentario.

Malditamente avergonzada, me encojo de hombros y levanto la palma de mis manos disimulando que tampoco tengo alguna idea sobre a qué se refiere.

—Bueno, es hora de comenzar el juego —anuncia Ralph—. Ya están esperándonos —dice al tiempo que guarda su celular en la bolsa delantera de su *short*.

Kilian toma su cerveza y, pasando a la par de mí, me tira su camiseta.

—Llévala por mí —me pide ocultando una risa.

Me quedo viendo la camiseta, incrédula de que crea que soy su chacha.

—¿Y a este qué le pasa? —Lindsay sonríe.

—Cree que está dejando en claro su punto de que no le agradamos. Te dije que venir era una mala idea —refunfuño—. Pero Jordan tenía que animarte para que mis planes se vinieran abajo.

—¿Realmente tenías planeado dejarlo plantado?

—Por supuesto. ¿Es que no ves cómo se comporta? Por unos momentos es amable y, por otros, ni siquiera me dirige la palabra y se comporta como todo un engreído.

Lindsay niega con su cabeza y sonríe, mientras pasa un brazo por mis hombros de manera que me acerca a ella.

—Créeme, Heather: le agradas y mucho, y ese es precisamente su problema.

Quiero decirle que está completamente equivocada, que uno de sus problemas es que ella esté saliendo con Jordan; sin embargo, no comento nada.

La playa de Santa Mónica es una de las más visitadas de la ciudad, y es que no solo por la belleza que es, sino por las atracciones turísticas que la rodean. Y hoy, más que nunca, hay una particular cantidad de personas en la playa bañándose, tomando sol y algunos se quedan viendo jugar a los chicos.

Ambos equipos se arman rápidamente con amigos de Jordan; algunos de ellos resultan ser jugadores del equipo de la universidad, según lo que dicen algunas chicas, a nuestros lados, quienes suspiran extasiadas viendo los fantásticos pases que realizan.

—¿En qué mundo habíamos estado que nunca nos enteramos de que estos chicos existen? —Escucho que exclama Lindsay, pero no soy capaz de quitar la vista de Kilian.

Me río y aplaudo cuando todos los demás lo hacen.

—En un mundo en el que precisamente huimos de ellos —contesto sin dudar.

Ellos realmente disfrutan de lo que hacen, porque las grandes sonrisas en sus rostros son difíciles de borrar. Bastantes minutos después, Kilian y los chicos le han dado la oportunidad a otros de impresionar a los aficionados que están reunidos a nuestro alrededor.

—¡Los mosqueteros siguen siendo los dueños de Santa Mónica, *baby!* — grita Ralph a nadie en específico, pero hace que muchas nos riamos y que algunas chicas se acerquen a él para coquetear.

—Pásame mi camiseta, por favor. —El tono de Kilian es mucho más amable y risueño.

Hago lo que me pide y él empieza a secar el sudor de su frente y de su

pecho.

—Tus cambios de humor van de Canadá a Argentina, ¿lo sabías?

—Absolutamente. Vamos, acompáñame al auto. Necesito ir por otra camiseta.

En vista de que Ralph está coqueteando con algunas chicas y de que Lindsay está enfrascada en Jordan, lo acompaño sin poner ninguna objeción.

Absolutamente él sí fue más inteligente y aparcó en el estacionamiento de la playa, no como Lindsay. Ella no cuenta con un auto; entonces, hay ocasiones en las cuales nos turnamos para conducir mi auto, y esta es una de esas. Y cuando eso pasa, a ella no le gusta escuchar sugerencia y conduce a su total y regalada gana; incluso no presta importancia cuando le sugiero una ruta más corta.

De la valija de su auto, Kilian saca una camiseta blanca y se la pone; luego elige una gorra del mismo color y se la ajusta, y cubre así su cabello rubio. Echo un vistazo y tiene como unas cinco camisetas más, por lo que sé que esta es una rutina para él.

—Me gusta llevar extras, por cualquier cosa —comenta al observarme curiosa—. Heather, en serio lamento haber sido tan directo contigo, pero prefiero dejar las cosas claras en lugar de crearte ideas erróneas. —Cierra de golpe la valija.

—Hay una diferencia entre ser claro y ser grosero.

Él me observa un momento, luego vuelve ajustar su gorra.

—Tienes razón y puedes tomarlo como tú quieras, pero al menos no me reclamarás nada en un futuro.

—No pienso reclamarte nada porque ni siquiera he pensado en un futuro donde tú y yo compartamos el mismo plano.

Estoy consciente de lo que he dicho. No tengo la intención de reclamarle absolutamente nada porque es obvio que esta efímera y rara amistad desaparecerá al cabo de unas semanas. No hay que ser sabios para darse cuenta de que su círculo es justamente lo que quiero evitar.

—Es bueno que lo tengas en cuenta porque...

Las palabras de Kilian son interrumpidas por unos fuertes aplausos provenientes de quien sea que se encuentra a mis espaldas. Giro para ver si se trata de una chica que intenta llamar la atención, aunque los aplausos son más en forma burlesca que de ovación. Me quedo helada al ver que se trata de Ryle.

—¡Vaya, vaya! Pero si es mi chica con un tipo de calle —espeta mirándome con total desaprobación y viendo a Kilian con aires de superioridad.

Llevo mis manos a mis sienes y las froto lentamente, mientras pongo todo de mi parte para evitar que su presencia sea una completa molestia.

—¿Tú no entiendes, Ryle? En serio que ya no sé qué hacer contigo —digo elevando un poco el tono de mi voz.

—Heather, ¿quién es él? —Kilian me toma del brazo y me coloca detrás de él de una forma protectora.

—¿Yo? —dice Ryle sin darme tiempo de contestar—. Yo soy el tipo que hará que lamentes haberte acercado a ella, porque ella es mi novia.

—Yo ya no soy tu novia —musito molesta.

Kilian gira su rostro hacia mí buscando alguna respuesta; sé que se ha dado cuenta de mi molestia, por lo que sus ojos se encargan de transmitir una seguridad reconfortante.

—Es claro que ella ya no quiere nada contigo. Ten un poco de respeto por ti mismo y por ella y acepta su decisión. —Su tono, tranquilo pero autoritario, hace que, aunque no conozcas lo que es capaz de hacer, tu cuerpo tiemble en respuesta.

Ryle se acerca a Kilian hasta estar frente a frente, lo que hace que mi corazón se desborde. Sé que Ryle siempre ha sido el típico chico que intenta dársela de muy machito, pero Kilian ni siquiera se inmuta ante esto.

—Y si no... ¿qué?

Kilian no contesta nada, pero lo que hace provoca que jadee y que tenga miedo de que se vayan a los golpes. Toma de la camisa a Ryle, y la tela de esa zona se hace en un puño en sus manos.

—Si no, te las verás conmigo y, créeme, te desfiguraré el rostro a un extremo que ni tú mismo te reconocerás, así que te vas a alejar de ella.

—No lo haré.

Kilian suelta su agarre y empuja a Ryle con total fuerza, que este cae sentado en el pavimento.

—Creo que hubo un error, porque en ningún momento fue pregunta, fue una afirmación. ¡Vas alejarte de ella! —Pronuncia estás últimas palabras con total detenimiento, como si así fuera más comprensible para Ryle—. ¿Lo has entendido?

El rostro de Ryle se ha tornado completamente rojo cuando me mira como si estuviera completamente endemoniado. Ignora por completo a Kilian y me señala.

—Voy a cumplir mi promesa, Heather. Tarde o temprano entenderás que dejarme por este tipo fue una barrabasada y, entonces, regresarás arrastrándote por mí.

Quiero contestarle que en realidad yo no lo he dejado por nadie, pero prefiero que piense eso; quizás así deje de insistir conmigo. Ambos lo observamos marcharse y, una vez que está lejos de nosotros, Kilian se acerca de nuevo a mí y me inspecciona, pero dudo mucho de que se percate del miedo desbordante que experimenta mi corazón.

—Esto no puede traer nada bueno —digo intentando alejar el escudriño de Kilian, mientras me imagino que Ryle correrá a mis padres a contarles esto—. En serio, muchas gracias, Kilian, no tenías por qué hacerlo. —Repentinamente mi tono de voz ha disminuido, no por lo que pasó entre ellos, sino por las consecuencias de lo que esto tendrá. Incapaz de verlo, miro hacia el horizonte, donde se empieza a poner la puesta del sol.

—Hey —susurra al tiempo que me toma del mentón—. Está bien, ni siquiera lo lastimé.

Niego e intento reír, pero no lo consigo.

—Por mí podrías partirle la cara.

—Entonces... ¿qué pasa?

Suspiro e intento bajar mi rostro, pero él lo evita. La mirada de Kilian cae en mis labios y por un momento es como si, con su toque, mi respiración se tornara lenta y el aire se volviera pesado. Cuando él levanta su mirada, nota el efecto que eso ha tenido sobre mí, pero no retira su mano.

—¿Qué pasa? —vuelve a preguntar.

Mi pecho sube con demasiado ímpetu, y logro obtener la cantidad necesaria de oxígeno para conseguir contestar.

—Es cuestión de tiempo para que vaya corriendo con el chisme a mis padres.

No quiero hacerme ideas erróneas, pero él luce decepcionado, como si mi respuesta no fuera la que esperaba. Y ahora, que analizo con detenimiento su pregunta, no tengo idea de si se refería a lo que pasa en este justo momento entre nosotros, o a la situación con Ryle. Tomaré la segunda opción y le exigiré a mi cerebro pensar que es el hecho de que está decepcionado, porque no puedo hacerle frente a la situación.

—Déjalo que vaya, ya no estás sola —asegura formando una media sonrisa tranquilizadora y, antes de alejarse de mí, despeina mi cabello como lo hizo el otro día. No solo me roba una mala palabra; sin dudar alguna, también una sonrisa.

Nos reunimos con los chicos en Pacific Park. Incluso en un día de semana, este parque de diversiones se mantiene súper lleno, por lo que es tremendamente divertido escuchar cómo Kilian se queja cuando tenemos que hacer grandes filas para poder subir a la montaña rusa o a cualquier otro juego.

Se ha cansado de esperar y, entonces, aplica una táctica que, según él, nunca le ha fallado, y esta vez no es la excepción.

Embauca a algunas chicas que están por delante de nosotros, coqueteando con ellas; de esta manera, Ralph y Jordan aprovechan la oportunidad y se adelantan. Lindsay no tiene problemas en unírseles, pero yo me rehúso

hacerlo, por lo que Ralph termina cubriendo mi boca con su mano y a la fuerza hace que me adelante a las chicas.

No soy devota de los juegos mecánicos pero, con Kilian nuevamente a mi lado, tengo que tragar mi miedo y aparentar que todo está perfectamente normal cuando, en realidad, quiero salir despavorida del lugar.

—Oh, vamos, no es tan malo. —Hace un gesto burlón al tiempo que nos subimos en la montaña rusa, lo cual me irrita y, por si no fuera poco, escoge el primer asiento del vagón, con Jordan y Lindsay detrás de nosotros y con Ralph en el último asiento, con una de las chicas que Kilian embaucó hace unos segundos—. A menos que las vías se desprendan y salgamos en el aire, algo así como una escena sacada de *Destino final*.

El estómago se me empieza a revolver cuando el chico baja los tubos de seguridad y todo eso.

—Y tú escogiste el primer asiento, así que seremos los primeros en morir.

—¡Maldición!

Arquea su ceja, y la realización de lo que estamos hablando lo golpea tanto que, en lugar de aterrarme, termino riendo.

No sé cómo, después de ese horrible juego y de lo realmente tembloroso que está mi estómago, soy la primera en decir que deberíamos probar con las tazas giratorias.

—No seas chistosa —lanza Kilian con sorna—. Otro juego más y terminarás vomitando.

—Yo propongo que vayamos a Soda Jerks —sugiere Lindsay, y la idea resulta bastante atractiva para todos, incluso para mi estómago revuelto; es solo que nadie puede resistirse a ¡Soda Jerks!

Entramos al local, pintado de color beis con bordes azules; absolutamente nadie es capaz de pasar desapercibido una vez que está en Santa Mónica Pier. Soda Jerks tiene ese encantador estilo *vintage*, con un carrusel dentro de él que le da el toque perfecto. «La vida es incierta, entonces come el postre primero» es uno de los lemas que se pueden observar y, estando aquí, es en lo

único que puedes pensar con todos los dulces, bebidas y malteadas que podrías imaginar.

Una amable chica, con el típico traje blanco, gorrito marinero de igual color y un corbatín negro con forma de lazo, nos atiende y todos acabamos pidiendo una banana *split*.

—Échale bastante crema chantillí —le pide Ralph a la chica dándole un guiño de ojo que cierra el trato.

Minutos después, todo marcha bien hasta que recibo una llamada de mi madre. Llamada que quiero evitar, pero que termino contestando, y recibo las órdenes autoritarias de regresar a casa cuanto antes. Eso fue demasiado rápido, incluso para Ryle. Con extrema tristeza y ansiedad, me despido de los chicos con la patética excusa de que mi estómago empieza a doler, aunque es Kilian quien no se traga ni un centímetro de mi fatal mentira.

—¿De quién es el auto en el que han venido? —pregunta Kilian ignorando mi excusa.

—Mío.

Se gira hacia mí y me toma de la mano, al tiempo que deja a un lado las tacitas con los restos de banana.

—Bien, déjale tus llaves a Lindsay. Yo me encargo de ti.

Las facciones de los chicos son una mezcla de asombro y de obviedad; lo que sea que estén pensando que es esto es totalmente equivocado. Están lejos de saber el problemón que tendré frente a mis narices.

Lindsay toma las llaves de mi auto y, sin decir nada más, sigo a Kilian a la salida. ¡Tomados de las manos! Siempre he leído en los libros que, cuando los protagonistas rozan sus manos, hay una clase de corriente mágica; hasta el momento nunca me ha pasado y con Kilian tampoco ha sucedido, así que supongo que él no es el protagonista de mi historia y, para ser sincera, me da cierto alivio.

—¿Dónde viven tus padres? —pregunta mientras entra a su auto.

—¿Cómo sabes que se trata de mis padres?

—Heather, tenías que ver tu rostro. Sin duda alguna, esa llamada tiene que ver con ellos y con lo que pasó con ese tipo, así que dime dónde viven tus padres.

Suspiro.

—Beverly Hill.

Durante el trayecto no hablamos nada; yo no me esfuerzo en hacerlo porque mi mente está enfocada únicamente en lo que le diré. Sé que mi madre va a proclamar el discurso del año e intentará que me sienta como la peor de este mundo, pero esta vez espero que no lo pueda lograr.

Cuando le indico la casa de mis padres, Kilian silba en respuesta.

—Vaya, si es una mansión. —Arquea su ceja mientras observa el exterior de la enorme casa.

—Mi padre también se dedica a vender órganos —bromeo y él lo capta al instante, porque se ríe muy fuerte y, a pesar de toda la tensión, yo también me uno a sus risas.

Respiro hondo y, antes de abrir la puerta del auto para bajar, él toma mi mano y me detiene.

—Lo dije en serio, Heather. No estás sola. Te esperaré aquí, ¿de acuerdo?

Bajo la vista a su mano, que está tomando la mía, y sonrío.

—De acuerdo.

Entro a la casa y lo primero que pretendo hacer es ir en busca de mi nana, pero mi madre intercepta mi camino y se dirige hacia mí como si cada paso que diera prendería fuego a la casa.

—¿Qué te has creído para hacerle algo así al pobre de Ryle?! —grita mientras está frente a mí.

Toda su complexión está hecha una furia. Nunca creí que una mamá pudiera tener más cariño por el novio de su hija que por su misma hija.

—¿No me preguntarás qué fue lo que pasó?

—Me basta con lo que él me dijo. Ese tipo casi lo muele a golpes y tú no hiciste nada —grita alzando las manos al aire—. Además, ¿quién es ese fulano

y por qué te juntas con gente de esa clase? ¡Qué ha pasado contigo!

—Ryle te mintió y, como siempre, tú caes en su juego.

—¿Ese fulano lo golpeó o no?

—Por supuesto que no, a menos que hoy en día un empujón sea un golpe.

—¡Es lo mismo! —vuelve a gritar—. Y te lo advierto, Heather: Ryle es el mejor partido que encontrarás, así que no seas tan tonta como para arriesgarlo todo por un simple caprichito.

—No se trata de un simple capricho. No volveré con Ryle jamás.

Ella respira fuertemente y me mira como si no fuera mi mamá y se tratara de alguien extraño que quiere desbaratar a su enemigo con un simple soplo.

—Alguna vez fui joven como tú. —Su tono es bastante neutro, pero me hace sentir intimidada—. Y si lo que quieres es divertirte con ese don nadie, hazlo. Acuéstate con él, ten el sexo de tu vida, pero luego vas a regresar con Ryle.

Mis ojos se empañan ante las horribles palabras que me acaba de decir. Desde que era una niña, ella no fue muy apegada conmigo; Thiago era la luz de sus ojos, y lo sigue siendo, pero nunca me imaginé que de su boca saliera algo tan cruel dirigido hacia mí.

—No puedo creer lo que has dicho. —Mi voz malditamente se ha quebrado.

No es para menos. Puedes esperar insultos de tu compañera de cuarto, de la cajera de un supermercado, pero ¿de tu madre? No, eso no se supone que debe de suceder.

—Eres mi hija y te conozco. Nunca me habías desafiado, así que solo tiene que ser un caprichito. Guardaremos el secreto; tu padre no se tiene que enterar de esto.

—¿Cómo te hago entender que no es un capricho? Él ni siquiera es...

La puerta principal se abre de golpe y mi corazón late descontroladamente cuando Kilian es quien aparece en el vestíbulo. Sonríe mientras camina hasta nosotros y, una vez a mi lado, descansa su mano en mi cintura.

—Cariño, ¿estás lista para irnos?

Paren... esto..., por... favor. ¿Cariño? ¡Qué está pasando aquí! Giro mi

rostro hacia mi madre y ella está atónita ante la abrupta interrupción de Kilian; él solo sonríe como si yo no estuviera pasando por un horrible momento. Al notar mi evidente confusión, hace más fuerte el agarre de mi cintura y me trae aún más contra él. Entonces, entiendo todo. Tuvo que haber escuchado la discusión, tuvo que haber escuchado lo que mi madre sugirió, lo cual me hace sentir horriblemente apenada por él.

—Creo entenderte, Heather. —Tira una mirada desaprobatoria a Kilian, luego me ve solo a mí—. Haz lo que te digo y luego deshazte de él.

Una vez que dice eso, gira sobre sus zapatos Chanel y se aleja de nosotros, pero el rostro de Kilian me dice que no dejará esto así por así.

—Vamos, cariño. He comprado muchos condones para una noche de locura.

Me he quedado completamente estupefacta y creo que mi quijada se ha desencajado. Mi madre se detiene y se vuelve hacia nosotros, igual de estupefacta a como me encuentro.

—¿¡Cómo te atreves a faltarle el respeto en mi propia casa!?! —exclama enfurecida mientras camina nuevamente hacia nosotros.

—No he hecho nada que usted no haya hecho ya —contesta Kilian lanzándole una fría y oscura mirada, como si se tratara de un demonio con rostro de ángel.

Kilian me toma de la mano y no espera que ella continúe con sus insultos; y aunque me llama muchas veces y me exige que no me vaya con él, no le hago caso y ambos salimos de la casa a toda prisa. Arranca enfurecido el auto, y nos alejamos a toda velocidad. Me hundo en el asiento y, con el viento que pega en mi rostro, trato de controlar el impulso de llamar a Thiago y llorar mientras le cuento todo, lo cual probablemente hará las cosas más grandes; por lo que, sin ninguna opción más que tragarme el dolor, respiro y confío en que esto pasará.

—No sé lidiar con una chica en llanto —murmura aclarándose la voz, aparentemente nervioso—, pero puedes hacerlo.

—No quiero que me veas en mi faceta de llorona. Suficiente has hecho al

intervenir por mí. —Intento bromear inútilmente, ya que ha salido como un hilo de suspiro—. Aunque debería estar acostumbrada a su insensibilidad, no lo estoy y lo único que deseaba era golpear algo una y otra vez.

Kilian sonrío como si estuviera pensando en algo completamente chistoso.

—Me encantaría ver eso.

—No, no lo quieres.

Vuelve a sonreír como si hubiera algo de lo cual solamente yo no estoy enterada.

—¿Así que eres una llorona? —Gira su rostro brevemente hacia mí.

Esta vez logra que me ría y puedo notar que él se relaja.

—Claro, tienes que ver lo mucho que un libro me ha hecho llorar, especialmente cuando a los protagonistas les va como a la mierda.

—Pero eso es ficción, Heather.

—Oye. —Lo observo y me atrevo a golpear su brazo—. Nunca le digas eso a una lectora compulsiva.

Ambos nos reímos, y es increíble cómo el sonido de su risa me calma un poco.

—Anotado. Entonces, ¿adónde quieres que te lleve?

Es una suerte que no haya hecho ninguna broma sobre ser lectora, cuando casi todos lo hacen. Lo cierto es que nunca me ha importado lo que digan al respecto. La lectura ha sido la única medicina que drena la cruda realidad de mi vida.

Vuelvo a hundirme en el asiento y me estremezco solo de pensar que mi madre pudiera llegar a buscarme para seguir con esta estúpida discusión.

—Quiero descansar un poco, pero no quiero ir a la residencia.

—Problema resuelto —dice y cambia de carril.

Capítulo 8

¿VILLANO REDIMIDO?

Kilian

En cuanto Heather me dijo que no quería ir a su residencia, supe que probablemente era porque temía que su mamá llegara a buscarla; entonces, por una extraña razón, no dudé ni dos veces en cambiar de dirección y conducir hasta mi fraternidad. Totalmente desequilibrado, ¿no? Pero lo cierto es que odié la forma en la cual todo esto sucedió. Decidí salir del auto en cuanto ella estuvo fuera de él; por más de que trataba de lucir tranquila, sabía que estaba todo menos tranquila, y los gritos de su mamá hicieron extremadamente fácil el que yo pudiera escuchar todo.

Vamos, no soy el hijo perfecto ni tengo un doctorado en relación padre e hijo —sin decir que la mía con mis papás murió hace tiempo—, pero ¿¡qué demonios le pasaba a esa vieja para decirle eso a su hija!? Me cabreó demasiado su actitud; estamos en pleno siglo veintiuno como para que ella tenga esos pensamientos tan retrógrados. Podrá vestir como la reina Isabel, pero no tiene el suficiente cerebro como para pensar las cosas que salen de su boca. Ahora puedo entender un poco de lo que hablaba Heather esa noche que la conocí; ella se refería a los problemas con su familia, y vaya que hice un gran trabajo empeorando las cosas al llamarla cobarde.

Me siento nervioso mientras veo a Heather deambular por mi habitación, recorriendo a detalle mi librero, tomando algunos guiones teatrales o ciertos

libros. Sonríe cuando toma la obra *Romeo y Julieta*, pero no hace ningún comentario, lo cual agradezco internamente.

—Tus amigos se asustaron al verme entrar a tu habitación —comenta, por fin, al tiempo que deja mis cosas en paz y se sienta en el borde de mi cama.

Adrien y su grupito de seguidores estaban en la sala de estar cuando vieron que Heather venía conmigo; parecían un par de imbéciles siendo testigos del fin del mundo. En parte los comprendo; nunca, en mis cinco sentidos, una chica ha subido a mi habitación, mucho menos ha dormido en mi cama.

—Ellos no son mis amigos y estaban asustados porque nunca traigo a una chica a mi cuarto cuando estoy totalmente sobrio.

Ella gira su rostro hacia mí mirándome totalmente incrédula.

—¿Nunca? —pregunta con asombro.

—Nunca.

—Vaya, Kilian. Si esto es totalmente incómodo para ti, me puedo ir. —Hace un deje para levantarse, por lo que me acerco a ella, sujeto sus hombros y hago que otra vez se siente.

—Si así fuera, no te habría traído aquí. Puedes estar tranquila —confieso agregando a mi confesión un guiño de ojo que hace que la comisura de sus labios formen una vaga sonrisa, que desaparece tan rápido como se formó.

—Haces todo esto porque sientes pena por mí, ¿cierto?

Rápidamente niego.

—Heather, tenemos muy poco tiempo de tener... —¿Qué es lo que tenemos exactamente? Me debato un momento hasta que encuentro una palabra que para mí resulta acertada—... esta rara amistad, y si algo tienes que saber sobre mí es que no soy el tipo que siente pena por los demás porque me valen mierda sus problemas, así que, si estás aquí, es porque así lo quiero.

No estoy seguro de si el hecho de que ella lleve un mechón de cabello detrás de su oreja es algo que hace cuando está nerviosa. Podría decir que, por las veces que la he visto hacerlo, por alguna razón, sí lo está en este momento.

—¿Escuchaste absolutamente todo lo que dijo mi madre?

Muevo mi cabeza en afirmación y ella se apena. Me siento en el sillón que está frente a mi cama y me inclino hacia adelante descansando mis codos sobre mis rodillas.

—No tienes por qué apenarte de nada. Los padres, a veces, dicen o hacen estupideces, y eso no quiere decir que estén en lo correcto.

—Lo sé, aunque eso no quiere decir que deje de doler —confiesa suspirando—. La verdad es que no sé qué haría sin mi nana.

Habla tan apagada que, por una razón, mis pies intentan moverse hasta llegar a ella, y así abrazarla para hacerle saber que todo está bien... ¿Qué demonios me está pasando? Controlo mi impulso y me muevo incómodo en el sillón.

—¿Tienes una nana? —Solo bastó preguntarle por ella para hacer que sus ojos se iluminen brevemente.

—Sí, se llama Larissa. Es la mejor de este mundo, siempre ha estado para Thiago y para mí; sin ella, creo que estaríamos perdidos, al menos yo.

—Ya. —Es todo lo que digo, porque no soy muy bueno en estas situaciones.

—¿Crees que sea normal que sienta un poco de odio por ella? Me refiero a mi madre.

Esa pregunta, definitivamente, la puedo contestar sin darle tantas vueltas.

—Totalmente.

Creo que por fin se han acabado las preguntas cuando ella acomoda su vestido, se acuesta totalmente en mi cama y se gira para darme la espalda, pero entonces pronuncia mi nombre y atrae nuevamente mi atención con lo que dice a continuación:

—¿Tienes una relación estrecha con tus padres?

La pregunta me cala hasta los huesos y me deja completamente descolocado; por ende, no contesto de inmediato y me remuevo incómodo en el sillón.

—Heather..., a mí... no me gusta hablar de mis padres —logro decir trastabillando en cada palabra—. Ellos hace mucho tiempo que...

—Lo entiendo —me interrumpe al notar el cancanéo en mis palabras—. Lo

siento por preguntar.

La sola mención de ellos me ha hecho sentir jodidamente mal, a tal extremo que no quiero seguir hablando, o eso es lo que pensaba porque, tan pronto como me ha deseado buenas noches, para mi total asombro, no quiero que se duerma, quiero que continúe hablando, quiero que me exteriorice todas sus inquietudes y todos sus miedos, quiero que se desahogue conmigo. Conforme mis pensamientos se van desarrollando, pienso quién demonios soy yo para que ella abra su mente hacia mí cuando yo ni siquiera puedo hacer lo mismo. Nada más soy un don nadie que intenta hacer todo para que ella esté bien.

—Buenas noches, Heather —murmuro.

Me levanto para apagar la luz y luego me acomodo en el sillón, mientras intento acostumbrarme a la manera relajada en la cual luce ella.

Usualmente, en las fiestas que realizan estos perdedores, siempre robo a las acompañantes de Adrien; él tiene buen gusto y me deleito cuando lo dejan por mí, así que las invito a la habitación para un polvo rápido y salvaje, pero ellas no se quedan mucho tiempo, menos a dormir. La esponjosa alfombra o este sillón siempre han sido quienes las han recibido; nunca las he dejado ir más allá que eso. Por lo mismo, se siente tan malditamente raro verla dormida tan plácida en mi cama, cuando nadie más que yo ha estado ahí. Tan malditamente raro que ni siquiera me he atrevido a meterme en mi propia cama y continúo pegado en el sillón, aun cuando ha pasado bastante tiempo desde que se durmió. Ya es media noche, y sigo sin dormir.

La lámpara de noche que me obsequió mi mamá es la única que alumbra la habitación. Odio dormir con luz, por muy tenue que sea, pero conservo la lámpara por cariño, y ahora verdaderamente agradezco haberla mantenido todo este tiempo porque es un verdadero deleite ver a Heather dormir. Un verdadero deleite que me está haciendo devorar mis sesos. Se ha girado de manera que su rostro está frente al mío, y no hago otra cosa más que ver la forma en que sus labios están medios abiertos. Siento el repentino anhelo de besarla y de hacer mío cada centímetro de su cuerpo, mientras me pierdo en

esas curvas, que me están haciendo alucinar cada vez que se mueve, y su vestido se acopla a su silueta levantándose un poco, mostrando sus perfectas piernas. La imagino sobre mi regazo gimiendo mi nombre una y otra vez, sin parar.

Suelo utilizar a las chicas para hacerme olvidar mis problemas de mierda, pero ellas jamás hacen que me debata la vida entre lo que es correcto o lo que necesito hacer. Lo correcto es que Heather esté en su cama, en su residencia, muy lejos de mí, pero necesito tenerla aquí para saber que está bien, porque de repente no me siento como el maldito villano; ella me da esperanza de que puedo ser un maldito villano redimido.

—A la mierda todo esto —espeto en un susurro. Me quito la camiseta y la tiro en el piso, a un lado de la cama; de igual manera me despojo de los deportivos, la gorra, y el *short*, y estos hacen un reguero en el piso.

Inseguro y con cuidado de no despertarla, me meto en mi puta cama para poder dormir las putas horas que restan y para dejar de maldecir y decir la palabra *puta* con cada puto pensamiento que tengo. Pero, antes de eso, coloco algunas almohadas como barrera entre nosotros y me encargo de cubrir sus piernas con mi sábana porque, definitivamente, ese corto vestido playero hará de las suyas el resto de la noche.

Para ser un sueño es demasiado real, para ser real es demasiado bueno. Sea lo que sea, fuerzo a mis ojos para que se abran. No soy muy madrugador, pero el olor a desinfectante invade todo el lugar; aunque, en definitiva, el olor a café es lo que me hace abrir los ojos. Echo un vistazo a la habitación que, como por arte de magia, ahora está completamente reluciente, sin trapos ni folletos regados por el piso. Doy un giro en la cama para encontrarme con las almohadas que yo mismo puse anoche cuando no podía dormir. Entonces, la recuerdo. Heather.

Me dispongo a salir de la cama cuando ella entra con una cesta de ropa; al notar que ya estoy despierto, sonrío.

—Buenos días, Kilian. No sé si te gusta el café, pero es lo único que pude encontrar de bebida. Tus compañeros de fraternidad son una pasada: me mostraron dónde estaba el cuarto de servicio y hasta intentaron ayudarme a hacer funcionar la lavadora. ¿Cómo es que tienes que golpearla tres veces para hacer que trabaje? —Frunzo el ceño ante su amplia sonrisa.

¿Dónde está la chica que ayer parecía abatida? ¿Por qué está, incluso, sonriendo cuando su mamá la ofendió tan horrible? Parece como si se haya exigido despertar completamente feliz y se haya obligado a olvidar.

—Sí, soy muy adicto al café. ¿Te han dicho el secreto de la lavadora? — Todavía somnoliento paso una mano por mi cabello y me empujo para apoyar mi espalda sobre el respaldar de la cama.

Ella me observa ida por un momento, se enfoca demasiado tiempo en mi torso desnudo, pero después reacciona caminando hasta la cama y deja la cesta a un lado de mis pies. Es evidente que se ha lavado el rostro; incluso recién levantada y sin una gota de maquillaje, es hermosa, por lo que para ellos fue muy conveniente ayudar a una chica que luce así de caliente por las mañanas y con un vestido corto que es capaz de hacer babear hasta a un gay.

—Sí, les pregunté el motivo de que aún no hayan solicitado una nueva, pero parece que es una broma de fraternidad para los nuevos miembros.

Asiento y le exijo a mi mente que no se tome tanto tiempo en ella.

—De hecho, así es. Los putos disfrutaron mucho con mi llegada, y no fue hasta después de un mes de llevar mi ropa a una lavandería particular que se dignaron a decirme. —Sonrío y niega con su cabeza—. ¿Eres muy madrugadora o realmente te gusta hacer el papel de Cenicienta?

Logro que esta vez se ría.

—Necesitaba hacer algo. —Se encoge de hombros—. Por cierto, toda esta ropa está limpia, pero ni creas que pondría mis manos en tus calzoncillos.

—¿Por qué no? —Salgo de la cama y logro que se sonroje al ver que solo

llevo puesto mis calzoncillos.

—¡Por Dios! Ponte un *short*. —Ríe y cubre sus ojos—. No tienes que ostentar que estás dotado.

—Así que estoy dotado, ¿eh?

Muerde su labio inferior para reprimir una sonrisa; con su mano libre, palpa la cesta de ropa limpia que puso sobre mi cama y, cuando encuentra un *short*, me lo lanza. Divirtiéndome la situación, me tomo mi tiempo para ponerme el *short* que me ha facilitado y luego busco una camiseta.

—Ya puedes aparentar que no te morías por ver —digo para seguir molestándola.

Con su mano todavía cubriendo sus ojos, entreabre sus dedos para cerciorarse de que no le estoy mintiendo y, al comprobarlo, descubre completamente su rostro.

—Te he dejado el desayuno sobre tu armario. —Cabecea hacia el viejo mueble—. Yo me tengo que ir.

—Dame unos segundos y te llevo. —Tomo mi celular solo para darme cuenta de que tengo un mar de mensajes de Jordan y de Ralph.

—No es necesario. La residencia solo está a unas cuadas de distancia.

Quiero decirle que para mí no es un problema, que en realidad quiero llevarla, pero siento que me he tomado demasiadas atribuciones con ella y eso no es algo propio de mí.

—Como quieras, y gracias por el desayuno y... por todo esto.

—No hay problema —asegura y se dispone a salir de mi habitación, pero se detiene a un paso de la puerta y se gira hacia mí—. Ayer... me dijiste que tenía que ser inteligente... —Guarda silencio un momento antes de continuar—. ¿A qué te referías con eso?

Divago si debo o no contestar esa pregunta; finalmente me decido y camino hasta estar frente a ella, porque quiero estar tan cerca como sea posible, al menos en este momento.

—A que no te puedes sentir atraída por mí, mucho menos enamorarte de mí.

Heather no se inmuta y no hay nada en ella que me haga saber si lo que le he dicho la ha afectado o no.

—Kilian Price, eres todo un engreído —comenta con indiferencia y aires de que lleva la delantera en este debate—, pero aquí el consejo no lo necesito yo, sino tú.

Arqueo mi ceja y doy unos pasos más hacia ella esperando que retroceda y se aleje, pero jodidamente, desde que la conozco, ha hecho absolutamente lo opuesto de lo que he esperado y no ha dado ni un solo paso para intentar poner distancia entre nosotros.

—¿Me estás retando?

—Tómalo como quieras, pero no eres el único, aquí, capaz de enamorar a alguien.

Da media vuelta y abre la puerta; yo soy más rápido que ella y logro bloquearle el paso.

—Que sepas que me encantan los juegos, especialmente los retos.

Entrecierra sus ojos y me mira inquisitoriamente.

—Lo mismo digo, Kilian, y no enamorarme de ti será un reto súper fácil para mí.

Intencionalmente bajo mi vista hacia sus labios y, debido a que le llevo algunos centímetros, me inclino para hablar muy cerca de ellos. Sonrío cuando noto que su respiración ha cambiado, justo como pasó ayer en el aparcamiento.

—Para mí ni siquiera implica un reto.

Heather cabecea lentamente y retrocede.

—En ese caso, no tenemos nada de qué preocuparnos. ¿Buenos amigos? —ofrece levantando su mano hacia mí para estrecharla.

¡Demonios! Esta chica me exaspera, o me exaspera el hecho de saber que nunca hace nada de lo que espero o de lo que se supone tiene que hacer.

—Buenos amigos —contesto a regañadientes estrechando su mano.

—¡Perfecto! Ahora dame espacio, me tengo que ir.

Me aparto de su camino sin decir nada más.

Pasada las once de la mañana recibí una llamada de mi mamá. Mi primer impulso fue ignorarla; no estaba de humor para hablar con ella. Sin embargo, terminé contestando y logró convencerme de almorzar juntos. Ahora estoy frente a su casa, la que una vez fue como un hogar para mí, aunque todo ha cambiado y lo que siento es desprecio por cada recuerdo que viene a mi mente al estar aquí.

Abro la puerta y tiro las llaves de mi auto en la mesa de la entrada. Noto que han agregado un nuevo estante de libros a la biblioteca, lo que me hace recordar lo mucho que ella ama sumergirse en historias, al igual que Heather.

Heather... No he sabido nada de ella desde que se fue y odio el hecho de que me esté preguntando por ella en estos momentos.

—¡Kilian, has llegado! —Escucho la voz de mi mamá, suspiro antes de dar la vuelta y enfrentarla.

—Mamá.

Como siempre, mi aire distante hace que ella se abstenga de abrazarme.

—Qué bueno que estás aquí. —Sonríe y me da un suave apretón en mi hombro—. Te he preparado tu platillo favorito: costillas a la barbacoa. —Mi estómago ruge solo de imaginarlas en mi paladar.

—Deberíamos comerlas ya.

Ella sonríe ampliamente y me toma del brazo para llevarme al comedor. Recibo algunos mensajes sobre la carrera de este fin de semana y algunos de Jordan, quien me reclama el hecho de que no regresamos con ellos y de que los dejé plantados con las cervezas. No le contesto a nadie.

—¿Y qué tal está yendo la universidad? —pregunta mientras sirve el almuerzo; las costillas se miran tan deliciosas y están jugosas, como a mí me gustan.

—Bien, estoy haciendo todo lo posible por intentar deslumbrar a mi nueva profesora de cine.

Detiene sus movimientos y me mira inquisitoriamente.

—Y por deslumbrar te refieres a...

Me carcajeo sin poder evitarlo.

—Tranquila, no suelo acostarme con mis profesoras.

Pasa mi plato y se sienta frente a mí. Devoro la comida; aunque lo niego constantemente, extraño mucho sus platillos.

—Me gustaría que fuera tu papá con quien tuvieras ese tipo de conversaciones, ya sabes, como tiene que ser.

Tengo que detenerme y tomar un poco de refresco para digerir la comida, que augura será arruinada.

—No empieces, mamá. Sabes que él mismo se encargó de que las cosas sean así desde el momento que decidió engañarte con su secretaria. —Detesto ser yo quien se lo tenga que recordar constantemente, pero parece que, en estos cuatro años, ella lo ha olvidado por completo.

—Pero no puedes odiarlo por una eternidad, Kilian. Sea lo que sea, es tu padre.

—¿Para eso me has llamado? ¿Para, una vez más, interceder por él? Si es así, puedes empacarme la comida, porque estoy dispuesto a largarme.

—No, por supuesto que no —alega rápidamente tomando mi mano—. Es solo que es inevitable hablar de él. No puedes sacar tan fácilmente de tu vida a una persona importante.

—No estoy de acuerdo, yo ya lo hice. ¿Comemos?

Frunce sus labios y asiente levemente. Terminamos la comida en completo silencio.

La relación con mis papás siempre fue buena. Mi papá era todo para mí, era mi modelo por seguir hasta que decidió cambiar a su familia por una secretaria. En ese momento murió para mí. La situación con mi mamá es diferente. La vi llorar por lo que él había hecho, la vi llorar porque no solo había destruido su relación, sino que también embarró a su propia hija llevándose por completo nuestro hogar con todo lo que hizo. Entonces, me prometí repudiar a ese hombre por el resto de mi vida. Entendí, a tan corta

edad, que no todas las mujeres valen la pena y que algunas, simplemente, se utilizan para pasar el rato, tal y como lo he hecho todos estos años.

Mi furia con mi mamá viene de un año atrás, desde que decidió perdonar la traición de mi papá. Aunque no están juntos, optó por no guardarle ningún rencor y ayudarlo a recuperar la relación padre-hijo. Una mierda: no puedes recuperar una relación que ya está muerta.

—¿Y cómo te va en el trabajo?

—Ya sabes, mis turnos son todas las semanas, pero intercaladas, así que esta la tengo libre.

—No tendrías que trabajar si aceptaras mi dinero o el de tu papá.

Frustrado, frotó la parte trasera de mi cuello y, al instante, me arrepiento de haber venido.

—Sin ánimos de ofender, mamá, pero tu dinero viene de su bolsa, así que prefiero seguir trabajando en el *pub*.

Y, sobre todo, con el dinero que generan las carreras ilegales. Eso es algo que ella no debe de saber. Con el último choque que tuve, desbaraté el auto; ella me pidió, entre llantos, que dejara las carreras, y así lo hice, al menos por un tiempo, porque descubrí que es mi mejor terapia. Entonces, lo retomé.

—También te preparé tarta de zanahorias, tu favorita. Iré por ella —dice con la voz quebrada.

Frustrado porque cometo estupidez tras estupidez, me dispongo a seguirla a la cocina cuando escucho que la puerta principal se abre y se cierra.

—¡Mamá! ¿Dónde estás? Necesito contarte al... —Se detiene al verme en el comedor.

Siempre que la veo, una furia se apodera de mí al recordar todo lo que nos hizo. Mi respiración se acelera, por lo que hago todo lo posible por controlar mi ira. Ella, por el contrario, parece desfallecer cada que vez que mira; todo su rostro refleja pena y sufrimiento, algo que se ganó a pulso.

—Kilian, no sabía que vendrías a visitar a mamá—murmura por lo bajo.

—Te recuerdo que esta también solía ser mi casa —espeto sin el menor

cuidado de ocultar mi molestia al verla de nuevo en la casa de mamá.

—Cariño, regresaste temprano —interviene mi mamá con tono nervioso, mirando entre ella y yo, como si estuviera a intervenir en los insultos que estoy a punto de lanzar. Pero me conozco lo suficiente como para saber que hoy, más que nunca, no me encuentro de humor para los malditos problemas familiares.

—Me voy —anuncio y me voy en dirección a la sala para tomar mis llaves —. Llámame cuando tu hija no esté en casa.

—Kilian, por favor. —La escucho suplicar, pero mi mamá le susurra algo, lo que impide que me vuelva hacia ella y le exija que nunca se atreva a dirigirme la palabra. Dejó de ser mi hermana desde hace cuatro años atrás.

Capítulo 9

LO QUE EN REALIDAD ERES

Heather

Mi vida volvió a su rutina normal, sin señal alguna de Kilian Price. Desde hace una semana que no lo he vuelto a ver y, al parecer, Lindsay tampoco ha salido con Jordan; por lo visto, nuestros sentidos despertaron de nuevo y nos dimos cuenta de que una amistad como la de ellos no nos traerá nada bueno.

También mi vida ha vuelto hacer lo mismo con respecto a mis padres. El fin de semana pasado, exigieron que nuevamente los acompañara a la cena familiar. Bingo. Pasó exactamente lo mismo de siempre, a excepción de que esta vez mi madre se encargó de que la familia de Ryle se nos uniera a la cena, que estaba lejos de ser familiar.

Esa misma noche, me valió todo y terminé llamando a Thiago. Le conté todo lo que ella estaba haciendo para intentar que yo regrese con Ryle y estuve a nada de informarle la manera baja en la cual me había tratado; no lo hice porque sabía que, si lo decía, desataría una guerra, así que, una vez más, terminé por callarme todo lo que pasa en mi vida. Thiago estaba realmente molesto y dijo que hablaría seriamente con ella. Mis ojos se empezaron a llenar de lágrimas porque lo extraño mucho; él y mi nana son las únicas personas que siempre se han preocupado por mí. En cuanto a mi padre, al parecer, mi madre cumplió en no decirle nada, porque él estaba tan contento de que yo estuviera con ellos; seguramente dio por sentado que lo hacía por mi

propio gusto porque, de lo contrario, no se hubiera comportado tan paternal conmigo.

Lindsay entra la habitación, lanza su bolso al suelo y se sienta en mi cama, con las piernas cruzadas.

—Si alguien te gusta demasiado, así como cuando cada parte de ti vibra al tenerlo cerca, pero sabes que no eres la indicada para él, ¿qué harías? ¿Saldrías corriendo lejos de él o al menos lo intentarías?

Frunzo mi ceño y acepto el paréntesis que me ofrece y tiro a un lado mi cuaderno junto con la calculadora científica. Cruzo mis piernas, copiando su postura, y recuesto mi espalda en la pared.

—¿Te refieres a Jordan? —pregunto un poco confundida sobre a lo que se refiere.

Antes de contestar, frunce sus labios como si meditara en seguir o no adelante, por lo que tomo su mano y le doy un suave apretón para que sepa que, si decide contarme, yo la escucharé con todo el gusto. Ella sonríe ante mi gesto y levanta su mentón.

—Sí, es que siento que nuestra conexión es muy grande, pero no lo quiero arruinar, Heather. Jordan es un buen tipo y yo no soy buena para él.

—No, no digas eso —la reprendo—. Tú eres lo suficientemente buena para todo chico que sea merecedor de ti.

Ella niega con su cabeza, con un aire de tristeza.

—¡Ay, Heather! —Sus ojos se tornan brillantes; jamás la había visto así. Por lo general, no es afectada por casi nada—. Ves tantas cosas buenas en mí donde no las hay. Si tan solo supieras... —Cubre su rostro y me deja totalmente desconcertada cuando la escucho que suspira dramáticamente, conteniendo así las lágrimas, aunque se le escapan unas cuantas.

Me levanto apoyándome en mis rodillas y la abrazo sin pedirle que me diga nada. Yo, más que nadie, sé lo difícil que es exteriorizar todos tus problemas. Ella se tranquiliza rápidamente, por lo que me aparto de su lado. Limpia con afán sus mejillas y toma grandes y largas respiraciones.

—Lindsay, sea lo que sea que te atormente, puedes hablar conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Limpia su nariz con el dorso de su mano—. Y ojalá algún día me anime a contártelo, pero tengo miedo a perder tu amistad. Me he encariñado contigo y no podría soportar que tú también me juzgues.

—¡No, Lindsay! Jamás te juzgaría. Cuando te conté sobre lo horrible que solía ser, tú no lo hiciste, así que no esperes que yo lo haga.

Toma una larga respiración y levanta la mirada para evitar que las lágrimas continúen.

—Jordan me gusta, demasiado, y mi mayor temor es que, si permito que lo nuestro continúe y en un futuro se hace más fuerte, al descubrir mi pasado, me dejará sin dudarlo y yo, en verdad, quiero intentarlo.

—Entonces, inténtalo. No permitas que los errores que cometiste te hagan huir de la felicidad que te mereces.

Me mira dubitativa y busca algo en su celular; luego me lo muestra y es un mensaje de Jordan, donde le dice que habrá una fiesta en la fraternidad de Kilian y le pide que por favor vaya, que necesitan hablar.

—¿Irás?

—No lo sé. —Se encoge de hombros; me levanto de la cama y tomo su mano.

—Oh, claro que irás y yo te arreglaré.

—¿Puedes venir conmigo? Por favor...

Me debato entre ir y entre quedarme a devorar el nuevo libro que espera por mí. Me decido a acompañarla. Lindsay es una chica fuerte de carácter y, en estos meses de compartir habitación, nunca la había visto tan alegre; es como si recuperara su luz interna poco a poco. Me intriga saber cuáles son los errores que cometió y de los que ahora tiene miedo de que borren su felicidad.

Ella lleva su cabello hasta la altura de sus hombros; según me ha contado, ama ver que las chicas lleven una melena larga, aunque personalmente prefiere llevar el suyo corto y en un corte recto. Y debido a que es liso, me siento como

toda una profesional al hacerle algunas ondas.

Lindsay sobresale en la fiesta, y me alegro al notar que otra vez ha recuperado su seguridad y esa chispa que está desde que conoció a Jordan. No hablamos con nadie. Todo lo que hacemos es divagar mientras buscamos a Jordan.

La casa está completamente llena de universitarios, quienes están más que encantados con la cerveza gratis y con las chicas; a pesar de que la fiesta apenas comienza, es notable que ellas ya están muy ebrias, bailando sobre la mesa de la cocina o sobre algunos de los sillones.

—¿Quieres? —me pregunta un chico que se interpone en mi camino, ofreciéndome el cigarrillo que tiene entre sus dedos.

Lindsay se detiene y mira al chico de pies a cabeza.

—No, gracias. —Me muevo hacia un lado para apartarlo de mi camino.

—¿Bailas? —inquire tomándome del brazo. Suspiro para tranquilizarme, aparto su mano de mi brazo y con una sonrisa le contesto que no—. ¿Vienes con alguien? —intenta una vez más recorriendo mi cuerpo de una manera lasciva que me hace querer partirle el rostro.

—Sí, conmigo.

Los tres nos giramos para buscar la voz que ha dicho eso, y no exagero cuando un alivio se apodera al saber que se trata de él.

—Lo siento, Kilian, yo no sabía...

—Ahora lo sabes. Déjala en paz.

El chico balbucea algo y se marcha inmediatamente. Lindsay tiene una sonrisa cómplice y yo niego con mi cabeza mientras él ladea su boca en una sonrisa.

—¿Te das cuenta de que es la tercera vez que salvo tu trasero?

Me río y ruedo mis ojos.

—Lo cierto es que ninguna de esas veces pedí tu ayuda. Tenía la situación completamente bajo control.

—¿Ah, sí? No me parecía. Ese chico estaba dispuesto a tener su boca por todo tu cuerpo con tu permiso o sin él.

—¡Vaya que eres un exagerado! Por cierto, ¿has visto a Jordan?

—Sí, síganme.

Lindsay y yo lo seguimos en silencio. Me perco de la sonrisita que ella tiene al mirar entre Kilian y yo, la cual se le borra por completo al entrar a la cocina y ver a Jordan, quien estaba a punto de llevarse un trago a la boca, deteniéndose en el proceso al verla.

Ambos se observan fijamente por un momento, como si tantearan el estado de cada uno, y no es hasta que Lindsay forma la primera sonrisa que Jordan también sonríe. Ralph también está aquí, y él y Kilian se miran entre sí con una sonrisa burlona al ver a Jordan y Lindsay.

—¡Qué bueno que estén aquí, chicas! —nos recibe Ralph al acercarse y ponerse en el medio de nosotras para pasar un brazo por nuestros hombros—. Las extrañamos, ¿no es así, mosqueteros?

Kilian toma una botella de cerveza de la marca Heineken y la lleva a su boca con una sonrisa. Es notable que estos chicos tratan de sobresalir del resto, que toma cerveza barata en vasos rojos.

—Por supuesto —contesta Kilian con esa sonrisita todavía en su rostro—. Fue una semana de extrañarlas demasiado, ¿cierto, Jordan?

—Teníamos muchos trabajos —contesto por las dos.

—Bueno, comencemos a ponernos al día. —Ralph se separa de nosotras y nos ofrece una botella de cerveza.

Ambas la tomamos y agradecemos. Jordan por fin le pregunta a Lindsay si pueden hablar y, cuando ella accede, los observamos salir de la cocina y desaparecer entre la multitud.

—Él está perdido —comenta Kilian mientras toma despreocupado su cerveza.

Ralph y yo sonreímos porque ellos acaban de demostrar lo mucho que ambos se gustan.

—¡Pobre Jordan! —exclamo—. Les gusta hacerle pasar un mal rato, ¿cierto?

—Lo disfrutamos al máximo —contesta Ralph—. Y presiento que alguien más se unirá a esa lista —asegura dando un suave golpe en el hombro de Kilian, lo que hace que la mandíbula de este se tense y que provoque una gran carcajada en Ralph—. Iré a dar una vuelta.

Ralph toma su cerveza y, cuando pasa a mi lado, se detiene y se inclina hacia mi oído para decirme:

—Kilian es un hueso duro de roer, pero sé que podrás con él.

A pesar de que se ha inclinado hacia mí, esto lo ha dicho lo suficientemente alto como para que Kilian lo haya escuchado y como para Ralph se haya ganado que le lance una lata de cerveza vacía y le dé justamente en la parte trasera de su cuello.

—¡Joder! —le grita Ralph al tiempo que frota la parte de su cuello donde ha golpeado la lata, pero continúa sonriendo mientras se aleja de nosotros.

—Él es un completo idiota, no le hagas caso.

—No lo hago —aseguro al tiempo que me siento en una de las sillas que hay alrededor de la encimera, donde tienen una gran cantidad de cervezas y *snacks*, como si fueran a abastecer al campus entero.

—Entonces... ¿qué has hecho toda esta semana?

—Nada en especial —aseguro encogiéndome de hombros—. Estudiar, leer, estudiar, leer y espera... —Llevo mi dedo índice a mis labios y ladeo un poco mi rostro para parecer que en verdad estoy recordando algo verdaderamente importante—. ¡Oh, sí! ¡Leer!

Él intenta ocultar una leve sonrisa y al final lo logra.

—Te dije que no te podías enamorar de mí, no que no podíamos ser amigos. Ahora tiene una sonrisita de triunfo que hace que me hierva la sangre.

—¿Estás insinuando que estaba tratando de evitarte?

La encimera era lo único que nos separaba, pero ahora él se ha encargado de que eso no sea así sentándose en una banca a mi lado derecho. Se recuesta

en la encimera y descansa su mentón sobre su mano izquierda.

—No, no estoy insinuando nada. Al contrario, estoy asegurándolo. —Su vista baja hasta mis labios; nuevamente me corta la respiración y provoca que mi pulso se acelere por completo.

Después de todo, quizás no soy tan inmune a sus encantos como ambos creemos, aunque eso no quiere decir que estoy dispuesta a bajar la guardia, sobre todo, ahora, que sonrío plácidamente al verme. No, nada de eso. Por lo que consigo recomponerme y, de alguna manera, logro carcajearme de su aproximación.

—Kilian, tienes que ser mucho más inteligente para hacerme caer en tu jueguito de seducción.

Levanta sus manos.

—Me has atrapado. Al menos lo intenté. ¿Quieres otra? —ofrece haciendo referencia a mi cerveza.

—No, ya fuiste testigo una vez de lo mucho que hablo cuando tomo demasiado.

—¡Vamos! Solo será una más.

No escucha mi negación y se levanta para tomar una, la destapa y luego la pone frente a mí. Me recuerdo mentalmente que tomar algunas cervezas de más me hace hablar demasiado. ¿Quizás por eso me está ofreciendo?

El resto de la noche la pasamos conversando de cosas muy triviales, hablando de cuán loco es que en todo este tiempo nunca nos hayamos visto, y últimamente es como si cada paso que damos nos lleva al camino del otro. Así de loco piensa él que es esto y no entiendo muy bien, pero verlo conversar así de tranquilo y amistoso me produce un efecto que en verdad no deseo tener con él, porque sé muy bien que, si dejo que ese efecto se apodere de cada parte de mí, terminaré perdiendo y pasará justamente lo que Kilian me pidió que evitara.

En los breves momentos que me ha dejado sola, más de un chico se ha acercado para intentar «saludar» pero, en cuanto piensan que soy la chica de

Kilian, todos se alejan sin dudarlo dos veces. Y han entrado a la cocina solo cuando ha sido necesario; incluso han sacado un enorme termo y lo han preparado con cubos de hielo, para meter allí una cantidad de cervezas, y lo han llevado hasta la sala. Así que, con demasiadas cervezas de más en mi sistema, me atrevo a preguntarle:

—¿Por qué eres tan temido por todos?

Me observa sin ánimos de contestar, como cuando una chiquilla te hace preguntas que aparentan ser obvias para los demás y resulta molesto, pero yo no quiero quedarme con lo que es obvio para los demás, yo quiero escucharlo de su boca. Frota la parte trasera de su cuello y da un trago a su cerveza; luego gira su rostro hacia mí.

—Soy un chico muy problemático, Heather. Estoy en problemas la mayor parte del tiempo y creo que he golpeado a casi todos los de esta fraternidad; saben de lo que soy capaz, por eso evitan tener problemas conmigo.

Me quedo helada, porque esa versión no es la del chico que ha estado conversando muy ameno conmigo en lo que va de la noche.

—¿Y por qué eres así?

Se encoge de hombros y muestra indiferencia; no sé por qué sigo sintiendo que esa indiferencia es solo una armadura que se ha puesto para protegerse de algo.

—Soy así, de esta manera. No hay nada más de mí, es todo lo que soy.

—¿Y por qué siento que eso no es cierto?

Él suspira y su mirada se torna molesta.

—Porque te estás dejando llevar por una versión que has creado en tu mente y, si sigues en ese camino, te vas a quemar.

Trago fuerte y me atrevo a tomar su mano. Él baja la vista hacia mi toque y observa el gesto que he tenido; sin embargo, no hace el menor intento por retirarla.

—Solo creo que este chico que está frente a mí... Tú, relajado, amable y atento... —Lo observo fijamente para que vea la sinceridad con la que hablo

—... es lo que en realidad eres.

No me gusta ver la mezcla de tristeza e impotencia que hay en su rostro, ya que provoca que un nudo se forme en mi garganta. Inmediatamente retira su mano y ha vuelto el chico al que le vale todo, el chico cruel e indiferente.

—Te dije que no te podías enamorar de mí —espeta molesto entre dientes.

—No estoy enamorada de ti —me defiendo.

Por supuesto que no lo estoy; aunque negarlo, de alguna manera, me desagrada.

—Más te vale que te repitas eso cada vez que estés a mi lado, Heather, porque yo no te convengo en nada.

Se levanta de la banca, lanza la botella de cerveza a la basurera y se va sin más, y me deja sola. Suspiro porque la he regado por completo. Nunca he sido buena tolerando el alcohol; el efecto adverso es que siempre hablo de más. Esta vez su consecuencia ha sido ser una completa boba que acaba de arruinar un agradable momento con un complicado pero fascinante chico.

Yo sigo en el mismo lugar y estoy por marcharme ya que, probablemente, Lindsay esté enfrascada en un nuevo mundo llamado «Jordan», pero un chico muy simpático, de cabello castaño y algo musculoso, se sienta en el lugar que estaba Kilian.

—Me preguntaba qué hace una hermosa chica como tú con alguien tan... alguien como Kilian Price.

No pasa desapercibido el tono despectivo con el cual habla de Kilian.

—¿Y tú eres...?

—Soy Adrien Kennedy, presidente de esta fraternidad. ¿Cuál es tu nombre?

—Me brinda su mano para estrecharla y la tomo.

—Heather Fleming.

El estilo elegante con que viste —incluso un día intermedio de semana—, la forma refinada y bien marcada con la que habla me recuerdan solamente a una persona que tanto aborrezco. Ryle. A regañadientes me presento.

—Así que, Heather, dime: ¿eres de esta universidad?

—Sí, segundo semestre.

—¿Has solicitado ingresar a la fraternidad de las chicas? Puedo ayudarte con eso.

—No, no soy de fraternidades.

—¿Por qué no? Tú encajarías a la perfección.

Bufo y se me escapa una sonrisa burlona.

—Ese es el problema: no trato de encajar en ningún lugar. Desde hace mucho que me harté de cumplir con un determinado modelo.

Adrien se sorprende ante mi sinceridad y apenas sonrío.

—Vaya, Heather, me agradas demasiado.

—Pero ella no puede decir lo mismo —interviene Kilian.

Aprieto mis labios para evitar sonreír. Su profunda e imponente voz se ha convertido en algo muy familiar para mí.

—Sabía que te estabas tardando. —Adrien se pone de pie, descansando el peso de su cuerpo en el filo de la encimera, mientras cruza sus piernas y desliza sus manos en las bolsas frontales de sus pantalones—. Solo tenía curiosidad del porqué alguien como ella está dándole su tiempo a alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

Me pongo de pie cuando siento que la conversación y el tono de ambos se están tornando peligrosos.

—Ya sabes, un completo imbécil que se roba a las chicas de otros y trata de impresionarlas con las carreritas de mierdas que hace.

Kilian le responde con una sonrisa diabólica que jamás había visto en él, lo que hace que un inusual escalofrío recorra mi cuerpo y me ponga alerta.

—¿Esto es por Alisson? Vamos, no es mi culpa que no seas tan hombre como para retenerla una noche.

—No solo es por ella, es por todas. —Kilian vuelve a sonreír de esa manera, lo que provoca que Adrien empuñe sus manos—. ¿Te parece divertido?

—Algo —reta con tono irónico e indiferente, evitando hacer contacto visual conmigo en todo momento—. Puedes ir a buscarla; quedó en el baño jadeando por mí. Resulta que, después de todo, no quise tirármela.

Jadeo y abro mi boca en total desaprobación y desconcierto. Este Kilian, que está frente a mí en estos momentos, es un completo patán.

Pego un gritito cuando Adrien se ha balanceado encima de él, y ambos empiezan a propinarse golpes. Kilian lo toma de la camiseta y lo lanza a la encimera; bota a su paso todo lo que allí hay, mientras ambos intercambian golpes como si su vida dependiera de quién pega mejor. Grito pidiendo ayuda y logro que algunos acudan a mi llamado; pero, una vez que saben de quién se trata, niegan y no hacen nada más que conglomerarse en la entrada de la cocina. Mi corazón palpita desbordado y me desespero cuando nadie trata de hacer que ellos paren.

—¡Adrien, detente, por favor! —grito. Ninguno de los dos se detiene y estoy a punto de tomar a Kilian de su camiseta cuando alguien me aparta y me aleja de ellos.

—¡Maldita sea, Kilian! ¡Detente! —gruñe Ralph poniéndose entre ellos, tratando de alejar a Kilian, que forcejea con él para que lo suelte.

Por suerte lo logra. El pecho de Kilian sube y baja de manera frenética, y su mirada es la de un lobo feroz que observa a Adrien.

—Te arrepentirás de haber nacido, Price.

—¡Cállate la maldita boca, Adrien! Cállate o seré yo mismo quien termine de partirte la cara —advierte Ralph.

Adrien abandona la cocina aventando a todos a su paso y, una vez que la situación ha sido controlada por Ralph, todos se esfuman en cuestión de segundos. Escucho que hacen algunos comentarios diciendo que Kilian siempre tiene que arruinarles la diversión. Ralph regaña a Kilian como si se tratara de un hermano mayor, y maldigo cuando por primera vez él me observa y se enfoca en mí, porque mis ojos se han empañado un poco en este momento.

Soy yo quien corta el contacto visual y, como si estuviera siendo manejada

por un control remoto, tomo varias servilletas y envuelvo algunos cubos de hielo en ellas. Mis manos tiemblan un poco; me detengo un momento y me recuerdo que ya he pasado por situaciones así en mis últimos años en la secundaria, aunque admito que esto me afecta mucho más que aquellos estúpidos encuentros de niños infantiles. Esto va mucho más allá y temo que mi preocupación se enfoque en una persona en la cual no debería.

Recuperando mi postura, me vuelvo hacia ellos y pongo el bulto de hielo en el pómulo de Kilian, donde Adrien conectó un gran golpe. Kilian no hace casi ningún gesto perceptible de dolor; solo su tensa quijada es lo que me demuestra que le duele un poco, y aparta su vista de mi alcance.

—Tienes que dejar tu mierda con Adrien —continúa regañándolo Ralph—. Esto se te saldrá de las manos en cualquier momento.

—Cállate, Ralph. Ya has hablado demasiado.

—No, Kilian, hablo en serio. ¿Te hubiese gustado que ella hubiera salido herida? —Me quedo inmóvil cuando saca mi presencia a colación, lo que hace que Kilian me observe preocupado—. Heather hubiera estado a punto de meterse en la pelea para separarlos si yo no hubiese llegado a tiempo.

—¿Eso es cierto? —pregunta. Toma mi mano y la aleja de su rostro.

—¿Qué querías que hiciera? Nadie pretendía pararlos.

—¡Mierda, Heather! —Alza su voz al tiempo que se aparta de mi lado y gira su rabia hacia mí—. Pase lo que pase, nunca te metas, ¿lo entiendes?

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que me quede de brazos cruzados y sea una espectadora más?

—Sí, exactamente eso. No te vuelvas a meter, ¿lo entiendes?

¡Tiene que estar bromeando! Su actitud hacia mí me enfurece tanto que lanzo, a un lado de él, el puñado de hielo envuelto en la servilleta.

—¡Que te jodan, Kilian! —grito, lo que sorprende a ambos—. Por mí puedes golpear a medio mundo, o ellos pueden golpearte a ti, y no volveré hacer nada. —Camino furiosa hacia la encimera, tomo mi celular y las llaves de mi auto, y me dispongo a salir de aquí.

—No conducirás en este estado —alega al tiempo que obstaculiza mi camino.

—Ni que la residencia estuviera tan lejos. ¡Quítate de mi camino!

—Ralph, llévala a la residencia —pide ignorando lo que he dicho.

—¿Es que no me has escuchado? La residencia está a tan solo unas cuadras, y no necesito que nadie me lleve. Por mí pueden irse al infierno.

Kilian pasa las manos sobre su rostro frustrado y me arrebató las llaves del auto junto con mi celular; me toma fuertemente del brazo y le asegura a Ralph que él se encargará de la situación. Aunque trato de soltarme, no me permite hacerlo, y me sorprende cuando no tiene la mínima intención de llevarme a la residencia, sino que me ha hecho subir las escaleras que llevan a los dormitorios. A su dormitorio.

Me cuesta seguirle el ritmo, por lo que tengo que subir dando los pasos más grandes que puedo para evitar caerme.

Capítulo 10

TIENES QUE ALEJARTE

Kilian

Mi cuerpo todavía está invadido por toda la adrenalina que ese imbécil provocó. Sabía que la idea de que Jordan invitara a Lindsay a la fiesta de esta puta fraternidad no sería buena porque estaba casi seguro de que ella traería a Heather consigo. Una vez más estaba en lo correcto y ahora todo se ha ido por la borda.

Estoy completamente perdido porque esta vez no puedo pensar claro y, quizás, lo que haré sea un error, pero no puedo dejarla ir después de ver la preocupación en su rostro cuando estaba escuchando los regaños de mierda de Ralph. No puedo quedarme con la inmensa tentación de probar esos carnosos labios.

—Kilian, detente. —Le escucho pedir mientras la llevo a toda prisa a mi habitación.

Del bolsillo de mi pantalón saco la llave de la habitación y abro la puerta; nos metemos y cierro la puerta tras Heather. Tomo sus hombros y la empujo contra la puerta; acorralándola poniendo mis brazos a ambos lados de su cabeza.

Todo su cuerpo emana lo mismo que estoy sintiendo en este instante; ambos estamos completamente perdidos en el éxtasis del momento. Lo puedo percibir cuando su respiración está acelerada y tiene que medio abrir sus labios para

poder recibir aire.

—Te dije que te mantuvieras lejos de mí, Heather, pero no me hiciste caso —susurro muy cerca de sus labios—. ¿Por qué tienes que llevarme la contraria en todo?

—Yo... —Sus palabras salen cortadas mientras trata de respirar con dificultad—. Yo... haré lo que se me venga en gana y no lo que tú quieras que haga.

¡Mierda!

La mirada desafiante y de deseo en que se han convertido esos impactantes ojos grisáceos hacen que pierda la pizca de razón que sentía e impacto mis labios con los de ella. Heather se sorprende y trata de alejarme, pero la sensación de éxtasis gana en cuestión de segundos; cae rendida ante mis movimientos y enreda sus manos en mi cabello.

Su cuerpo es malditamente caliente; lo supe desde la primera vez que la miré, y desde entonces he estado pensando qué se sentiría chupar con delicia su labio inferior. Ahora ya lo sé: es como estar en un completo trance.

Muerdo su labio solo un poco, lo que hace que ella gima y me haga perder la razón; introduzco mi lengua intentando explorar, y ella me lo permite. Simplemente se acopla a mis movimientos, lo que me hace delirar pensando en todo lo que le podría hacer.

Sin embargo, si no me detengo, arruinaré su amistad y esto no está bien.

En contra de lo que realmente quiero, alejo mis labios de los de ella, y ambos recuperamos la respiración. Descanso mi frente en la suya y ella coloca sus manos en mis caderas.

Una vez que mi mente empieza a aclararse un poco, me doy cuenta de que esto no está bien; ella no se merece cargar con toda esta mierda que llevo a cuestas. Pero ahora, que probé de sus labios, creo que no me podré alejar de ella tan fácilmente.

Lo he arruinado monumentalmente.

—Heather, pídemme que me aleje de ti —suplico aun descansando mi frente

en la de ella.

No contesta y yo ni siquiera puedo respirar bien debido a su silencio. Tiene que alejarse de mí.

—¿Qué pasa si no quiero que te alejes de mí?

Levanto mi rostro mientras espero que en su mirada haya una mínima señal de duda, pero todo lo que hay en ella es convicción.

—Tienes que quererlo —aseguro—. Porque te lo he dicho repetidas veces: no soy bueno para ti.

—Tú no decides lo que es bueno para mí.

Gruño y me aparto de ella.

¿Por qué simplemente no puede hacer lo que le pido? Yo desistiría completamente de mi plan para demostrarle que no es una cobarde, sino todo lo contrario; es la persona más valerosa que he conocido, pero ella no es una chica que te pone fácil las cosas.

Me siento en una de las esquinas de mi cama y dejo caer mi espalda en esta. La adrenalina y el licor ya se han ido al barranco; ahora todo lo que siento es furia conmigo mismo. Nunca debí dejar que se acercara tanto a mí. Nunca debí de acercarme a ella en primer lugar.

El lado izquierdo de mi cama se ha hundido, y la sensación de tenerla nuevamente cerca me vuelve loco.

—En este corto tiempo, me has dado miles de razones para pedirte que te alejes de mí, pero no importan si siempre termino encontrando una para convencerme de que no quiero que lo hagas.

Me reincorporo y ambos nos retamos con la mirada.

—¿Cuál?

—Sonará tonto —comenta con sus labios perfectamente hinchados y rosados—, pero me gusta tu presencia en mi vida. Me haces sentir fuerte y que podría contra todo.

Siempre me ha valido una mierda los sentimientos de los demás, pero Heather me hace sentir completamente diferente, como si su sinceridad me

estuviera desarmando poco a poco, y no sé cómo hacerle frente a esto.

Sin saber muy bien qué hacer, me acerco a ella y acuno su rostro entre mis manos.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees. No necesitas de mí ni de nadie para creerlo —aseguro mientras contengo las ganas de volver a besarla.

—Entonces, demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Quedándote a mi lado y recordándomelo cada vez que me olvide de ello. Niego con mi cabeza y vuelvo a guardar la distancia entre nosotros.

—No puedo, Heather. No puedo.

—¿Por qué no?

—Lo arruinaré —aseguro—. Lo arruinaré, como todo lo que se pone en mi camino, y tú no lo mereces.

—No dejaré que eso pase. Se necesita de alguien muy inteligente para herir mi corazón.

Sus palabras surten el efecto de quitarle presión e intensidad al momento, lo que hace que mi enojo baje un poco, y su sonrisa ayuda un poco más.

—¿Estás diciendo que no soy inteligente?

—Estoy diciendo que soy mucho más inteligente que tú, Kilian Price.

Me encanta cuando dice mi nombre completo, me hace sentir como si estuviera en llamas, unas llamas que recorren todo mi cuerpo y encienden cada parte de mí.

—Si lo fueras, te alejarías de mí.

—Oh, no vuelvas con lo mismo. Tú dijiste que podíamos ser amigos; deberíamos de demostrarnos que podemos lograrlo.

—¿Y esto se supone que hacen los amigos?

—No, pero podemos innovar. —Sonríe y se encoge de hombros.

—¿Ah sí? —Me pongo de pie enfrente de ella, tomo su rostro y vuelvo a besarla con frenesí; empujo su cuerpo hasta que su espalda está sobre mi cama, y yo me coloco entre sus piernas.

Ella me besa de igual manera. Cuando sus manos tocan la piel de mi cadera, me vuelvo a perder completamente, y el simple beso que tenía planeado se va a otros niveles y se vuelve carnal. Intenta tomar mi cabello, pero atrapo sus manos y las llevo arriba de su cabeza para sujetarla, lo que me da el control de todo. Bajo hasta su cuello, y su desenfrenada respiración y sus leves quejidos hacen que me excite sin tener el mínimo dominio.

—Dime: ¿esto es lo que hacen los amigos?

Ella intenta contestar, pero los leves gemidos y la manera en que su cuerpo se somete a mi tortura no la dejan articular ni una palabra. Aun estando excitado, me detengo y espero que me conteste. Está mordiendo su labio y sus ojos están cerrados; hasta que se da cuenta de que he parado, los abre nuevamente.

—Dime, Heather: ¿esto hacen los amigos?

Traga saliva antes de contestarme.

—Los amigos con derecho, sí. Esto es lo que hacen.

—Y yo, que pensaba que eras una chica ingenua.

Estoy a punto de continuar con mi tortura cuando me percató de la tristeza que ha invadido su rostro; por primera vez, haciendo a un lado mis necesidades, tomo su mentón para que me vea a los ojos.

—¿Qué pasa?

Baja la mirada y no contesta en un buen rato, hasta que nuevamente le pido que me diga lo que pasa.

—Yo no soy ninguna chica ingenua y nunca lo he sido. No estoy para nada orgullosa de lo que he sido.

Me dejo caer a un lado de la cama, mientras los dos nos recuperamos e intentamos regresar a nuestros cinco sentidos. Lentamente mi sangre vuelve a bajar, relaja mis músculos y me hace pensar con un poco más de claridad.

Es el momento preciso para saber más de ella; necesito saber absolutamente todo de esta chica, que se niega a alejarse de mí.

—¿Por qué lo dices? —pregunto cuando ha pasado el tiempo suficiente para

que los dos estemos serenos.

Desde que entramos no me percaté de que ella había encendido la luz de la habitación; no puedo creer que me haya hecho delirar tanto como para no darme cuenta de esto. Me levanto para ir a apagar el interruptor de la luz y ella imita mi movimiento. Elevo mi dedo índice para pedirle que se quede ahí y lo hace.

A oscuras, y solo iluminados por la luz que proviene de la noche y entra por mi ventana, vuelvo con ella y me acuesto a su lado. Ella se impulsa más arriba de manera que nuestros rostros están al mismo nivel, y no sé por qué tengo el impulso de abrazarla hasta que se duerma en mis brazos. ¿Qué demonios está pasando conmigo?

—Yo... era la chica popular que pisoteaba a quien quisiera y a quien fuera débil —confiesa; me sorprende por el hecho de que no tuve que persuadirla demasiado—. Iba de fiesta en fiesta, salía con los chicos más populares y hacía todo para ser la envidia de las demás chicas. No fue difícil ganarme una reputación por el simple hecho de ser la hermanita de Thiago Fleming, así que tomé eso de ventaja y me rodeé de los chicos más *cool* de la secundaria. Si alguien nos caía mal, hacíamos de sus días un completo infierno y, en verdad, disfrutábamos de eso. Así de patética era.

Aunque no la puedo ver con claridad, puedo notar la vergüenza y la tristeza que le provocan su pasado y lo que solía ser.

—¿Y cómo fue que cambiaste?

Ella suspira y sonríe con tristeza.

—Fueron las chicas a las que solía llamar amigas quienes me trajeron de vuelta a la realidad. Antes de ellas yo no era así; sí era muy consentida por mi hermano y por mi nana, pero no era así. Creo que me dejé influenciar demasiado. Un día las escuché hablando tan mal de mí que todo me golpeó. Mi nana me ayudó mucho; sus consejos fueron los que me trajeron finalmente de vuelta a la realidad. Entonces, tomé la universidad como un nuevo comienzo, como una oportunidad para hacer las cosas bien y dejar atrás todo ese pasado,

del cual no estoy nada orgullosa.

—¿Incluso a Ryle? —pregunto con una extraña sensación de... escogeré la palabra *curiosidad*.

—Incluso a Ryle —repite—. Ryle era así como el *crush* de toda mi secundaria; estaba tan idiotizada por él debido a que era el chico popular de mi generación. Fue hasta en el último año de secundaria que sus papás se hicieron más cercanos de los míos y, entonces, por arte de magia, él se fijó en mí y me hizo sentir la más suertuda de este mundo.

—¿Y todavía te sientes así?

Ella se echa a reír, lo que me hace sonreír.

—Claro que no. Ahora, que veo las cosas como son, no lo soporto; es tan irritante y estúpido que no entiendo qué le miré. Y no entiendo cómo tiene cegados a mis padres.

Cuando la miré hablando con Adrien, irónicamente me sentí muy molesto con ella; me quedé en la entrada de la cocina para escuchar cómo se desenvolvía con él, esperando que se comportara como una coqueta, pero de nuevo me sorprendió. Si he de ser sincero, ese imbécil tiene lo suyo, pero ella parecía inmune a él, tal y como lo hizo en los primeros días conmigo. Contestaba de manera simple a sus preguntas y estuvo más enfocada en su celular que en el idiota ese. Despertó mi interés cuando le dijo que hacía mucho que se había hartado de encajar; no me detuve en sobreanalizar sus palabras, porque sentí que ese pensamiento que rondaba en mi cabeza se había hecho más poderoso aún.

Heather Fleming no es como las demás chicas, ella simplemente es... diferente, única.

—¿Por qué tu familia se empeña en que ustedes estén juntos? —continúo preguntando, porque ahora, más que nunca, estoy dispuesto a descubrir cada capa de su vida.

—Porque mi padre tiene una cadena hotelera y la familia de él, una cadena de restaurantes. Imagínate que unan sus fortunas: ¿sería el negocio de sus

vidas!

—Y tu hermano, Thiago, ¿está de acuerdo con todo eso?

—Oh, no. Thiago es muy diferente, él es muy sobreprotector conmigo y siempre hace todo lo posible por verme feliz —dice con una hermosa sonrisa, lo que me recuerda mucho a mi hermana y los días en los que yo podría matar a cualquiera que se atreviera a hacerla llorar. Pero todo eso cambió con la estúpida decisión que destruyó a nuestra familia—. Él no sabe nada de esto porque yo me he encargado de que así sea; ni siquiera sabe lo mucho que odio la carrera que estoy estudiando.

Cuando su tono se vuelve triste, me trae nuevamente al presente y me hace escapar de ese pasado que me persigue constantemente, y me enfoco solamente en ella.

—Espera, ¿no te gusta tu carrera?

Niega.

—Estudio Economía y la odio. Ya sabes, cuando algo no es para ti, como dice mi nana, ni que te lo metan como laxante.

Me carcajeo cuando mi mente malversa lo que ha dicho y sé que ella sabe que lo he hecho porque me da un golpe en el hombro y me pide que tome en serio lo que estamos hablando, por lo que me disculpo y le pregunto qué es lo que le gustaría haber estudiado. «Psicología», contesta rápidamente, y la puedo visualizar sin problemas en esa profesión.

—¿Y entonces elegiste Economía?

—¿No lo imaginas?

Claro, sus papás. Acerco mi mano a su rostro y le aparto un mechón de cabello.

—Heather, esa es una decisión que solo tú puedes tomar y nadie más. No es algo que se impone, es algo con lo que naces, algo que te elige.

—Dile eso a mis padres —contesta burlona y jodidamente me hace odiar a la familia de mierda que tiene—. Pero ya es suficiente de hablar de mí, es mi turno de hacer las preguntas.

—No —niego rotundamente—. Nunca acordamos hacer la ronda de preguntas para ambas partes.

—Pero es injusto, yo contesté a todas tus preguntas —alega haciendo un chistoso puchero.

—Nunca te opusiste —le recuerdo mientras resisto a la tentación de jalar su labio.

—Vamos, Kilian, serán fáciles. Comenzaremos por... Es un hecho que compartimos la misma universidad, pero ¿qué estás estudiando?

Suspiro un poco derrotado, porque con ella nada es fácil.

—Actuación.

—¿Actuación? —chilla completamente sorprendida, lo cual me molesta porque siempre es la misma mierda: todos se quedan con la versión mala de mí—. Lo siento, no pretendí sonar así —dice como si supiera lo mucho que eso me ha molestado—. Ahora todos esos guiones y libros tienen sentido. Tendré un amigo que llegará a los cines de Hollywood. ¿Cuán loco es eso? —Sonríe tan ampliamente que también acabo sonriendo.

—Extremadamente loco.

—Siguiente pregunta: ¿cuántos años tienes?

—Veinte.

—Por cierto: yo tengo dieciocho.

—Ya lo sospechaba desde que no quisiste mostrarme tu ID cuando fuiste al *pub*.

Ella se vuelve a reír.

—Bueno, en mi defensa, diré que no lo hice porque nunca me piden mi ID; además, serías un descarado al pedirlo cuando eres menor de veintiún años y trabajas en un *pub*.

Esta vez soy yo quien se ríe. Creo que, a veces, la subestimo y tengo el presentimiento de que no acabará con sus preguntas, porque se queda en silencio, absorta en su curiosidad. Me gusta que hable, incluso si a veces lo hace demasiado, pero también me gusta cuando guarda silencio y se nota tan

relajada, como si a mi lado se sintiera... cómoda. Y para mi asombro, yo me siento de la misma manera y, por muy molesta que sea su intrusión, me gusta.

Hablamos sobre nuestros gustos musicales; le digo que mi banda favorita es Air Supply, me asombro cuando me dice que no tiene ningún grupo o música favorita, simplemente disfruta de la buena música. Lo suyo son los libros y diría que casi babeo con la mirada de ilusión que adquiere cuando habla de sus libros y de sus escritores favoritos. Se apena de su efusiva reacción al instante y cambia de tema preguntándome por mis platillos favoritos.

—Costillas a la barbacoa y tarta de zanahorias —contesto—. Y estoy seguro de que, si pregunto por el tuyo, saldrás con algún nombre todo exótico y que nunca en mi vida he escuchado.

Se carcajea tan fuerte que yo también lo hago.

—¡Qué va! Las alitas picantes son lo mío y diría que... —Ha vuelto a poner su boca como la de un pescado y no sé por qué tengo una fascinación cuando hace eso—. Tarta de mora y, al contrario de ti, soy más una persona de té que de café. —Hace un gesto desaprobatorio por esa delicia de bebida.

—Ya. Anécdota de infancia con la que te mueres de risa.

—¿Anécdota de infancia con la que me muero de risa? —repite sonriendo y dándose toquitos en su labio; luego chasquea sus dedos—. ¡Cuando estaba aprendiendo a usar patines!

Me cuenta de que Thiago la llevó a una pista de patinaje para enseñarle a usarlos. Iba delante de ella jalándola de las manos cuando lo hizo demasiado fuerte, que se fue encima de él y le pasó por los pies. Se está riendo tan fuerte al platicarlo que yo también termino riéndome.

—Por suerte eran patines con ruedas de goma —dice entre risa—. Pero Thiago nunca más quiso enseñarme a usarlos, así que nunca aprendí. Te toca.

Pienso en una anécdota y le cuento mi etapa donde tenía un deslumbramiento por el cuento de Tarzán; esa obsesión me llevó a guindarme de un tubo que sostenía una cortina y a balancearme sin parar hasta que caí sobre una pequeña mesa de vidrio, que se hizo añicos y que por pura suerte no logró cortarme.

Ella se carcajea tanto que sostiene su estómago. Aparte de mi familia, nadie sabía de esa anécdota hasta ahora, que ella lo sabe, y me gusta que sea la primera persona.

—¿Tienes hermanos? —pregunta cuando ha logrado contener sus risas.

—Sí.

—¿Te llevas bien con ellos?

—En lo absoluto. —Sus preguntas se acaban al ser interrumpida por la vibración de mi celular.

Veo de quién se trata. Es Griffin. Preparado, seguramente, para decirme cuál será el precio por cubrir mi noche en el pub.

—*Serán doscientos* —lanza en cuanto he contestado la llamada—. *No me estoy aprovechando, es solo que la noche estuvo descontrolada.*

—¿Doscientos? Griffin, eres un imbécil arribista.

Él se ríe y yo niego con mi cabeza mientras observo cómo Heather parece disfrutar del simple hecho de verme.

—*No todos los días puedes estafar a Kilian Price. Por cierto: ¿vendrás a reunirte con nosotros?*

—No, hoy estoy ocupado. Nos vemos mañana.

Tiro mi celular en la mesita de noche y vuelvo a acostarme junto a Heather.

—¿Sales a esta hora? —Estoy notando que es muy curiosa.

—Sí, pero hoy no lo haré. Hoy estoy contigo.

Sonríe ampliamente y su gesto provoca algo malditamente extraño e inusual en mi pecho.

—Tengo que regresar a la residencia.

No, ¿por qué no me gusta la idea de que se vaya tan pronto? Malditamente estoy perdiendo la razón, pero esta noche me lo permitiré y no dejaré que se marche. Al menos no hoy.

—¿Puedes quedarte? —pregunto un poco apenado y no sé por qué lo hago.

Abre en asombro sus ojos, y todo en ella es total sorpresa.

Detesto que tenga una versión de mí como si nunca hiciese nada bueno por

alguien, especialmente por ella. Creo que haría cualquier cosa por ella, y lo creí todavía más cuando Ralph me dijo que ella pudo haber salido golpeada en la pelea que yo mismo causé. La sola idea provoca un malestar en mi estómago, como si haya comido algo que me ha caído pesado.

—¿Quieres que me quede? —No contesto, solo asiento en respuesta, y ella sonrío tímidamente—. Entonces, lo haré.

Nos miramos por mucho tiempo, demasiado es lo que habría dicho en otro momento, pero tenerla frente a mí y no hacerlo sería como un completo pecado; incluso si ella es la lujuria en persona, me condenaría muy complacido.

Pone una mano en mi mejilla, que hace estremecerme, y sonrío mientras lucha con sus párpados para no quedarse dormida. Revuelvo su cabello y esta vez no se aparta.

—Es muy noche. Descansa, Heather.

—Descansa, Kilian.

No lucha más con sus parpados y se entrega a un tranquilizador sueño que, de una rara manera, me hace sentir completamente relajado y... feliz.

Hace mucho tiempo que no me siento de esa manera, que he olvidado qué es experimentar un poco de felicidad. Durante el transcurso de los últimos años, me he dedicado a simplemente existir y tengo la sensación de que ella se encargará de recordarme lo que es vivir.

Capítulo 11

EL AMOR ES COMO UN JUEGO

Heather

He salido con algunos chicos, aunque eran los típicos enamoramientos de la secundaria; incluso mi relación con Ryle —que ha sido la más duradera— ni siquiera se asemeja a la forma en la cual Kilian me hace sentir. Ninguno de ellos, ni uno solo, logró que tocara el cielo o el infierno mientras me besaban.

Kilian, en cambio, ha conseguido, con un solo beso, que olvide todo lo demás. No ha habido ruidos ni nada externo; me ha elevado al cielo, en su burbuja de pasión, y me ha hecho descender al infierno con toda la lujuria que me ha provocado.

Todavía no me puedo creer lo volátiles que fuimos anoche y aún no sé cómo no convulsioné de deseo, pero me sentí completamente perdida experimentando la adrenalina en cada folículo de mi piel. Solo de recordarlo, un excitante escalofrío recorre todo mi cuerpo y, por más que me diga que tengo que hacer como si no hubiera pasado, no lo consigo. Es decir, ¿quién rayos, en su sano juicio, quiere olvidar una noche así? Pero está más que claro que no puede pasar nada más entre nosotros que ese inolvidable beso; fue placentero y, gracias al autocontrol que él mostró, no pasamos a más, pero eso será todo. Una amistad, del calibre que sea, es la que ambos podemos ofrecernos y estamos muy conscientes de eso.

La chica que está delante de mí toma su agua carbonatada y me da espacio

para pedirle a la señora de la cafetería una taza de té y una dona de chocolate. Lo sé: toda una combinación. La señora recibe mi orden y, una vez que soy atendida, empiezo a caminar junto a Lindsay hacia una de las mesas vacías.

Hoy hace una hermosa mañana como para quedarnos bajo el techo de una cafetería, por lo que decidimos caminar hasta el campus sur de la universidad, muy cerca de la Facultad de Ciencias e Ingeniería. Según Lindsay, fue algo al azar, pero yo no lo creo tan así. Gracias a ella, me he dado cuenta de que los chicos, Jordan y Ralph, están en el sexto semestre de arquitectura.

—¿Sabes a quién miré esta mañana?

—No. —Tomo, con mi dedo índice, una gran cantidad del baño de chocolate de la dona y la llevo a mi boca.

—A Violet. Le pedí su número y quedé en que almorzaríamos juntas. Dime que tienes tiempo, ¿o saldrás con Kilian?

Frunzo mi ceño y niego inmediatamente.

—No quedé en nada con él, y por supuesto que saldremos almorzar.

—Bien.

Creo que las dos nos morimos por contarnos sobre lo que pasó en nuestras respectivas noches, pero aún ninguna de las dos hemos desarrollado esa plena confianza, por lo que hablamos de cualquier cosa menos de alguno de los tres mosqueteros, como los hemos llamado.

La hora de almuerzo ha llegado y, como Lindsay acordó con Violet, estamos almorzando en uno de los restaurantes que están muy cerca del campus. Conversar con Violet es un total deleite porque es una chica que se gana tu corazón a la primera y es fácil de querer.

—Creo que deberíamos de quedar mucho más seguido —sugiere Lindsay.

—Sí, eso sería genial.

Violet sonrío y se encoge de hombros.

—¿No es increíble que antes nos limitábamos a salir y tener amistades y ahora todo eso ha cambiado y hasta nos hemos rodeado de unos chicos casi malos? —comenta Lindsay con una singular sonrisa, al tiempo que me da un

empujón en mi hombro que hace sonreír a Violet.

—¿Chicos casi malos?

—Resulta que Heather y yo nos hemos hecho amigas de unos chicos cuyos vocablos no incluyen las palabras *normal* ni *aburrido*.

—¿Solo amigas? —pregunta Violet sonriendo; esa simple sonrisa me recuerda a alguien, pero no ubico a quién.

—Sí, solo amigas y nada más —aclaro.

Las campanas colgadas en la puerta principal del restaurante llaman por un momento nuestra atención, pero lo que nos mantiene viendo en esa dirección es el chico que viene entrando. Es Ralph. Enfocándose completamente en su celular, en cuanto alza la vista para buscar alguna mesa vacía y su mirada da con nosotras, levanta su mano para saludarnos y empieza a caminar hacia nuestra dirección.

—¿¡Qué hay de nuevo, chicas!/? —saluda con su carismático tono de voz.

Estando frente a nosotras, Violet se descompone totalmente y gira su rostro hacia la entrada buscando algo; vuelve a ver entre Ralph y nosotras con un poco más de alivio, pero sin poder ocultar su nerviosismo ante su presencia. Lo primero que se me ocurre es que el chico le gusta, y es entendible; Ralph es muy simpático, con su cabello negro —que contrasta con sus ojos color verde aceituna— y con un arete que usa en su oreja derecha que hace suspirar a casi todas las chicas que están cerca de nosotras. Pero en cuanto él se percata de su presencia, algo hace que mi teoría cambie por completo.

—Hola, Violet —saluda con un movimiento de cabeza.

—Hola, Ralph —responde ella incómoda.

—Eh... no sabía que ustedes eran amigas. —Él luce desconcertado.

¿Serán exnovios?

—Sí, somos amigas —dice Lindsay—. ¿Por qué no te sientas con nosotras?

Los tres mosqueteros son los chicos más seguros de este mundo: es un sí cuando es un sí y es un no cuando lo es, pero en este momento Ralph se está debatiendo entre declinar la oferta o sentarse a comer con nosotras.

Finalmente acaba aceptando y se sienta a la par de Violet, y observo lo incómodos que están ambos.

Lindsay no se ha percatado de ello o, de haberlo hecho, se ha encargado de que el momento no sea tan horrible para ellos, ya que ha entablado una fluida conversación haciendo partícipe a todos los que nos encontramos en la mesa.

—Y... ¿cómo estás, Violet? Hace mucho que no te miraba.

Ya hemos terminado de almorzar cuando Ralph, finalmente, le hace una pregunta directa a Violet; ella lleva su mano hacia la parte trasera de su cuello —por lo cual su largo cabello rubio la cubre— y se frota incómoda.

—Bien, y ya sabes quién se ha encargado de que sea así.

No habla con indiferencia o molestia, como lo harías al ver a un exnovio, pero el tono de sus palabras es como si estuviera cargado de resentimiento.

—Perdón, ¿ustedes de dónde se conocen? —pregunto sin poder aguantar por más tiempo.

Ninguno muestra el interés en contestar y, si todo estaba bien, mi pregunta ha sobrepasado los límites, porque Violet está sacando su cartera para dejar parte del dinero de la cuenta sobre la mesa.

—Las veré en la universidad, chicas. Tengo que regresar.

Ralph toma el dinero y lo lleva de vuelta a las manos de Violet.

—No te preocupes, yo pago.

—No tienes por qué hacerlo, Ralph. Lo último que quiero es ocasionar problemas. Si se entera...

—Yo me encargo —contesta con tono autoritario, lo que hace que Violet frunza sus labios, en lo que se supone es una vaga sonrisa, y salga a toda prisa del lugar.

Lindsay y yo nos observamos sin entender de qué va todo eso, y Ralph lo sabe, porque está jugueteando nerviosamente con el salero.

—No pueden ser amigas de Violet —suelta sin más.

Jadeamos incrédulas ante sus palabras. Lindsay, a como lo imaginé, le dice furiosa que quién se cree él para ordenarnos de quién podemos ser amigas o

no, lo que hace que Ralph suspire frustrado y pase sus manos por su rostro maldiciendo por lo bajo.

—Yo no soy el indicado para hablar de todo esto, pero... Heather... —Me mira fijamente—... especialmente tú no puedes ser amiga de Violet, no si quieres seguir frecuentando a Kilian.

¡Qué diablos tiene que ver Kilian en todo esto! Giro mi rostro hacia Lindsay y ella está acechando fijamente a Ralph mientras crea sus teorías.

—¿Hay alguna relación entre ellos? —Confundida, intento sacar la mayor información que puedo—. Acaso ellos... ¿anduvieron? —No entiendo muy bien, pero la sola idea hace que sienta algo atascado en mi interior.

—¡Dios! —Vuelve a suspirar frustrado—. Solo quería un delicioso almuerzo —comenta mirando al techo del restaurante—. Hazme caso, Heather, y no le digas nada de esto a Kilian, especialmente hoy, que ha andado de un humor de perros por lo que sea que le hayas hecho.

—¿¡Yo!? Yo no le he hecho nada —me defiendo. No le he hecho nada más que dejarme llevar por su beso.

Claro, el beso. Seguramente se está haciendo un completo loco porque cree que mi mente empezará a volar y a crear un mundo de caramelo entre nosotros. ¡Puaj! ¡Qué iluso!

Ralph saca su cartera y deja suficiente dinero sobre la mesa como para pagar todo lo que hemos consumido.

—Bueno, creo todo lo contrario. Llámalo o visítanos esta noche en el *pub*; es nuestra semana de turno. —Se levanta de la mesa y se despide de ambas. Luego se detiene a unos pasos lejos de nosotras y se gira para decir—: Te lo pido como tu nuevo amigo: búscalos y ayúdanos a apagar el carácter de mierda que trae.

Dicho esto, se pierde fuera del restaurante.

—¿De qué va esto? —Escucho a Lindsay preguntar igual de confundida que yo.

—Ni idea.

Me he sentido inquieta respecto al tema de Violet con Kilian y de la rara actitud que, según Ralph, Kilian ha tenido durante toda la mañana y, al menos, tengo que averiguar la segunda esta noche, porque está de más asegurar que Kilian no me dirá nada sobre Violet.

Lindsay se ha quedado dormida haciendo unos trabajos, por lo que en silencio salgo de la cama y camino hasta la silla donde tengo un poco de revoltijo de ropa; me pongo el mismo pantalón que he usado todo el día y solo saco una camiseta limpia. Tomo las llaves de mi auto, apago las luces y, haciendo uso de la lámpara de mi celular, salgo del cuarto.

Estaciono mi auto justamente frente a la puerta del *pub*. Ralph está afuera fumándose un cigarrillo; sonrío cuando me mira salir del auto y caminar hacia la puerta.

—Te debo una, Heather. —Con una gran calada a su cigarrillo, expulsa el humo creando unas nubes de anillos—. Toda una belleza, ¿eh? Un Mercedes Benz clase C —asegura sonriendo al tiempo que camina hacia mi auto y pasa la mano sobre el techo plateado.

¿Cómo es que los hombres siempre saben de autos? Es como si fuera algo innato en ellos.

—Algún día te dejaré conducirlo.

—Y si no, créeme que puedo tomar prestadas tus llaves.

Nos reímos y luego me dispongo a entrar y ver qué tal se encuentra el señor «rey de la velocidad».

El *pub* se siente muy acogedor. Las grandes ventanas polarizadas de color ámbar y la gran barra, siendo atendida por esos guapos chicos, hacen que sin duda quieras regresar, aunque no sea para ahogar las penas. De fondo está sonando una canción de Air Supply, «Lonely is the night»; puedo decir que se trata de esa canción porque, casualmente, esta mañana pasé un rato escuchando su música. Sí, casualmente. No tiene nada que ver con el hecho de que Kilian me haya confesado que es su grupo favorito.

«Mentirosa», me grita mi subconsciente.

Nadie presta atención a mi entrada. Jordan está fregando el piso cerca de los baños; Kilian está preparando unas bebidas, y el chico de la otra noche, Griffin —si bien recuerdo—, es el primero en notarme, porque se acerca a Kilian y le dice algo al oído. Kilian se voltea y me mira fijamente; luego le echa un vistazo al reloj de pared, que marca las once de la noche, y parece que se molesta. Yo no hago nada más que sentarme en una de las bancas y descansar mis brazos en la barra.

Él termina de preparar las bebidas y las sirve en dos copas, y es Griffin quien se encarga de llevarlas a una mesa donde están unas chicas que aparentan estar en sus treintas, creo. Se acerca y se para frente a mí sin decir nada.

—¿Qué puedes ofrecerme? —pregunto asintiendo hacia donde está toda la fuente de licor.

—Nada, ¿o hay algo que quieres olvidar?

Su tono es bastante mordaz. Vaya que Ralph tenía razón.

—¿Mal día?

Apoya sus manos en la barra y se inclina ante mí de manera que hace resaltar sus hombros y los músculos de sus brazos.

—Dímelo tú. Anoche besé a una chica, estuve a punto de hacerla mía, pero a cambio la invité a que se quedara conmigo, y por la mañana desaparece como una ladrona. Entonces, dime: ¿crees que ha sido un mal día?

Miro a los lados para ver si alguien nos ha escuchado, trago grueso al percibir el nivel de enojo que hay en su voz. De verdad no entiendo, yo creía que él así lo quería, pero esto me ha sacado completamente de órbita.

—Yo... creía que era lo que querías —confieso con cero seguridad en mi voz—. Creí que era lo que esperabas de las chicas con las que tú sales.

—Tú no eres como ellas, Heather... Tú eres diferente y no, no es lo que quería de ti.

No sé qué contestar. Pongo a trabajar a mi mente, pero ninguna respuesta viene a mí.

—Y tú y yo no estamos saliendo —murmura mientras se aleja de mí.

Siento que mi rostro arde como si me hubiesen dado una fuerte y sonora bofetada y, por muy estúpido que parezca, no contesto nada porque me lo merezco. ¿Por qué siquiera le dije eso cuando perfectamente sé que estamos lejos de estar en un algún tipo de relación? Lo nuestro es algo así como platónico.

Argh. Viene con una misión, pero los chicos solo se molestarán más porque, definitivamente, no he ayudado en nada; solo he complicado las cosas, y el carácter de Kilian será todavía una mierda.

Dándome por vencida, estoy a unos segundos de levantarme cuando un vaso de coñac ha sido deslizado sobre la barra hasta llegar a mi mano.

—Yo invito —dice sin verme.

Un momento dudo, pero termino por tomarla.

Pareciera que es un repertorio de Air Supply porque ahora está sonando «Lost in love». Creo que, desde que la escuché, me gustó lo suficiente como para encontrarme a mí misma tarareando el estribillo, pero de repente alguien la cambia. Giro mi rostro para darme cuenta de que ha sido Kilian.

—¿Qué esperabas? —Sigue molesto—. ¿Qué vendrías a mi *pub* a cantar mis canciones?

Para este momento el lugar está en silencio y las personas que están aquí, incluidos los chicos y Ralph, que ha regresado, lo han escuchado. No sé si es mi carácter, pero no me enojo con facilidad —claro, a menos que sea blanco de mis padres—; de lo contrario, me tomo las cosas muy a la ligera, como en este momento, que termino por carcajearme, lo que hace que Jordan y Ralph también se rían.

—Apenas has dado un trago y ya te ríes como loca —gruñe y provoca que a propósito me ría aún más fuerte.

—Te dije que estaba de un humor de perros —comenta Ralph al tiempo que descansa un brazo sobre mis hombros.

—¿Ustedes hablaron de mí?

Muerdo mi labio para cortar mis risas y me dispongo a lanzar mis comentarios; no solo él puede jugar este juego.

—No necesito emborracharme para reírme como una loca desquiciada o como la más recatada, y mucho menos necesito del alcohol para tener las agallas de besar a alguien.

Los chicos hacen un «Oooh» que me hace arrepentirme casi de inmediato. Pero ser testigo del desconcierto en el rostro de Kilian es verdaderamente satisfactorio y, sobre todo, recordarle lo que pasó la noche anterior es algo que no se esperaba.

—Ustedes no se metan —gruñe y lo señala con su dedo índice—. Más les vale que se esfumen.

—Hoy está peor que una chica en sus días de periodo —bromea Jordan mientras se acerca a nosotros—. ¡Qué bueno verte, Heather! Necesitamos tu ayuda.

—¿Por qué demonios creen que necesitan su ayuda? —les pregunta Kilian retándolos con su mirada para ver si en realidad se atreven a contestar.

—Porque parece que últimamente tu mundo gira a su alrededor —contesta Jordan—. Y no me lances esa mirada de mierda que, al menos con nosotros, no te funciona.

Si la furia de Kilian pudiera estar representada en un color por todo su cuerpo, sería el rojo en persona.

—Basta, chicos. Tomemos algo, yo invito —propongo intentando que todos se relajen.

—Mi turno ya ha acabado. —Kilian lanza unas rodajas de limón a la basurera—. Heather, vienes conmigo.

—No.

—No te lo estoy preguntando —contesta al tiempo que sale de detrás de la barra y hace su camino hacia mí.

Tanto Jordan como Ralph me desean suerte y no contesto nada para evitar que todo se vaya a otro extremo. Me tomo el resto del coñac de un solo trago y

de mi pantalón saco un billete de cincuenta y lo dejo sobre la barra.

—Pidan una *pizza* o algo.

—Heather, eso es demasiado para una *pizza* o algo. —Kilian, como siempre, tratando de arruinar el momento.

—Solo agradézcanselo a mis padres. —Divertida les doy un guiño de ojo y soy la primera en emprender el camino hacia la salida.

—Kilian, asegúrate de que sea de las nuestras. —Escucho que dice Ralph, pero no me detengo a escuchar lo que le contesta Kilian; ni siquiera me preocupo en darle vuelta a lo que ha dicho.

A pesar de que yo quería que cada uno de nosotros fuera en su auto, Kilian se ha negado rotundamente. Me preparé mentalmente para llevarle la contraria, pero no quise arriesgarme a ser un blanco perfecto de su enojo. Ya demasiado tuve con su cantaleta de que no puedo cantar sus canciones. En serio: ¿qué clase de locura es esa? Yo puedo cantar las canciones que se me vienen en gana y él no tiene derecho a prohibírmelo.

Todo esto está empeorando: se enoja conmigo por nada que valga la pena y me reclama cosas por las que ni siquiera ha preguntado el motivo. Esta mañana me desperté muy temprano; él seguía dormido y se miraba tan sereno que no tuve el corazón para despertarlo. Salí a hurtadillas, esquivando cada vaso o cualquier cosa que estuviera desparramado por toda la sala de la fraternidad; por suerte, no me topé con ese tal Adrien ni con ninguno de los chicos, y salí sin ningún problema. Pero, por evitar problemas, es justamente lo que estoy consiguiendo en este momento.

Conduce en silencio y ni siquiera tiene encendida la radio para, al menos, distraerme con alguna canción pegajosa.

—¿No piensas hablarme? —Él apenas gira su rostro para verme unos segundos y luego vuelve a fijar su vista en la autopista—. Entonces, ¿para qué me has traído?

—No te hablaré hasta que lleguemos a nuestro destino.

No pregunto nada más; me encojo en el asiento y disfruto un poco de la

tranquilidad del tráfico a estas horas de la noche.

Cuando llegamos al que creo que es nuestro destino, me recompongo y observo a nuestro alrededor. Es uno de mis lugares favoritos. No está tan lejos de la ciudad así que, cada vez que quiero escapar de mi drama familiar, conduzco hasta aquí para tener un poco de paz y observar el idílico paisaje de la ciudad de Los Ángeles.

—¿Por qué estamos aquí? —Sin dejar de ver el lugar, que está a casi oscuras, sonrío.

—¿Ya has estado aquí?

—Muchas veces.

Deja encendido los focos delanteros del auto, y ambos salimos de él. Nos sentamos, en el capó de este, a observar la maravillosa vista que nos ofrece el lugar.

—No sabía que también te gustaba venir aquí.

De reojo noto que Kilian me está viendo, así que también hago lo mismo. Su quijada ya no está tensa y sus facciones ahora están mucho más relajadas.

—La paz que ofrece es increíble. —La comisura de mis labios se alza ante sus palabras y ante la loca idea que se ha venido a mi cabeza—. ¿Por qué sonrías?

—Ambos hemos estado en este lugar... ¿Te imaginas que, antes de conocernos, hubiéramos estado en este mismo lugar, tan cerca uno del otro? —No contesta y otro pensamiento viene a mi mente, el cual da una gran negación a lo que he dicho— Aunque no lo creo.

—¿Por qué lo dices?

Suspiro y miro hacia el frente.

—Porque, de haberte visto antes, jamás te hubiera olvidado.

No me atrevo a mirar de inmediato, aunque termino por buscar sus ojos azules, y Kilian hace eso que mueve un poco mi piso: ladea su boca en una sonrisa peligrosa.

—¿Estás coqueteando conmigo, Heather Fleming?

No contesto; a cambio, bajo mi vista y jugueteo con la punta de mis bailarinas. De un salto, Kilian se levanta del capó y se planta frente a mí; pasa cariñosamente sus cálidos dedos sobre mi mentón y me fuerza a verlo.

—Quizás te haya visto antes —murmura—. Y quizás por eso estamos aquí: porque tú, Heather Fleming, eres la creación más hermosa de la naturaleza, y quizás haya bastado con verte una sola vez para jamás olvidarte.

Mi corazón palpita de una manera desbordante. ¿Por qué, si se supone que debemos ser solo amigos, me dice estas cosas? Con suerte consigo que llegue aire a mis pulmones, pero eso lo hace peor porque mis fosas nasales se han invadido de su delicioso aroma, y es como si no solo su esencia se haya colado por mi cuerpo; él lo está haciendo lentamente, y no se supone que eso deba de pasar.

—¿Por qué eres tan odioso unos momentos y luego eres así...: dulce?

Se aleja solo un poco de mí; ha colocado sus manos a ambos lados de mis piernas apoyándose en el auto.

—Porque, si soy un estúpido grosero sin miedo a herir a alguien, no esperarás lo contrario de eso en un futuro.

—Pero estás fallando porque estás haciendo que me guste tu lado grosero y tu lado dulce —confieso al sentir que mis venas hierven.

Esta vez, se encarga de abrir mis piernas y posicionarse en el medio de estas, lo que corta el único espacio que tenía para pensar coherente, y se acerca peligrosamente. Ha dejado de ver mi rostro y su mirada se ha clavado en mis labios, lo que provoca un escalofrío por todo mi cuerpo. Con él no puedo controlarme y no lo entiendo. No entiendo cómo, estando a tan solo unos centímetros de mis labios, hace que me vuelva loca de remate, especialmente ahora, que sé el poder que su beso ha tenido en mí.

—Tú también estás fallando porque me traes vuelto loco, y jodidamente no sé cómo controlarme cuando estás así... —Contornea mis labios con su dedo índice, lo que hace que gima en silencio y cierre mis ojos—. Tan perfecta. He pensado mil maneras en las cuales podría follarte. Aquí..., en el capó de este

auto, sería una —murmura y lleva sus labios a mi cuello—. Pero tú te mereces más que un polvo.

Abro mis ojos de una sola vez; él se aleja de mí, pero hay un fuego que crece entre nosotros que sería capaz de quemar la ciudad entera.

—¿Qué pasa si solo quiero un polvo? —me atrevo a preguntar con mi voz perdida por sus palabras.

—Sería nuestra perdición porque no habría marcha atrás. Te aseguro que no podremos parar. —Se acerca para atrapar mi labio inferior entre sus dientes, y jadeo sin ni siquiera evitarlo—. Hay tanta conexión entre nosotros que, eventualmente, correremos el riesgo de enamorarnos, y el amor es como un juego. Y si me propongo jugarlo, te aseguro que le mostraré mis mejores cartas y ni por un segundo dudaré en perder; serás tú quien saldrá perdiendo, Heather. Y tú... tú no estás preparada.

Me quedo helada antes sus palabras. ¿En verdad estoy dispuesta a seguir con esto cuando sé que llevo todas las de perder?, ¿cuando sé que, probablemente, la única que saldrá lastimada soy yo? Esta conversación está quemándose por completo, pero estoy dispuesta a llevarla hasta las últimas consecuencias.

—Lo estoy —aseguro con un tono de voz que me avergüenza.

Suelta mi labio y sonrío malévolamente.

—No, no lo estás porque, de lo contrario, no habrías salido huyendo esta mañana. —Al recordar eso otra vez, sus facciones se vuelven a endurecer.

—No hui —me defiendo—. No quería despertarte, eso es todo.

—¿Eso es todo? —repito molesto—. Pasé contemplándote toda la noche y llegué a la conclusión de que valdría la pena ser el primero en aceptar nuestra conexión, pero desperté y no estabas conmigo. Metafóricamente te llevaste todo, lo que hizo que me echara hacia atrás con mi estúpida idea.

Una vez más sus palabras me dejan fuera de órbita. No siento como si finalmente se haya dado por vencido, sino que sigue buscando excusas para mantener alejados sus verdaderos sentimientos.

—¿Por qué tengo la impresión de que eres un experto en alejarte de lo que te saca de tu zona de confort? —Es increíble en lo audaz y hablantina que me convierto frente a él.

Él hace un gesto de disgusto, lo que provoca que, por una fracción de segundos, tema haber llegado lejos, nuevamente, con mis preguntas.

—No huyo de lo que me saca de mi zona de confort —responde, finalmente, girando su rostro hacia mí—. Huyo de todo aquello que pueda dañar. Soy conocido por destruir todo lo que toco y te juro que, si supiera cómo alejarme de ti, lo haría inmediatamente.

Suspiro. Sabía que las cosas con él no serían fáciles, pero nunca imaginé que tendría frente a mí a un chico que piensa tan mal de sí mismo, a tal grado que ha perdido la fe y su amor propio y ha llegado a poseer cero empatías consigo mismo. ¿Y quién soy yo para reconstruir todo ello en tan solo unos días?

—Tienes razón: nada de esto funcionará, al menos no de esta manera. Seremos nada más que amigos y con eso me refiero a que no volverás a besarme y a que yo no lo volveré a permitir. ¿Has entendido?

—Por favor, no lo tomes a mal.

—Créeme: no lo hago. Y para ser sincera, no tengo intenciones de arriesgarme a ser destruida por un chico como tú. Así que sí, supongo que tienes razón: lo mejor es que olvidemos todo esto.

Esta vez lo aparto de mi lado y logro llegar hasta al auto maldiciendo por no haber traído el mío. Entro en él pero, al parecer, Kilian no tiene planes de marcharse todavía, así que permanezco unos veinte minutos esperándolo, dando vueltas en mi cabeza lo diferente que todo pudo haber sido si yo me hubiese quedado esta mañana. He estado a punto de derribar sus muros, pero él ha sido más rápido y, a cambio, los ha reforzado y ha tirado a un lado lo que esa parte de él intenta sacar tan desesperadamente.

Pensé que no había nadie más testaruda que yo, pero creo que me he encontrado con mi propia versión masculina.

Gruño en silencio. Mi mente trabaja a mil por hora.

Estar lejos uno del otro, aunque sea unos minutos, me han hecho entenderlo un poco. Sí, puede que la conexión entre nosotros sea bastante evidente y fuerte, pero ninguno de los dos estamos listos para ir más allá de eso. No podemos forzarlo. Tiene que suceder y, quizás, este no sea el momento. A veces la conexión no lo es todo; a veces se necesita de la seguridad por ambas partes para poder seguir adelante, y ese no es nuestro caso.

Para cuando él regresa, ambos tenemos la cabeza fría y sé que tenemos que cerrar este capítulo, así que soy la primera en hablar.

—Tienes razón. Me responsabilizo por ser la más débil de los dos y por pensar en una relación, más allá de ser platónica. No tiene caso, no en este momento, por eso te pido, totalmente segura, que nunca más volvamos a tocar este tema y mantengamos meramente una amistad. Y si eso tampoco es posible, lo mejor es que no nos volvamos acercar el uno al otro.

Es clarísimo el grado de tranquilidad que mis palabras tienen en él. Esta es su manera de cerrarse y protegerse de los demás, por la cual logra lastimarlos para que ellos mismos se alejen de él y lo odien.

Escucho que exhala y se recuesta en su asiento fijando su vista en el cielo.

—¿Qué haré contigo, Heather? —pregunta, todavía con extrema confusión.

¿De esta manera se ha manejado toda su vida?: ¿alejando a todo aquel que se acerca a él e intenta llegar más allá de lo que muestra?

Me atrevo a tomar su mano, enlazo nuestros dedos y los observo por un momento.

—¿Simplemente ser mi amigo?

Su inseguridad me demuestra que, en realidad, él nunca se ha planteado la posibilidad de ser amigos, porque ahora luce como si le estuviera pidiendo huir a Las Vegas para casarnos. Así de confundido está.

—Amigos —repite saboreando y explorando la palabra—. ¿Verdaderos amigos?

Muevo mi cabeza en afirmación. Poco a poco la inseguridad desaparece

para darle paso a una tímida sonrisa en sus labios.

—Nunca sé que esperar de ti, Heather. Y para ser sinceros, me desconcierta y, a la vez, me cautiva totalmente.

Bajo mi mirada y jugueteo nerviosamente con las puntas de mi cabello; cuando me atrevo a verlo, él me observa con una mirada tierna. Esto tiene que funcionar.

—¿Ya no estás molesto por haberme marchado sin despedirme de ti? — Intento cambiar el tema, y aparentemente funciona.

—No, pero no lo vuelvas hacer. Tú no eres como ellas. Tú... eres la única que de verdad me ha llegado a importar —confiesa tan rápido como un fuerte soplo—, así que no lo vuelvas hacer.

Sonrío genuinamente. En verdad lo hago.

Capítulo 12

NO ESTOY ENAMORADO

Kilian

Una locura. Una completa locura el haber accedido a ser su amigo. ¿En qué mierda estaba pensando? ¿Por qué siquiera le di la opción de quedarse? Ella está yendo más allá de lo que alguna vez le permití a alguien, y eso me saca de quicio.

Fui completamente sincero con Heather, bastante para mi gusto. Le confesé lo mucho que me afecta, lo enfadado que estoy con ella porque —aunque no estoy completamente seguro—, voy a ser el primero en caer, el primero en aceptar que quiero algo más que lo que sea que tenemos. Sé que, para ella y para los demás, puedo ser una tonelada de confusión y lo sé porque ni yo mismo me entiendo. Le pido que se aleje de mí, pero a la misma vez acepto que no puedo ni quiero que lo haga; es solo que... todo es tan malditamente confuso cuando está a mi alrededor. Ambos aceptamos que estamos fallando en este estúpido reto de no enamorarnos uno del otro. Me ha hecho saber cuánto desea estar cerca de mí, y yo también lo deseo.

¡Maldición! Muero por tenerla entre mis brazos, hundirme en ella y saborear cada centímetro de su hermosa piel, pero estoy muy consciente de que sería nuestra perdición y de que quien saldría más afectada sería ella porque, sin duda alguna, terminaré haciendo todo para decepcionarla y alejarla de mí de cualquier manera. Y en definitiva, Heather no se merece eso,

así que esto es mejor que nada; lo más sensato es olvidar la manera en la cual nos sentimos y hacer nuestro mejor esfuerzo por mantener una amistad.

Casi quince días han pasado desde esa noche. He evitado, a toda costa, el deseo ardiente de besarla cada vez que estamos cerca; ahora todo lo que pienso es en cómo ser un verdadero amigo, y pareciera que la vida realmente se ensaña en ponerme a prueba porque he estado para ella, estos últimos días, como jamás lo imaginé.

Sus padres de mierda tratan de llevarla a tocar fondo quitándole cada cosa que pueden; esta vez se han encargado de restringirle toda ayuda económica por el simple hecho de que ella se rehúsa a volver con ese imbécil de mierda. ¿Así de manipuladores son todos los padres? Le bloquearon sus tarjetas de crédito y han congelado sus cuentas bancarias de manera que no tenga más que el dinero que carga en efectivo. ¿Adivina quién ha insistido en hacerle confesar lo que pasaba? Sí, justamente yo. Ella no quería decirme nada y tuve que amenazarla con hacer una tontería, y no lo hice porque me sentí forzado hacerlo, sino porque en realidad no quería dejarla sola, mucho menos que se sintiera de esa manera. Ella nunca más estará sola mientras yo esté en este mundo. ¿Y adivina quién volvió a sorprenderme? Ella.

No lloró dramáticamente, como lo hubiera hecho cualquier chica que ha tenido todo en su vida; lo único que hizo fue preguntarme: «¿Crees que me acepten en algún trabajo?». Sonreí y, por alguna jodida razón, también suspiré. Suspiré porque el «maldito chico estrella», como ella me llama, poco a poco se está convirtiendo en un maldito chico patético y desconozco la manera de evitarlo.

Estoy totalmente jodido, y verdaderamente lo estoy en estos momentos en que Jordan y Ralph se están riendo a mis costillas, mientras me escuchan hablar por teléfono con Heather.

—Así que ¿se supone que tengo que adivinar cuál es el trabajo de ensueño que has conseguido? —Trato de sonar monótono cuando en verdad me causa mucha tranquilidad el hecho de que haya encontrado trabajo en tan corto

tiempo.

—*Claro. No es tan difícil, Kilian.* —Aunque no la puedo ver, podría malditamente jurar que está sonriendo y creo que yo también lo hago, porque estos tíos no paran de reír, por lo que me levanto de la banca y empiezo a caminar lejos de ellos.

—Vamos, Heather, lánzalo ya. No soy bueno para las adivinanzas.

—*¡En una librería!* —contesta, corrección... grita, lo que hace que aleje el celular de mi oído.

—¿Estás de broma? —pregunto tratando de no reírme.

¿Ese es su trabajo de ensueño?

—*Para nada. Amo los libros y estar rodeada de ellos.* —La escucho suspirar—. *Será como estar en un sueño cada día. ¿Te das cuenta de que haré todo lo posible por no dejar lo poco que ganaré en este lugar?*

Ambos nos reímos.

—Bueno, me da mucho gusto que tengas un trabajo de ensueño.

—*Gracias. Te veo luego, Kilian.*

—Hasta luego.

Froto la parte trasera de mi cuello, frustrado por la rara sensación que se ha formado en mi pecho. Una Heineken, definitivamente necesito una.

Regreso con los imbéciles que dicen ser mis amigos y, aunque ambos están conteniendo las risas, sé que eventualmente continuarán con su circo.

—Iré a la gasolinera por unas cervezas. ¿Vienen o se quedan?

Jordan y Ralph se miran entre sí.

—¿Le dices tú o se lo digo yo? —le pregunta Ralph.

—Díselo tú, no deseo que me patee el culo —contesta Jordan.

—¿Qué me van a decir?

—Aquí voy. —Ralph toma una respiración y se levanta para colocar una mano en mi hombro—. Kilian Price, estás enamorado de Heather.

Retrocedo algunos pasos por su propia seguridad.

—Déjate de mierdas y vayamos por unas cervezas —contesto aparentando

tranquilidad, pero sintiendo los frenéticos latidos de mi corazón a más no poder.

—¿No te has dado cuenta? —Jordan se pone de pie de manera que ambos me están rodeando.

—¿Darme cuenta de qué?

—Desde que Heather ha aparecido en tu plano, ya no te metes en peleas; te has olvidado por completo de Georgina o de cualquier otra chica; has dejado las fiestas, tu mierda con Liam y su pandilla y, desde hace una semana, sonrías cada vez que la tienes enfrente, o incluso toleras sus llamadas cuando no soportas estar más de cinco segundos pegado al teléfono. ¿Quieres que continúe?

Todo mi cuerpo se tensa, y esa rara sensación en mi pecho se vuelve hacer presente, pero la aparto y hago lo que hubiese hecho hace un tiempo atrás: me carcajeo y le doy unas palmadas en su hombro.

—Vaya, Jordan, tienes una gran imaginación, apta para escribir el guion de una novela romántica que necesito para mi clase de expresión.

—Perfecto —se inmiscuye Ralph—. No esperábamos que lo aceptes a la primera, pero eventualmente lo harás, aunque sea para ti mismo, y entonces terminarás dándote cuenta de que ya estás o estarás enamorado de ella.

Siento que cada parte de mí se desencaja ante tan descabellada idea.

—No estoy enamorado y de ninguna maldita manera me enamoraré de ella —aseguro con total convicción.

Ambos tuercen su gesto.

—Cuidado, Kilian —advierte Jordan—. A veces lo que tanto evitamos es lo que terminamos por hacer.

—¡Váyanse a la mierda! —les lanzo al tiempo que salgo de la maldita Facultad de Ingeniería.

¿Enamorarme? ¿Kilian Price, enamorarse? ¿Qué mierda se fumaron?

Mientras salgo de la gasolinera más cercana, lanzo la caja de cerveza en el asiento del copiloto y me hundo en mi asiento dando un gran sorbo a mi

cerveza, mientras recuerdo las locuras que dijeron Jordan y Ralph. ¿Yo, enamorarme? ¡Qué locura! Siempre lo he dicho: algunas mujeres se utilizan solamente para pasar el rato, la mayoría son una pérdida de tiempo, especialmente porque todas se vuelven locas ante la idea de tener un jodido novio y, una vez que te atrapan, quieren más y más de ti, lo que lo vuelve todo extremadamente complicado. Y para ser realistas, mi vida es jodidamente complicada como para dejar que alguien agregue otra porción: así que enamorarme no está en mis planes ni a corto ni a largo plazo.

¡No estoy enamorado!

¡¡No estoy enamorado!!

¡¡¡No estoy enamorado y no lo estaré... y menos de ella!!! Tengo que repetir eso en mi mente, especialmente cuando sé perfectamente que Heather no es como las demás mujeres; ella para nada es una pérdida de tiempo y merece mucho más que un mujeriego como yo... Pero, entonces, ¿por qué mi corazón no deja de latir de esta rara manera ante la idea de estar enamorado de ella?

—¡Demonios! —gruño aterrado.

Todo se ha salido de mis manos y de mi alcance. El temor de arruinar las cosas, poco a poco, se va volviendo realidad. Necesito recuperar mi vida, las fiestas, las peleas con Liam y su pandilla y las chicas fáciles... Sí, las chicas fáciles como Georgina. Les demostraré que solo estaba dando un descanso a mi peculiar vida, pero es hora de que las cosas vuelvan a su normalidad.

Entre los contactos de mi celular, busco la información de Georgina. Por lo general, nunca guardo el número de ninguna chica, pero sé que el de Georgina tiene que estar por algún lado porque, antes de la llegada de Heather, era constantemente blanco de sus llamadas y de sus mensajes con sugerentes fotos.

Al desplazarme por la corta lista, encuentro el único contacto de una chica: el de Heather. Detengo el movimiento de mi dedo y me enfoco en su nombre. ¿Por qué siento como si estuviera haciendo algo malo? ¿Por qué tengo la sensación de que le estoy fallando cuando ni siquiera tengo por qué enorgullecerla de mi vida o, sobre todo, de mis sentimientos?

Termino mi cerveza y, seguidamente, abro otra.

¿Es así como se sentirá estar...? ¡Oh, demonios, no! ¡No puedo dejar que eso me pase jamás!

Voy directo al registro de llamadas que, por suerte, no he tenido la oportunidad de eliminarlo; probando con varios números —algunas veces contestando chicas que no recuerdo haber conocido antes—, finalmente respiro al escuchar la chillante voz de Georgina.

—*¿Qué quieres, Kilian?* —gruñe molesta—. *¿Piensas disculparte por la forma de mierda en la cual me trataste la última vez?*

¿Por la forma de mierda en la cual la traté? Oh, sí, lo recuerdo. Se refiere a la vez que le mentí para poder salir con Heather. Tengo que ser cuidadoso con mis palabras porque Georgina es de las que ponen sus moños.

—Cariño, ha pasado un tiempo de eso. Sabes lo imbécil que suelo ser, pero... te extraño. —Estas últimas palabras salen como bañadas en dulce, justo lo que hará que ella ceda.

La escucho maldecir por lo bajo y sé que la tengo de regreso; después de todo, nunca ha podido resistirse.

—*¿Dónde quieres que nos veamos?*

Sonríó contra el pico de la botella de cerveza.

—Iremos a la fiesta que organizan los de la Facultad de Ingeniería. Te veo allá, y prepárate porque te recompensaré de maneras que enloquecerás.

—*¡Uh! Ya lo estoy deseando.*

Tiro el celular y me digo que todo este ambiente es lo que justamente necesito. Necesito recuperar el control de mi vida, no puedo cedérselo de esta manera a Heather ni a ninguna chica. No así.

Sé que es una puñetera fiesta, pero reparo, por mucho más tiempo, en arreglarme porque sé que, si Georgina se planta en sus berrinches, saldré en busca de otras chicas y la primera impresión es la que siempre cuenta.

La luz azul de mi celular me indica que tengo algunas notificaciones; lo tomo y, entre ellas, descubro que tengo una llamada perdida de Heather. Por un momento me planteo llamarla, pero luego recuerdo que estoy haciendo justamente esto para retomar mis andanzas antes de que ella aparezca en mi vida.

Tengo que admitir que los chicos de la Facultad de Ingeniería saben cómo dar una fiesta: han escogido una de las mejores discos universitarias, y el lugar casi explotará. Capto miradas de chicas muy ardientes, que baten como locas sus pestañas hacia mí, y no dudo ni un segundo en darles un guiño de ojo, por lo que logro que se sonrojen. Todas ellas son tan iguales y están dispuestas a lo que sea para tratar de llamar mi atención.

Me voy haciendo camino entre algunos estudiantes que chocan sus cuerpos contra mí y, al instante que ven de quién se trata, se disculpan y se alejan lo suficiente. Pero hay alguien que me toma de mi hombro, me hace girar, estrella sus labios contra los míos y me besa posesivamente, sin darme tiempo a reaccionar.

Me toma unos segundos darme cuenta de quién se trata la chica. No tengo ni idea de dónde ha salido Georgina y no se necesita ser un experto para saber que ya tiene muchos tragos dentro. Sonrío y la aparto.

—Sabes mi regla, cariño. No tomes hasta perder la conciencia porque, entonces, no habrá manera de recompensarte por todos estos días.

Ella se apoya en mi hombro y rueda sus ojos.

—No te preocupes, te doy todo el permiso para que te aproveches de mí.

—Sabes que las cosas no funcionan de esa manera.

—Eres un completo patán, pero ¿no puedes aprovecharte de una chica que ella misma se está ofreciendo?

—Escúchate, ahí hay una gran diferencia. Puedo ser un patán, pero no...

Vuelve a estrellar sus labios contra los míos en su intento de callarme.

—Haré lo que digas, pero asegúrate de recompensarme muy, pero muy bien.

—Se acerca a mí y roza su mano por la parte baja de mi pantalón, justamente

en mi miembro.

Georgina sí que es totalmente descarada. Le doy un beso, paso un brazo por sus hombros y la llevo a la barra por una bebida. Por fortuna, ella se beneficia de sus grandes y dotados recursos para darnos espacio en la barra, y yo utilizo los míos para conseguir que la chica que está atendiendo tome mi orden. Georgina se sienta en mi regazo y frota su trasero contra mí en su intento de bailar.

—Oye, guarda tus energías para luego —murmuro contra su oído.

Ella me da un guiño y lleva su bebida a sus labios.

Recorro con la vista todo el lugar, y no sé cómo diablos pasa, pero siento que todo mi cuerpo se congela cuando Heather está frente a mí viendo entre Georgina y yo, sumando uno más uno y llegando a su conclusión. Tiene esa mirada que muchas personas cercanas a mí me han dado desde hace algunos años: una evidente muestra de decepción.

No sé cómo logra recomponerse tan fácilmente, pero su actitud ha pasado de la decepción, y ahora me sonríe ampliamente.

—Kilian, no sabía que estarías aquí —grita en medio de la estruendosa música.

En cuanto Georgina escucha mi nombre, gira su cabeza como en una escena de película de terror. Entierro mis dedos en su cadera; su piel está helada porque la camisa que lleva puesta le llega a su ombligo, y hago que se levante de mi regazo. Observa de pies a cabeza a Heather y, una vez que cree que no es una amenaza, se sienta sin decir nada.

¿En realidad cree que no es una amenaza por la forma en que anda vestida? Algunas chicas, como Heather, no necesitan de ropa diminuta para llamar la atención de nadie. Algunas chicas, como Heather, solo necesitan usar ese pantalón tallado a su cuerpo, que resalta esas largas piernas de muerte —que esa noche casi me provocan un problemón—, y una camisa holgada que la hace ver hermosa, con ese toque *punk* de sus botas que grita: «Soy más lista que tú, así que no te acerques», para darte cuenta de que ella es la amenaza en

persona de todas estas chicas, incluso la amenaza de mi propia tranquilidad.

—Tampoco sabía que estarías aquí —replico cuando estoy frente a ella.

—No pensaba venir, pero ya sabes... —Se encoge de hombros—...

Lindsay quería despejar mi mente de todos estos días de...

—Mierda —termino por ella y logro sacarle una sonrisa.

—Exactamente. —Lleva un mechón de cabello detrás de su oreja.

El color de su cabellera es de un negro impresionante; es muy lacio y el largo llega a la mitad de su espalda en un corte recto y sencillo. Sé que, cuando se lleva un mechón tras su oreja, significa que está nerviosa. ¿Por qué está nerviosa? ¿Acaso ella también está pasando por toda esta confusión de sentimientos?

—Yo... no pensé encontrarte aquí. Los chicos están de turno: ¿tú no deberías estar con ellos en el *pub*?

—No es la primera vez que se las arreglan sin mí.

—Ya veo. —Brevemente gira su rostro en otra dirección, luego me mira y lleva su pulgar sobre su espalda—. Lindsay y Violet me esperan: será mejor que me vaya. Disfruta tu noche con... tu chica.

«Ella no es mi chica», debería decir.

—Claro... Eh, sí... tú también. —Froto la parte trasera de mi cuello por lo raro que se ha sentido esto.

La observo marcharse mientras me siento terriblemente enfermo por lo que ha pasado, pero algo de lo que ha dicho me llama la atención, y me pregunto si he imaginado escuchar su nombre. No, estoy completamente seguro de que dijo Violet. Pero ¿qué tan posible sería que se trate de la misma persona?, ¿qué tan mezquina podría ser esta casualidad? No podría tratarse de la misma Violet. Solo estoy alucinando, ¿verdad?

—Georgina, regreso en un segundo —anuncio y sigo a Heather sin que ella se dé cuenta.

Heather es detenida varias veces por chicos que intentan meterse en sus bragas. Ella los manda a la mierda en un dos por tres, lo que me hace sonreír,

aunque la sonrisa se me va al culo al ver que, en la mesa en que están Lindsay y ella, también se encuentra la misma Violet que arruinó mi vida.

¿Cuándo demonios pasó esto? ¿Le habrá hablado de mí? ¿Qué tanto habrá soltado Violet? ¡Demonios! Las cervezas que he tomado por la tarde marean toda mi puta existencia.

Necesito aire.

Algunas chicas tratan de acercarse rápidamente a mí, pero las envío al infierno tan rápido como han aparecido. Logro salir al estacionamiento aún con mi cabeza que da vueltas. ¿Desde cuándo son amigas? Y si es así: ¿por qué no me lo ha dicho Heather? Jordan tiene que saber algo. Saco mi celular y no espero mucho tiempo cuando él contesta.

—Hey, ¿te atreves a llamar luego de que...?

—¿Tú lo sabías? —interrumpo—. ¿Tú sabías que Heather y Violet son amigas? —No contesta de inmediato, lo que me dice que él y, posiblemente, Ralph hayan estado enterados de todo esto—. ¡Demonios, Jordan! ¿Por qué no me dijiste nada?

—No valía la pena. Violet no le ha dicho nada sobre el lazo que ustedes tienen.

—¡Ella y yo no tenemos ningún lazo! —grito, por lo que atraigo unas miradas—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos días atrás. Ellas comparten una clase, pero te aseguro que Violet no ha dicho algo que provoque tu enfado. ¿Estás en la fiesta de los ingenieritos? Estaremos ahí en cuanto el turno que dejaste colgado termine.

—Vete al diablo —espeto y corto la llamada.

Guardo el celular en la bolsa delantera de mi pantalón e ingreso nuevamente a la disco. Necesito alejarla de Heather lo más pronto posible.

Por suerte, nadie intenta detenerme, y llego demasiado rápido a la mesa que ellas están ocupando. Heather se sorprende al verme; Lindsay tiene una sonrisa cómplice, y ella... ella teme que convierta su noche en un infierno, tal

como lo hizo con nuestras vidas.

—¡Kilian, qué bueno que estés aquí! —grita Lindsay todavía sonriendo—. Hay tantos depredadores al asecho que, sin duda alguna, tu presencia los hará retroceder.

Me rio, porque evidentemente les gusta disfrutar de la compañía de uno de ellos, y hasta la tienen sentada en su propia mesa.

Jalo una silla de otra mesa, sin importar la cara de disgusto que recibo por parte de las personas que la ocupan, y me siento frente a ellas.

—¿Disfrutan su noche? —pregunto mientras espero impacientemente por el momento.

—En realidad, no tenemos mucho tiempo de estar aquí —contesta Heather. Su dulce voz por poco hace que olvide lo que traigo en mente, pero es más fuerte la furia que siento.

—Heather intentó obtener bebidas, pero regresó con las manos vacías y con un rostro tan decepcionado como si los libros que tanto ama se hubieran extinguidos.

Heather abre ampliamente sus ojos y Lindsay sabe que ha metido la pata. ¿Así que ella regresó decepcionada? Entonces, lo siguiente que haré la decepcionará todavía más, pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Ya. Y tú, Violet, ¿estás disfrutando tu noche?

Si no conociera tan bien a esta chica, diría que está a punto de salir corriendo lejos de mi alcance. Escucho que aclara su garganta, y apenas me mira a los ojos porque su estado de sorpresa y temor se ha apoderado de ella.

—Siendo sincera, creí que, después de tanto tiempo, podría disfrutar de una relajada noche, pero ahora tengo el presentimiento de que no será así.

Sonrío como si me sintiera el jodido diablo y me inclino en la mesa, mientras disfruto de su mirada temerosa.

—Estás en lo correcto: esta noche será lejos de ser buena. Dime: ¿tus nuevas amigas serán el próximo blanco que destruirás?

Violet mira a las chicas, y sé que tiene ganas de llorar. Oh, no. Todavía no.

No me atrevo a ver a Heather porque, si lo hago, no seré capaz de llevar a cabo todo esto.

—Kilian, no hagas esto —suplica.

—¿Hacer qué exactamente? —Ladeo mi cabeza—. No te gusta que te destruyan, ¿pero sí disfrutas destruir la felicidad de otros?

Su labio inferior hace un movimiento levemente perceptible, lo que me hace saber que está tomando todo de su parte para contener sus falsas lágrimas.

—¿Qué pasa? —pregunta Heather, pero continúo ignorándola.

—Contesta —exijo con demasiada fuerza en mi voz, por lo que logro que Violet dé un pequeño respingo.

—¿Hasta cuándo, Kilian? ¿Hasta cuándo harás de mi vida un infierno?

—Tú fuiste quien hizo de nuestras vidas un infierno —le recuerdo. Intento soltar todo de una puta vez, pero ella es más rápida que yo y ha salido corriendo de aquí, con lágrimas en su rostro.

—¿¡Qué demonios!?! —Lindsay sale detrás de ella.

Con mi puño golpeo la mesa y me levanto antes de que tenga oportunidad de escuchar algo de Heather. Camino con paso apresurado hasta la barra en donde dejé a Georgina y, en cuanto la tengo a mi merced, la beso con demasiada rabia dentro de mí, hago que ella disfrute. Pero, a medida que incremento el movimiento, sé que la lastimo al sujetar muy fuerte sus muñecas, y de pronto me aparta de un empujón.

—¿Qué jodido te pasa, Kilian? —pregunta tomando aire pesadamente.

No contesto y bebo el resto de su trago. Sujeto su mano y, con grandes pasos, propongo sacarnos de este lugar, sin hacer caso cuando me pide que me detenga porque no puede llevarme el ritmo debido a lo alto de sus tacones. Me vale una mierda. Necesito ir a correr en el auto y luego necesito follarla para olvidarme de toda esta porquería y de Heather.

Una vez que estamos por subir a mi auto, escucho la voz de Violet. Sin dudar me giro hacia el sonido cuando ella les pide que se detengan.

El estacionamiento está lleno; sin embargo, no hay ni una sola alma al final

de este. El lugar de donde proviene su voz, cargada de miedo, se encuentra solitario. La localizo, y está rodeada de algunos capullos pasados de copa. ¿Por qué Lindsay la dejó sola? Camino hacia ella con Georgina, que me sigue los pasos.

—¡Hey! —grito, lo que hace que el grupo de tres chicos se gire para verme. Los analizo a todos; son muy delgados. No tendré problemas en someterlos o, con suerte, sabrán quién soy y se largarán sin tener que ensuciarme las manos —. ¿Qué creen que hacen? —les pregunto. Violet me mira con tanto alivio que me dan ganas de correr hacia ella y hacerle saber que, a pesar de todo lo que ha hecho, jamás permitiría que le pase algo malo.

—Eso mismo te pregunto a ti —lanza uno de ellos—. Estás arruinando nuestra diversión, mejor regresa por donde viniste.

—¿Una chica indefensa es su diversión?

—Solo mírala: está como quiere —dice otro con morbo en cada palabra.

—Será mejor que te calles —le advierto y doy unos pasos hasta estar cerca de él.

Mierda. Sus ojos están rojos y dilatados, síntomas de que están bien drogados. Esto me llevará a una pelea asegurada.

—¿No te basta con la zorra que tienes para ti solito?

Mi sangre hierve pero, antes de partirles el rostro, tengo que asegurarme de que Violet esté a salvo.

—Georgina, llévate a Violet.

—No te dejaré solo —replica Violet al borde de las lágrimas.

Le lanzo una mirada de advertencia, una que sé que conoce de sobra, y empieza a caminar hacia Georgina, pero uno de ellos se interpone en su camino.

—Acabas de tomar la peor decisión de tu noche —le digo a ese chico.

Camino hasta llegar a él y estampo mi puño en su rostro de drogo y, aunque él se defiende, no ha llegado alguno que pueda con toda la rabia que llevo dentro. Todo lo que escucho son los gritos de Violet y mis golpes estrellándose

contra este imbécil.

—¡Kilian, cuidado! —grita Violet.

Giro y, por poco, el segundo de ellos casi logra darme con un tubo de metal, pero maniobro para quitárselo y lanzarlo lejos de su alcance; con el otro en el suelo, este es mi nuevo blanco.

¡Demonios! Es delgado, pero se debe de haber fumado una buena, porque parece tener la fuerza de Hulk. El tercer drogadicto se une y tengo que sobreesforzarme, pero están tan fumados que no creo que algo bueno salga de esto. Violet necesita marcharse ya.

—¡Violet, vete! —le pido.

Mi temor se hace peor cuando escucho esa dulce voz, cargada de miedo, gritando mi nombre. Heather está aquí y está descontrolada pidiendo auxilio.

De pronto uno de ellos es apartado de mí y suspiro al ver a Ralph tomándolo de su camisa y dándole golpes. Busco a Jordan, pero lo único que escucho es a Georgina, gritando: «¡La policía está en camino!». La busco y la veo quitándose sus zapatos y corriendo en dirección a la disco.

El tipo que estaba en el suelo se levanta y, al igual que Georgina, sale corriendo lejos de lo que se viene. Suspiro de alivio cuando veo que Jordan tiene a las chicas y, tan pronto como le pido que las saque de aquí, somos rodeados por tres patrullas policíacas.

No sé cómo, pero el tipo que tenía Ralph se zafa de su agarre y corre despavorido, lo que hace que dos policías salgan detrás de él.

—¡Policía de Los Ángeles! ¡Levanten sus manos! —grita uno de los policías mientras nos apunta con su arma.

Ralph y yo levantamos nuestras manos y las descansamos en la parte trasera de nuestra cabeza. El tercer tipo intenta escapar, pero no corre con tanta suerte como los demás, y uno de los policías logra atraparlo.

Violet observa a los policías y al drogadicto, luce totalmente aturdida por lo que acaba de pasar. En todos estos años, no hablamos ni nada por el estilo, pero constantemente me estoy asegurando de que esté bien; tengo contacto

tanto con sus compañeros como con algunas chicas de su residencia, por lo que sé todo lo que pasa a su alrededor, aunque ella no esté enterada de esto.

—Violet, ¿estás bien? —le pregunto sin importar que el policía me grite que me calle.

—Sí, estoy bien —contesta limpiando su rostro, lleno de lágrimas.

—¡Ustedes también levanten sus manos! —les grita un policía mientras apunta a Heather con su arma.

—¡Hey, a ella no la metas en esto! —le grito al tiempo que camino hacia él, lo que provoca que un policía me golpee en la sien con la cacha de su pistola.

El dolor es tan fuerte y agudo que hace que me tambalee y caiga al suelo. Agarro mi cabeza, escucho que alguien viene corriendo hacia mí y, cuando abro los ojos, Heather está arrodillada a mi lado.

—¿¡Qué le sucede?! —le grita al policía al tiempo que ahueca mi rostro con manos temblorosas.

—Él solo me estaba defendiendo —le dice Violet.

Solo me enfoco en Heather, en su mirada de sumo miedo y en sus manos temblorosas. De pronto quiero mandar a la mierda todo el esfuerzo que me ha tomado no besarla, y solo quiero acariciar sus labios hasta hacer que se calme y que sepa que todo estará bien. Estoy a punto de hacerlo cuando un oficial me sujeta de la parte de atrás de mi camisa y me hace levantarme.

—Todos nos acompañarán a la comisaria —nos informa. A Heather y a mí nos lanza dentro de la patrulla; intento gritarle que sea más delicado con ella, pero Heather me suplica con su mirada que no lo haga.

Y no lo hago solo porque ella lo pide, solo y únicamente... por Heather.

Capítulo 13

MILES DE RAZONES

Heather

Observo mis manos; están temblando. Observo a Kilian; me está viendo fijamente. Paso mis manos por mis piernas, en un movimiento de arriba y abajo, para hacer fricción con la tela de mis vaqueros y para, de alguna manera, hacer que el temblor se detenga, pero en verdad no lo hace, sigue igual.

Suspiro para tratar de controlarme y aparto mi rostro lejos de su alcance.

Me prometí a mí misma que de problemas y de chicos como Kilian era de lo que justamente trataría, con todas mis fuerzas, de huir, pero aquí estoy, al inicio de semana, siendo llevada a la estación de policías, y no sé en verdad por qué estoy temblando y sintiéndome de esta manera. He estado en problemas similares muy a menudo y he tenido la sensación de nervios, pero esto es totalmente diferente y ahora, que lo pienso una y otra vez, creo saber el porqué.

Sentí una desesperación y un terrible miedo cuando miré que Kilian estaba peleando con esos chicos; fue como si todo mi mundo dejara de funcionar correctamente, y lo único que quería era que alguien lo ayudara y lo sacara de ese lío. Me sentí aterrada, totalmente aterrada y desesperada. A pesar de que grité por ayuda, pensé que nadie vendría en auxilio pero, en cuanto Ralph y Jordan entraron en escena, experimenté una clase de alivio como nunca lo

había sentido antes. Fue como si... como si los golpes que Kilian le había lanzado a los chicos hubieran impactado contra mí. Lo entendí, pero estaba tan aturdida por que él estuviera bien que alejé la sensación tan rápido como vino. Pero ahora, que la patrulla va en silencio, rumbo a la estación, los golpes vuelven a impactarme y esta vez los acepto y los entiendo.

Aparte de mi nana y de Thiago, nunca una persona me había demostrado su apoyo tanto como Kilian lo ha hecho estos últimos días.

«Lo digo en serio, Heather: si no me dices qué pasa, haré lo que sea para avergonzarte de cualquier manera. Quién sabe, puedo hacer una completa escena de película romántica en la cafetería del campus; no olvides que estudio actuación. ¿Segura que quieres todo ese chismerío sobre ti?», dijo al notar la preocupación que tenía ante la nueva represalia de mis padres. Por mucho que traté de no decirle nada, él sabía que algo pasaba y me sonsacó todo. Claro que quería todo ese chismerío sobre mí, y en ese momento no lo pretendía aceptar ni para mí misma, pero esta noche el golpe me ha pegado muy fuerte y me ha dejado totalmente fuera de órbita.

He perdido el juego y hasta el juicio. Esto ya no se trata de una simple conexión o atracción; ahora todo es tan claro, y sé perfectamente que me he enamorado completamente de Kilian Price. Y quiero llorar tan fuerte porque siempre he estado consciente de que la peor parte del amor no es enamorarse; la peor parte del amor es enamorarse y darte cuenta de que su amor no puede ser. Y lo nuestro no puede ser. Lo sé por la forma en la cual Kilian estaba disfrutando con esa chica; él se miraba totalmente en su zona de confort. Entonces, supe que yo nunca sería suficiente, al menos no de esa forma.

Aunque los dos sabemos que lo mejor es olvidar y seguir adelante como si nada de lo que sentimos existe, eso no es tan fácil. No es como si formatearas un chip o un estúpido disco duro.

—¿Estás bien? —Su voz amortigua mis pensamientos, al tiempo que toma mi mano y frota mis nudillos.

Miro fijamente su toque y lo que este me provoca, y me pregunto si pude

haber evitado enamorarme de él; me lo advirtió y yo hice caso omiso.

—¿Tú estás bien? —Alzo mi mirada hacia él.

—Solo si tú lo estás —dice. Suspiro y bajo mi rostro antes de que él retire su mano para tomar mi mentón y haga contacto visual conmigo—. Heather, te sacaré de esto.

—No es por esto por lo que estoy así.

El auto se detiene y ambos somos introducidos al interior de la comisaría. Las otras dos patrullas vienen con los chicos y entran detrás de nosotros.

Violet es la más aturdida. Su llanto ha cesado, pero luce muy mal y mira a Kilian como si necesitara un gesto reconfortante de él; lo único que consigue, por su parte, es que la ignore casi por completo. ¿Por qué le ha dicho todo eso en la fiesta? ¿Qué es lo que ella le hizo para que él le hablara con tanto rencor?

La vez que Ralph me dijo que ella y yo no podíamos ser amigas, pensé que era una clase de broma o algo malo con Violet. Inmediatamente la idea de que ella sea una mala influencia la descarté porque es algo así como un halo de luz. Mi única opción es que ella sea una chica del pasado de Kilian; aunque Ralph y Jordan traten de negarlo, es la única explicación que le encuentro a todo esto y, si es así, mis sentimientos por Kilian quedarán completamente enterrados porque creo que él sigue sintiendo algo por ella.

—Pueden llamar a sus abogados o a sus padres —nos espeta el policía que golpeó a Kilian—, pero no se escaparán de pasar lo que resta de la noche aquí. Estamos cansados de jóvenes como ustedes, que no saben lo que quieren de sus vidas.

—¿Jóvenes que no saben lo que quieren de sus vidas? —ironiza Lindsay. Me sorprende que, de las tres, ella sea quien se haya visto tan ajena a la situación, como si un evento así lo viviera constantemente—. Él y sus amigos eran unos drogadictos que querían abusar de una indefensa chica y ¿somos nosotros los que la pagamos por defenderla? Usted golpeó a ese chico injustamente —le recuerda señalando a Kilian—, cuando a quien debería

haber molido a golpes era a este drogadicto.

El chico mantiene la cabeza gacha todo el tiempo, con su pierna que rebota sin parar, señal de la ansiedad que han provocado las drogas en su organismo.

—Interrogaremos a cada uno de ustedes para saber qué fue exactamente lo que pasó.

Ninguno de nosotros logró dormir ni un solo segundo, y nadie dijo nada en el resto de la noche. Todos estábamos sentados en fila, esperando impacientemente nuestro turno para ser interrogados —como si se tratara de un homicidio o de algún otro delito mayor y no de lo que pasó—, y por fin poder largarnos de aquí. Según Ralph, los policías actuaron de esa manera porque, en los últimos tres meses, las fiestas universitarias han terminado en algo como esto.

Kilian fue quien más demoró en el proceso. Pensé que se debía al hecho de que era la principal persona implicada aunque, al escuchar a Ralph y a Jordan murmurar que probablemente se debía a su historial, cambié de parecer y anoté mentalmente que tengo que preguntarle sobre eso.

Cuando llegó mi turno, el oficial me pidió mi versión de lo sucedido, y fue exactamente lo que hice, haciendo hincapié en que Kilian había sido quien prácticamente había salvado la situación. El interrogatorio al fin terminó y todo iba bien hasta que revisó mis datos y se fijó en mi apellido. Al parecer, es conocido de mi padre y, aunque le rogué que no había necesidad de informarle de esto, no hizo caso así que, para estas horas de la mañana, mis padres deben de estar en camino, muy enfurecidos por lo que ellos llamarían «la peor vergüenza para un Fleming».

Kilian insiste en que no era necesario llamar a mis padres y está tan furioso con el oficial que tengo que tomarlo del brazo y llevarlo al fondo de la habitación, en la cual nos encontramos, para intentar que se tranquilice y para explicarle lo que pasa. No deseo que se meta en problemas nuevamente.

—¿Así que tus papás están en camino? —pregunta totalmente molesto.

—Sí y estoy segura de que ellos vendrán hechos una furia, en especial mi padre.

Kilian tuerce su gesto y frota la parte trasera de su cuello.

—Todo esto es mi culpa.

—No —aseguro al tiempo que tomo su mano y le devuelvo el gesto que ha tenido conmigo—. Tú solo defendiste a Violet y ni por un segundo te arrepientas de haberlo hecho porque, de lo contrario, las cosas hubieran acabado peor. —Noto que se estremece ante mis palabras y no puedo evitar sentir un dolor en mi pecho—. Ella te importa, ¿no es así?

Frunce su ceño y me mira un poco confundido.

—No de la manera en la cual estás pensando.

—Entonces, no lo entiendo —murmuro al tiempo que suelto su mano—. Le dijiste todas esas cosas con tanto odio que pensé que ella era una chica de tu pasado, ya sabes a lo que me refiero.

Exclama una tosquedad y niega con su cabeza.

—¡Diablos! No. Esto no tiene que ver con nada de lo que estás pensando.

—Ilumíname.

Pasa sus manos por su rubio cabello y lo frota en extrema frustración.

—Heather, yo... ¿Podemos hablar de esto en otro momento?

No me queda otra opción más que asentir; además, ahora mismo tengo que tener mi mente fría para cuando ciertas personas se presenten aquí.

Tratamos de convencer a los chicos de que no es necesario que se queden esperando por mí. Aunque se muestran un poco reticentes, terminamos por hacerles entender que lo mejor es que vayan a casa a descansar.

No pasa por alto la leve sorpresa que muestran al percatarse de nuestras manos entrelazadas, y entre ellos comparten una extraña mirada. A decir verdad, yo también estoy un poco sorprendida porque, la primera vez que Kilian me tomó de la mano, no sentí esa sensación que describen las historias de romance; pero ahora, en definitiva, la siento. No es como una corriente

eléctrica, o algo así; es como una sensación de que ambos estamos conectados de una manera diferente, de una manera mucho más... profunda, y todo lo que provoca es aterrarme, por lo que suelto mi mano de su agarre y por un momento siento un pinchazo al notar su mirada decepcionada.

Ahora, que estamos solos, él muy cerca de tocarme y con el temor de que sepa lo que me pasa, me encuentro sumamente nerviosa. Me repito que el motivo de esto es porque, en cuestión de minutos, mis padres entrarán por esa puerta.

—Ayer me dijiste que no estabas conmocionada por lo que pasó, ¿entonces... por qué? —Kilian está intentando hacerme confesar lo que apenas estoy procesando.

Me remuevo incómoda en la horrible silla de esta estúpida comisaría, mientras intento encontrar algo que decirle, pero toda mi mente se bloquea cuando escucho sus voces.

—Joseph y Sally Fleming —se presenta mi padre.

Kilian voltea al escuchar sus nombres y, posteriormente, me da un apretón tranquilizador en mi pierna.

—Padre —llamo, por lo que atraigo su atención al instante. Ellos se giran hacia nosotros.

—¿Qué ha ocurrido, Heather? —pregunta mi padre mientras camina con estruendosos pasos hacia nosotros—. ¿Cómo es que te has metido en esta humillación?

Kilian se pone de pie y se interpone entre ellos.

—¿Por qué mejor no le pregunta si está bien? ¿Es más importante el qué dirán que ella misma?

—Tú no te metas. —Mi madre señala a Kilian con demasiado desdén—. Todo esto es tu culpa. Desde que eres su novio, ella ha dado un giro de ciento ochenta grados. ¿Cuál es tu propósito?

Mi madre sigue creyendo que nosotros estamos en una relación, y prefiero que piense eso a que sepa que estoy sola, e intente obligarme a regresar con

Ryle.

—Hacer lo que ustedes no han hecho —contesta sin vacilación—: hacerla feliz.

Ahogo una exclamación. Su voz es tan segura y firme que por un momento lo creí. Sé que solo lo está diciendo para seguir con el jueguito de un buen novio, y ojalá no fuera solo un juego. Ojalá fuera realidad, porque escucharlo decir eso se sintió tan bien.

Respiro y expulso el aire en un sonoro soplido.

—¿Y esta es la felicidad que le ofreces?, ¿en una comisaría?

—Padre, no es así; él solo estaba defendiendo a una amiga. Puedes hablar con los oficiales.

—¿Cuánto quieres por alejarte de nuestra hija? —Jadeo fuerte cuando la escucho. Mi madre abre su cartera y saca su chequera, lista para ponerle precio a la felicidad de su hija.

Kilian me escudriña y me vuelve a tomar de la mano; esta vez soy incapaz de mantenerle la mirada porque todo lo que siento es vergüenza de tener a unos padres como ellos.

—Señora, ni todo su puto dinero hará que me aleje de su hija.

—Todos tienen un precio —dice mi padre.

Juro que estoy haciendo todo por contener las lágrimas.

—No todos hemos crecido con su mentalidad de mierda y, si para ustedes la felicidad de su hija tiene un precio, me dan tanta lástima porque, para mí, ella y su felicidad es invaluable, y que ustedes no lo aprecien es una completa porquería.

Tanto mis padres como yo nos hemos quedado asombrados ante sus palabras. La seguridad en su mirada me recuerda la fuerza que he olvidado tener.

—¿Podrías simplemente hablar con el oficial y terminar lo que para ti es una completa humillación? —pido con una nueva y refrescante seguridad en mi voz.

—Por supuesto que sí —contesta mi padre mirando con desprecio todo el lugar—. No podemos permanecer otro momento aquí.

Tanto él como mi madre se encaminan hacia la oficina del oficial a cargo. Cubro mi rostro con ambas manos y dejo escapar un enorme suspiro.

—Heather —me llama Kilian, pero no quiero verlo, no puedo.

Todo lo que hace a continuación me desconcierta por completo: envuelve mi cuerpo en un fuerte y protector abrazo. Por primera vez me abraza, y maldición si no se siente bien. Se siente más que bien estar de esta manera en sus brazos.

Al cabo de unos segundos, se separa de mí, y creo que es porque mis padres están de regreso. Pero no: ellos siguen sin aparecer. Él se aleja solo un poco, tan solo un poco, para tomarme de los hombros y mirarme sin pestañear.

—No te sientas ni por un momento avergonzada de lo que acaban de hacer. Tú eres mejor que ellos y lo sabes, ¿de acuerdo? —Apenas muevo mi cabeza—. Ojalá pudiera hacer algo para cambiar eso; tú no lo mereces. —Él me toma del mentón y me mira con una mezcla de dulzura y miedo—. Decía en serio lo de tu felicidad. Solo quiero tu felicidad y sé que, si estoy mucho tiempo a tu alrededor, no lo conseguirás, así que...

—No, Kilian, no me pidas que me aleje de ti, no de nuevo. Dirás que sueno totalmente patética pero, cuando estás cerca, me haces sentir más fuerte. Y a veces lo olvido, por eso te pido que no me alejes, al menos no ahora.

Es como si mis palabras acabaran de haber sido creadas, o algo así, porque se muestra en un aparente estado de *shock*. La comisura de su boca apenas se curva en una leve sonrisa, y me atrae contra él en un abrazo tierno.

—Patética.

—Querrás decir dulce.

Sonríe y besa mi cabeza.

He llegado a comprender que, cada vez que me dice eso, no es un insulto. Creo que en verdad no sabe cómo demostrar cariño de otra manera, o quizás sepa cómo, pero para él no es tan fácil como lo es para otras personas.

—No lo haré. —Sé que contesta a lo que le he pedido antes.

Es la primera vez, en lo que va del semestre, que faltó a clases. Odio esa carrera, pero nunca me he dado la opción o la valentía de faltar, y hoy, más que nada, necesito un descanso de todo. Sumergirme en un libro no es una opción; estoy en ese momento en que las letras no entran en mi cabeza porque, por muy emocionante que sea la vida de los personajes principales, las escenas de mi vida son las que vienen a mi mente y obstruyen mi lectura.

Tan pronto como me despedí de Kilian, tomé una ducha, me zambullí en mi cama y me permití llorar tan solo un poco; luego me volví a levantar, como siempre lo hago, dispuesta a continuar adelante, así que me preparé, para mi primer día en mi nuevo trabajo, y me obligué a mí misma a recuperar la emoción que había sentido cuando pasé la pequeña prueba que me había impuesto la dueña de la librería.

Estaciono fuera del edificio de la librería, me inspecciono por última vez en el espejo retrovisor y suspiro, porque creo haber hecho un buen trabajo al ocultar las consecuencias de la terrible noche que pasamos. He llegado treinta minutos antes de las dos de la tarde, con suficiente tiempo para familiarizarme con todo.

Mi nueva jefa, la señora Kristal, me explica el sistema de trabajo de la librería y me da algunas instrucciones para, posteriormente, hacer un recorrido por toda la librería y mostrarme la organización de los libros, los cuales están ordenados por categoría literaria. Me detengo embelesada al ver el estante de «Romance» repleto de maravillosos libros.

—Y este es el de los libros más vendidos —explica señalando el último estante—. No creo que se te haga difícil el trabajo. Uno de mis principales requisitos es que mis empleados estén al tanto de los libros, de las reseñas y de los autores. Y noté eso de ti, así que estoy segura de que he hecho bien en contratarte.

A pesar de todo, sonrío.

—No se preocupe, no la defraudaré.

—Bien, yo me tengo que ir. Te quedas con Miley; ella será tu compañera de turno, y ya le he explicado cuáles serán las secciones de las que te encargarás.

Miley se mostró amigable conmigo y hasta me animó cuando entró el primer cliente. No fue para nada fácil; estaba muy nerviosa. Cada libro tiene un código asignado por la tienda y, para mi desgracia, no pasaba por la barra escáner, por lo que tuve que ingresar el código manualmente.

Se suponía que mi turno terminaría a las nueve de la noche, pero nos llevó una hora arquear el dinero de las ventas del día y otra media hora esperar por Kristal para que se encargara de recibir y cerrar el local. Así que, mientras voy caminando en el pasillo de la residencia para llegar a mi cuarto, no sé bien si el cansancio, en una mezcla con el desvelo, me está haciendo delirar o no, pero estoy segura de que hay alguien sentado a oscuras en la puerta de mi habitación. Entrecierro mis ojos para tratar de averiguar de quién se trata y se me cae el alma al suelo cuando veo que es Kilian.

—¿Kilian? —llamo insegura, lo que hace que él levante su mirada—. ¿Qué haces aquí?

Él vuelve a bajar su mirada, toma una botella y se la lleva a su boca.

—¿Estás tomando? —pregunto cuando estoy frente a él.

—Eso parece.

Por las noches, los pasillos de la residencia quedan casi a oscuras; solo hay unos cuantos faroles que alumbran cada pasillo, por lo que tengo que ayudarme con la luz de mi celular para alumbrar su rostro y ver qué tanto ha tomado. Cuando lo hago, él cubre su rostro con su antebrazo, pero luego se descubre y me mira; sus ojos se encuentran bastante enrojecidos.

—¿Desde qué hora estás tomando?

—No lo sé.

—¿Por qué no esperaste por mí adentro?

—Lo hice, pero me aburrí. Lindsay estuvo conmigo un rato, pero se fue a terminar unos trabajos a la biblioteca.

Habla tan coherentemente que cualquiera diría que ni siquiera ha probado una gota de alcohol.

—¿Y no quieres pasar?

—No, siéntate aquí —pide dándole unos golpecitos al piso.

Lo hago y me siento a su lado. Mi mano choca contra una caja de cervezas, y él la mueve solo un poco y toma otra cerveza.

—¿Por qué estás tomando?

Sus piernas están encogidas a la altura de su pecho, por lo que descansa sus brazos en sus rodillas y vuelve a bajar su cabeza.

—¿No es eso obvio?

—Para mí no lo es.

Escucho que suspira dramáticamente, y luego apoya su cabeza en la pared, manteniendo su vista fija en el oscuro cielorraso.

—Pensé que no irías a trabajar —comenta evadiendo mi pregunta.

—Tenía que hacerlo.

—¿Cómo lo haces?

Frunzo mi ceño al no entender su pregunta.

—¿Qué cosa?

—¿Cómo haces para tener una familia de mierda y seguir adelante como si nada?

Sonrío amargamente y niego con mi cabeza.

—No sigo adelante como si nada, es solo que he aprendido a ser fuerte incluso cuando soy lastimada.

Vuelvo a tener su atención, y la desolación que hay en su mirada me cala hasta los huesos. De pronto siento que haría cualquier cosa para intentar sacar a este chico de la oscuridad porque, a estas alturas del juego, me he dado cuenta de que tiene muchos demonios que lo mantienen encadenado a su propio infierno.

—No has contestado mi pregunta —murmuro para cortar ese momento—. ¿Por qué estás tomando?

—Porque cada día siento que me hundo más. Cada día que paso a tu lado, siento que... —Su próximo pensamiento es cortado por él mismo y toma su cabeza entre sus manos—. A veces los extraño, Heather, a veces extraño lo que solíamos tener.

Siento la pequeña humedad que van adquiriendo mis ojos.

—¿Te refieres a tus padres? —pregunto con un pequeño nudo que se va formando en mi garganta.

Verlo así, tan mal, no me gusta. Se ha de sentir horrible querer hablar con tus padres y no tener la oportunidad de hacerlo porque ellos ya no están más con nosotros, y saber que en parte está así porque yo tengo algo que ver me hace sentir peor. Quiero que termine esa frase, pero esto no se trata de mí.

—Sí, a veces extraño sus palabras, sus consejos. ¡Demonios!, no sé qué me pasa. —Lanza con fuerza una botella hacia el césped frente al pasillo.

—Está bien que lo admitas. No hay nada de malo con eso.

Pasa su mano por sus ojos y los frota, imagino que en su afán por reprimir cualquier lágrima.

—Y luego estás tú. —Tan pronto dice eso, hace que cada parte de mí se quede inmóvil por lo aterrada que estoy ahora—. No me gusta tenerte cerca, percibo que tu propósito es desarmar cada una de mis corazas, y me da miedo. Me da miedo no por el hecho de que lo consigas, sino por las repercusiones que tendrá en mí.

Intento decir algo, lo que sea, pero él continua.

—Cada vez que estás conmigo, tengo la sensación de estar totalmente expuesto, como si pudieras ver a través de mi piel. Es escalofriante, pero a la misma vez me hace... feliz. Desde algunos años que no experimentaba algo así, y me aterra demasiado porque se supone que no es lo que te deba producir una amiga.

Exactamente, Kilian, se supone que este tipo de afección no es la que sentirías por un amigo, porque es tan claro como tener cuatro dedos frente a ti que nosotros ya dejamos de querer ser amigos desde hace semanas.

Ojalá tuviera el coraje para decírselo y no mantenerlo solo mi mente.

—¿Y eso es malo?

—Por supuesto que sí. No tengo ningún control y eso no me gusta.

Tomo una cerveza y la llevo hacia él. Niega y me muestra que la suya está entera pero, al percatarse de que la quiero para mí, me la quita para destaparla.

—A veces hay que permitirnos perder el control, Kilian. A veces hay que perderlo porque nos puede traer algo bueno.

—O quizás todo lo contrario.

—Puede, pero nunca lo sabrás si no permites que pase.

Guarda silencio y da otro trago a su cerveza.

—¿Y tú por qué tomarás?

—¿Se necesita una razón?

—Por supuesto.

Suspiro y apoyo mi cabeza en su hombro; le doy un gran trago a la cerveza, lista para confesar.

—Porque la vida, a veces, es una completa porquería.

Apunta su botella hacia la mía, y yo la choco contra la de él.

—Salud.

—Y... hay algo más —agrego.

—Suéltalo, Heather; es noche de confesiones.

Ambos apoyamos la cabeza contra la pared y, cuando él gira su rostro hacia mí, estamos tan cerca que lo único que quiero hacer es besarlo y hacer que olvide todo y a todos y que se concentre únicamente en lo que tenemos.

Aclaro mi garganta y bajo la vista hacia las botellas de cervezas.

—Aunque dije que no volveríamos hablar de este tema, cada día se hace más complicado. La otra noche dejaste en claro tu punto, y debo confesar que mentí al decir que no quiero ser destruida por un chico como tú. —Nerviosa, exhalo antes de continuar—. A lo largo de mi vida, seré destruida de alguna u otra forma y, si puedo elegirte a ti, te daría el poder de destruirme porque

tengo fe de que luego reconstruirás cada parte de mí.

Lo he dicho, ya está. Lo he confesado y no me importa el evidente terror que hay en su rostro. Exteriorizar una parte de mis sentimientos y de lo que quiero se siente tan bien.

—Heather...

—No digas nada —pido—. No lo arruines.

Frunce sus labios; me toma de los hombros, para echarme hacia adelante y para luego pasar su brazo sobre mis hombros y acercarme a él, mientras besa mi frente en el proceso. Pasan varios minutos cuando él se separa con delicadeza y se pone de pie. Me entristece saber que se irá cuando todo lo que quiero es que se quede a mi lado.

—Acompáñame a recorrer la ciudad —pide brindándome su mano.

—¿No estás muy tomado para conducir?

—Soporto muchísimo más que eso, y deberías de saber que jamás me atrevería a ponerte en peligro.

Más segura, tomo su mano y él me ayuda a levantarme.

Salimos de la residencia como si nos tratáramos de dos ladrones que huyen de una escena de crimen, evitando —a toda costa— al guarda de seguridad. Una vez que estamos fuera del edificio, localizo su auto y estoy por entrar a él cuando Kilian se adelanta para abrir la puerta para mí, lo que me deja pasmada en el momento.

Él me dijo que nunca esperara algo así de su parte, y por lo mismo estoy sumamente sorprendida. Kilian se percata de mi reacción y lo único que hace es sonreír tímidamente y encogerse de hombros. Sé lo mucho que le costó hacer eso, así que no hago ninguno tipo de comentario; solo me limito a sonreír y a entrar en su auto.

Conduce en silencio, por casi una hora, sin tener algún destino en específico, pero luego toma un camino que reconozco, el cual nos lleva directo a Lake Hollywood Park.

Hace una noche helada y, a pesar de lo cansada que me siento, deseo que se

detenga en cada señal vehicular; deseo que maneje con suma precaución, como lo haría una señora de setenta años; quisiera que me llevara lejos de aquí, porque sé que quizás, algún día, ya no habrá nada de lo que queremos huir.

—¿Tienes frío? —me pregunta cuando se detiene en un semáforo. No hay nadie en la autopista, por lo que sé que lo ha hecho por los mismos motivos que he pensado hace unos momentos.

—Un poco.

Él gira su cuerpo para buscar una camisa en el asiento trasero y gira de nuevo para ofrecérmela. La tomo y estoy por llevarla sobre mis hombros cuando siento un perfume que, sin duda alguna, no es el de él.

Creo que, sin alguna intención, me he memorizado cada parte de él y de su aroma. ¿Cómo es que no me he dado cuenta de algo así? Tal vez es porque, en lo personal, no dejo impresionarme por casi nadie, pero al parecer mi subconsciente ha estado haciendo su trabajo, sin mi autorización, memorizando y procesando todo lo que tiene que ver con este chico. Por ejemplo, nunca me he detenido a pensar lo mucho que me gusta cómo luce ese simple reloj de cuero negro, en su mano izquierda, y lo guapo que se mira mientras va manejando.

—Estoy bien —miento al recordar que llevaba una camisa igual cuando esa chica estaba entre sus brazos. Así que sé que es de ella.

Tiro la camisa en el piso del asiento trasero. Es una completa lástima que no la haya podido usar para darme calor; ayer se miraba extremadamente guapo infundado en ella. Kilian luce atractivo con todo lo que viste, pero vaya que te quita el aliento en una camisa manga larga y en vaqueros, y me siento un poquito molesta al pensar que se arregló tan bien para salir con esa chica.

—Es por Georgina, ¿no es así?

—No sé a quién te refieres —miento cuando sé que se trata de la misma chica que estaba con él aquella noche, en el bar.

—La chica de la fiesta.

—Ah. —Es todo lo que digo. Georgina. Debería de desagradarme su

nombre, aunque no lo hace, pero no combina con ella ni con su teñido cabello castaño ni con sus posibles ojos verdes, gracias a las lentes de contacto. Tampoco con su curvilíneo cuerpo, que bien podría ser operado.

—Luces adorable estando celosa.

—¡No estoy celosa! —aseguro—. Es solo que tú estás borracho.

Él se gira brevemente y me sonrío.

—No lo suficiente.

Finalmente estaciona en una calle, hacia la izquierda, en el punto exacto donde podemos apreciar a la distancia el letrero de Hollywood que, aunque no tiene luz propia, la ciudad es quien se encarga de iluminarlo por las noches. Es una verdadera pasada ver ese inmenso letrero y la devoción con la cual lo admiran los turistas.

Apaga el auto y gira su cuerpo hasta estar frente a mí.

—¿Qué tan cerca has estado de él? —pregunta señalando hacia el letrero.

—Justamente a esta distancia.

—No te creo —se burla—. ¿Eres de la ciudad y nunca has escalado la montaña para verlo más de cerca?

—Aunque no lo creas, esto es lo más cerca. Una vez lo intenté con Thiago, pero usamos el GPS y las direcciones estaban erróneas, así que no lo logramos.

Se carcajea muy fuerte, y debo decir que me encanta su risa de borracho; sencillamente es divina.

—¿Todos unos lugareños y no están enterados de que Google ha modificado las coordenadas por las constantes quejas de los residentes?

—Discúlpame, pero estamos en el siglo veintiuno y, si Google Maps me dice que debo tomar la ruta cero, es lo que haré.

Vuelve a reírse y luego observamos el letrero.

—Algún día lo escalaremos juntos —asegura.

Genuinamente sonrío al imaginarme el día que eso llegue a pasar. No soy amante de las fotos, pero una juntos, con el simbólico letrero de Hollywood

detrás de nosotros, suena prometedor. Pasan algunos minutos y está callado. Me gusta cuando me besa todo apasionado —logra hervir mi sangre y me hace delirar de locura—, pero también me gusta cuando se abstrae en su propio mundo; es algo digno de observar.

—¿Recuerdas que me dijiste que tenías miles de razones para pedirme que me aleje de ti, pero que, de alguna manera, habías encontrado una sola para quedarte? —pregunta volviéndose hacia mí.

—Lo recuerdo.

Asiente y mira hacia el cielo y luego, nuevamente, hacia mí.

—Tengo miles de razones por las cuales debería alejarme de ti, pero necesito que me ayudes a encontrar una sola para creer en ti, en lo que podríamos tener y, sobre todo..., en mí.

No contesto de inmediato. Suspiro mientras miro el inmenso letrero pensando en decir algo que lo convenza, porque sé que lo que diga lo terminará convenciendo de ceder un poco el control, o de que no valgo la pena.

—Podríamos desarrollar algo completamente épico. —Trago saliva antes de proseguir—. Tú, yo... lo que sentimos podría convertirse en algo grande que ni siquiera nuestros demonios unificados podrán contra él.

Mueve su cabeza negando una y otra vez.

—No lo entiendo —murmura—. Sabes que soy una causa perdida, pero tengo la impresión de que siempre ves la luz en los demás. ¿Por qué, Heather?

Sonríe: eso es más fácil de contestar.

—Porque, al igual que tú y que todos los demás, he estado cegada por la oscuridad y sé que buscamos constantemente la más mínima esperanza para encontrar de nuevo la luz.

—¿Y si nunca encontramos esa luz?

Nuevamente suspiro, porque él tiene tantas inseguridades que por un segundo me invade con ellas. Pero pienso en algo más para decirle y, si aun así no puede creer, ya no sé qué más decir para convencerlo de lo contrario.

—Seremos unos expertos caminando juntos por el infierno.

Creo que esta vez me cree, y no lo dije solo para conseguirlo, lo dije porque en verdad estaría dispuesta a caer y a quemarme por él. Sé que lo vale, sé que podemos llegar a crear algo inolvidable, así tengamos que pasar por muchas cosas; estoy totalmente consciente de eso.

No siempre el chico es el que tiene que salvar a la chica: hay ocasiones en que los dos pueden salvarse mutuamente. Hay ocasiones en que buscar a un aliado, mientras estás sumergida en la oscuridad, es la única manera de tratar de encontrar nuevamente la luz.

Capítulo 14

MENOS CONVERSACIÓN

Kilian

Me abruma lo demasiado que ella cree en mí, me abruma lo bien que me hace sentir y me abruma lo mucho que estoy sintiendo por ella, y ya no estoy seguro de si deseo seguir evitándolo. Heather es esa brisa refrescante que tanto necesitas después de estar expuesto al calor por mucho tiempo; no solo se ha convertido en una agradable compañía, se ha convertido en mi amiga, la única amiga que he tenido jamás.

Después de lo que pasó con mi familia, nunca permito que nadie se acerque mucho a mí; Jordan y Ralph son testigos de ello. Al comienzo, eran simplemente los tíos con los que trabajaba en el *pub*, eran los tíos que se encargaban de hacer que las carreras clandestinas me dieran mucho dinero. Corro desde los diecisiete años, lo hacía por pura satisfacción, pero unos años después ellos me hicieron ver el gran negocio que tenía frente a mis ojos. Necesitaba desesperadamente obtener dinero para dejar de recibirlo de mis papás, así que lo acepté, y los convertí en los capullos que arreglaban todo ese rollo. De pronto, eran más que eso. De pronto los sentía como mis amigos, algo que había olvidado de alguna manera.

Con Heather fue diferente. No tenía las intenciones de ser su amigo, no tenía las intenciones de pensar en ella a cada instante y mucho menos tenía las intenciones de ser algo que ella merezca; sin embargo, ahora todo eso ha

cambiado. Me he esforzado muchísimo por hacer que nunca pierda ese brillo esperanzador en su mirada; la he llevado a cenar, al cine, a bailar, a pasar el tiempo en el área que fuera de la universidad, donde todos han empezado a especular si el gran Kilian Price ha sido cazado. Sigo preguntándome eso y la única respuesta que logro conseguir es que, definitivamente, no he sido cazado. He sido cautivado. Y es lo mejor que le ha pasado a mi vida.

De alguna extraña manera, siento como si llevara conociéndola de años. Sus costumbres, sus sueños, sus anhelos, sus puntos fuertes y sus puntos débiles, y ahora tengo esa sensación de querer conocer mucho más allá de todas esas cosas; quiero conocer cada parte de su alma, aunque eso me aterra y me cautiva al mismo tiempo.

Una de las cosas que me ha atraído de ella es el amor que siente por la literatura. Es difícil estar a la altura de todos sus novios literarios, pero su sonrisa —cada vez que digo alguna mierda o cuando debería decir algo cursi y no lo que termino diciendo— es la recompensa para todos los días que he estado sin ella. Todo marcha tan bien que vivo con el constante miedo de que algo fallará. Nunca he sido religioso, pero en los últimos días oro para que eso no suceda, mucho más ahora, que he salido despavorido del auditorio sintiendo que mis orejas arden de vergüenza, luego de perderme en la clase de Sofía al no recitar mis líneas a tiempo y, por ende, escucharla decir que eso se debe a que estoy... ¿Cómo fue que dijo?

—Al amor, Kilian. Cada una de tus facciones me asegura que estás enamorado. Situaciones como enamorase, en la actuación...

Estoy en el baño echándome la cantidad de agua necesaria en el rostro para quitar esta sensación de asfixia. «Tengo que ir más lento, tengo que ir más lento —repito mirando el reflejo, en el espejo, de mi rostro mojado de agua—. No puedo estar enamorado. No podemos estar enamorados». Este ataque de pánico es todavía peor al que sentí aquella tarde.

Mi celular vibra y, con un gruñido, veo de quién se trata. Es un mensaje de Jordan que me informa que está fuera de mi auditorio porque necesita hablar

conmigo. Le digo que estoy en los baños y que voy por él. Tomo una larga respiración y salgo del baño al tiempo que me obligo a hacer a un lado este otro ataque de pánico.

Fuera me topo con Jordan, recostado en una pared, con su pie apoyado en ella.

—¿Qué pasa?

Él levanta sus cejas y lanza una botella de Seven-Up hacia el cesto de basura que está a varios metros de él, lo que hace que las chicas que pasan en este momento coqueteen con él. No entiendo cómo ha rechazado ser el maldito capitán de su equipo de basquetbol si no hay una bola que no sea capaz de encestar.

—¡Vaya! Alguien no está de humor —replica ignorando a las chicas—. ¿Qué te ha picado?

—Nada —digo pasando las manos por mi cabello.

—Creo que ese «nada» tiene nombre y se llama Heather. —Escucho que dice Ralph, por lo que volteo sobre mi hombro para ver que él viene hacia nosotros. Resoplo cuando tengo a ambos delante de mí.

—Esto no tiene que ver con Heather.

—¿Qué pasa contigo? Vas por la vida diciéndole «cariño» a todas las chicas que se te ponen en frente, pero a ella simplemente sigues llamándola por su nombre —riñe Jordan.

—Ponerle un sobrenombre sería algo muy personal, y no estoy listo para eso —confieso entre pesados suspiros.

—¿Por qué luchas por evitar que se meta bajo tu piel? —inquire Ralph moleestamente—. Es decir, es obvio que estás perdido por ella, pero todavía te niegas a aceptarlo.

Frustrado paso mis manos por mi rostro mientras me armo de todo el control del que soy capaz de poseer.

—Les juro que, si dicen otra cosa más, les partiré el rostro sin remordimiento alguno.

Ambos intercambian una mirada de molestia.

—Lo que digas, Kilian.

—¿Qué necesitas, Jordan?

—Los chicos de la USC han organizado una carrera hoy.

—¿Hoy? —pregunto molesto—. ¿Y desde cuándo ellos son los que organizan las carreras?

Ralph se acerca a mí y me toma del hombro.

—Desde que están desesperados porque necesitan una revancha para poner en alto su nombre.

—De todas maneras, nunca ha estado en alto —me burlo.

—Lo sé, y es lo que más me fascina —dice—: que tengan esperanzas, porque amo ver sus rostros de perdedores.

Los tres nos reímos. Ellos saben cuándo aflojar un tema.

—Entonces, ¿hoy tengo que enfrentar a esos imbéciles?

Ambos se ríen y Jordan me da un apretón en el hombro.

—Por supuesto que no. Todavía no hemos confirmado nada porque primeramente queríamos hablarlo contigo, pero por nada del maldito infierno nos presentaremos.

—Todo porque les demostraremos que los que mandan aquí somos nosotros —agrega Ralph—. Ellos no nos dirán cuándo ni dónde se realizan nuestras carreras. Entonces, si nada ha cambiado, ¿nos vemos en Santa Mónica, esta noche?

—Claro.

—¿Llevarás a Heather? —pregunta Jordan con esa sonrisita, cada vez que me hace hablar de ella.

—Sí. Tengo que regresar a clase —informo golpeándolos en sus respectivos hombros.

Estoy haciendo lo que prometí no volvería hacer por una chica. Esperando afuera del trabajo de Heather, listo para llevarla conmigo a Santa Mónica. Han pasado casi diez minutos y ya he recibido mensajes de Jordan, que me gruñe porque no he llegado. Contesto rápido a su mensaje, al tiempo que escucho abrirse las puertas de la librería y a Heather saliendo de ella.

Cuando me mira sonrío y, sin querer, hago lo mismo.

—Tu salida es a las nueve y ya son más de las nueve. —Ella sonrío y niega con su cabeza al tiempo que lanza, al asiento trasero, la pequeña mochila que trae sobre sus hombros.

—Creo que ha sido la estafa por ser principiante. En realidad, cierran a las nueve, pero nunca he salido a esa hora, sino siempre pasadas las nueve.

—¿Crees que debemos hacer algo al respecto? —Niega con su cabeza y se inclina para darme un pequeño beso en mi mejilla, pero entonces mando todo a la mierda y me atrevo a tomar su nuca y la retengo besándola sin miramientos, como si estuviera necesitado de sus besos.

No hay sensación más terrible que disfrutar algo que sabes que no puede acabar bien, pero no voy a seguir luchando contra este sentimiento. No hoy. Se sorprende y, a decir verdad, también me sorprende la calidez que sus labios provocan en mí.

—Hola, Kilian —murmura tímida contra mis labios.

—Hola, Heather. ¿Lista para la noche?

Antes que se retire, vuelvo a besarla y sus labios son tan suaves que todo lo que deseo es que recorrer cada centímetro de su piel para comprobar que es igual de suave. Ella profundiza el beso; nuestras bocas son tan voraces que me ponen caliente y con el deseo insaciable de hacerla mía.

No quiero pensar quiénes estuvieron mucho antes que yo, pero besa tan malditamente bien que me gusta y al mismo tiempo me molesta. Ella siempre me confunde por completo. La suelto, luego beso su mejilla, y enciendo el auto.

Donde usualmente nos reunimos ya está lleno de los estudiantes de nuestra

universidad y, a medida que me acerco a ellos, hago sonar el motor del auto de manera escandalosa, lo que provoca que se produzcan silbidos y aplausos que enardecen con nuestra proximidad. Giro para ver a Heather, que está con una enorme sonrisa de felicidad, y entonces, sin poder evitarlo, tomo su mano; ella se gira sorprendida, pero luego muerde su labio inferior para evitar sonreír.

Jordan lanza un asentimiento de cabeza al vernos llegar y aplaude, lo que atrae la atención de la multitud.

—Como saben, hoy no habrá nada de apuestas; simplemente correremos y disfrutaremos la noche. —Todos gritan de emoción—. Las apuestas se harán este fin de semana y serán grandes. Ya saben, el Coachella y las vacaciones de primavera están a la vuelta de la esquina.

—¡Y necesitamos dinero! —grita un chico de la multitud.

—Tú sí sabes —replica Jordan riendo—. Bueno, disfruten su noche; al regresar festejaremos en la playa.

Una vez más todos estallan de emoción y corren a sus respectivos autos.

—Me encanta todo esto —dice Heather sonriendo al ver todo el movimiento.

—Te debería traer más seguido.

—Sí, por favor —pide juntando sus manos en forma de súplica.

—Dalo por hecho, siempre y cuando no nos enfrentemos a los de la USC.

—¿Qué hay con ellos? ¿Recuerdas que ya presencié una de sus carreras?

—Sí, pero a veces no suelen ser así de calmadas.

Se encoge de hombros restándole importancia.

—Pero yo estaré allí.

Suspiro resignado.

—Eres tan testaruda.

Levanta su mentón como si fuera un cumplido, y sí, creo que lo es. Es hermosamente testaruda y está a punto de replicar cuando una chica con grandes pechos se acerca al lado de mi puerta y se inclina hacia mí dejando casi nada a la imaginación. Coquetea conmigo, sin importar la presencia de

Heather, lo cual me molesta, y consigue que la mande lejos de nosotros a la voz de mando.

—¡Vaya! —escucho decir a Heather—. ¿Cómo es que conseguías llevártelas a la cama si eres así de pedante con ellas?

Me rio; ella siempre sabe tolerar mi mundo y continúa sorprendiéndome cada vez más.

—Sé decirle cosas para que caigan —confieso girándome para verla.

Ni siquiera está molesta.

—¿Así o más engreído?

—Es lo que soy, Heather.

—No —dice rotundamente—. Eres mucho mejor que eso.

Ni siquiera sé cómo contestar a eso porque, una vez, más me abruma lo mucho que cree en mí. Jordan viene corriendo hacia nosotros para decirme que ya es hora de que salgamos y que también deje que algunos autos tomen la delantera, ya que será bueno para las futuras apuestas.

—¿Estás lista? —le pregunto mientras enciendo al auto.

—Muy lista. —Ajusta su cinturón de seguridad—. Haz lo tuyo, Kilian.

Sonrío y me preparo para un largo paseo.

He disfrutado de la adrenalina y de la sensación de libertad que todos estos años han provocado las carreras ilegales, pero... ¡demonios!, disfruto al máximo y mucho más la expresión de libertad y de éxtasis que tiene Heather en su rostro.

Quizás la felicidad es otra cursilería, pero ¡al demonio con eso!; en estos momentos, soy feliz a su lado, y de pronto me encuentro con el sentimiento de que no quiero que nadie más la haga sonreír de esa manera. Quiero ser el único que la haga sonreír, quiero ser el único al que ella quiera a su lado. No importa si el patético ahora seré yo; ella es todo lo que quiero y todo lo que debe de importar.

Como me había pedido Jordan, bajé la velocidad y dejé que varios tíos me sobrepasaran, lo que provocó sus risas de mierda. ¡Hay que dejar que sueñen

y se sientan realizados por un día! Para cuando estamos de regreso en la playa, estaciono y Heather y yo salimos al mismo tiempo del auto.

—¡Eso ha sido genial! —exclama mientras corre hacia mí y toma un impulso para brincar y enredar sus sexis piernas en mi cadera.

El gesto, por un momento, me sorprende; ella se ha adaptado tan rápido como si hubiésemos estado saliendo por mucho tiempo, y me encanta una vez más. Con todo el valor, pongo mis manos en su trasero y lo acuno.

—Por algo soy el mejor corredor de todo Los Ángeles, ¿no?

—Por supuesto que lo eres —dice y me enfrasca en un pequeño beso.

—¡Heather! —Escuchamos su nombre. Miramos en dirección a donde ha provenido la voz y nos damos cuenta de que se trata de Lindsay—. ¿Bañarás? ¡Todas las chicas lo están haciendo!

—No estoy preparada —contesta al tiempo que se pone de pie por su propia cuenta, y odio que lo haya hecho, siento que podría cargarla por una eternidad—. No he traído un bañador —dice bajando la cabeza hacia sus desgastados *jeans*.

—¿Y qué hay con eso? —interviene Ralph—. Baña con tu ropa interior.

Heather me mira insegura, esperando que le dé mi aprobación o alguna mierda. No dejaré perder la oportunidad de ver su piel, por lo que me encojo de hombros; ella asiente y me mira risueña.

—Solo si bañas conmigo —pide.

De pronto los tres pares de ojos están sobre mí.

—¿Por qué no? —digo, mientras me quito la camiseta, y la lanzo al interior de mi auto.

Ella sonrío ampliamente y la veo correr hacia la playa, de la mano con Lindsay.

—Ustedes cuatro son tan adorables —bromea Ralph—. ¿De qué cuento de príncipes azules se salieron?

Ni Jordan ni yo nos molestamos en contestar a sus idioteces, porque estamos viendo el espectáculo que nuestras chicas están montando. Mi chica.

Heather Fleming es mi chica. Incluso mis labios se sienten extraños cuando saborean esas palabras, y mi mente no cree que esto está sucediendo.

Heather se despoja de su blusa de la manera más malditamente sexi de este planeta; se quita sus deportivos y los deja a un lado de su camisa, y sus pies juegan brevemente con la arena. Antes de desabrochar su *jean*, levanta su mirada hacia mí, la entrelaza con la mía y, finalmente, se lo quita de una manera lenta y caliente, que me enciende completamente. Luego sale de ellos y los deja al lado de su restante ropa.

¡Maldición! Creo que me he quedado sin respiración. Es perfecta; cada centímetro de ella es perfecto. Tiene el cuerpo más sexi que jamás he visto.

Trago antes de ver a los chicos.

—¿Quieren saber por qué lucho por evitar que se meta bajo mi piel? —les pregunto e, inmediatamente, atraigo la atención de ambos—. Porque, si lo hago... —Suspiro en el preciso momento que una ráfaga helada nos golpea. Miro hacia la playa, hacia ella—... será mi adorable perdición.

No espero que me contesten algo y empiezo a caminar hacia la playa; dejo mi *short* y mis zapatos junto a los de ella. Apartando de mi camino a las chicas que se están deleitando conmigo solo en bóxer, me sumerjo en el agua y llego hasta donde está ella, bastante retirada de la orilla de la playa.

—El agua está fría, ¿no es así? —Chapotea hacia mí y moja mi rostro.

—Lo está —contesto. Me acerco a ella y pego nuestros cuerpos—. ¿Quieres otra noche de confesiones?

Ella muerde su labio y asiente.

—Me tienes como si fuera todo un niño en sus quince, deseando tenerte a cada instante y viéndote así —digo al tiempo que sujeto su cadera y la pego aún más, lo que hace que ella suelte un pequeño gemido—. No puedo controlarme.

Abre sus labios como si necesitara de aire.

—¿Y por qué te controlas? Ya habíamos hablado de eso —contesta con un cambio de voz notable, lo que convence de que ella quiere esto tanto como yo.

—Porque, si no lo hago, te haré mía aquí.

—¿Aquí?, ¿en la playa? —balbucea.

—Aquí, en la playa —puntualizo.

Ella se sujeta de mi hombro con demasiada fuerza y mira a nuestro alrededor. Es de noche y cada uno está en lo suyo; probablemente nadie se dará cuenta, y yo ya no puedo contenerme mucho más tiempo. Quiero perderme en ella.

Vuelve a verme.

—Entonces, tienes que controlarte porque no me harás tuya aquí —contesta con un guiño. Se recompone tan rápido que me sorprende y sonrío como si hubiese hecho la maldita travesura del año, y sí que lo ha hecho.

Observo como un idiota mientras se aleja de mí y se une a los estúpidos juegos que tiene Lindsay con Jordan y otros más. Podría jurar que la tenía, pensé que la tendría para mí, pero una vez más ha hecho todo lo contrario que espero de ella.

Uno de los capullos que han asistido usa su camioneta para poner música, lo que hace que todos griten llenos de emoción. Heather y Lindsay empiezan a mover sus manos y sus caderas.

¡Demonios!, solo ella puede excitarme de esta manera. Nota que la estoy viendo, y todo lo que hace es sonreír e indicarme, con su dedo índice, que me acerque a ella. No tengo ni idea de dónde ha salido esa versión de juguetona, pero me tiene fascinado.

Nado hasta estar cerca y, frente a ella, salgo a la superficie pasando mi mano por mi cabello mojado. Sonrío y niega con su cabeza.

—Te he dicho que tienes que ser mucho más inteligente para hacerme caer en tu jueguito de seducción.

Me planto todavía más cerca de ella, casi a escasos centímetros de distancia, y bajo la vista a sus labios, porque he descubierto que tiene una clase de efecto en ella.

—Pues no sé quién de los dos está jugando a esto —murmuro, ahora,

sosteniendo su mirada.

—Podemos terminarlo cuando quieras.

—¿Cómo? —pregunto retándola todavía más.

—Un poco menos de conversación y más acción. —Su voz está cargada de demasiadas promesas, lo que me hace verla encantado de haberle hablado esa noche, que lucía como si intentara matar al mundo entero.

Ella quiere que haga el primer movimiento, y ya me ha dejado muy en claro que no quiere que lo haga aquí, así que lo único que se me ocurre es llevarla a su residencia.

Hago un gesto con mi mano para indicarle que salgamos del agua, y ella se gira sin poner más obstáculos.

—Heather —llamo al tiempo que la detengo al tomarla del brazo—. Cuando estemos en la residencia, ni el diablo mismo evitará que te haga mía.

Baja la vista a mi agarre y me mira sobre esas hermosas pestañas.

—Ni tus más grandes demonios podrán evitarlo —contesta, lo que me hace soltar un suspiro frustrado porque no encuentro la hora de estar juntos.

Ambos nos despedimos de Jordan y de Lindsay; Heather se queda mucho más tiempo hablando con ella y, cuando regresa, se mantiene lo suficientemente alejada como para evitar que la roce con el más mínimo movimiento. Pasamos al lado de Ralph, y está tan enfocado en una morena que casi ni se percata de que nos estamos marchando.

Sin importarnos lo mojados que estamos, tomamos nuestra ropa. Heather se viste con una paciencia del infierno, y sé que lo está haciendo a propósito. Sé que sabe que estoy como un quinceañero que recién entra a la etapa de las hormonas descontroladas, y me molesta un poco, pero a la misma vez me fascina que sea la única que tenga ese control sobre mí.

—¿No te importa que moje tu auto? —La frase, para mí, tiene tan doble sentido que no ayuda en nada, y ella se ha dado cuenta de ya que no espera que le conteste y se mete a mi auto.

Por muy febril que me siento, conduzco tan lento como me es posible. A

estas alturas sabemos que ambos somos muy buenos con los juegos, pero quizás no soy tan bueno en este juego, porque todo lo que sé es que ahora estamos a solo unos pasos de su dormitorio en la residencia.

Abre la puerta de su dormitorio y, tan pronto como la ha cerrado y asegurado, acuno su rostro y la llevo contra la pared. Asalto sus labios; ella deja escapar un gemido, lo que me provoca querer explorar mucho más allá de eso. Le quito su camisa y desabrocho el botón de sus *jeans*; los bajo lo suficiente como para tener acceso a ella y, con mis dedos todavía helados por la temperatura en la que se encontraba el agua, meto mis manos bajo su diminuta braga y hago camino hasta su parte baja. La tomo por sorpresa, lo que hace que tiemble y gima más fuerte.

Echa su cabeza hacia atrás, se aferra con fuerza a mis hombros y me da espacio para besar la prominencia que desborda de ese adorable sostén. Sus pechos son hermosos y justo como los he imaginado todo este tiempo. Muevo mis dedos en círculos, sé que ella ya no se podrá resistir por más tiempo, y yo estoy desesperado por embestirla una y otra vez hasta que mi nombre parezca una oración en sus labios.

—Kilian.

—No vuelvas a jugar a ese juego —adviento mientras me alejo de ella.

Su pecho sube y baja con frenesí. Asiente y luego se acerca a mí, completamente llena de lujuria, y me quita la camisa y baja mi *short*; hago lo mismo con ella. Los *jeans* que tanto amo ahora son un completo problema y, cuando finalmente está fuera de ellos, los lanzó a donde está lo demás, y nuestras ropas mojadas se mezclan en una sola. La empujo contra su cama y ella se ayuda de sus codos para subirse más arriba. Simplemente está preciosa, con su cabello húmedo, con su tierno sostén rosa pálido con un lazo donde se unen sus perfectos pechos y sus bragas, que hacen juego. Todo el conjunto es malditamente sexi.

Mientras me observa contemplándola, muerde su labio inferior, lista para mí.

—Te di la elección de irte, pero decidiste quedarte —murmuro al tiempo que me inclino hacia ella para besar su plano vientre—. Ahora no hay marcha atrás.

Ella gime y arquea su espalda.

—¿Puedes sentir la presión ahí... abajo? —pregunto mientras la beso y me deleito al tenerla impaciente—. Contesta —exijo.

—Sí —replica perdida.

—Nadie más te hará sentir así, porque ya no habrá nadie más, ¿lo entiendes?

—Sí —vuelve a contestar mientras se remueve con mi toque.

Llego hasta su pecho y bajo uno de sus tirantes, beso su clavícula; ella gime y tengo que controlarme para no follarla ya mismo. Hago lo mismo con el otro, luego lo quito por completo, y dejo sus pezones al aire libre, muy cerca de mi boca.

—No estoy listo para hacerte el amor, pero jodidamente estoy listo para hacerte mía —murmuro al separarme lo suficiente para ver su rostro.

Me observa a través de sus largas pestañas y lame su labio superior.

—No estoy lista para que me hagas el amor —gime—, pero estoy lista para que me hagas tuya.

No necesito escuchar nada más, cuando ya he retirado sus bragas y la tengo completamente desnuda debajo de mí.

Tomo uno de sus pezones, chupándolo, al tiempo que introduzco mi dedo en ella y hago un pequeño círculo que la hace gemir, retorcerse contra mí, con sus labios separados, mientras trato de llevarla al borde.

Ella es tan receptiva que mi erección ya está a más no poder, por lo que la dejo sola un momento para buscar un condón en mi cartera y, cuando regreso, está completamente expectante y sumamente guapa.

No sé por qué cree tanto en mí ni por qué sigue aquí, pero ahora será completamente mía. Tengo la sensación de que he esperado por ella tanto tiempo que ahora no quiero dejarla ir nunca más, aun si tengo que ver mis

rodillas caer al suelo por ella.

Quito mi bóxer y me pongo el condón, listo para ella, listo para hacer que se corra, pero antes admiro su perfecto cuerpo y beso sus piernas al tiempo que siento su suave piel.

Ella jadea excitada y se le escapa un suspiro tembloroso. Tiene un aspecto tan carnal que, aunque quiera seguir con estos juegos, la tengo tan dura que duele y, sin ella preverlo, me posiciono, abro sus piernas para mí y la embisto. Ella gime tan fuerte que cubre su boca y yo jadeo.

Se siente tan bien. ¡Dios! ¡Cuánto deseo ser el único hombre al que ella vea!

La vuelvo a embestir y ella gime más fuerte, pero vuelve a abstraerse al cubrir su boca.

—Quiero escucharte —digo y retiro su mano de su boca.

Tomo sus caderas con firmeza y vuelvo a hundirme en ella. Enrosca sus piernas en mis caderas abriéndose más, dándome un mayor alcance y, cuando intenta agarrarse de mis hombros, aprisiono sus manos y las llevo sobre su cabeza; la tengo completamente a mi merced.

—¡Kilian! —dice extasiada; me vuelvo loco al escucharla clamar mi nombre.

—Di mi nombre otra vez —pido, esta vez, perdido.

Lo hace, y me pierdo con ella. Sus caderas se empiezan a mover y a compaginarse con las mías. Ahora sí nos movemos de verdad y, en cuanto dejo sus manos libres, las lleva a mi espalda y rasguña esa parte, lo que provoca un gruñido por mi parte.

Cierro los ojos con más fuerza, abrumado por las sensaciones.

Podría jurar que escucho los rápidos latidos que produce su corazón, aunque no estoy completamente seguro de si se tratan de sus latidos o de los míos. De lo que sí estoy seguro es que ya no puedo negarlo por más tiempo. No puedo seguir engañándome por mucho que repita que no debemos... Creo que me he enamorado de Heather Fleming.

Capítulo 15

LA CITA DE MI VIDA

Heather

No estaba jugando a ningún juego, quería que se apoderara de cada parte de mí en esa estúpida playa, quería que hiciera conmigo lo que quisiera, que me tuviera a su antojo y a su merced, pero entonces recordé la vez que me retó y se burló por el hecho de que me había alejado por una semana porque aseguraba que ya me había enamorado de él. No sé si ya estaba enamorada o no, pero lo único que sabía era que tenía que hacerlo aguantar un poco más, así que fue exactamente lo que hice: hacerlo aguantar un poco más para que supiera lo que se siente tentar a alguien. También porque he sido yo quien ha dado casi siempre el primer paso, y era hora de que tuviera el valor para darlo él.

La manera en que me miraba y en que ambos nos perdíamos el uno en el otro me hizo sentir como si tuviera todo el poder para hacerlo delirar cada vez que tocaba mi cuerpo, y se deleitaba como si él fuera la gasolina y yo, el cerillo; tenía todo el poder de hacerlo explotar. Era como si fuéramos una balanza de lujuria y pasión que cambiaba de peso cuando el otro había tenido suficiente.

Kilian descansa su cabeza sobre mi pecho, y estoy tan segura de que puede escuchar lo que provoca en mí; los descontrolados latidos de mi corazón son una muestra de lo perdida que estoy por él y, también, de lo aterrada que me

siento. Aterrada porque me he enamorado de él y parece no darse cuenta, o quizás no quiere darse cuenta.

Tiene una pierna sobre las mías y su mano izquierda sobre mi pecho, lo que me acerca más a él. Me gusta, me gusta que estemos así. Es como si no quisiera separarse ni un momento de mi lado. Me gusta saber que soy esencial e indispensable, al menos para él. Me permito acariciar su cabello mientras me deleito al recordar lo que acabamos de hacer. No esperaba una pizca de romanticismo por su parte y, a decir verdad, me gusta su forma dominante en la cama; me ha hecho sentir deseada.

—¿Tienen entradas para ir al Coachella? —pregunta al tiempo que se remueve solo un poco para levantar su mirada hacia mí.

—Sí, para el primer fin de semana. Lindsay las compró en enero y pasó casi todo un día, en esos desagradables turnos en línea, esperando poder comprarlos.

Mueve su cabeza en negación.

—Seguramente ya estaba en la cola virtual y refrescó la página web, lo cual te lanza de nuevo al último turno. Quiero que vayas conmigo.

Levanto mi ceja, sin poder evitar contener una sonrisa.

—¿Me estás invitando a una cita?

—Ya hemos tenido citas —replica ofendido, lo que me hace reír.

Sí, hemos salido aquí y allá, pero no han sido nuestras citas.

—No, Kilian. No hemos tenido ninguna cita.

Él frunce su ceño completamente confundido.

—¿Y qué hay de las cenas, las salidas al cine y a bailar?

Tomo su mano y beso la palma de esta, sin poder ocultar mi tonta risita.

—Esas no han sido citas.

—¿Por qué no?

—Porque ninguna de ellas la has pedido tú. Me has llevado a todos esos lados porque Lindsay y Jordan nos han insistido en que nos unamos a ellos.

Abre sus ojos un poco en asombro y asiente levemente.

—¿Así que no hemos tenido ninguna cita? —Muevo mi cabeza de un lado a otro en respuesta; él vuelve a descansar su cabeza en mi pecho, y creo que será todo lo que dirá hasta que nuevamente posa su mirada en mí—. Heather, te daré una primera cita inolvidable.

Mis ojos se llenan de lágrimas de emoción. Yo sabía perfectamente en lo que me estaba metiendo con él, sabía que las cosas entre nosotros serían complicadas, pero escucharlo y ver lo mucho que se está esforzando en que lo nuestro funcione me emociona demasiado.

—¿Heather? —Sofoco un suspiro y logro contestar—. Te dije que ya no hay escapatoria y lo digo en serio.

—No escaparé de mi propia habitación.

Levanta la vista y descansa su mano en mi mejilla.

—No hablo de escaparte como una ladrona antes de salir el sol, hablo de lo que tenemos. —Me mira directamente a los ojos, y tengo esa sensación de que quiere llegar a cada parte de mí—. Hemos cruzado la línea, y por ningún motivo te perderé, ¿lo entiendes?

Asiento y se inclina para besarme; luego vuelve a recostarse sobre mi pecho, al tiempo justo para que no mire las lágrimas de emoción que se escapan de mis ojos.

Nos levantamos cuando la alarma de mi celular sonó, casi una hora antes de la entrada a la primera clase de viernes. Kilian para nada es madrugador y me hizo mucha gracia cuando me preguntó que por qué demonios tengo programada la alarma con demasiada anticipación. Lo cierto es que se lo debo a mi madre; siempre me exigió estar muy puntual en los eventos a los que teníamos que asistir, así que me he acostumbrado a la puntualidad. Ahora no es tan fácil sacarla de mi rutina.

—No tenías que acompañarme, te hubieras quedado durmiendo en la fraternidad.

Mientras yo tomaba una ducha y me preparaba para asistir a clases, él regresó a su fraternidad para cambiarse de ropa e insistió en que me acompañaría a la sección de clases.

—No, yo quería acompañarte. —Sonríe y despeina mi cabello como solo él sabe hacerlo.

—¡Demonios, Kilian! No despeines mi cabello tan de mañana —gruño, pero la verdad es que ambos estamos sonriendo, sobre todo ahora, que me ha entregado una taza de té caliente.

—Recordé que la otra noche dijiste que no eras una chica de café, sino de té.

Se encoge de hombros. No importa lo mucho que se esfuerce por tratar de quitarle importancia a este pequeño gesto; para mí significa tanto.

—Gracias. ¿Nos vemos en la noche?

—Por supuesto. ¿Quieres que pase a recogerte?

—Solo si tú quieres.

—Entonces, ahí estaré. —Pasa una mano sobre mi cintura y me acerca a él —. Hasta entonces, Heather. —Sonríe tan deslumbrante que, una vez más, me pierdo en él, y luego me besa, sin importar que los chicos que están entrando a la sección nos vean.

—Genial, así aprovecho para contarte lo que he estado pensando — murmuro.

—No, ahora lo dices en este momento.

Suspiro y dejo salir lo que ha estado rondando mi cabeza.

—Me he cansado de ser esa chica de la que todos esperan que diga o haga algo. Ya estoy harta y por primera vez haré lo que yo quiera.

—¿Y qué es lo primero que harás?

—Cambiar de carrera. Estudiaré Psicología, sin importar lo que quieren o no mis padres.

Sonríe como si fuera un novio que mira a su novia recibirse con honores de la universidad, o algo así.

—Sabía que no pasaría mucho tiempo para que finalmente lo hicieras. Tú, Heather Fleming, tienes el valor que muchas chicas desean tener y sabes que tienes todo mi apoyo.

—¿Crees que sea complicado el cambio?

Menea su cabeza en negación.

—El primer semestre es introductorio; te servirá para convalidar algunas clases, pero es un hecho que te retrasarás con este semestre y tendrás que llevar clases extras.

—Es lo que temía.

—¿Y qué es perder solo un semestre en comparación con perder el resto de tu vida en algo que no te gusta? —pregunta al tiempo que me acerca a él—. Así que haremos todo el papeleo para que, cuando regresemos de las vacaciones de verano, ingreses a la Facultad de Psicología.

Mi corazón empieza a palpar con demasiada prisa, envuelto en una mezcla de miedo y nerviosismo.

—¡No puedo esperar! —exclamo ante la revoluta de sentimientos que todo esto me provoca.

—De acuerdo: continuaremos con esta charla luego. ¿Qué te parece ir por algo de comida rápida una vez que hayamos salido de clases, y luego te llevo a mi fraternidad y pasas la noche conmigo? —pregunta sonriendo.

—¿Qué pasa con tus hermanos de la fraternidad? ¿No se molestan con que lleves chicas a casa?

—¿Cuánto tiempo más hablaremos de esto? No. Llevo. Chicas. A. La. Fraternidad —puntualiza, por lo que entrecierro mis ojos hacia él—. Al menos no desde que tú llegaste a mi vida.

Una vez más me rehúso a creer que, aunque la gente haya categorizado que chicos como él no tienen remedio, yo estoy en total desacuerdo. Kilian tiene salvación; sé que la tiene. Todo lo que hace ha convertido mis dudas en esperanza, y esperanza —justamente— es lo último que dejaré que muera entre nosotros.

El día pasó de lo más rápido y la organización de los libros del estante de ciencia ficción me mantuvo tan ocupada que por poco olvido al chico que no solo nos visitó para comprar algunos libros, sino que también intentó coquetear conmigo. Y desde ese momento, Miley no ha parado de reír y de hablar de lo rápido que lo mandé a volar y, lo que es peor para ella, de lo ridículo que parece que ahora todo el mundo piense en amor.

Apenas me rio.

—¿Por qué lo dices?

—Uno de mis compañeros, el mujeriego más deseado de toda mi facultad, al parecer, por fin está tomando a una chica en serio, y nuestra profesora le hizo pasar pena diciendo, frente a todos, que estar enamorado no se puede actuar y que, definitivamente, él está enamorado.

Jadeo y a la vez me rio.

—¡Pobre chico! ¿Qué clase de profesora hace eso?

—Nah —contesta mientras limpia despreocupadamente las uñas de su mano—. Se lo merece porque iba por la vida mofándose de que nunca se enamoraría de nadie.

—¿En serio?

—Sí y salió despavorido del auditorio. Era digno de haberlo grabado, pero con eso que todos le tienen miedo...

Levanto mi ceja.

—¿Qué?, ¿acaso es La Roca? —me burlo y ambas nos reímos.

—Es el chico con mala reputación. Ya sabes, casi todas han pasado por él.

—¿No estás exagerando?

—Para nada. Huelo el peligro desde lejos y, créeme, ese chico es el peligro en persona. En realidad, no sé si esa chica es afortunada o si tiene demasiada mala suerte. Él es la clase de chico del que toda mujer con cerebro debe alejarse, es tan patán que no sé cómo logra convencerlas de follarlas y luego dejarlas tiradas como una basura, cuando la basura es él.

Según lo que ha dicho Kilian de sí mismo, siento como si hablara de una

versión de él, y me molesta casi enseguida que juzgue de esa manera. Yo también fui juzgada severamente por mis antiguos compañeros y, siendo sincera, no se siente nada bien.

—Miley, no te expreses como si el chico fuera lo peor de este mundo, no sabes qué lo llevó a ser de esa manera.

—¿Lo defiendes sin conocerlo?

—Olvidalo —digo y vuelvo a lo que estaba haciendo antes de que ese chico irrumpiera en la librería.

El Coachella Fest al fin ha llegado. Es un gran festival de música que se desarrolla durante tres días y toma lugar en la ciudad de Indio, en el condado de Riverside; es un evento atractivo no solo por la música y las grandes estrellas que amenizan los conciertos, sino también por la tradición de vestir con la moda *hippie* de los años setenta y, bueno, por supuesto que por los chicos adinerados y figuras públicas que se han tomado la celebración como un momento del año para exhibir sus mejores vestimentas.

Ya que las chicas no tenían la ropa adecuada para el evento, me ofrecí a llevarlas a casa y ver qué encontrábamos en mi guardarropa que funcionara para ellas. Lindsay no paró de decir que mi habitación es diez veces más grande que nuestro cuarto en la residencia y que no puede creer que lo haya cambiado por vivir dentro de cuatro paredes diez veces más pequeñas. Cuando me aceptaron en la UCLA, bien pude quedarme en casa, pero quería vivir la experiencia universitaria por completo, y también porque deseaba demasiado alejarme de este lugar; así que convencí a mis padres y, por una extraña razón, no se opusieron. Pero eso es tema aparte; en este momento, los nervios son los que se han apoderado de mí al saber que tengo que hablar con Violet sobre Kilian. Creo que hay cosas que no quiero averiguar, como el significado que ella tiene o tuvo en su vida.

La mañana terminó con nosotras en el salón de belleza Hairroin, al que suelo ir, ubicado en West Hollywood, en el bulevar Cahuenga, tomando un riesgo que nunca me he atrevido a hacer: teñir algunos mechones de mi cabello en azul, los cuales hacen un bonito contraste con el negro azabache, que es mi color natural.

—¿No es genial? —Lindsay pregunta una vez más cuando salimos de Monroe St y nos dirigimos hacia el sur—. Desde que llegué a Los Ángeles, soñé con ir a ese festival.

—¿No eres de aquí?

—Soy de Nebraska —le responde Lindsay a Violet—, donde lo único interesante es el río Platte y la historia de la ciudad.

—¿No hay muchas universidades allá? ¿Por qué elegiste Los Ángeles?

Sí, fue lo mismo que yo le pregunté, lo que la hizo sentir incómoda, y lo único que contestó fue lo siguiente: «Imagínate... ciudad pequeña, chica de grandes sueños». Pero esta vez me mira a través del espejo retrovisor y suspira antes de contestar.

—Porque estaba muy desesperada por dejar atrás mi pasado, quería un nuevo comienzo. —Es todo lo que dice, y cambio el rumbo de la conversación al mencionar a los tres mosqueteros.

Al llegar, le echo un vistazo rápido a las cuatro zonas de aparcamiento. Violet y yo suspiramos al tener suerte cuando encontramos un espacio en Red Path. La caminata del *parking* al recinto puede ser eterna. No exagero al decir que bien podrían ser seis kilómetros de camino, y este aparcamiento conduce a la ruta más corta.

Como normalmente es de esperarse, el ambiente está completamente repleto de chicas y chicos que usan *shorts*, camisas ombligueras con guilindujes y todo lo que te puedes imaginar de los años setenta. Pasamos por seguridad y decidimos tomar el recorrido en una bicicleta para ahorrarnos la caminata. Son las cinco de la tarde y, por el sol, parece que son las doce del mediodía, y con este calor no deseamos cansarnos.

El chico nos deja enfrente de una de las grandes ruedas de la fortuna, y Violet es la primera en volverse loca con las fotos que toma sin parar. Poso para ellas obviando el hecho de que no me gustan mucho las fotografías. Casi he olvidado lo bonito que es tener una amistad libre de interés y sin dobles apariencias.

En cuanto Lindsay ha ido a conseguir nuestras bebidas, aprovecho la oportunidad para hablar con Violet sobre Kilian. Nos sentamos en el césped —completamente verde por lo bien cuidado que está—, bajo la sombra que produce uno de los grandes carteles.

—Violet, hay algo que tengo que decirte sobre Kilian.

—Heather, no hay nada que hablar de él.

—De hecho, sí. Nosotros estamos en una clase de... relación. —Me detengo por un momento esperando una loca e irritable reacción de su parte, pero lo único que obtengo es una amplia sonrisa y un efusivo abrazo—. Espera, ¿estás alegre? —pregunto totalmente confundida.

—¡Por supuesto que sí! Tú eres todo lo que deseo para Kilian.

—Pero ¿ustedes no...?

Ella suspira y toma cariñosamente mi mano.

—¿Qué te ha dicho Kilian sobre mí?

Me encojo de hombros.

—La verdad, no mucho, solo me aseguró que entre ustedes no ha pasado nada de lo que yo imagino.

Ella hace un gesto como si mi idea fuera totalmente descabellada y luego se ataca en risa, lo que me molesta un poco.

—Discúlpame. —Toma varias respiraciones hasta controlarse por completo—. Yo soy la primera en aprobar su relación. Sé que él carga con mucha ira y rencor, pero te prometo que él lo vale.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! —asegura y me vuelve a abrazar—. Quisiera poder decirte todo para que aclares tus dudas, pero solo me ganaría más odio de

Kilian. Lo que sí puedo decirte es que, pase lo que pase, no dudes que eres importante para él.

Sus palabras, en lugar de tranquilizarme, lo único que consiguen es encender una alarma que me indica que posiblemente he caído en una gran red de mentiras porque, definitivamente, ella sabe demasiado y hay un gran lazo entre ellos como para que hable tan segura de él.

—Violet, estoy harta de que ambos se vayan por la tangente. ¿Sabes que, desde la vez que almorzamos con Ralph, claramente me dijo que, si quería mantenerme cerca de Kilian, no podía ser tu amiga?

Ya no es la chica alegre que era hace un momento; es como si otra vez se haya caído esa fachada que monta referente a Kilian y a ella. Se pone de pie y yo hago lo mismo; la tomo de su brazo para impedir que se marche.

—Por favor, entiéndeme. Solo quiero saber qué hay o qué hubo entre ustedes.

—Vamos, Violet, Atrévete a decirle. —Escuchamos esa voz que estoy segura de que es muy familiar para las dos.

Ambas giramos para encontrarnos con los tres mosqueteros frente a nosotras. Kilian ni siquiera me mira, está totalmente enfocando su molestia en Violet.

—¡Vamos! —vuelve a gritarle.

—¡No te atrevas a hablarle de esa manera! —adviento poniéndome frente a ella.

No me importa lo que haya pasado entre ellos, no permitiré que le hable así.

Ralph se apresura y pasa a mi lado para tomar a Violet y llevársela con él. Jordan le susurra algo al oído a Kilian, toma de la mano a Lindsay, y se va en busca de los chicos. Sea lo que sea que le haya dicho, lo ha calmado un poco, aunque su molestia todavía es palpable.

—Heather, yo no pretendía hablarle así —murmura mientras se acerca a mí. Yo doy algunos pasos hacia atrás para alejarme.

—Claro que sí. Siempre que la miras, le hablas de esa manera. ¿Qué

diablos tienes con ella? ¿Es esto una clase de juego? —Odio, detesto que ya nos estén viendo como si fuéramos la parejita que ha tomado desde temprano y ya está montando una escena.

—Te he dicho que no se trata de eso.

—¿Entonces, explícame! —exijo alzando mis manos hacia mi costado.

—¿Podemos olvidarnos de que esto pasó y simplemente disfrutar de nuestra cita? —Niego. Debería de saber que no dejaré las cosas así, no esta vez. Gruñe y pasa las manos por su rostro lanzando maldiciones sin parar—. Entonces, no hay otra que posponerla —dice con su expresión de molestia de regreso.

Mi boca se abre en sorpresa, molesta como el infierno por lo que está haciendo. ¿Qué tan mezquino o estúpido es todo esto que prefiere marcharse antes de decirme la verdad?

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

Cierra sus ojos y mueve su cabeza en negación.

—No, pero no me das opción.

—¿Te estoy dando una opción! —Alzo mi voz y maldigo por haberlo hecho, pero respiro de alivio porque hay tanta euforia y emoción en todo el lugar que nosotros ya pasamos al décimo plano de importancia.

—Eso no es una opción.

—Dime, entonces, qué es.

—Presión.

Me rio, malditamente me rio por todo esto.

—Entonces, ¿no piensas decírmelo? —Su silencio lo dice todo—. Olvídate de la cita y olvídate de mí.

Antes de dar un paso lejos de él, me sujeta del brazo, y odio ver la expresión de angustia en su rostro.

—No me hagas esto, Heather —suplica con una evidente desesperación en su voz, que estruja mi corazón.

Sé que ambos somos cabezas duras, y eso es lo que más me preocupa:

porque yo no cederé y creo que él tampoco lo hará.

—No te preocupes, no tienes que decirme nada. —Me suelto de su agarre y continúo alejándome de él deseando poder patear lo que sea con tal de sacar este enojo.

¡No puedo creer que el día pretenda acabarse de esta manera!

—Es mi hermana.

Me detengo tan bruscamente que casi me caigo de bruces al escucharlo. Giro lenta y pausadamente esperando contenerme al descubrir que se está burlando de mí, ya que esto es una clase de broma, pero sus facciones endurecidas me dicen que no lo es. Esto es muy serio, tan serio que el color se ha ido de su rostro.

—¿Tu hermana? —repito y él asiente con la cabeza gacha. Me acerco y hago que me mire—. Estás de broma, ¿no?

—No bromearía con esto.

Me quedo pasmada por unos segundos. ¿Su hermana? ¿Qué rayos pasa aquí?

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? —reclamo—. ¡No creerás la cantidad de cosas que me he imaginado! Además, ¿por qué le hablas de esa forma?

—Porque... —gruñe y se pasa la mano por su cabello—. ¡Demonios! Le advertí que no se acercara a ti.

—¿Le advertiste qué?

—Esto se suponía que no debía pasar; ella tiene prohibido estar cerca de mí o de las personas que yo quiero.

Me siento totalmente confundida. ¿Por qué la odia tanto?, ¿qué ha hecho ella para ganarse su odio? Es como si hubiera un mundo de preguntas y ni una sola respuesta. Pero, espera... ¿ha dicho que... me quiere o solo lo he imaginado? ¿Por los divinos libros! ¿Por qué tuvo que decir eso en este preciso momento?

—¿De qué va todo esto?

Nota mi confusión y me toma de la mano tratando de alejarme de la multitud. No quiero ir a ningún lado y entierro los tacones de mis botas en el

césped para evitar moverme. Tenemos un duelo de miradas ahora mismo. Cierra sus ojos un momento y, cuando los abre para verme nuevamente..., mi corazón se agrieta... Kilian Price me observa con la súplica y el dolor que invaden toda su expresión; es justamente eso lo que me derrite y hace que me mueva.

El largo camino que no quisimos hacer a pie lo estoy recorriendo con él, y pienso que está a punto de llevarme a otra parte hasta que veo que gira en dirección a una de las estructuras de hierro que contiene las grandes iluminarias que se encargarán de proyectar su luz hacia el escenario.

—Vamos a escalarlo —dice señalando las delgadas piezas de hierro por las que suben los encargados de montar todo esto.

—¿Estás loco? ¡Nos van a arrestar!

Quiero reír cuando rueda sus ojos, pero estoy tan molesta y confundida que termino por no hacerlo. Kilian señala hacia los guardas de seguridad de esta área, y estos asienten en forma de saludo.

—¿Los ves? Ya lo tengo todo arreglado. No se suponía que nuestra primera cita fuera de esta manera, pero no queda otra. Las cosas han tomado su propio rumbo.

—¿Ya lo tenías todo arreglado?

Mueve su cabeza de un lado a otro, como si estuviera dolido por mi actitud llena de sorpresa.

—Heather, te dije que te daría una primera cita inolvidable.

Logra que por un momento olvide lo que está pasando entre nosotros ahora mismo, y esta vez no puedo contener mi sonrisa, aunque la oculto rápidamente. Tomo la mano que me ofrece para subir los peldaños y empezar a escalar hasta la cima; lo sujeto con demasiada fuerza las pocas veces que miro hacia el suelo, que va quedando detrás de nosotros. Llegamos a la cima y nos acomodamos en una plana superficie de hierro. Tenemos una amplia vista al lugar entero, de tal manera que podremos ver completamente a los artistas invitados, y se sentirá como si estuviéramos en plena primera fila.

—Me encanta tu cabello y lo que le has hecho.

Diría que de mala gana alboroto las ondas que me han hecho en el cabello, pero no entiendo por qué no puedo estar enojada con él por completo.

—Nunca me lo he teñido.

—Ya, te queda divino.

Descanso mi cabeza en su hombro y escucho cómo suspira pesadamente, al tiempo que deja un sonoro beso en la cima de mi cabeza y entrelaza su mano con la mía.

—Lo siento, yo no quería que te enteraras de todo esto, Heather. Traté de mantenerte alejada; mi vida es una mierda.

Levanto mi rostro y beso su mejilla.

—No digas eso; tu vida no es una mierda. Sea lo que sea que haya pasado con tu hermana, estoy segura de que lo pueden arreglar.

—Lo nuestro no tiene arreglo. —Suelta su mano de la mía y cubre su rostro durante unos breves segundos, exhalando pesadamente—. Nuestra familia se desmoronó debido a ella; ella fue la culpable de que mis papás... —No puede terminar, porque levanta su rostro y cierra tan fuertemente sus ojos como si pretendiera borrar el horrible recuerdo que ha atravesado su mente—. Lo siento, esto es tan duro para mí.

Lo que más deseo es que me diga todo lo referente a la muerte de sus papás y el motivo del porqué tiene tanto resentimiento hacia Violet. Pero no quiero presionarlo, jamás, no cuando es tan palpable que todo está tan fresco y doloroso para él.

—Te entiendo. Entiendo que la culpes por lo que pasó con tus papás, pero ella no es responsable; hay cosas que nadie puede evitar por mucho que lo intentemos.

Él ríe amargamente.

—No tienes idea de lo que hablas.

Aunque sé que su intención no es herirme, aparto mi vista, incapaz de verlo, al sentirme completamente estúpida y culpable de haberlo obligado a confesar

esto. No tenía por qué hacerlo. No tenía ni debía por qué hacerlo. Y tiene razón al decir que no tengo idea de lo que hablo. Ni siquiera puedo imaginar o decir algo que haga disminuir su dolor.

—Oye. —Toma mi mentón y lo eleva—. Lo siento. Entiendo que quieres ayudarme, pero ni yo mismo sé cómo lograrlo.

Sus palabras disminuyen mi enojo tan rápido que me sorprende por completo. ¿Cómo logra hacerme esto con tanta facilidad?

—Solo quiero que te sientas bien y seas feliz.

—Tú me haces feliz, Heather.

Muerdo mi labio inferior para contener la emoción que sus palabras provocan en mí, pero él lleva su dedo corazón a mi labio y lo libera de mis dientes, y se inclina para besarme. En el proceso nos olvidamos de este mundo, al igual que de su sociedad estereotipada, y me encanta que solo él tenga ese poder sobre mí.

—Algún día contestaré todas las preguntas que no te atreves a decir, pero no es el momento. Eres lo mejor que me ha pasado y ni siquiera entiendo por qué.

De pronto todos empiezan a gritar cuando un par de chicos toman el escenario, listos para complacer a los presentes. Kilian los reconoce y no solo mi confusión y mi enojo desaparecen, también los suyos. Todo sentimiento negativo se borra de este momento. Me gusta verlo así, despreocupado y alegre, y no como hace unos momentos, siendo atormentado por sus propios demonios. Lo sujeto de su mano y lo jalo hacia mí; tomándolo por sorpresa, lo beso, y él me devuelve el gesto de igual manera.

No sé cómo explicar en palabras lo que me producen sus toques y acercamientos; son emociones de otro mundo, emociones que me hacen sentir completamente viva y que jamás en mi vida las he experimentado.

—Esta, definitivamente, es la cita de mi vida —murmuro contra sus labios.

La sonrisa que se ha clavado en su rostro por el efecto de mis palabras es sencillamente lo mejor de todo.

Capítulo 16

UNA COMBINACIÓN LETAL

Heather

—Así que son hermanos. —Lindsay sigue repitiendo, tan sorprendida como yo lo estoy, cuando le he contado sobre Kilian y Violet—. ¿Y eso no te molesta?

Me quedo en silencio pensando en su pregunta. Dejo el libro que estoy leyendo a un lado y me siento con las piernas cruzadas sobre la cama. Ella cambia de posición en su cama y aleja solo un poco su computadora portátil.

—No sé si *molestia* es el sentimiento correcto, es decir, sé que para algunas personas no es fácil dejar entrar a su vida a terceros, y eso lo entiendo a la perfección; lo que no logro entender es por qué ocultarme algo así.

—Exactamente. Es como si pretendiera borrar su lazo con ella, ¿no?

—Sí, y eso me saca de onda. Por muy enojada que esté con mi hermano, jamás intentaría o pensaría en borrarlo de mi vida así como así.

—¿No crees que ahí hay algo más? —pregunta con actitud sospechosa, y en ese momento escuchamos que golpean la puerta de nuestra habitación.

—¿Esperas a alguien?

Es el tercer día del Coachella; por lo tanto, no hay casi ni un alma en los pasillos del recinto universitario, mucho menos en las fraternidades o residencias, ya que todos están disfrutando del festival.

—No. Debe de ser para ti —contesta al tiempo que ajusta sus auriculares

para continuar viendo las repeticiones del programa de las Kardashian.

Dejo mi libro a un lado de mi almohada y me levanto a abrir. Es Violet quien está frente a mí, con los ojos totalmente enrojecidos como si hubiese llorado toda la noche.

—¿Podemos hablar? —pregunta con un tono de voz quebrado.

Me hago a un lado para que entre. Con sus brazos entrelazados, entra a la habitación con un paso muy cauteloso y de pronto está cubriendo su rostro, llorando descontroladamente. Lindsay se levanta asustada de su cama, y yo envuelvo a Violet en un abrazo. Ella descansa su cabeza sobre mi hombro y lo moja con sus lágrimas.

—Lo siento mucho, Heather, debí haberte dicho las cosas. Eres una buena amiga y seguramente ahora no querrás saber nada de mí.

—Tranquila, Violet. —Acaricio su espalda en mi intento por controlarla—. Trata de tranquilizarte.

—Todo es mi culpa —continúa diciendo—. Mi culpa.

Sé lo que es sentirse culpable de algunas cosas, así que no le digo nada, solo dejo que se apoye en mi hombro y llore lo que tenga que llorar. No paro ni un segundo de acariciar su espalda porque tengo ese presentimiento de que ya ha llorado demasiado los últimos meses de su vida. Ella se tranquiliza un poco y yo aprovecho para que se siente en mi cama. Me coloco a su lado y observo cómo limpia su rostro.

—Siento mucho lo que ha pasado, Heather. Desde que supe que Kilian y los chicos eran tus amigos, intenté decírtelo, pero entonces, la noche de la fiesta, noté cómo te miraba mi hermano. —Suspira entrecortadamente y vuelve a limpiar su rostro—. Esa mirada no la había visto en años. Le importas más de lo que te hace saber y no sé qué tanto ha pasado entre ustedes, pero él te quiere, Heather.

Mi corazón late muy rápido y me emociono al saber que no estaba equivocada. El sentimiento es muto; él también se ha enamorado de mí, y eso me llena de una felicidad indescriptible.

—Los lazos de hermanos son inquebrantables, Violet. Estoy segura de que él te quiere; es solo que es un chico que no sabe cómo expresar sus sentimientos —asegura Lindsay.

Violet niega rotundamente y levanta la vista hacia ella.

—Él me odia, y me lo merezco, pero es solo que ya no puedo con tanto odio. A veces, simplemente, no quiero seguir con esta vida, he perdido mis fuerzas. —Solloza y vuelve a enterrar su rostro entre sus manos.

A mí se me han llenado los ojos de lágrimas y tengo que dar varias silenciosas exhalaciones para tratar de retenerlas, pero es casi imposible.

—No digas eso, Violet. Las cosas pueden mejorar, estoy segura.

Levanta su rostro, bañado en lágrimas, y me mira.

—No, Heather. Yo soy la responsable de destruir a mi familia, soy la responsable de apagar toda bondad en Kilian, soy la responsable de que golpee a cualquiera que lo rete y soy la responsable de que él haya perdido la fe en todo y en todos.

Ahogo una lágrima y pienso en lo mucho que todo esto ha tenido un efecto negativo en Kilian.

—He hablado con Kilian, creo que solo está cegado por su odio, pero tarde o temprano se dará cuenta de que algunas cosas pasan sin que las podamos evitar.

—¿Te ha contado todo? —pregunta sorprendida. No, no me lo ha contado todo; sé que son problemas familiares y no empujaré a ninguno de los dos cuando es evidente que no están listos, así que muevo mi cabeza en afirmación —. ¿Y aun así me estás escuchando y no me has pedido que me marche?

—El hecho de que esté con él no quiere decir que esté de acuerdo con todo; también soy tu amiga —digo con voz suave, lo que provoca que ella lllore todavía más fuerte y vuelva abrazarme.

—¡No sabes cuánto tiempo he necesitado de una amiga como ustedes! Una amiga que no me juzgue por mis errores. Nunca olvidaré esto, Heather.

Poco a poco su llanto cesa, lo que me tranquiliza mucho más. Volteo hacia

Lindsay para sonreírle cuando veo que tiene su rostro entre sus manos y que sus hombros se están moviendo en un llanto silencioso.

¿Y ahora qué pasa?

—¿Lindsay? —pregunto desconcertada—. ¿Qué tienes?

Me levanto de mi cama y me arrodillo frente a la suya; ella inmediatamente mueve su cabeza en negación y alza su rostro al tiempo que lo limpia.

—Nada, es solo que me conmovió toda la situación.

—¿Estás segura?

Ella me sonrío.

—Totalmente.

Le sonrío, pero no le creo. Ella es de esas chicas fuertes que no lloran por cualquier cosa, así que supongo que no solo ha llorado por los problemas de Violet; creo que ha reflejado la pena de Violet en ella misma y que desea tener su mismo valor para exteriorizarlo.

Suspiro de alivio cuando las tres nos hemos tranquilizado. Lindsay terminó contagiándonos con su inexplicable fascinación por las Kardashian, y tanto Violet como yo terminamos viendo la serie, comiendo la *pizza* que hemos ordenado.

Entre más observo a Violet, más increíble me parece que ellos sean hermanos. ¡Todavía no lo puedo creer! Y es raro que ahora, que lo sé, las similitudes entre ellos empiecen a surgir. El color rubio de sus cabellos, sus ojos azules, sus tics por frotar la parte trasera de sus cuellos. ¡Vaya!, ¿hermanos? Eso nunca lo he visto venir.

Vuelven a golpear a la puerta, y Ralph y Jordan aparecen con bolsas de compras y sonrían entrando a la habitación como Pedros por su casa. Me decepciono al no ver a Kilian y estoy por cerrar cuando él pone un pie en la entrada para impedirlo.

Al vernos, ambos sonreímos y se acerca peligrosamente a mí; con su pulgar limpia el rastro de salsa de tomate que había en la comisura de mi boca, lo lleva a la suya y lo chupa. El simple gesto enciende mi interruptor de lujuria y,

si no fuera por los chicos, lo habría metido a la habitación, directo a mi cama.

—Hola —dice antes de besarme. Mira hacia adentro y, cuando se da cuenta de la presencia de Violet, su faceta de juguetón se esfuma por completo—. No sabía que ella estaría aquí.

—Día de chicas. —Me encojo de hombros tratando de recuperar la compostura—. Por favor, sé bueno con ella.

Suspira y vuelve a besarme.

—No me pidas que sea amable con ella pero, si te hace sentir mejor, la ignoraré por completo.

—De hecho, no me hace sentir mejor, pero algo es algo. —Beso castamente sus labios y entra tomándome de mi cintura.

Violet, al verlo, me mira insegura, por lo que le sonrío para hacerle saber que está bien y que no tiene que salir huyendo como hace todo el tiempo.

Jordan está sentado con Lindsay en su cama, y Violet y Ralph están en la mía. Sé lo mucho que le está costando a Kilian estar en el mismo lugar con su hermana; lo sé por la forma tensa en que están sus hombros y su quijada, así que prefiero guardar la distancia, y ambos nos sentamos en el piso, entre las dos camas.

¡Hermanos! No, bueno, eso jamás lo he imaginado.

He creado tantas teorías en mi mente, pero nunca he pensado que sean familia, no después de ver la tensión que hay entre ellos.

—¿Qué estaban viendo? —pregunta Ralph.

—Seguramente no lo mismo que tú ves —le lanza Jordan.

—¿Porno? Las chicas también miran porno —se defiende—. Y no veo desde hace mucho.

—Entonces, ¿quiénes son las que gritan en tu habitación?

—Las chicas a las que me tiro.

Cubro mis oídos y les pido que se callen, lo que hace que todos se rían, incluida Violet. Kilian se acerca a mí y besa mi cuello, y me pone toda la piel de gallina.

—Estábamos viendo la serie de las Kardashian —aclara Lindsay.

—Cariño, ¿tú estabas viendo esa porquería?

Lindsay mira a Jordan como esperando que diga que está bromeando, y yo me carcajeo porque ese programa es el deseo culposo de Lindsay.

—¡No es ninguna porquería!

—Claro que lo es —asegura él.

—No, Jordan. La gente podrá hablar lo que quiera de ellos, pero la verdad es que es muy entretenida.

Ambos empiezan una discusión sin sentido y todos nos reímos. Observo a nuestro nuevo círculo de amistades y no puedo creer que hayamos acabado con los chicos de los que precisamente huíamos.

—Jordan, será mejor que te calles —advierto entre risas—. Esa serie es su debilidad, tanto que no dejaría de ver los episodios de los domingos por salir en una cita contigo.

Ralph se carcajea escandalosamente.

—¿Qué se siente que te cambien por una tonta serie? Caramba, amigo, lo entendería si lo hiciera por un actor famoso, pero por eso... —bromea.

Con una expresión chistosa, Jordan ignora a Ralph y toma de los hombros a Lindsay.

—¿Tan así? ¿Me cambiarías por una noche viendo a las Kardashian?

Ella se ríe y besa su mejilla.

—No me pongas a prueba.

—¡Diablos! —exclama Ralph—. Te dije que hiciéramos un video porno, hermano. Sería nuestra solución a todos los problemas. Imagínate las chicas que tendríamos para nosotros, y yo no me preocuparía por la temporada regular de fútbol.

—¿Estás en el equipo de fútbol americano? —pregunto.

—Sí, y no acumulé muchos créditos en este semestre, así que imagínate la presión que me espera en el próximo. ¿No te molestaría que Kilian salga en ese video? Después recibirás mucho dinero.

Me río y Kilian saca una cerveza de una de las bolsas y se la lanza. Obviamente, no implica ningún reto para Ralph agarrarla en el aire.

—Lo siento, pero Kilian no está disponible —contesto risueña—. Además, ¿qué pasa con ustedes? Por las noches trabajan en un *pub*, Kilian compite en carreras ilegales, tú eres un jugador de fútbol americano, ¿y tú qué, Jordan?, ¿eres un luchador de la UFC?

Jordan se ríe al igual que los chicos.

—Fascinante, ¿verdad? —dice Kilian.

Todos están de buen humor y me siento mal porque Violet no ha dicho ni una sola palabra.

—De hecho, estoy en el equipo de básquetbol —contesta Jordan al tiempo que toma un trozo de la *pizza* familiar, que parecía iba a ser suficiente para las tres; ahora lo dudo por completo.

Pasamos el resto de la tarde hablando de puras incoherencias, riéndonos por casi cualquier tontería. Ralph es quien se encarga de hacer parte de las locuras a Violet, y ella se lleva bien con él, como con Jordan, pero no hace el intento de hablarle a Kilian, y lo entiendo por completo. Las heridas que provoca la familia son las peores de sanar.

Pasada las siete de la noche, Ralph ha recibido un mensaje en el cual se confirma la hora y lugar de la carrera que se realizará en tan solo unas horas en la playa de Venice.

¡Ahora entiendo por qué todos tienen un buen humor! Es evidente que estos chicos aman las carreras clandestinas.

—¿Y por qué será en la playa de Venice? —inquiero.

—Hemos acordado que será ahí para contentarlos, porque la última vez los rechazamos —aclara Kilian—. Quiero que vayas conmigo.

Acepto sin dudar. Quiero estar ahí con él y vivir un poco de esa sensación de peligro que a él tanto le encanta. El siguiente debate que hay entre ellos es

si Violet debería acompañarnos o no; Kilian, por supuesto, es el primero en oponerse, y todos ellos son los defensores de Violet, así que siento que debo convencer a Kilian de lo contrario.

—Kilian —digo, al ponerme de pie, y tomo su mano para hacer que se tranquilice—. Deja que vaya, no pasará nada malo —aseguro al tiempo que acuno su rostro en mi otra mano y hago todo lo posible por que sienta que está bien que ella nos acompañe.

—Además, ¿por qué no quieres que ella vaya? —pregunta Lindsay molesta.

—Porque no puedo cuidar de Heather si también estoy cuidando de ella —confiesa, lo que asombra a casi todos, menos a mí.

Lindsay tiene razón: los lazos de hermanos son inquebrantables y, aunque él trate de mostrar hasta el cansancio que Violet no le importa, verdaderamente lo hace y se preocupa mucho por ella.

—Yo la voy a cuidar —escucho que dice Ralph.

Kilian apenas rompe el contacto visual que tiene conmigo, pero no alejo mis manos de él y le suplico con mis ojos que no haga de esto algo grande.

—Si te descuidas y le pasa algo, olvidaré que eres mi amigo y te golpearé hasta el cansancio.

Dicho esto, los chicos se ponen de pie y dicen que regresarán en unas horas por nosotras, ya que tienen que pasar la voz a todos los estudiantes de nuestra universidad y arreglar las cosas para que todo salga bien.

La playa de Venice está un poco cerca de Santa Mónica, y Lindsay me explicó que ambas universidades tienen como una clase de acuerdo con esas playas. Santa Mónica queda más cerca de la UCLA, por lo que los estudiantes se han adueñado de ella, y Venice está más próxima a los chicos de la USC, así que es como un pacto de hace mucho tiempo, que los nuevos estudiantes vienen respetando constantemente. Ninguno de los dos puede hacer carreras en dichas playas sin el permiso respectivo de cada uno de ellos.

Cuando los seis llegamos al lugar donde correrán, al parecer, ya tienen todo preparado; incluso ya se han llevado a cabo las primeras carreras. Hay mucha

más gente y, aunque en un principio estaba emocionada, ahora mi corazón está acelerado y me siento un poco nerviosa. Tengo que controlarme porque, de lo contrario, Kilian se comportará como todo un maniático.

—Heather, escúchame bien —dice finalmente—: pase lo que pase al final de la carrera, no bajes del auto, ¿de acuerdo?

—¿Correré contigo?

—La otra noche me lo pediste; creí que te gustaría. Si no quieres, puedes esperarme junto a Jordan, pero no te pierdas de su vista, ¿de acuerdo?

—No, iré contigo.

Está demasiado preocupado, que tengo que desabrochar mi cinturón de seguridad e inclinarme para besarlo. Pongo todo de mi parte para tranquilizarlo un poco y, al introducir mi lengua en su boca, hago que gimie y toma la parte trasera de mi nuca para acercarme más a él y profundizar el beso. Ambos abrimos los ojos al mismo tiempo, y se aleja solo un poco, de manera que todavía puedo sentir su respiración, que me cala hasta los huesos.

—Dios sabe que he resistido a todos mis morbosos deseos por tener sexo en cada lugar que pueda, así que guarda esa lengua traviesa para cuando pueda perderme en ti.

Me río y lo vuelvo a besar. Me alejo de sus labios y acerco mi boca a su oído para susurrarle:

—No puedes ni imaginar todo lo que esta lengua traviesa está deseando hacerte.

Él gruñe y besa mi cuello.

—No digas cosas que no puedes cumplir.

Me separo de él y tomo su mentón.

—Gana la carrera y averígualo.

—Oh, Heather, eso dalo por hecho.

Kilian empieza hacer rugir el motor de su auto cuando toca su turno y, como siempre, se acerca lentamente hacia el punto de salida. Todos empiezan a gritar, a aplaudir y los cláxones de los autos forman una peculiar sinfonía

urbana, característica de estas carreras.

Los autos que vienen de regreso pasan a cada lado de nosotros y producen un escalofriante aire helado que nos pega y alborota el cabello de mi coleta. Hasta ahora sale el contrincante de Kilian, y mis nervios se intensifican cuando veo que se trata del chico que detuvo la pelea aquella noche que lo miré por primera vez.

—Asher —dice Kilian asintiendo hacia el chico—. ¿Qué pasa con Liam?, ¿se cagó en sus pantalones?

Siempre lo he dicho: Kilian se transforma cuando se trata de esto. Asher se ríe de una forma burlesca que me provoca un poco de miedo.

—Quizás lo vayas a limpiar cuando salgas de aquí como un perdedor.

—Ya lo veremos.

Asher ladea su cabeza y mueve su mano hacia mí en un estúpido saludo.

Esta vez no es Jordan quien ha hecho la presentación, sino otro chico, que lleva una gran cadena de plata con un dije de crucifijo sobre su pecho. Ajusta su gorra y le sonríe a los fanáticos de la adrenalina; sus hoyuelos y su malévolamente bajabragas sonrisa se destacan. Levanta sus manos hacia la multitud para calmarla y, poco a poco, todos guardan silencio.

Observo a Kilian y está viendo fijamente al chico delante de nosotros, con unas ganas palpables de golpearlo, mientras se dispone a hablar.

—Desde hace un tiempo, hemos querido llevar este enfrentamiento en nuestro territorio, y hoy ha llegado el día. Liam ha intentado ganarle a nuestro digno adversario, Kilian Price. —Cuando ha mencionado a Liam, todos han visto hacia un punto, donde está él con una chica en su regazo, y no le ha caído en gracia el recordatorio de este chico—. Por desgracia, eso no ha sido posible, pero esta noche la historia cambiará. Asher Richards traerá la victoria a la USC, y Kilian Price pasará a la historia, como toda leyenda, y nadie recordará sus triunfos.

Todos aplauden; en cambio, los que apoyan a Kilian abuchean.

—Lo cómico es que las leyendas nunca pasan al olvido —murmuro, lo que

hace reír a Kilian.

Sujeta mi mano y frota cariñosamente mis nudillos.

Jordan se acerca al chico y, después de decirle algo a su oído y de que este haga un gesto de molestia, se vuelve a retirar. Supongo que le ha advertido algo porque, aunque he venido una sola vez, sé que no es el tipo de presentación que se hace.

—¡A mi derecha, nuestro macho alfa, nuestro orgullo y nuestro más peligroso corredor: Asher Richards! ¡Y a mi izquierda, un competidor que ha demostrado que, aunque es difícil estar a su altura, todo en esta vida puede pasar! ¡Visitándonos desde la UCLA, Kilian Price!

Cada vez están llegando más espectadores. Entre gritos y silbidos, Kilian y Asher se posicionan en la línea de salida, y una chica con grandes tacones y un pedazo de tela como camisa se pone en el medio de nosotros. Kilian abrocha mi cinturón de seguridad y se inclina muy cerca de mi rostro.

—Pase lo que pase, recuerda no salir del auto por nada del mundo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco, pero confío en ti y sé que ganarás.

—Oh, Heather, nunca deberías sentirte nerviosa por esto. Ganaré, siempre lo hago y todo saldrá bien. Me refería a ti y a esa traviesa lengua.

No puedo soportar que me excite de esa manera en un lugar público y con muchos ojos sobre él.

—Nunca —digo con la boca completamente seca—. Asegúrate de ganar, porque prometo que tendrás una gran recompensa.

Me besa y luego pone el auto en marcha.

La manera en la que Asher y él se miran es simplemente atemorizante. Ambos autos empiezan a rugir y, en cuanto la chica ha bajado un pañuelo, hemos cruzado la línea y ahora todo lo que siento es la adrenalina en todo mi cuerpo. Los latidos de mi corazón se elevan a mil por segundo, siendo testigo

de los movimientos que hace Kilian y del golpe del viento.

Abro ampliamente los ojos cuando miro que la carretera no es recta, sino que hay varias curvas y, en una de las vueltas, el auto de Kilian está tan cerca de la orilla que tengo que cubrir mi boca para no gritar. Ambos autos llevan una corta distancia de diferencia. Asher es quien va adelante. En una de las curvas, me sujeto más fuerte del asiento, ya que Kilian hace varios cambios, los cuales nos colocan en la delantera.

Esta adrenalina es de otro nivel y es una completa locura. Nunca he hecho nada que me exponga al peligro, pero hay algo en él que me grita que todo su mundo es un completo peligro, incluso él, y lo peor es que pienso en todas las cosas que haría por permanecer dentro de su mundo y de su vida.

Grito cuando el auto de Asher nos golpea intentando sacarnos de la carretera.

—¿¡Qué demonios te pasa!?! —le grita Kilian controlando el auto.

Asher se mira completamente furioso y vuelve a golpearlos, lo que hace a Kilian maldecir. Repite su sucio juego, nuevamente atacándonos, y esta vez, por poco, casi logra sacarnos de la carretera, pero Kilian controla bien el volante y retoma el camino. Quiero pedirle que se detenga, que deje que ese imbécil termine la carrera, pero la adrenalina es tan grande que no quiero que se salga con la suya.

Kilian, está furioso y pisa el acelerador tan fuerte que es como si fuéramos en un cohete. Pasamos por un punto donde hay algunos chicos, fuera de sus autos, grabando el momento y a su vez gritando porque Kilian ha vuelto a robar la delantera.

El auto gira y regresa al punto de partida, y me calmo un poco porque no hay manera, en el infierno, que Asher vuelva a alcanzarnos y menos a tratar de sacarnos del juego. Kilian desacelera un poco, pero no tanto, por lo que, a medida que nos vamos acercando, todo el lugar se despeja. Pasamos la línea, lo que le da el gane a Kilian. Pego un grito y cubro mi rostro cuando inesperadamente hace girar el auto y nos pone de frente a Asher, que se ha

detenido en la línea de partida.

Están frente a frente, y los peores escenarios pasan por mi mente.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto muerta de miedo al verlo tan perdido.

Él no es el chico amable y cariñoso que conozco; este chico es una mezcla de odio con furia, y sé que es una combinación letal. Vuelvo a llamarlo, pero es como si estuviera en una clase de profundo trance. Tengo la oportunidad de salirme del auto y de dejar que haga lo que quiera sin involucrarme, pero no quiero dejarlo. No quiero.

—Kilian... —digo una vez más, cargada de miedo, y ha sido como el pito de salida cuando ambos autos nuevamente están en marcha.

Bajo todo el cielo y cubro mi boca gritando cuando ambos autos están corriendo en la misma dirección. «¡Nos vamos a estrellar!», pienso una y otra vez.

No quiero ver así que, mientras grito y maldigo, cubro mi rostro, y de pronto el auto se desvía. Aunque vamos a una exorbitante velocidad, no pasa mucho tiempo cuando nos hemos detenido. Mi pecho sube y baja descontroladamente, y estoy a punto de reclamarle cuando Kilian baja del auto. Giro mi rostro y Asher viene hacia él.

Estando frente a frente, ambos se empiezan a propinar golpes, y todos se reúnen a su alrededor. Con mis manos temblorosas, desabrocho el cinturón de seguridad y salgo corriendo hacia él, pero Ralph aparece de la nada y toma mi brazo deteniéndome.

—Ralph, suéltame —exijo tratando inútilmente que me suelte—. ¡Tienes que hacer algo! ¡Se van a matar! —pido desesperada al verlos, en el pavimento, golpeándose sin parar.

—Él estuvo a punto de matarlos, se lo merece.

—¡Maldita sea, Ralph! Tienen que hacer algo —grito.

Al ver mi desesperación, me suelta y ambos salimos corriendo hacia ellos. Jordan y Lindsay se nos unen y empujan a todos en nuestro camino. Todos los movimientos son tan rápidos que tengo que respirar varias veces para

controlarme.

No sé cómo ha pasado, pero Asher ha logrado ponerse sobre Kilian y golpea su rostro varias veces que, a ciencia cierta, no sé de quién es la sangre que cubre sus rostros.

Jordan y Ralph son detenidos por otros chicos que impiden que ellos paren la pelea. Estamos atrapados y, cuando llevo mi mano a mi rostro, siento la humedad de mis lágrimas. Al ver que los chicos están acorralados y al ver a Kilian siendo golpeado, lo único que puedo hacer es gritar su nombre, al tiempo que lo hace Violet, y es como si él nos recordara y supiera que tiene algo por lo que pelear para sacarnos de aquí. Entonces, vuelve a controlarlo poniéndose sobre Asher y golpeándolo sin parar, que pienso que lo matará, y es hasta este momento que Jordan y Ralph son soltados y ambos se abalanzan sobre Kilian para separarlos.

—¡Iba con ella, imbécil! —grita Kilian al tiempo que se suelta del agarre de los chicos y vuelve a golpear el rostro de Asher sin parar—. ¡Pudiste matarnos, pudiste matarla!

Me siento completamente desesperada al saber que no parará y al ver a Violet en llanto, que lo único que hago es correr hacia donde están ellos y arrodillarme a un lado de la cabeza de Asher.

—¡Kilian, detente! ¡Detente! —grito sin parar—. ¡Detente, Kilian! ¡Lo matarás! —grito una vez más, lo que hace que se detenga y que los chicos aprovechen para levantarlo.

Encontrándose de pie, Kilian mira sus nudillos, ensangrentados; el cuerpo de Asher, tirado en el frío pavimento y, por último, a mí. Su rostro se suaviza; corre hasta a mí, se arrodilla a mi lado y toma mi rostro.

—¿Estás bien? —No contesto. Lo único que quiero es alejarme de él porque la furia que he visto en su rostro me ha dejado pasmada—. ¡Demonios, Heather! ¡Háblame! —pide mientras limpia mis lágrimas.

Alejo mi rostro y me pongo de pie, y él hace lo mismo.

—Estoy bien —murmuro mirando entre Asher, quejándose del dolor, y a él

—. ¿Esto es lo que querían al traerlos aquí? —le grito a todos los seguidores de Asher—. Han tenido un gran espectáculo. Ahí tienen a su maldito corredor, ahora disfruten al saber que están tan llenos de sangre como Kilian Price.

Desconozco de dónde ha salido toda esa furia; sin embargo, estoy segura de que todos ellos sabían de los planes de Asher. Por eso pidieron que la carrera se hiciera aquí: porque sabían que estaríamos en su territorio. Y también estoy furiosa porque, por ellos, he conocido una parte de Kilian que hubiese deseado no ver nunca.

Aparto a todos ellos mientras me abro paso de vuelta hacia el auto de Kilian. Tomo a Violet y la llevo conmigo. Quiero que nos saque de aquí de inmediato.

Los chicos se acercan al auto y Ralph nos dice que él nos llevará de vuelta a la residencia, pero ni Violet ni yo hacemos algún intento de salir de este. Estoy tan asustada y molesta como para decir algo.

—Yo las llevaré —dice Kilian. Cierro mis ojos y me hundo más en el asiento.

—¿Estás seguro? —pregunta Jordan.

—Sí. Olviden el dinero de las apuestas y regresen a casa.

—Chicas, mejor regresemos todas con Jordan —sugiere Lindsay.

—¡Dije que yo las llevaré! —grita Kilian, lo que me hace respingar.

Se mete al auto y lo pone en marcha; los neumáticos rechinan al salir.

Regresamos en silencio a la residencia. Aparca el auto y espera a que seamos las primeras en decir algo. Yo no lo haré. Violet y él son quienes tienen una pequeña conversación donde él le asegura que está bien y que la verá mañana.

Salgo del auto y cierro la puerta; Kilian parece completamente asustado al darse cuenta de que no tengo las intenciones de irme con él.

—¿Te quedarás aquí? —dice todavía en el auto.

Es la primera vez que lo miro desde que salimos de ese horrible momento, y verlo manchado de sangre y con un corte en su ceja derecha me hace

replantearme si debo ir con él o no.

—Creo que es lo mejor.

Me alejo de su auto, pero escucho que ha abierto su puerta y que está corriendo hacia mí.

—No te molestes conmigo —pide al tiempo que se coloca frente a mí y me toma de los hombros—. Ese imbécil pudo habernos matado, se lo merecía.

—¡Lo sé! ¡Sé que se lo merecía y sé que pudo matarnos, y es por eso que estoy molesta! ¿Por qué te expones a eso?

Él pasa su mano por su rostro y hace un gesto de dolor al sentir su ceja cortada.

—Creo que eso necesitará algunas puntadas —digo y alejo su mano de su rostro.

—No me importa —contesta y toma mi mano—. No te alejes de mí, Heather. No por esto, no después de lo que ha pasado entre nosotros.

Suspiro e intento hacer que suelte mis manos, pero no lo consigo.

—No me estoy alejando, solo necesito que me dejes sola esta noche.

—Y yo te necesito cerca para calmar mis demonios —pide al tiempo que toma mis caderas y las sujeta con fuerza, y descansa su frente en la mía—. Por favor, Heather. No soy de los que ruegan. Lo haré si es lo que quieres, haré todo lo que quieras, pero no te alejes.

No pasa por alto lo mucho que han cambiado los papeles. Ahora entiende lo que sentía cada vez que le pedía que no me alejara de él. Lo abrazo tan fuerte como puedo. Creo que sus demonios no lo tienen atado, creo que él es su más grande demonio.

Capítulo 17

ESTILO

Kilian

Su abrazo, de alguna manera, me da un poco de tranquilidad. Hubiera dado todo lo que estuviera en mis manos por que ella no viera a mis demonios en acción, por que no viera la parte mí de la que no estoy orgulloso. Me he levantado por días sintiendo que no hay una luz para mí pero, desde que ella llegó a mi vida, eso ha cambiado; ahora no sé si es tan fuerte como para quedarse sabiendo la parte oscura que me rodea.

—Iré contigo si permites que vayamos al hospital a que te revisen esa herida.

—No —digo aterrado—, al hospital no; podemos ir a la farmacia por algunas cosas.

—¿Y qué pasa si necesitas puntadas? —Levanta su rostro hacia mí—. Es mejor ir al hospital.

—Prometo que mañana, a primera hora, iré a la enfermería del campus. Estaré bien, Heather, ya he pasado por esto.

—No, iremos ya al hospital.

Gruño. Es eso o pasar la noche sin ella, y es lo último que quiero. He pasado por esto tantas veces que sé que no necesito de puntadas, pero ella no lo dejará pasar. Acepto ir al hospital rogando por que mi papá no esté ahí; es lo que menos deseo para acabar esta noche.

La enfermera a cargo me pregunta qué es lo que ha pasado; no se necesita ser un sabio para saber que me he metido en una pelea y, una vez más, Heather me ha sorprendido al cambiar todo lo ocurrido. Se encarga de hacerle creer a la enfermera que unos tipos intentaron asaltarnos y que me fui a los golpes con ellos.

—No te preocupes, la herida no es tan honda como para necesitar de puntadas; con esta crema mejorarás —asegura la enfermera al tiempo que me da un tubo de crema y bota las gasas ensangrentadas.

—Nada mal. —Salto de la camilla y tomo la mano de Heather, listo para salir de aquí cuanto antes.

—Muchas gracias por todo —contesta Heather amablemente.

Salimos del hospital sin ningún imprevisto, y esta vez me encargo de abrir la puerta para ella.

—¿Prefieres ir a tu residencia o a la fraternidad?

—A la fraternidad —responde y no agrega nada más, por lo que manejo nuevamente en silencio, mirando la sangre de mis nudillos.

Sí, hubiese dado todo para evitar que viera esa parte de mí, pero... ¡demonios!, Heather es lo mejor que me ha pasado y él la puso en peligro innecesariamente, y no es algo que iba a dejar pasar como si nada. Lo hubiese matado a golpes si ella no se hubiese tirado en el piso a un lado de nosotros; al ver el miedo que había en cada parte de ella, supe que no podía seguir exponiéndola, e hice lo que tenía que hacer: sacarla a ella y a Violet de ese lugar. No sé desde cuándo mi lado protector ha regresado a mí, pero de alguna manera Heather está reactivando esa parte que creí estaba completamente extinta.

La fraternidad está a oscura cuando llegamos. Conociendo bien el camino, tomo a Heather de la mano y la llevo directo a mi habitación. Dejo puesto el pestillo y, en contra de mi voluntad, la suelto para ir al armario en busca de algunas toallas para limpiar la sangre y darme un baño. Ella se ha sentado en mi cama, con la mirada completamente perdida, y no puedo imaginar ser el

culpable de ello.

Me acerco y me arrodillo frente a ella, sin encontrar las palabras correctas. Una vez le aseguré que nunca la pondría en peligro, y esta noche yo mismo he hecho todo lo contrario. Suspira y por un momento temo que esté llorando, pero levanta su rostro y no hay lágrimas; todo lo que hay es confusión y miedo.

—¿Por qué te expones a todo eso, Kilian? Dime... ¿por qué no dejas ese mundo de las carreras clandestinas?

Por un momento bajo la vista al recordatorio de la sangre en mis nudillos.

—Porque, entonces, todo sería peor. Es mi escape, Heather. —Levanto mi vista y la encuentro viéndome con curiosidad—. Es mi manera de olvidarme, por un corto tiempo, de los problemas de mierda que me rodean; es el momento en que olvido todo lo que he pasado, solo siento y vivo la adrenalina al extremo. En esos segundos nada malo invade mi mente.

—Pero ¿no te importa si te ocurre algo? ¿Qué tal si, en la próxima carrera, sucede lo mismo y pierdes el poder de controlar el auto? ¿Qué tal si te estrellas contra algo y no logras salir de esa?

Hace pregunta tras pregunta mostrándose angustiada, mostrándose verdaderamente... preocupada. Hace tiempo que no sentía que alguien verdaderamente se preocupe por mí o por lo que me pasa. Me quita una de las toallas y frota mis nudillos, y así logra quitar algo de la sangre.

—Heather, estaré bien. Lo he estado por mucho tiempo.

—Esto no es estar bien. —Ambos nos quedamos callados por un momento, hasta que toma mi rostro entre sus manos—. No vuelvas a correr contra él y menos en Venice. ¿Puedes?

—Claro. Deja de preocuparte, por favor —pido y dejo un pequeño beso en sus labios—. Todo está bien.

—No puedo dejar de preocuparme porque... —Cierra sus ojos y mueve su cabeza de un lado a otro, apartando lo que sea que iba a decirme.

—¿Por qué, Heather? Termina de hablar, por favor.

—No puedo.

—¿Por qué? —insisto.

—Porque temo que mis palabras causen lo contrario de lo que yo siento.

—¿Y qué es lo que sientes?

Abre sus ojos y me enfrenta.

—Yo... —Respira fuertemente—... sé que me pediste que no lo hiciera, pero me he enamorado de ti.

Creo que han dejado caer sobre mí un balde de agua fría. He imaginado, durante muchas noches, lo que se sentiría escuchar esas palabras de su boca; he imaginado lo que provocarían dentro de mí. Cuando corro, la adrenalina y el poder son las sensaciones a las que estoy acostumbrado, pero estar lleno de pánico y miedo no es algo familiar para mí. Hay una clase de felicidad, sí, pero me da miedo, mucho miedo lo que ambos sentimos.

—Te he mostrado lo peor de mí, y siempre decides quedarte.

—¿Crees que debería irme en tus peores momentos y regresar cuando estés bien? —Niega y besa mi mano—. Si no puedo quedarme justo ahora, entonces no merezco estar cuando todo mejore.

—Ese es el problema. No sé si algún día mejorará; cometo error tras error. No debiste enamorarte de mí, Heather. —Paso mis manos por mi cabello y me dejo caer en el piso recostando mi espalda sobre el borde de la cama. Ella imita mi posición sentándose en el suelo, a mi lado.

—¿Por qué no puedo estar enamorada de ti?

Aprieto mis labios fuertemente. No permitiré ocultarle lo que en verdad creo de estar enamorada de mí.

—Porque, en su debido tiempo, me amarás, y las personas que amamos eventualmente terminan por decepcionarnos; entonces, preferiré decepcionarte antes de que termines amándome.

Su silencio es la respuesta que ambos sabemos. Ambos nos hemos enamorado, pero sabe que tengo razón. Sabe que enamorarse es una locura, porque siempre terminarás amando; por ende, con el corazón roto —y no quiero ser el chico que rompa su corazón—, ya tiene suficiente en su vida y,

sobre todo, no quiero que acabe conmigo. Violet fue la primera chica que rompió mi corazón y todo lo que creía bueno; Heather lo destruirá todo por completo y, aunque me he enamorado de ella, lucho constantemente contra ese sentimiento porque no estoy listo para darle ese poder sobre mí.

Me levanto para salir de la habitación, sintiéndome furioso y completamente confundido, dispuesto a darme una ducha y a enfriar un poco mi cabeza, pero el sonido de cosas que caen me detiene. Ella está lanzando varias cosas al suelo: mis libros, gorras, pequeños adornos, cosas que hay sobre mi escritorio, cualquier cosa que encuentre en su camino.

—¿Qué demonios te pasa, Heather? —pregunto al tiempo que camino hasta ella para evitar que lance un portalápiz.

—Te he dicho que te doy ese poder, he elegido quedarme. Si los resultados de mi elección es acabar con un corazón roto, no me importa, pero no me alejarás de ti, Kilian. No harás conmigo lo que haces con los demás.

—¡No hago contigo lo que hago con los demás! Solo entiende que me asusta, todo esto me asusta. ¿No puedes entenderlo?

Está tan enojada como el primer día que la miré despotricando contra su auto.

—No, no puedo entenderlo. ¿No crees que yo también estoy asustada? ¡Claro que lo estoy!

—Entonces, ¿por qué no te alejas?

—Porque soy tan estúpida que creo que lo nuestro puede funcionar. No puedo explicarlo, pero lo siento dentro de mí y no importa lo que digas.

Froto mi cuello y me encuentro pateando las cosas que ella ha lanzado por todo el cuarto. No puede estar enamorada de alguien como yo, de alguien que ha ocultado cosas desde que la conozco, de alguien que ha dejado que siga creyendo la mentira que ella misma fabricó al suponer que mis papás están muertos, y no he hecho absolutamente nada para sacarla de su error. No puede estar enamorada del chico que la llamó cobarde y del cual ella se cree en deuda con él por abrirle los ojos. Simplemente no puede estar enamorada de

mí.

—He cometido muchos errores y contigo trato de hacer las cosas bien, Heather. Créeme que luego terminarás llorando y odiándome con cada una de tus fuerzas.

—¡Exactamente! —Está furiosa—. ¡Se supone que debiste verme llorando por primera vez porque me lastimaste y no porque intentaba desesperadamente hacer que dejaras de golpear a ese chico; se supone que debo haber destruido todo esto porque rompiste mi corazón y no porque me estás advirtiéndome que lo vas a hacer!

¡Demonios! Simplemente no puedo con ella. Es como si no tuviera miedo de adentrarse en la oscuridad que conlleva estar conmigo, y quiero decirle que también me he enamorado de ella, pero no puedo. No puedo permitirlo, pero creo que ya es muy tarde para evitarlo.

—Arregla todo esto, Heather Fleming; iré a darme una ducha.

La dejo sola en la habitación y no me detengo cuando escucho que ha estampado algo contra la puerta, que he cerrado solo hace unos segundos.

Me meto en la ducha, y el agua fría cae sobre mí y me hace maldecir. Usando el jabón, froto mis nudillos fuertemente mientras me quito la sangre que se ha secado.

Cuando mis papás se separaron, sentí mucho miedo y vacío; no solo los perdí a ellos, también perdí a mi única hermana, quien no solo rompió mi corazón, también hizo lo mismo con mamá. Violet no sufrió la separación de la misma manera en la cual yo lo sentí porque estaba enterada del engaño de mi papá, y lo peor del caso es que ella había estado muchas veces con su amante, la sexi y puta secretaria.

Salía con ellos y cubría a mi papá en todas sus andanzas; sabía exactamente lo que estaba pasando. Nuestro papá estaba engañando a mi mamá con su secretaria; Violet lo sabía y, en lugar de hacer algo, simplemente se unió a él y disfrutó saliendo con esa puta. ¿Qué hija hace eso? Ninguna hija prefiere a la destruye-hogar antes que a su propia mamá.

La he odiado desde ese momento, la he odiado y he hecho su vida completamente miserable. Me encargué de que terminara su secundaria sin amigos y he procurado que su primer año en la universidad sea horrible y que se encuentre a sí misma completamente sola, de la misma manera en que yo me he sentido todos estos años. Ella se refugió en la deplorable excusa de que solo tenía quince años, pero a su edad ya estaba muy consciente de lo que pasaba. No importaba si era la consentida de la casa; malditamente podía razonar y detener todo, pero no lo hizo.

Violet se encargó no solo de destruir nuestro hogar, sino también de llenarme de desconfianza, furia, resentimiento y de evitar que ame a alguien por miedo a ser destruido, tal y como pasó con mamá, y por eso es que me siento tan aterrado ante la confesión de Heather.

Desde entonces, nunca permito que nadie me quiera porque, si lo hacen, los dejo atrás sin miramientos, me olvido completamente de ellos, pero no puedo olvidarme de Heather, o dejarla atrás como si nada. Erróneamente miró algo en mí que ni yo soy capaz de ver.

Quizás la redención existe, quizás hay esperanza incluso para mí, y detesto depositar tanta fe en alguien, pero quiero poner toda mi creencia en ella.

Para cuando regreso a mi habitación, las cosas que ha tirado todavía siguen en el suelo. Le lanzo una mirada y ella me devuelve otra con igual desaprobación, desde el lugar de la cama donde se encuentra sentada, envolviendo sus piernas y aferrándose a ellas.

—Ni creas que voy a arreglar el desastre que tú has provocado —lanza.

Me apresuro a tomar algo de ropa de mi ropero y, una vez vestido, levanto todas las cosas que ha tirado al suelo. Es un alivio ver que la lámpara de noche que mi mamá me obsequió sigue intacta y en su lugar.

No le contesto y me limito a guardar las cosas que tienen salvación, y las que no van directo a la basurera. Cuando he terminado, no sé qué hacer ni a dónde ir. Miro a mi alrededor varias veces y ella es la única que atrae mi atención todo el tiempo. No importa cuántas veces inspeccione la habitación;

ella siempre es mi constante, por lo que, siendo consciente de que tal vez me eche de mi propia cama, me recuesto a su lado manteniendo cierta distancia entre nosotros.

—Lamento todo esto —murmuro.

Toma varias respiraciones para calmarse; cuando me mira, luce totalmente apagada. Suelta su cabello y deja a la vista varios de sus mechones azules, y masajea su cuero cabelludo. Intento apartar sus manos para ser yo quien le dé el masaje, pero ella me aleja con un poco de molestia.

—Eso no funcionará, Kilian.

Asiento. Desde hace mucho que me daba igual si alguien se molestaba conmigo, pero este no es el caso. Ella me importa muchísimo más de lo que yo quisiera.

—¿Quieres que te lleve a la residencia? —Aunque le he hecho esa pregunta, estoy rogando por que no sea lo que ella quiere.

—Eso no arreglará las cosas. Será cuestión de días para que uno de los dos regresemos al punto de partida y tengamos otra discusión igual o peor.

—Entonces, ¿qué sugieres?

Se encoge de hombros.

—Creo que no tiene importancia lo que yo pienso o siento.

—Claro que sí tiene importancia.

—¿Ah, sí? Porque no lo parece cuando te hablo de mis sentimientos.

—Heather... si tan solo trataras de entenderme.

—¡Lo hago todo el tiempo, Kilian! —exclama levantando su voz—. Lo hago todo el jodido tiempo. Siempre trato de encontrar una excusa a todo lo que haces, siempre utilizo una justificación para amortiguar cada cosa que dices, pero no puedo buscar un amortiguador o excusa cuando se trata de convencerte de mis sentimientos.

—Escúchame, no se trata de eso.

—No, no quiero más palabrerías. Siento que ya no puedo con esto, no puedo nadar contra la corriente todo el tiempo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto totalmente aterrado.

—Que me he cansado de esto, Kilian. Siempre es lo mismo: tú intentando alejarme, yo intentando acercarme tanto como puedo a ti, carreras ilegales que terminan en peleas. Se ha convertido en un estilo que no pienso seguir llevando. Me voy a casa —dice al tiempo que se levanta de la cama.

Hago lo mismo y la sigo para detenerla. No puede dejarme. No ahora. La idea de que se aleje de mí es tan aterradora que la acerco a mi pecho y la abrazo aferrándome a ella. No quiero que ponga distancia entre nosotros por mis estupideces, no quiero ni pensar en lo que sentiré si la llevo a perder. Poco a poco se aparta de mi abrazo y veo en su rostro las lágrimas que intenta contener.

—Me voy a casa y, por favor, no intentes detenerme.

La veo alejarse. La veo yéndose, dejándome atrás y lastimándome como tanto he evitado. La he perdido y no puedo mover un solo pie porque en el fondo sé que no merece estar entre toda mi oscuridad.

Capítulo 18

DEMONIOS EN PERSONA

Heather

Dejé entrar a Kilian en cada parte de mi corazón, pero él continúa tratando de alejarme, tratando de ponerme fuera de su vida, de terminar con todo aquello que apenas hemos empezado a crear y, por más que intento llorar, ninguna lágrima sale de mis ojos. Creo que ellas también se han cansado de llorar todos estos días por un chico que nunca ha pretendido quedarse. Hubiese deseado que las cosas no terminaran de esta manera, pero no hay otra salida. No mientras él tenga esos inmensos muros a su alrededor.

Durante esta semana entera, me he enfocado únicamente en el trabajo en la librería. No he visto a ninguno de los chicos desde aquella horrible noche, pero creo que, al menos, mi ausencia a ellos sí que les hace falta, porque están aquí tratando de levantarme los ánimos o tratando de hacer que me despidan con el relajo que están montando en la librería. Tengo que averiguar cuál de las dos opciones es su propósito.

—No puedo creer que ustedes hayan terminado —dice Ralph mientras come de la bolsa de golosinas que me han traído—. Te dije que era un hueso duro de roer, sinceramente nunca creí que fuera totalmente una piedra.

En realidad, no planeaba terminar con él, tan solo quería un espacio para pensar en la situación frente a nosotros, pero creo que Kilian ha tomado esa decisión por ambos.

—¿Él cómo está?

Ralph y Jordan se miran entre sí.

—Heather, no hagas preguntas que pretendemos evitar —musita Ralph sonriendo tristemente—. No queremos mentirte, pero tampoco podemos traicionar la confianza de Kilian.

—Así es, solo dale tiempo —pide Jordan—. Te aseguro que ese chico está totalmente enamorado de ti y, por lo mismo, no sabe cómo lidiar con eso. Kilian Price, a veces, es un total enredo de sentimientos.

Miley viene saliendo de la oficina de Kristal cuando se detiene al escucharnos hablar.

—¿¡El chico por el cual has estado moribunda toda la semana es el patético Kilian Price!?! —interviene, lo que hace que los chicos la miren extrañados por entrometerse en la conversación—. ¿Estás saliendo con Kilian Price?

—No sé si hablamos del mismo Kilian Price que yo conozco —contesto con evidente defensa en mi voz.

—Kilian Price, estudiante de Actuación. Tercer año, completo mujeriego. ¿Estamos hablando de la misma persona?

Me quedo viendo a los chicos y suspiro exhausta. No necesitaba agregar su drama a la situación.

—¿Lo conoces? —pregunta Jordan.

—Claro que lo conozco; es mi compañero. ¿Recuerdas cuando te conté sobre el chico que había salido despavorido de la sección porque nuestra profesora había dicho que estaba enamorado? —pregunta refiriéndose a mí, a lo cual asiento en respuesta—. Pues ese chico es él, y te dije que Kilian Price representa todo por lo que una chica debería mantenerse alejada. ¿Al menos no olvidas eso? ¡Cómo es posible que hayas caído en su juego!

—No, no lo olvido, pero el Kilian del que tú hablas no es el mismo que yo conozco verdaderamente. Él es diferente.

—¿Ah, sí? Porque el Kilian Price del que yo hablo es el chico que ha vuelto a sus andanzas, que va de chica en chica, que ha llegado a las clases con una

resaca tremenda durante los últimos cinco días —lanza y vuelve a desaparecer por donde ha venido.

—¿Quién es esa chica y por qué se ha metido en donde no la llaman? —pregunta Ralph alzando la vista para buscar a Miley; una vez que está en su radar, pasa su dedo por su cuello como si tratara de avisar su muerte, a lo cual Miley responde sacándole el dedo de en medio.

Así que ha vuelto a ser el viejo Kilian Price. Ni siquiera sé por qué me sorprende, debí verlo venir.

—Tengo que regresar a trabajar, chicos. Nos vemos otro día.

Lo cierto es que personas como Kilian están acostumbradas a alejar a los demás sin importarles en lo más mínimo si nos hieren o no, y personas como yo simplemente nos cansamos de ser alejadas constantemente.

No espero que ninguno de los dos diga algo más y salgo a toda prisa a encerrarme en la bodega, donde me dejo caer al suelo y vuelvo a llorar tan desconsolada como lo hice esa noche tan pronto me hube alejado de él y pedido que no intentara detenerme. Lloro por el chico que no cree que merece ser amado y que cree no poder amar a nadie. Lloro por haber sido lo suficientemente tonta al enamorarme perdidamente de él.

Llego a la residencia y, por más que mi estómago ruge de hambre, voy directo a mi cama. Lindsay no está por ningún lado, así que será una noche completamente solitaria, rodeada de oscuridad por donde quiera que mire.

Es curioso, ¿no? Estando totalmente perdidos, siempre tratamos de esquivar las respuestas que nos ayudarán a encontrar el camino nuevamente, porque sabemos que no podremos con el peso que eso conlleva, con el precio que hay que pagar, pero la soledad siempre nos da las respuestas sin ni siquiera darnos la oportunidad de mostrarnos sordos o ciegos, como en este momento, en el que cada parte de este cuarto a oscuras me dice que hice lo correcto. No podía encerrarme dentro de los muros de Kilian, pero hacer lo correcto no nos evita

el dolor, al contrario: hacer lo correcto, a veces, es lo más doloroso para la existencia humana.

Enamorarse es caer en un espiral de dolor totalmente asegurado. Le he exigido a mi corazón no aferrarse a este sentimiento de pérdida, porque tontamente tengo una remota esperanza de que lo nuestro tiene salvación, pero mi mente es la que se encarga de ser despiadada conmigo y constantemente me grita que eso no pasará, que es hora de despertar.

El dolor de cabeza que todo esto me provoca es tan grande que tengo que buscar un analgésico en la mesita de noche que comparto con Lindsay. Mientras estoy sacando una pastilla, los fuertes golpes de la puerta hacen que dé un respingo y que esta se caiga de mi mano.

—Maldición —digo al tiempo que recojo la pastilla y la lanzo a la basurera. Los golpes, que cada vez se hacen más fuertes, lo único que provocan es que un martilleo resuene con mayor potencia dentro de mi cabeza —. ¿Qué rayos sucede? —Me encamino a abrir y a echar a quien sea que se haya equivocado de habitación, pero el chico totalmente borracho, frente a mí, no se ha equivocado de puerta.

No. Para nada.

Kilian está frente a mí, con sus ojos inyectados de sangre y apenas sosteniéndose por sí mismo.

—Hola, Heather —saluda con la botella de cerveza en su mano—. ¿Puedo pasar?

Muevo mi cabeza en negación y lo único que hago es intentar cerrarle la puerta, pero Kilian lo impide cuando se arrodilla frente a mí y me toma de las piernas.

—No lo hagas, por favor —pide con la voz claramente cortada.

Mis ojos rápidamente se llenan de lágrimas, y tomo una fuerte respiración antes de inclinarme para ayudarlo a levantarse; él pone de su parte pero, en la primera oportunidad que tiene, trata de besarme, por lo cual lo alejo de mi alcance. No puedo caer en ese juego nuevamente.

Rendido baja la cabeza, y caminamos en silencio hasta mi cama. Lo empujo y cae acostado, sin ningún problema, tocando su frente todo el tiempo, como si intentara aclarar sus ideas. Se mira tan lejano y aislado que me doy cuenta de que en realidad nunca ha estado abierto a mí o a lo que implica estar en una relación. Siempre se ha mantenido distante, y la única culpable de pensar lo contrario soy yo, no él.

Su silencio me hace preguntarme si se ha quedado dormido o no, por lo que me encamino hasta la cama para echar un vistazo; pero, tan pronto como lo hago, me arrepiento de ello, porque ahora me ha tomado de mi muñeca impidiendo así que me aleje de él.

—Siento tanto todo lo que he hecho, Heather. Siento tanto ser un estúpido por intentar alejarte constantemente de mí y por no hacerte feliz, como le prometí a tus padres. Siento tanto ser un completo fraude, pero no te des por vencida conmigo, no lo hagas todavía. Te lo suplico —dice con una desesperación y lamentación en su voz que me desarma por completo.

Me dejo caer sentada al borde de mi cama y cubro mi rostro en mi intento de ocultar mis lágrimas. A pesar de todo el alcohol que hay en su sistema, Kilian se logra levantar de la cama y se sienta a mi lado; me envuelve en un abrazo y lanza la botella de cerveza a un rincón de la habitación. No pretende calmar mi llanto, se siente más bien como si tratara de darme apoyo, cuando es claramente él quien me está lastimando.

—No me doy por vencida contigo, Kilian; es con tus demonios con quienes me doy por vencida. En un determinado momento, creí que, si todos tus problemas se estrellaban sobre nosotros, podría luchar contra ellos por ti, pero ahora no estoy del todo convencida.

Descansa su frente sobre la mía, ambos con los ojos cerrados, y no me he dado cuenta de que estoy volviendo a llorar silenciosamente hasta que cierta humedad recorre mi mejilla. Paso una mano sobre mis ojos para intentar controlarme, pero me sorprende tanto que los abro a toda prisa al saber que esas lágrimas no me pertenecen.

Él está llorando. Kilian Price está llorando y mi pecho parece que explotará a causa del dolor que sus lágrimas me provocan.

—Esta noche te lo diré todo —trastabilla mientras limpia su rostro—. Conocerás a mis demonios en persona y si, después de escucharme, quieres que me aleje, es justamente lo que haré, Heather, aun si eso me rompe el corazón.

Ambos tomamos una fuerte respiración. Yo, completamente nerviosa por lo que me dirá, y él, en una lucha interna consigo mismo.

Con cuidado, toma mis manos entre las suyas y me mira fijamente, con el temor que grita en cada una de sus facciones. ¡Dios mío! Son tantos los sentimientos que nos invaden que no sé cómo reaccionar. Intenta decir algo y lo único que hago es responder con un suspiro. Al fin se acerca y se pone de rodillas frente a mí.

—Te conocía desde antes de evitar aquella pelea o desde antes de que te presentaras por primera vez en la carrera. Ya te había visto, Heather. Ya habíamos conversado.

—Por supuesto que no. Te lo he dicho; de haberte visto antes, jamás te hubiera olvidado.

Se separa de mí y he llegado a conocerlo tan bien que sé que la mirada que hay en su rostro es de nervios.

—Tal vez tú no lograste diferenciarme esa noche, pero yo a ti sí y, aunque en un principio pensé que se trataba de una clase de broma cuando te presentaste en una de mis carreras, ahora puedo decir que se trató de la broma más hermosa que la vida me ha jugado.

Confundida por lo que está diciendo, muevo mi cabeza de un lado a otro.

—¿Recuerdas la noche en la que te detuviste cerca del campus y te bajaste de tu auto para golpear una y otra vez uno de los neumáticos?

—Sí. ¿Tú cómo sabes de eso?

Sus mejillas se hinchan y se desinflan cuando saca un sonoro suspiro.

—Ese chico con el que hablaste... —continúa, cerrando sus ojos con tanta

fuerza y colocando sus manos en el piso como si estuviera mareado—... ese chico era yo.

—¿Qué demonios?! —espeto totalmente confundida.

Toma mis manos y las sujeta entre las tuyas.

—El chico que estúpidamente te llamó cobarde, ese chico era yo.

Jadeo porque me siento como si en todo este tiempo haya estado en una clase de estúpido juego juvenil.

Suelto mis manos y me pongo de pie para alejarme un momento de él; intento aclarar mis pensamientos y no decir algo de lo que luego me vaya a arrepentir, pero todo lo que viene a mi mente es la noche en la que estábamos en el *pub* y tuvimos aquella conversación que se sintió tan *déjà vu*. Ahora todo tiene sentido y me cabrea demasiado. Todo este tiempo ha sabido que me hubiese gustado volver a ver a ese chico y hablar con él para agradecerle por sus palabras, ya que fueron una clase de iluminación; sin embargo, se ha quedado callado y nunca me ha dicho absolutamente nada.

—¿Esta es una clase de broma? —pregunto elevando mi voz, sintiéndome ¿molesta?, ¿engañada?, ¿estúpida? No sabría decir cuál de ellas.

—Por supuesto que no —replica al tiempo que se tambalea al ponerse de pie y acercarse a mí. Sin embargo, pongo más distancia entre nosotros, y eso parece afectarlo demasiado—. Por supuesto que no es una broma; nunca podría hacerte algo así.

—Entonces, ¿por qué nunca lo dijiste!?

Y en este momento me vale si mis gestos lo afectan a no. Ha jugado conmigo, me ha visto la cara de estúpida aun cuando sabe todo lo que ha pasado en mi vida desde esa noche. Primero lo de su hermana y ahora ¿esto?

¡Me alejo de él lo suficiente porque estoy tan jodidamente molesta que seré capaz de darle una bofetada si tan solo se acerca un centímetro a mí. Es lo que trata de hacer en este momento pero, en cuanto mira mi enfado, se detiene.

Nuevamente me observa como si estuviera en una lucha interna y, si no me sintiera tan molesta, sería la primera en pedirle que no diga nada, que

simplemente olvidemos el tema, pero lo estoy y no me calmaré hasta que me dé una buena explicación.

—Después de aquella noche, no esperaba volver a verte, pero luego, simplemente, apareciste en mi vida y supe la inseguridad que mis palabras habían causado en ti —explica—. Decidí acercarme con el propósito de remediar lo que hice y de hacerte ver lo fuerte que eres. No tenía intenciones de hablarte de Violet ni de mis papás porque no soy de los que hablan de problemas familiares con personas que recién conocen; incluso me cuesta muchísimo hacerlo con las pocas personas allegadas a mí. Pero... luego todo cambió.

—¿Qué fue lo que cambió?

Suspira y me observa fijamente, de una manera tan vulnerable que luce como si en nuestro alrededor estuviese por suceder un terremoto.

—Mis sentimientos —confiesa, lo que hace que mi corazón se desborde—. No lo pude prever, o al menos me negaba a aceptarlo. Y para cuando fui consciente de ello, ya sabías mi vínculo con Violet. Nunca ha estado en mis planes enamorarme de ti.

Aparto la vista de su alcance. No puedo creer que esta sea la manera en la cual está aceptando sus sentimientos por mí; he deseado por muchas noches poderlo escuchar, pero nunca lo he imaginado en estas circunstancias.

—Todavía hay más —lo escucho decir. Al verlo nuevamente, sus ojos buscan un tipo de consuelo en los míos, pero no puedo dar un consuelo cuando estoy tan confundida—. Mis papás... ¡Demonios! —gruñe al tiempo que camina hasta llegar a la silla de mi escritorio y apoyarse en el respaldo de esta.

—No tienes que hablar de ellos en este momento. Sé lo mucho que te afecta el que ya no estén aquí.

—Ese es el detalle. Ellos están aquí, muy presentes. Todo este tiempo... Sé que todo este tiempo tú has creído que ellos estaban muertos, pero... no lo están.

Abro mis ojos de par en par.

—¿¡Qué!? ¿De qué estás hablando? —tartamudeo.

Tiene que estar de broma, ¿verdad?

—Heather. —Frota la parte trasera de su cuello y suspira sonoramente—.

Mis papás no están muertos, aunque para mí es como si mi papá verdaderamente lo esté.

Juro por los divinos libros que me siento totalmente confundida y petrificada, que no puedo decir nada. ¿Acaso el alcohol lo ha puesto mal y está delirando? Debo llevarlo al hospital de inmediato, porque no puede estar hablando en serio. Sus papás están muertos; siempre que intentaba hacer que me hablara de ellos, el dolor que le producía el tema era tan evidente. Era la clase de sufrimiento que se experimenta al hablar de una pérdida, así que nunca insistí; tampoco puedo olvidar la noche en la cual se emborrachó y casi llorando me confesó lo mucho que desearía poder hablar una vez más con ellos. ¡Dios!, ¿qué está diciendo? Esto es producto del alcohol, ¿no?

—No puedes estar hablando en serio —logro decir, todavía confundida y asustada de pisar este nuevo camino.

Se acerca a mí y no hago nada por evitarlo; bajo la vista hacia sus manos, las cuales están cerradas en un fuerte puño, al tiempo que entrecierra sus ojos como tratando de quitar un recuerdo doloroso de su mente.

—La noche en la cual me dejaste, supe que tenía que confesarte todo para que entendieras por qué me aterra tanto... por qué me aterra tanto el que tú estés enamorada de mí.

Después de una larga, mortificadora y sonora exhalación, coloca las manos en sus caderas y se dispone a hablar con la vista gacha.

—Hace unos años, descubrimos que mi papá tenía un amorío de mucho tiempo con su secretaria, la misma a la que mi mamá invitaba a comer en nuestra casa y a la que trataba como a una amiga. Después de eso nada fue igual. Mi familia se destruyó por completo, perdí lo que era más valioso para mí; ya nada tenía la más mínima importancia. En ese instante me metí en el

mundo de las carreras ilegales porque me hacía vivir únicamente el momento con un nivel de adrenalina tan intenso que olvidaba toda la mierda que había a mi alrededor. Me meto en peleas porque me gusta sentir el placer de lastimar a alguien como nos han herido a mi mamá y a mí.

Me escucho a mí misma exclamar al tratar de procesar su verdad. Ni siquiera puedo encontrar algo que decir; es como si haya dejado caer una bomba encima de nosotros. Sus papás están vivos. Tomo mi cabeza entre mis manos mientras veo todo el desastre y los problemas que parecen nunca terminar. Todo lo que ha pasado es duro, completamente jodido y escalofriante. Puedo estar aliviada al saber que sus papás están vivos, pero mi mente no para de gritarme: «Durante todo este tiempo, te ha mentido. Una y otra vez». La historia que me ha hecho creer no existe, y me ha mentido desde el principio.

—Entonces, me mentiste —murmuro. Me siento lastimada y molesta por lo que ha hecho—. No confiabas tanto en mí como para decirme toda tu verdad; yo sí confiaba en ti.

Aprieta sus labios, cuando digo las últimas palabras, pretendiendo como si lo que acabo de afirmar le doliera. Pero, como me ha mentido durante todo este tiempo, ya no sé qué es real y qué no.

—No, Heather, no lo dije por falta de confianza. Tú eres la única a la cual le he expuesto mi corazón y mis verdaderos miedos.

—Pues no lo parece, porque preferiste callar y elegir la opción de mentirme.

—Mentir y omitir no son lo mismo —dice arrastrando las palabras.

Otra vez estoy sollozando, y mi sollozo se mezcla con una risa, como si me tratara de una psicópata recién salida de un manicomio.

—¡Por supuesto que son lo mismo! —grito alzando mis manos—. Además, ¿hasta cuándo pensabas seguir *omitiendo*?

Su mandíbula está completamente tensa; sus puños se han suavizado y han desaparecido en su totalidad al tomar mis manos entre las suyas. Y a pesar de

que está luchando contra el alcohol y sus demonios, me preocupa que en cualquier momento caiga de bruces; pero ni eso hace que me acerque a él más de lo que debería.

—¡No, no lo son! Tú eres quien ha llegado a esa conclusión, y ha sido más fácil dejarte seguir con esa idea que llenarte de toda esta mierda que es mi familia.

Enfurecida, aparto sus manos y retrocedo tan solo unos pasos de su toque. En este momento todo lo que quiero es que se largue de aquí ahora mismo; sin embargo, mis labios terminan traicionándome porque no es precisamente lo que pronuncian.

—Dame una buena explicación para pensar que esto no se ha tratado de un juego para ti. Dame una buena explicación que justifique el hecho de que hayas ocultado todo esto —demando.

—¡Demonios! —exclama furioso y se tropieza con su mismo pie—. ¿Crees que es fácil para mí hablar de toda esta porquería?

—Entiendo que no lo hayas hecho en un principio, pero... ¿por qué callar todo esto? Además, todavía no comprendo por qué sientes tanto odio y rencor por Violet. ¿Ella también ha estado al tanto de tu juego?

Por supuesto que los dos tenían que estar en la misma página, los dos me han mentado por igual. Kilian se ríe como el maldito gato de Cheshire, lo que pone mi piel de gallina.

—No, ella piensa que tú ya sabes todo; eso es lo que le he hecho creer, porque quería que este tema nunca saliera a la luz. Ahora, además de ti, Jordan y de Ralph son los únicos que conocen esta historia, pero ¿quieres saber por qué la odio tanto? —Deja de sonreír y vuelve a caminar de un lado a otro—. Ella ha sido una de las culpables y cómplices de la destrucción de mi familia. Violet sabía que mi papá engañaba a mi mamá con su secretaria, sabía que él jugaba con su familia y nunca ha dicho nada; lo único que ha hecho ha sido apañarlo y apoyarlo. ¿Qué clase de hija hace eso?

Me quedo estupefacta no solo por lo que me está contando, sino también

porque está gritándolo como si fuera lo que ha deseado hacer desde hace mucho tiempo, como si necesitara compartir su dolor con alguien más y liberar esa pena. Ahora todo tiene sentido. El llanto de Violet y su constante agradecimiento por no juzgarla. ¡Dios! ¿Cómo pude haber sido tan ciega? Toda esa violencia y enojo en contra del mundo y en contra de ella tenía que tener una gran explicación, y nunca me he detenido a preguntárselo. ¿Cómo es posible que su papá y Violet hayan hecho algo así?

—¿Qué clase de hija sale a comer y a recorrer las tiendas de la ciudad con la amante de nuestro papá? —continúa—. ¿Qué clase de hija se divierte con una fulana y no se detiene, ni un solo momento, a pensar en el daño que le provocaba a mi mamá? Y... ¿qué clase de padre involucra en tanta mierda a una niña de tan solo quince años? —Su voz se quiebra y, aunque aparta su rostro, puedo ver las grandes lágrimas que se desbordan por su rostro, y las limpia furioso—. Su edad no justifica que ella no haya hecho nada, y si no te lo dije antes fue porque quería olvidar todo; además, no tenía planeado que te metieras aquí —confiesa al tiempo que golpea su corazón.

Mi labio inferior tiembla al escucharlo nuevamente. ¿Por qué siempre escoge los peores momentos para exteriorizar sus sentimientos?, ¿por qué sus palabras me desarman de tal manera que paso a estar en una clase de contrariedad emocional? Sin embargo, no trato de ser tan obvia. Nadie me asegura que solo lo está diciendo en su intento de calmar mi enojo.

—¿Qué fue lo último que dijiste? —pregunto. Sé perfectamente lo que dijo, pero necesito que vuelva a repetirlo, necesito volver a escucharlo porque, si no, no lo creeré y convenceré a mi mente que solo ha sido producto de mi imaginación.

Vuelve acercarse a mí, sin apartar sus ojos de los míos ni un solo momento, y yo no puedo ni moverme.

—Sé que has escuchado perfectamente, pero lo diré una y otra vez porque yo también quiero escucharlo hasta el cansancio. —Su mano se coloca en mi espalda baja y me acerca a él—. Me he enamorado de ti, Heather Fleming. Me

tienes totalmente, y he sido muy estúpido al no habértelo dicho antes, pero soy completamente tuyo y, si no sientes lo mismo por mí, no pasa nada porque podría pasar el resto de mi vida conquistándote.

¡Maldición! Me acaba de confesar todo esto y ¿ni por un segundo puedo continuar enojada con él? ¿Cómo es que lo logra? En serio: si pudiera escuchar mi corazón, me avergonzaría totalmente, porque es casi loca la manera en la cual palpita y el gran impacto que su confesión tiene en mí y en mis sentimientos. Es como si haya tomado cada uno de mis alientos y no haya pretendido dejarlos ir. Ahora, sin duda alguna, sé que lo nuestro es real y, por un momento, me permito apartar el lado oscuro de nuestra historia y me enfoco solamente en nuestros sentimientos.

—¿Es que acaso no has escuchado lo que te he dicho en todo este tiempo? Soy completamente tuya, Kilian Price, y no necesitas pasar el resto de tu vida conquistándome porque ya me tienes, pero no quiero que vuelvas a ocultarme nada.

Duda por un momento, pero finalmente asiente y acaricia mi mejilla. A pesar de que le he dicho que estoy enamorada de él, es como si dudara o no creyera en lo que siento, como si no fuera digno de ser querido.

—Esa primera noche que te miré, tuve una clase de presentimiento contigo —murmura—. No me gustó lo que me hiciste sentir, pero ahora me encanta que me saques de balance.

Lo abrazo y lo dejo sollozar en mi hombro, mientras trato no solo de entender todo lo que ha tenido que cargar, sino también de hacerle saber que mi hombro siempre estará para él, pase lo que pase. Y ahora sé que no puedo estar enojada por que no me haya dicho esto cuando estoy siendo testigo del dolor que ha sufrido todos estos años y cuando tengo frente a mí a un chico que está desmoronándose por las acciones y errores no solo de su hermana, sino también de su padre. ¿Cómo es posible que las personas que son tu familia y se supone que nunca deben defraudarte sean una de las primeras que acaban por destruirnos? Es imposible superar un daño de esa magnitud tan fácilmente,

no cuando las personas más importantes para ti son las que terminan por dañarnos.

—No he tenido la intención de que nos enamoráramos, mucho menos de dejarte entrar en mi vida, pero entonces has ido encendiendo una luz que me ha hecho pensar que quizás podía redimirme, que quizás había esperanza para mí y ahora, gracias a ti, sé que la hay.

Levanto su cabeza de mi hombro y ni siquiera puedo decir en palabras lo mucho que me duele que haya pasado por todo esto solo y lo mucho que me emociona saber que ha encontrado una luz en mí cuando ni yo misma soy capaz de verla.

—Estaré aquí, Kilian.

Suspira y me abraza tan fuerte que por un momento no puedo respirar. Pasa la mano por mi cabello y enreda sus dedos a través de este. Nos quedamos en silencio por varios minutos; creo que él intenta procesar el hecho de que está reviviendo esos viejos y atormentantes recuerdos, y yo... sinceramente no sé qué decir o qué hacer para que se sienta mejor. Nunca he imaginado que sus hombros cargan con semejante peso y, por muy molesta que debería de estar, no lo consigo porque su dolor y su sufrimiento son capaces de disipar cualquier enojo de mi parte.

—No puedo creer que hayas sido lo suficientemente tonta como para enamorarte de mí. —Lo escucho suspirar, al mismo tiempo que se separa de mí para limpiar mi rostro; lo mismo hago con él.

—Irónico, ¿verdad? Estaba intentando huir de chicos como tú y mira dónde acabé. ¿Debería culpar a las carreras?

—Totalmente.

Apenas sonrío, y esa breve sonrisa me tranquiliza un poco, pero no lo suficiente como para quitar la angustia que constantemente me invade.

—Lo siento tanto. —Su respiración se ha controlado poco a poco—. Por arrastrarte a mi vida, por mentirte y por absolutamente todo.

Su disculpa es la cosa más malditamente real que he sentido. Lo siento en

cada palabra y en cada una de sus facciones, y daría todo lo que fuera por que él pueda entender lo liberal que puede ser el perdón y, sobre todo, recobrar la fe en el mundo entero. Incluso en sí mismo. Sé que, si opto por enojarme con él y por alejarlo de mí, probablemente solo lo destruiría aún más. Jamás haría algo para empeorar su mundo.

Lo próximo que sé es que Kilian hace un gesto de vómito, y corro por la basurera. Tengo que contener las ganas de vomitar al escucharlo devolviendo todo lo que hay en su estómago. Cuento mentalmente hasta diez y cubro mi nariz en mi intento por tranquilizarme. Una vez que él ya ha terminado, con todo el asco del mundo, llevo la basurera al pasillo y la dejo fuera. Cierro la puerta tras de mí.

—Lo siento, Heather. Por favor, nunca te des por vencida conmigo —pide antes de caer redondito en mi cama.

Lo observo y no puedo evitar que mis ojos se llenen de crudas lágrimas. Este chico frente a mí, que ahora está totalmente inconsciente, ha luchado tanto contra un desastre que, en primer lugar, nunca debió de suceder, y no puedo culparlo por no saber cargar con todo ello.

Capítulo 19

TODO ESTABA ALINEADO

Kilian

Tan pronto como abro los ojos, todo mi cuerpo y mi existencia duelen, en especial mi cabeza. No me toma mucho tiempo ubicar el lugar en el cual estoy y, en cuanto mi mente aterriza, todos los recuerdos acuden a mí como una llovizna.

Sabía que llegaría el momento donde cada una de las cosas que he ocultado saldría a la luz, pero nunca pensé que me afectaría tanto. Me aterró demasiado cuando miré lo molesta que estaba conmigo, me aterró al pensar que la podría perder y me aterró aún más cuando se marchó de mi fraternidad dándose por vencida conmigo. Intenté decirle a mi mente y a mi corazón que lo mejor era dejarla ir, que lo mejor era que ella saliera de la perdición en la que me encuentro, pero mi egoísmo terminó ganando.

Una semana entera que no pude siquiera imaginar que ya no la tendría en mi vida, que nunca más la escucharía maldecir cada vez que despeinara su cabello o que intentara batallar con todo lo que conlleva mi personalidad, pero ayer todo me golpeó y supe que tenía que hacer algo para recuperarla. Siempre pensé que sería valiente para enfrentar cualquier obstáculo que se impusiera en mi vida, pero tuve que recurrir al alcohol para poder presentarme en su habitación y contarle toda mi verdad. No sabía si ella me aceptaría de nuevo, pero me condenaría si al menos no lo intentaba.

Jamás en mi vida he llorado por una chica; fue una sensación completamente nueva para mí, desgarradora y malditamente humana, todo a la vez. Era como si estuvieran uniendo y, a la vez, partiendo mi corazón en dos. En su mirada se reflejaba que ambos estábamos pasando por lo mismo.

Nadie había logrado colarse en cada parte de mí, mucho menos hacerme sentir temeroso ante la idea de perderla, pero Heather lo consiguió rápidamente. Fui sincero. No tenía planeado enamorarme de ella, pero ya lo estoy, estoy enamorado hasta los putos huesos de ella y me gusta estarlo. Me gusta pensar que puedo cuidarla y protegerla de todos.

Ella ni siquiera imagina el poder que está desarrollando sobre mí. Creo que me tiene a sus pies desde la primera vez que la besé en mi habitación, y no puedo culparme por permitirselo, porque ella no es de las que piden permiso para invadir tu espacio, simplemente lo hacen, y te encuentras en una posición en la cual te fascina por completo, pero ahora sé que debí ser honesto desde el principio. Debí decirle que yo era ese chico con el cual habló esa noche, debí decirle que Violet es mi hermana y, sobre todo, debí de sacarla de esa errónea teoría que creó sobre la muerte de mis papás. Debí decirle que hablar de ellos me duele tanto que prácticamente le he exigido a mi mente creer que toda mi familia se ha ido, y es verdad: mi familia hace mucho que ha dejado de ser una. Pero no estoy dispuesto a perder a mi chica, quien ha sido lo mejor que me ha pasado, y lucharé con todo lo que se ponga entre nosotros.

Me he enamorado de Heather de una manera tan rápida e increíble que en lo único en lo que puedo pensar es que todo ha estado alineado para nosotros.

Cambio de posición en la cama para buscarla por toda su habitación, sonrío levemente cuando la miro acurrucada durmiendo en la cama de Lindsay. Me gusta verla así, relajada y libre de toda tensión. ¿Por qué no puedo dejar todo mi pasado atrás por ver su felicidad? Sé que podría hacerlo, aunque no estoy del todo seguro.

Ella, poco a poco, abre sus ojos, bosteza y aparta su cabello de su cara; cuando los recuerdos vienen a su mente, gira su rostro para vernos frente a

frente.

—Buenos días —logro decir al salir de su cama.

Me mira atónita, lo cual me hace sentir nervioso. Sé que caí inconsciente a causa de las cajillas de cervezas que tuve que tomar, pero ¿qué pasa si eso le dio tiempo a pensarlo mejor y a tomar la decisión de que está mejor sin mí? ¿Qué pasa si ya no quiere estar a mi lado?

—Buenos días, Kilian —contesta con su sonrisa, que se empieza a ensanchar.

La palabra *alivio* jamás ha tenido tanto significado en mi vida.

—¿Cómo dormiste?

—Después de nuestra conversación, bien, dormí bien.

Quisiera poder recordar si ella y yo estamos bien, si ha accedido a dejarme entrar nuevamente a su vida. No quiero suponer que terminó entendiéndome, aunque sea un poco, y luego ser golpeado por la triste realidad de que no perdonará nada de lo que le he hecho; pero, luego de mi confesión, los siguientes recuerdos son completamente difusos.

—Entonces, tú y yo... ¿estamos bien? —Me siento totalmente nervioso; si es una respuesta negativa, no desearía escucharla.

—¿No lo estamos? —pregunta con una leve sonrisa.

—Yo preferiría que seas tú quien lo decida.

Baja la cabeza al tiempo que suspira y hace que mi corazón sea comprimido sin reparo alguno.

—He sido testigo de tu dolor, Kilian, he visto cómo has sufrido —murmura al tiempo que vuelve a verme con la calidez de su mirada, que siempre ha estado para mí—. Ojalá me hubieses dicho todo mucho antes, pero las cosas son como son, y entiendo que eres un chico al que le cuesta mucho exteriorizar lo que siente. No seré yo quien te recrimine algo que se ha salido de tus manos ni quien te bombardee de preguntas cada día acerca de tu familia, sobre todo si tú no estás listo. No jugaré ese papel. Tan solo quiero que sepas que cuentas conmigo y no quiero más secretos. No importa qué tan bueno o malo sea; te

aseguro que podré con ello.

Exhalo aliviado porque una de las cosas que más temía, al decirle mi verdad, era que intentara ir más allá de lo que incluso yo mismo me permito. Pero ella me conoce tan bien que sabe que no estoy listo para pasar por esa mierda, una y otra vez, cuando lo único que deseo es olvidar.

—De acuerdo.

—Y sí: por supuesto que estamos bien —dice. Sale de su cama y agarra todo su largo cabello en una coleta alta.

Rayos. Esta chica es más de lo que merezco y nunca he estado más agradecido en toda mi vida. Poco a poco vuelvo a respirar.

Yo también salgo de la cama, busco dónde están mis tenis; ella señala a un punto e instantáneamente los veo. He sido tan tonto todo este tiempo... No puedes pretender ir por la vida ocultando una pieza fundamental de ti, no a la chica que —a pesar de todo— siempre está dispuesta a darme un espacio en su vida.

—Tengo que ir a la fraternidad para darme un baño. —Todavía me siento inseguro—. ¿Tienes libre el bloque de las diez de la mañana? —Ella me mira expectante. Podría tratar de ocultar su sonrisa, pero no lo hace.

—No. ¿Tienes pensado algo divertido?

—Me verás en acción. —Sonríe ampliamente y, antes de salir de su habitación, me giro hacia ella—. Y no te doy un beso porque sé que anoche, sin duda alguna, tuve que dar una gran vomitada.

Heather tuerce su boca en una mueca de asco y termina riendo.

—Ni me lo recuerdes, por favor. —Hace un gesto de disgusto—. Tendremos que conformarnos con un beso de largo —dice y lanza un beso al aire, el cual atrapo y lo llevo a mi pecho, lo que hace que sus ojos brillen de felicidad.

Seguro de que ya he cerrado la puerta y de que no hay manera de que pueda verme, lanzo un puño al aire, totalmente contento por la gran oportunidad que me está dando. ¿Cómo es posible que esta maravillosa chica sea haya fijado en mí?

Tomé la ducha más placentera que he tenido toda esta semana; incluso toleré las bromas que Ralph ha hecho.

—¡Dios mío!, son tan patéticos —bromea cuando pregunta a qué se debe mi nueva sonrisa, y les explico que Heather y yo estamos juntos de nuevo.

—No te pases de listillo, Ralph —contesto, sin verlo un segundo, mientras contesto un mensaje de Heather—. Puedo estar en mis mejores días, pero también puedo patearte el culo.

—Olvidamos que pasas con la menstruación todo el año —agrega Jordan en su intento de molestarme.

Pero en estos momentos nada podría molestarme o, incluso, nada ni nadie tiene más importancia que ver feliz a Heather y, lo que es mejor, saber que estamos juntos de nuevo.

Ojalá hubiera hecho las cosas diferentes, pero no podía. No es fácil, para mí, dejar entrar a alguien a mi vida, y me alivia saber que ella, de alguna manera, lo entiende y no trata de presionarme. Todo esto aún es nuevo para mí.

En el pasado —antes de que toda mi vida se fuera al carajo, antes de ver a mi familia envuelta en una pesadilla—, había tenido alguna que otra exclusividad con alguna chica, pero con ninguna de ellas se sintió como estar en una verdadera relación; de tal manera que podría decir que Heather es la única novia formal que he tenido en toda mi vida, y he sido un completo estúpido con ella. No he hecho bien las cosas y creo que esta vez puedo intentarlo. En verdad quiero pensar que puedo. Que ambos podremos.

Heather me sonrío cuando me mira al final del pasillo y, luego de despedirse de una compañera de clases, se encamina hasta el lugar en el cual me encuentro, y sostengo su pequeña mochila para que ella pueda ajustársela a los hombros. Yo podría cargar esa pequeña cosa, pero ella es tan independiente que no lo dejaría.

—¿Acaso a esto se le puede llamar mochila? —bromeo—. Es tan bonita y coqueta que parece de lujo y no una mochila. Antes eran grandes y feas, que ni

ganas de usarlas daban.

Ella se carcajea tan fuerte que me encuentro complacido de verla feliz.

—La moda se ajusta con los tiempos —contesta—. Antes, los chicos cargaban con cinco cuadernos sobre sus hombros; ahora, a duras penas, solo traen uno. —Señala la libreta que sostengo en mi mano, con un lápiz enganchado en los resortes de esta—. Además, no es en sí una mochila, es más como un pequeño bolso.

—No deja de ser mochila.

—No entenderás —dice haciendo un bonito gesto de impaciencia—. Entonces, ¿a qué te refieres con que te veré en acción? —pregunta y sin pensarlo la llevo de la mano hacia el auditorio.

—Hoy es uno de los últimos ensayos para nuestra obra final.

—¡No puede ser! —Se detiene y la veo cubrir su boca con sus manos.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas la primera vez que me contaste que estudiabas Actuación y que yo, prácticamente, chillé porque no me lo podía creer? —Muevo mi cabeza en afirmación—. ¡Siempre fantaseé con salir con un actor!

Me carcajeo. La atraigo contra mí y la abrazo; parece ser una primera vez al sentir verdaderamente su calor acogedor.

—No me he graduado así que, técnicamente, todavía no soy un actor como tal. Y para que lo sepas, Heather: desde hoy me propongo cumplir todas tus fantasías, impliquen lo que impliquen.

Arquea su ceja.

—¿Impliquen lo que impliquen?

Me acerco a su oído y susurro:

—Lo que sea que impliquen estoy dispuesto a cumplírtelas, especialmente si son a cuarto cerrado.

Golpea mi pecho y continuamos con nuestra caminata hasta uno de los auditorios de su edificio.

Las miradas de curiosidad y de escepticismo de mis compañeros no pasan

desapercibidas para ninguno de los dos. Primero inspeccionan a Heather y, finalmente, a mí reparando en cada detalle de pies a cabeza. Durante mucho tiempo me ha gustado ser el centro de atención, pero justamente ahora no lo estoy disfrutando demasiado.

—Solo ignóralos. Nunca he traído a ninguna chica, y esto es completamente nuevo para ellos, al igual que lo es para mí.

Frunzo mi ceño al preguntarme por qué tuve que esperar que todo esto sucediera para que ella viera la mejor parte de mí.

—Tranquilo, puedo con ello —la escucho asegurar.

Levanto mi mirada y apenas sonrío. Señalo a una de las filas de las sillas.

—Puedes sentarte ahí y disfrutar de la presentación; yo no lo haré tanto.

—¿Por qué?

—Porque esta obra la odio demasiado —bufo y ruedo mis ojos—. ¡Romeo, Romeo! ¡Entre tantas obras mi profesora tuvo que escoger esa!

Ella se carcajea.

—No es tan mala y llega a cautivar el fuerte sentimiento de ambos protagonistas.

—¡Mujeres! —exclamo.

Ahora sí que la beso y no monto un espectáculo solo porque ya tenemos una buena cantidad de audiencia no deseada; de lo contrario, habría tomado cada uno de los suspiros que he perdido durante toda esta semana.

Capítulo 20

CONVERTIRSE EN UNA MARIPOSA

Heather

Escojo una de las sillas de en medio, me quito la pequeña mochila y la dejo en el siguiente asiento. En el escenario hay varios chicos repasando sus guiones, caminando de un lado a otro mientras terminan de memorizar sus líneas. Hay una chica rubia, no mayor de cuarenta años, que da algunas instrucciones, por lo que supongo es la profesora.

Luego de algunos gritos e instrucciones por su parte, todos los chicos salen del escenario para entrar en su debido tiempo. Resulta que Miley es Julieta, y recita sus líneas muy bien. No sé nada de actuación, pero ella está tan sumergida en el papel que parece que todo lo que dice lo siente de verdad.

Contengo la respiración cuando Kilian sale a escena. Me deja sorprendida porque, aunque haya expresado lo mucho que le disgustaba su papel, eso no es lo que transmite en ese escenario. Sus movimientos y sus facciones son tan suaves y relajados que parece que disfruta de lo que está haciendo. Y es eso lo que implica ser actor: meterte en el personaje y olvidarte por un momento de ti.

—Sus flechas me han herido de tal modo que ni siquiera sus plumas bastan para levantarme...

Me encuentro sumergida en las palabras que salen de sus labios, que me hacen sentir como si estuviera en algún trance mientras lo veo actuar. Podría

cerrar mis ojos y transportarme hasta el momento en el cual lo conocí, el verdadero momento, cuando me miró sacando mi ira contra el pobre neumático de mi auto. ¡Oh, cuánto ha pasado desde aquello! Jamás imaginé que ese misterioso chico fuera el mismo Kilian Price, del que me he enamorado locamente. En una ciudad tan grande como Los Ángeles, ¿qué probabilidades existen de que te encuentres con una persona al azar más de dos veces? Me atrevería a decir que una en un millón, y ser ese uno por ciento no debería de molestarme; al contrario, me hace sentir ¿con mucha suerte? ¿O es más apropiado pensar que todo tenía que suceder de esa manera? Desde entonces, todo ha cambiado. Yo me he empeñado en demostrarle que la fe en las personas no se puede perder y él me ha demostrado que, a veces, lo que definitivamente no esperabas es lo que termina por cambiarte la vida.

No sé si hay un propósito divino detrás de todo esto, pero vaya que resulta extraordinario.

Aplaudo y me pongo de pie cuando han terminado toda la presentación. No hay muchos espectadores, ya que es un ensayo a puertas cerradas, pero los pocos que hay me miran entretenidos por mi euforia, y sí que me siento eufórica y también muy orgullosa de Kilian. Sonrío. En verdad sonrío. No es una sonrisa de esas que tienes que mostrar; es una auténtica sonrisa, de esas que se producen cuando el sentimiento es puro, tan puro que tus mejillas duelen de tanto sonreír.

Vuelvo a sentarme teniendo en cuenta que ya he expresado cuán emocionada estoy y me encuentro completamente feliz hasta que mi celular se enciende para mostrarme un mensaje de mi madre. Dudo un momento pero, como siempre, termino por leerlo.

Sally Fleming:

Te has ausentado de nuestra tradición por muchos sábados, pero en esta ocasión no lo toleraré. Te quiero en la cena familiar de este fin de semana y ni se te ocurra faltar.

Suspiro y elimino el mensaje. No necesito tenerlo guardado cuando las palabras se empiezan a reproducir en mi mente, una y otra vez, como un recordatorio de lo que es inevitable.

Kilian viene de regreso hacia mí, por lo que tomo mi mochila y me pongo de pie para encontrarlo.

—¡Vaya! ¡Eso ha sido genial!

Él sonríe y sujeta mis caderas, entierra sus dedos en la piel, por la cual se ha hecho camino, y me besa con demasiada convicción, como si —después de todos estos días— ese fuera su nuevo propósito de vida.

—Después de todo, amo lo que hago. —Su peculiar sonrisa siempre me roba la respiración.

—Lo noto.

—Y tú harás lo mismo a partir del próximo semestre. —Entrelaza sus dedos con los míos y empieza a caminar hacia la salida del auditorio—. Es momento de que vayamos a Secretaría Académica para empezar los trámites de tu traslado.

¿Cómo le explico que eso es lo que más deseo, pero a la vez lo que más me aterra? Quiero cambiar de carrera universitaria cuanto antes, pero eso significará un gran cambio en mi vida, y no me refiero a los estudios en sí, sino a que será la cereza del agrio pastel para mis padres. Muchas veces he intentado hacer que entren en razón y comprendan que Economía no es lo mío, pero no lo entienden, así que lanzar la noticia de que efectivamente he hecho el cambio, para ellos, será lo peor que escucharán.

Kilian le hace varias preguntas a la chica encargada de la recepción, y esta le brinda los formularios que tengo que llenar. Me entra un ataque de pánico: salgo del lugar y lo dejo a él con la chica.

Me siento en la acera y paso mi mano por los pequeños arbolitos que adornan todo el andén del edificio, sin pensar en nada más que en lo bonito que se miran en primavera. Escucho que las puertas se han abierto y no tengo que girar para saber que se trata de Kilian, que viene hacia mí. Se sienta a mi

lado y apoya sus brazos sobre sus rodillas y mira hacia el jardín frente a nosotros. Por un tiempo, ninguno de los dos dice nada hasta que lo escucho aclarar su garganta; sé que será el primero en decir algo.

—¿Tú crees que a las orugas no les da miedo todo el proceso por el cual atraviesan para luego convertirse en una mariposa?

Sonrío ante su pregunta y ante su intento de hacer conversación de lo que sea, menos de los papeles que tiene entre sus manos.

—Supongo que sí, pero es algo por lo que tienen que pasar, algo indispensable —contesto al tiempo que giro mi rostro para observarlo.

Él me mira risueño arqueando su ceja.

—Exacto: es algo que tienen que hacer. ¿No crees que es tiempo de que saques tus alas?

Abro mis ojos ampliamente, sorprendida al entender que lo que ha dicho ha sido una analogía. Suspiro y me recuesto en su hombro; él pasa su brazo detrás de mi espalda y me abraza muy fuerte.

—A veces creo que estabas destinado a mí, sabes. No te asustes, pero eres justamente el cambio que necesitaba en mi vida.

Su brazo se ha tensado y sé que no debí de haber dicho eso, pero es algo que tenía que decir y no podía permitir dejar pasar la oportunidad para hacérselo saber.

—Conmigo o sin mí, estoy seguro de que eventualmente es algo que hubieras hecho. No me des nada de crédito.

Suspiro y miro su mano, la cual la ha entrelazado con la mía.

—Sabes, mi mayor temor es estar equivocada. No sé, tal vez mis padres tienen razón y quizás la vida no se trata de hacer lo que en verdad deseas, sino lo que se tiene que hacer. ¿Qué pasa si ellos tienen razón y esto es un error?

Sacude su cabeza.

—La vida es para cometer errores. Si aciertas, será una gran elección; si fallas, será una lección, pero no puedes esperar tener una vida impecable. —Frunce su ceño, aparta su vista de mi alcance y exterioriza un enorme suspiro

— Mi papá quería que yo fuera cardiólogo, como él, pero eso simplemente no es lo mío. Si ya descubriste lo que quieres ser, no es como si te reprogramas para ser otra cosa, porque eso no funcionará.

Me invade las ganas de preguntarle sobre su papá, pero sé que ese tema está muy fresco para ambos, y yo todavía no me hago a la idea de que sus papás están vivos. Me resulta increíble y deseo con toda mi alma que llegue el día en que él me pueda hablar de ellos sin que le resulte doloroso o tormentoso. Quizás nunca pueda lograrlo pero, tan pronto como mi mente toma esa dirección, la vuelvo a traer a este momento. Kilian y yo, en el presente. En este momento. Es todo lo que importa.

Aunque él no quiera creerlo, mi vida, poco a poco, está cambiando desde que lo conocí; todo ha cambiado y no tengo idea de cuánto tiempo durará lo nuestro, sobre todo con los momentos efusivos que solemos tener. Lo único que sé es que estaré agradecida por toda la eternidad con él por ayudarme a sacar las alas que no sabía que poseía.

—De haber sabido que estarías a mi lado, nunca habría tenido miedo del mañana —confieso—. Dame esos papeles: empezaré con esto ya.

Sonríe de una manera tan amplia que hace intensificar aún más el color azul de sus ojos. ¿Cómo es eso posible?

—Esa es mi chica —dice mientras sacude mi hombro.

—Mi madre me ha enviado un mensaje en el que prácticamente me exige que no me pierda la cena de este fin de semana, así que tendremos algo por lo cual celebrar —ironizo.

—¿Y piensas ir?

—No quiero, pero lo haré.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta dudoso; en cambio, yo ya casi brinco de emoción.

—¿Harías eso por mí?

Mueve su cabeza de un lado a otro y besa mi frente.

—Hasta yo mismo me estoy sorprendiendo solo de pensar en todas las

cosas que haría por verte siempre feliz.

Acerca su rostro al mío y me besa tan despacio y cariñosamente que se siente como si nuestros labios estuvieran danzando al ritmo de una balada.

La semana pasó volando. Kilian, siendo el novio que —aunque parezca cliché— dejó de acostarse con cuanta chica se pusiera en su camino para compartir sus noches única y exclusivamente conmigo. Puede que sea tonto decir que es un cliché; soy lectora y la palabra es utilizada hasta cuando un chico sonrío. «Oh, mira, el chico sonrío. Eso es tan cliché». Lo cierto es que las personas cambian cuando han encontrado una gran motivación y, si a eso le llamas ser cliché, pues el cliché somos todos nosotros y vive dentro de cada uno.

«Estaban en ese tira y afloja de que ninguno de los dos quería aceptar lo que sentía por el otro, cuando era tan palpable», dijo Lindsay cuando se enteró de que Kilian y yo habíamos arreglado todo.

Nuestra relación ya no es una sorpresa para nadie. Sus compañeros se han acostumbrado a verme en algunos de sus ensayos, y pasa lo mismo con los míos cuando él se empeña en llevarme hasta la entrada de mi salón de clases.

Violet tuvo otra escena de llanto conmigo cuando la enfrenté, y le dije que esta vez sí sabía absolutamente todo lo que le había hecho a su propia familia. No mentiré: la percepción que tenía de ella ha cambiado. No la juzgo, pero creo que nunca seré capaz de entender por qué hizo eso.

—¡Estás preciosa! —Kilian me mira brevemente, luego regresa su vista a la carretera, pero puedo ver el brillo en sus ojos al decir esas palabras.

Me sonrojo y un cosquilleo recorre mi espina dorsal. No es usual en él este tipo de galantería. Lo observo por más tiempo, deleitándome por la manera en la cual el viento mueve su cabello y por lo guapo que luce esta noche. ¡Kilian Price, infundado en un elegante esmoquin negro, es capaz de dejarte embarazada con tan solo mirarlo! ¡Luce extremadamente guapo!

—Gracias —contesto con un repentino hilo de voz—. Y diré que tú estás encantador.

—Se agradece, pero es notable que quien debería estar nervioso, porque estará en el mismo lugar con tus papás, soy yo y no tú.

Toma mi mano y acaricia mis nudillos hacia adelante y hacia atrás.

Hubiera hecho todo lo posible por posponer esta cena, pero la siguiente semana son los exámenes finales y el semestre habrá acabado y, ya que he llenado los papeles y los he dejado en Secretaría Académica, es cuestión de tiempo para que tenga la aprobación por parte de Rectoría: así que es un tema que no se puede evitar por mucho tiempo.

—Sí, lo siento. Tienes toda la razón.

Él sonrío; en cambio, yo frunzo mi ceño al percatarme de que ha cambiado la dirección al desviarse del trayecto que nos lleva a Beverly Hill.

—No hagas preguntas —pide al notar mi confusión.

Asiento y me acomodo en su auto, que ahora me resulta tan familiar que prácticamente he dejado el mío en el olvido. Ha sido algo bueno, ya que Lindsay ha tenido más tiempo usándolo, y eso me hace sentir muy alegre. Me empeñé tanto en no tener amigas, pero ahora entiendo que no a todas se las puede llamar de esa manera; en cambio, Lindsay sí lo es. Es sincera y hasta ahora veo lo incondicional que ha sido conmigo, incluso cuando traté de alejarla.

Kilian, finalmente, se detiene frente a una vieja pista de avionetas, y es el primero en salir del auto con una espectacular sonrisa en sus labios.

Me reúno con él frente a la parte delantera de su auto, y toma mi mano sin dejar de sonreír. No es que sea una loca romántica empedernida, pero tengo una inmensa sensación de enamoramiento por este chico.

—Sé que te dije que nunca esperarías nada romántico o lindo de mi parte — comenta con un poco de timidez una vez que se ha detenido en el centro de una de las pistas, que ya no es usada y está casi abandonada—. Pero las cosas han cambiado, y no preguntes por qué lo hago; simplemente salió, así que solo

disfrútalo, ¿de acuerdo?

Sonrío y, con mi mano libre, cubro mi boca para intentar apagar la sonrisa bobalicona que él ha provocado.

—De acuerdo.

Él asiente y se ausenta unos minutos; se dirige a uno de los cuatro hangares —el más pequeño de los cuales dispone la pista— y se adentra en él. Me tomo mi tiempo observando todo el lugar; hay un hangar abierto y en su interior hay una vieja avioneta. El lugar está abandonado; no entiendo por qué estamos aquí.

Minutos después, Kilian reaparece con algo blanco entre sus manos; no logro diferenciar qué es pero, a medida que se acerca a mí, me doy cuenta de que se trata de dos globos de papel de seda. Coloca uno en el pavimento y el otro en mis manos; enciende la parafina, la cual poco a poco va tomando intensidad, mientras calienta el aire dentro, y la convierte en una linterna aérea de papel.

—Según los chinos y los taiwaneses, el lanzamiento de linternas volantes trae buena suerte y prosperidad —explica frente a mí, separados únicamente por la linterna que ambos sostenemos entre nuestras manos—. Para los budistas, es un símbolo de que los problemas y las preocupaciones se irán volando, y yo quiero que dejes ir todos tus problemas, Heather. Quiero verte sonreír cada minuto de tu día.

Mi labio inferior tiembla levemente, y cierro mis ojos porque se han llenado de lágrimas y no quiero llorar frente a él una vez más. Mientras los mantengo cerrados, pienso en todas las cosas que me afectan y que desearía dejarlas ir sin miramientos. Vuelvo abrirlos para encontrarlo viéndome fijamente, con una clase de intensidad en su mirada que resulta desconocida para mí.

—¿Lista?

Asiento; levantamos nuestras manos y le damos un empujón a la linterna.

Él me envuelve en un abrazo, mientras vemos a la linterna alejarse más y

más de nosotros y adentrarse en el cielo anaranjado de la ciudad. Todo lo que yo hago es verlo a él al tiempo que intento no parpadear ni un solo instante por temor a que, en un abrir y cerrar de ojos, nuestro momento se acabe. Me atrapa viéndolo y todo lo que hace es sonreír y acercar sus labios a los míos; los acaricia en un beso tierno, y me hace sentir como si verdaderamente haya encontrado un hogar. Ya no tengo miedo de enfrentar mis más grandes temores porque tengo la impresión de que él estará a mi lado para confrontarlos, así como yo estaré a su lado para hacer lo mismo con los suyos.

—¿Estás listo para lanzar el tuyo?

—No lo traje para mí; era solo de respaldo, por si el primero no funcionaba.

Niego y me agacho a recoger el que ha dejado en el pavimento.

—Quiero que hagas lo mismo.

Por un momento me dice que no con su cabeza, pero sabe que no me dará por vencida tan fácilmente —y al ambos ser tan testarudos, no saldrá nada bien—, por lo que acepta y, luego de repetir el proceso de cerrar los ojos y dejar ir la linterna, me vuelve a besar. Cuando nos separamos, abro mis ojos y acaricio su mejilla.

—Ahora, que ya sabes que te he conocido desde mucho antes, ¿puedo preguntar por qué estabas tan molesta esa noche? —inquire—. He tenido esa curiosidad por tanto tiempo que es momento de saber la respuesta.

—Fue la primera noche en la que decidí enfrentar a mis padres y asegurarles de que dejaría la universidad si no permitían que siguiera mis sueños.

—Todo tiene sentido ahora. Tenías que ver lo chistosa que te mirabas golpeando el auto.

—¡Oh, cállate! —Ruedo los ojos con una fingida molestia—. ¿Así que te acercaste a mí esa tarde porque ya me conocías? ¿Tan fascinante te parecí?

—Conozco a la chica del centro comercial, sé que le gusta llamar la atención de cualquier manera, así que decidí ahorrarte el papelito. Y sí: puede

que, de alguna manera, me hayas parecido fascinante aunque, siendo sinceros, después me pasé preguntando por qué demonios tuve que intervenir.

Entonces, quizás todavía continúa arrepintiéndose de haberse acercado a mí.

—Entiendo —digo con un deje de decepción.

Me atrae hacia él y no permite que me aleje.

—Hey, recuerda que solía ser un completo imbécil.

—¿Solías? —pregunto arqueando mi ceja.

—Bueno, puede que lo siga siendo, pero ahora, más que nunca, estoy seguro de que no haberme acercado a ti habría sido el peor error de mi vida.

Logra que sonría, aunque sea un poco. Jamás habría creído que el «maldito chico estrella» y yo acabaríamos cambiando nuestras respectivas vidas y fusionando nuestro aparente destino en uno solo.

Capítulo 21

REDENCIÓN

Kilian

Nota que Heather no está ni enterada de que la cena de hoy no es una cena normal; hay lujosos autos estacionados a lo largo de toda su cuadra, y en su casa está resonando una calmada música de orquesta. Ella está espectacularmente preciosa esta noche, con un vestido largo que le llega hasta su tobillo, en un color rosa ajustado a su cuerpo, lo que resalta cada una de sus curvas. De verdad que estoy deseando arrancarle ese vestido.

—No sé por qué hay tantas personas —comenta mordiendo nerviosamente su labio inferior—. Lo único que sé es que mi madre me ha mentado, y esto no se trata de una simple cena familiar.

—¿No tienes idea de qué se pueda tratar? —Mueve su cabeza en negación.

No me gusta para nada la expresión de miedo y de inseguridad que hay en su rostro. Tomo una larga respiración antes de salir del auto; ella hace lo mismo y, aunque en un principio se mantiene distante, sujeto fuertemente su mano mientras caminamos a través de la línea que nos lleva a la entrada de la mansión que tienen por casa. Ella no hace más que sonreírme brevemente.

Un camarero vestido de blanco de pies a cabeza es quien nos abre la puerta principal y nos ofrece una bebida de champán. Me temo que necesitaré mucho más que una bebida suave para soportar ver a Heather de esa forma aunque, después de la borrachera de hace unos días, no se me apetece ni un poquito.

—Todo puede ser ostentoso, pero no permitas que eso te intimide.

La verdad, no lo hace. Mi papá pertenece a la Asociación de Destacados Cardiólogos de la ciudad y, durante mucho tiempo, teníamos que asistir con él a algunas de las reuniones sociales, donde todos sabían de su engaño, menos mi mamá y yo.

—No te preocupes, creo que puedo adaptarme.

Ella apenas sonrío y besa mi mejilla.

—Quiero que conozcas a mi nana.

Una nueva clase de nerviosismo invade mi pecho. Sé lo mucho que su nana significa para ella; es incluso más importante que su mamá, así que sostengo, con un poco más de fuerza, su mano y ella sonrío.

Nos abrimos paso entre algunos de los invitados que están llegando y, tras pasar una puerta de vaivén, entramos a la cocina, en la cual hay varias personas que se desplazan de manera profesional a través de cada espacio del elegante lugar. Hay un gran festín a lo largo de la encimera, como si tal pareciera que alimentarían a todo un condado. El chef principal les grita a algunos de sus ayudantes, y lo que atrae más mi atención es el hecho de que Heather le pide que sea más educado con ellos; nos deja a todos perplejos, incluyéndome. A pesar de que es demasiado evidente que esta familia está bañada en dinero, Heather ni por cerca es una chica mimada o engreída.

Ella se suelta de mi agarre y envuelve en un abrazo a una señora bajita que se encuentra de espaldas a nosotros. La mujer respinga e inmediatamente se da la vuelta y la observa; sonrío de una manera tan dulce y adorable que me hace comprender por qué Heather es así.

—¡Cariño! —exclama su nana y la abraza con igual entusiasmo. Es como si ambas no se hayan visto en años.

Suelta a Heather y, mirándome rápidamente, toma una toalla blanca y limpia sus manos.

—Nana, te quiero presentar al chico que me trae completamente en las nubes.

¡Maldición! Creo que jamás en mi puta vida me he sonrojado de esta forma y me hace sentir peor el gesto tierno que tiene conmigo, al colocar una mano en mi hombro, dándome un apretón cariñoso. Ciertamente me abruma tanto que quisiera tomar mi auto y salir volando de aquí.

—Kilian, ella es Larissa, prácticamente mi mamá. Nana, él es Kilian Price, el chico que se ha robado a tu niña. —Se ríe bromeando, pero no me pasa desapercibida la alegría con la cual ha dicho eso.

Tampoco pasé desapercibido el hecho de que la haya llamado «mamá» y no «madre», como suele decir. Podría asegurar que eso representa un gesto más íntimo y dulce para ella.

—Mucho gusto, señora —digo mientras estrecho su mano.

—Me da mucho gusto que ambos estén aquí —contesta, siempre sonriendo—. Disfruten su noche y no hagan caso a las cosas que dice la señora Fleming.

—Ni que lo digas, nana. ¿Sabes a qué se debe todo esto?

—No, no quiso que me enterara de nada porque se supone que te lo diré.

Ambas se ríen y Heather la vuelve abrazar; es como si verdaderamente se tratara de una relación madre-hija.

—Será mejor que vaya a buscarla y me entere del porqué de todo este espectáculo.

—¿Es que acaso no me merezco todo este espectáculo? —pregunta una voz aguda detrás de nosotros.

Tanto Heather como Larissa buscan el sonido de la voz y se quedan petrificadas ante quien sea que se trate. Soy el último en girarme y me encuentro con un tipo alto, de contextura fuerte, con una sonrisa ridículamente engreída, y lo que me cabrea es ver a Heather, que sale corriendo hacia él como si de una loca se tratara. Cierro mis puños cuando ella enreda sus brazos en el cuello de este tipo y chilla sin parar.

—¡Estás aquí! —grita, prácticamente. Está tomando todo de mí no caminar hacia ella y separarlos.

—Por supuesto que estaría aquí —responde el tipo mientras me da una

descarada inspección—. No iba a permitir que una londinense me tomara y me alejara de los que más quiero.

Heather por fin lo suelta y lo inspecciona, al tiempo que Larissa también se une al efusivo recibimiento de este tío. ¿Puedo patear su trasero en este momento?

—No puedo creer que estés aquí.

—Y yo no puedo creer que no le hayas hablado a tu amiguito de tu adorado hermano porque, de ser así, no estaría con esa necesidad de irse encima de mí.

«¡Demonios!», maldigo mentalmente cuando entiendo quién es él. Sin duda alguna, se trata de Thiago Fleming. ¡Maldición!, he hecho toda una escenita de celos injustificados, pero jamás habría adivinado que era su hermano.

Heather me observa apenada y se precipita hacia mí para tomar mi brazo y llevarme hasta donde está Thiago. Poco a poco relajo mis puños y me siento totalmente avergonzado, al tiempo que ella me va jalando hacia él.

—¿Cómo crees que no le he hablado de ti, Thiago? Lo he hecho.

—Entonces, ¿tu amiguito es un total celoso?

—No soy su amiguito —contesto mientras contengo el pequeño enojo por cómo he reaccionado y por la forma en la cual se está refiriendo a mí—. Soy su novio.

Rompo contacto visual solo para ver a Heather, y el repentino brillo en sus ojos me toma por sorpresa totalmente.

—Kilian, no le hagas caso —dice Larissa y nuevamente lo envuelve en un abrazo—. Solo está jugando al hermano protector.

Él la abraza y besa la cima de su cabeza.

—No estoy jugando a nada, nana. Soy un hermano protector.

Heather sale del raro estado en el cual estaba y mueve su cabeza; luego le da una sonora palmada en la parte trasera de su cabeza.

—Ya basta, Thiago —advierde.

Él se ríe y soba su cabeza al tiempo que da unos pasos hacia mí y me ofrece su mano libre para estrecharla.

—Thiago Fleming.

—Kilian Price —respondo.

Heather mira entre nosotros y sonrío ampliamente; no resisto tenerla ni un segundo más lejos de mí, por lo que tomo su mano y la atraigo hacia mi lado. Ella se ríe y pasa su brazo por mi cintura.

—Dejaré el discurso del hermano mayor para cuando me tome unas cinco copas de coñac.

—Entonces, es de familia lo de hablar demasiado con unas copas de coñac —comento.

Thiago se carcajea y golpea mi hombro. Se mira joven y vivaracho, por lo que supongo que no puede tener más de unos veintiséis años.

—Ya veo que mi hermana ha hecho algunas escenitas.

—Nada de qué preocuparse —asegura Heather.

Thiago asiente.

—Deberíamos salir a la fiesta; si no, tus padres se pondrán como locos —propone Thiago.

—Y tus padres me culparán de ello —replica Heather riéndose.

Es claro que hablar en esos términos es como una clase de broma entre ellos.

—Nana, te esperamos afuera. —Thiago hace un gesto con su mano para indicarnos la salida, y es tranquilizador el hecho de que haya tomado la decisión correcta al vestir formal porque, de lo contrario, habría quedado como una mierda al lado de su impecable esmoquin negro.

En la sala principal, ya hay muchísimos más invitados de los que estaban cuando llegamos, y la música de la orquesta cambia cuando, de la escalera principal, empiezan a bajar los señores Fleming.

Sus hijos son las réplicas de ellos. Thiago es tremendamente parecido a su papá, de pies a cabeza, hasta en el color verde de sus ojos, y Heather, a su mamá; ambas, con ese asombroso color grisáceo de sus ojos y con el particular negro azabache de sus cabellos.

Heather se aferra de mi brazo a medida que sus papás se acercan y, cuando están a solo unos escasos centímetros de nosotros, su agarre se hace más fuerte, que me tienta a bromear al respecto, pero termino por no hacerlo porque no pienso ser quien le añada más tensión a su noche.

—Me da gusto que hayas hecho caso a mi mensaje y que estés aquí; sin embargo, no puedo decir lo mismo de la presencia de este niño. —Su mamá nos mira sin dejar de sonreír, aparentando ante los demás que no pasa nada.

—Sally —dice el papá de Heather—, contrólate; hay muchos espectadores —pide sonriendo y asintiendo hacia todos los que nos están viendo—. Ya luego hablaremos con ella.

Thiago niega con su cabeza, en evidente desacuerdo con sus papás, y luego toma la mano que le ofrece Sally, y los tres se marchan a saludar a sus invitados.

—¿Es que acaso tus papás salieron de algún circo? —le pregunto a Heather al tiempo que poso una mano en su cálida mejilla y le sonrío para hacerle saber que todo estará bien.

Ella por fin suelta mi brazo y apenas se ríe.

—Creo que de un circo de Las Vegas.

Ambos nos reímos, y coloco una mano en su nuca para acercarla a mis labios y malditamente calmar la ansiedad que me ha provocado el solo hecho de pensar que siga molesta conmigo.

—¿Por qué tardaste tanto en confesar que estás enamorado de mí?

Su pregunta no era exactamente lo que esperaba en este momento.

Me tardé mucho porque tenía miedo de lo que ella provocaba en mí y porque no quería arruinar la extraña relación platónica que habíamos desarrollado. Pero la principal razón por la cual no se lo había dicho era porque no esperaba poder confesarle que estoy enamorado de ella. No podía enamorarme de Heather, no podía cederle el control de mi vida tan fácilmente, aunque creo que verdaderamente nunca luché por evitarlo, porque en el fondo sabía perfectamente lo que quería y la quería a ella. La quiero y no solo deseo

estar enamorado de ella; si soy capaz de volver amar a alguien, ese alguien quiero que sea Heather.

—¿Vas a negar que nunca has visto a un famoso y has dicho: «Me enamoré»?

Ladea su cabeza y cierra sus ojos, confundida por mi pregunta.

—¿Quién no?

—¿Lo ves? —continúo—. Las personas van por la vida afirmando que se han enamorado, porque enamorarse es totalmente fácil; solo se trata de una consecuencia de la atracción. Lo difícil es amar y luchar por esa persona, y amo las cosas difíciles, Heather, así que lucharé por cada pieza de tu amor porque sé que me amarás con igual locura.

Ese hermoso brillo se presenta de nuevo en sus ojos, y no puedo contenerme de acunar su rostro en mis manos y de perderme en su mirada, un lugar donde descansaría el resto de mi vida de lo más complacido. Cubre su rostro entre sus manos, en total asombro, mientras niega una de las más sinceras confesiones que he hecho en toda mi vida. No tengo una puta idea de cómo ha salido tan bien el decirle lo que siento, mucho menos tengo una jodida idea de lo que nos espera en un futuro; solo sé que quiero que estemos enamorados uno del otro con una intensa locura y que seamos de esos amores que no se olvidan.

Me acerco y la abrazo, sin importar la curiosidad que generamos en las personas que están a nuestro alrededor. Ella entierra su rostro en mi pecho y yo descanso mis manos en la parte baja de su espalda.

—Solo quiero que sepas que esta es, por mucho, la mejor noche de mi vida —murmura mientras sujeta mi camisa.

La noche no auguraba ser algo buena, pero me olvidé por completo del imbécil de Ryle, quien no ha dejado de vernos, con una furia contenida en su estúpido rostro, desde que aparecimos en su radar. Le dije a Heather que iba a

ayudarlo un poco a sacar esa rabia, pero me suplicó que no hiciera nada. Una vez más me abstuve de hacerlo, aunque mis venas arden por el deseo ansioso de partirle su rostro, sobre todo si no deja de mirarla de esa manera, como si tuviera algún tipo de poder sobre ella.

Cenamos en la misma mesa. Heather y yo apenas pellizcamos nuestra comida; Thiago está enfrascado en una conversación con su papá, y yo no puedo evitar sentirme nauseabundo por el simple hecho de estar compartiendo este ambiente. Thiago y Heather son otra cosa, pero sus papás son una completa porquería y, cada vez que su mamá me mira como si quisiera enterrarme el cuchillo que está sobre el pavo, recuerdo el día en que intentó comprarme para alejarme de su hija.

Heather coloca su mano izquierda sobre la mesa y la entrelaza con la mía, lo que atrae la mirada fulminante de Ryle. Estoy por besarla de no ser porque Thiago está hablando con ella y hace un comentario sobre su cabello y su nuevo estilo. A Sally parece que se le saldrán los ojos cuando Heather parte en dos su largo cabello, se lo echa hacia adelante y juega con los mechones que ha pintado de tinte azul.

—Pero ¡qué has hecho! —casi grita.

Sus hijos la observan. Heather levanta su barbilla para hacerle saber que no la amedrentará y quiero decir: «Esa es mi chica», pero todo lo que hago es darle un apretón a su mano.

—¿No es obvio, madre? He pintado algunos mechones de mi cabello en azul.

—¡Qué vulgar te has vuelto! Esos colores déjalos para las... fulanas.

Esta mujer simplemente es repugnante y fastidiosa, lo cual logra colmar la paciencia hasta de la persona más pacífica sobre la faz de la tierra.

—Madre, no es para tanto —interviene Thiago.

—¿No es para tanto? —le responde furiosa, luego me observa directamente a mí—. Desde que este chico ha aparecido en nuestras vidas, tu hermana ha dado un gran cambio, hasta ha estado en la cárcel. ¿No es eso para tanto?

—¿Qué? —Thiago deja caer sus cubiertos, lo que provoca un molesto sonido que atrae la atención de las personas que están en las mesas más cercanas a la nuestra. Luce totalmente alarmado y nos mira desde su asiento.

—Las cosas no son así, Thiago —artículo.

—Entonces, explícamelo, porque me puedes caer bien, pero jamás expondría a mi hermana a un patán.

—Nada de lo que está diciendo es verdad —dice Heather al tiempo que suelta mi mano y agarra a su hermano del brazo—. Sí, pasamos una noche en la comisaría porque Kilian golpeó a unos drogadictos que intentaron sobrepasarse con su hermana. Estuvimos ahí por defenderla. Lo juro.

—¿Y qué dices de la golpiza que le dio a Ryle? —Sally pretende continuar con sus acusaciones.

—Ni siquiera fue una golpiza —aclaro.

Heather se voltea hacia mí y con un gesto me pide que me calle, como si por hablar arruinaría más las cosas. Bueno, puede que sí.

—Ryle me estaba ofendiendo; Kilian solo lo puso en su lugar.

Joseph deja caer su servilleta sobre la mesa y bruscamente echa su silla hacia atrás y señala a sus hijos y a su esposa.

—Al despacho. ¡Ahora! —ordena y desaparece de la mesa.

Ambos hermanos se miran entre sí y, luego de levantarse la bruja mayor, ellos se disponen a seguirla. Con una agilidad me levanto de la silla y apresuro el paso para alcanzar a Heather; por suerte, lo logro antes de que entre al despacho de su papá. Ella se gira hacia mí y me mira como si esperara exactamente que esto pasara.

—Es tu oportunidad para enfrentarlos y hablar sobre tu cambio de carrera.

Me mira insegura, sin embargo, asiente levemente. Acaricio su pómulo con mi pulgar, le doy un pequeño beso en sus hermosos labios, y luego desaparece de mi alcance.

No sé qué es exactamente lo que me pasa, pero tengo la ligera impresión de que ya no tenemos un simple enamoramiento; esta presión en mi pecho no

puede tratarse de eso. Me recuesto en la pared, cierro mis ojos mientras intento descifrar ese nuevo sentimiento que oprime mi pecho.

Todos los sentimientos y nervios se concentran en mi cavidad torácica y son un poco abrumadores, pero eso no quiere decir que no me gusta el hecho de que ella sea la única que ha sido capaz de provocarlos. A decir verdad, me fascina la sensación porque estoy completamente seguro de que provoqué lo mismo en ella.

Han tardado muchísimo dentro del ostentoso despacho y, debido a las grandes puertas de madera de cedro que este posee, se me es imposible escuchar una sola palabra de lo que están hablando, por lo que no tiene caso estar aquí, así que decido salir al perfecto jardín, donde están algunos de los invitados que huyen del ambiente de adentro. Observo lo bonito que luce el cielo, totalmente estrellado; inspira una clase de paz interna, algo totalmente placentero que no he apreciado desde hace mucho. Hablar con la verdad ante Heather se siente como si hubieran quitado parte de un gran peso de mis hombros.

Un chico me ofrece otra copa de champán y la tomo. Doy varios sorbos mientras contesto algunos mensajes de Jordan, a quien le tendré que dar cien grandes por cubrir mi turno en el *pub*.

—Tengo que aceptar que me has dejado impresionado —murmuran en mis espaldas—. No creí que encajarías en este mundo.

Despreocupado, doy otro sorbo al champán cuando veo que se trata del imbécil de Ryle.

—Bueno, también me has dejado impresionado —contesto—. Nunca pensé que podrías verbalizar tan coherentemente.

Su mandíbula se tensa.

—No te quieras pasar de chistoso.

—Y tú no te quieras pasar de imbécil —digo al tiempo que dejo la copa sobre un barandal y doy unos pasos hacia él—. Aléjate de Heather.

Él arquea su ceja y baja la vista para acomodar los gemelos de su camisa.

—¿Cuánto tiempo más necesitas para quitarte las ganas con ella? No me opondré con la condición de que luego desaparezcas de su vida.

Enfurecido, lo tomo del cuello de su camisa de vestir y lo enfrento.

—¿Qué has dicho?

Intenta zafarse de mi agarre, pero soy mucho más fuerte que él.

—Vamos, amigo, todos sabemos que solo quieres llevártela a la cama. ¿Es que acaso no has conseguido que te abra las piernas? Si la tocas en los lugares correctos, la tendrás...

No lo pienso dos veces cuando lanzo mi primer golpe. Fallo debido a que alguien lo ha jalado por la parte trasera de su camisa, y también voy por él, pero mi puño se detiene en el aire cuando miro que es Thiago quien tiene a Ryle, lo baja de las escaleras y lo lanza en el césped para empezar a golpearlo.

—A mi hermana la respetas, hijo de puta.

Heather reaparece, viendo asombrada la escena que se está desarrollando ante sus ojos, y cubre su boca mientras miramos cómo Thiago golpea a Ryle sin que él pueda meter sus manos. Bajo las escaleras para ir por él y también propinarle sus golpes, pero Heather corre hacia mí y me detiene.

—No te metas —pide mientras toma mis muñecas.

—¿Es que acaso no lo has escuchado? Él se expresó muy feo de ti.

—Lo hemos escuchado, pero... —Mira entre su hermano y hacia mí mientras se debate si debe soltarme o no.

No espero su aprobación, ya que no permitiré que nadie hable de esa manera de ella, y me suelto de su agarre en el justo momento en que los señores Fleming están saliendo al jardín junto con otros de los invitados.

—¡Dios mío! —exclama Sally cuando ve a su hijo y al capullo que tanto protege dándose golpes.

—Hay que separarlos —me grita Joseph.

Pretendo ignorar su orden, pero Heather me empuja para que le haga caso a su papá. Gruño y corro hasta donde están ellos y tomo de la cintura a Thiago,

no poniendo mucho esfuerzo, al intentar alejarlo de Ryle, porque la verdad es que, si no puedo darle los golpes que se merece, no me pondré tanto empeño en evitar que Thiago se los dé.

Joseph logra separar a Ryle y lo tira a un lado. Sonríó al ver su labio y su ceja ensangrentados y, desde ya, me cae muy bien Thiago.

—¿Es que acaso mis hijos pretenden avergonzar a esta familia?

—No estoy avergonzando a esta familia, padre —contesta Thiago con su pecho, que sube y baja muy rápido—. Solo le enseñé a este imbécil a respetar a mi hermana. ¡Vamos!, repite lo que has dicho de su hija —lo reta.

Thiago hace el intento de irse otra vez encima de él, por lo que rápidamente lo tomo de su brazo.

—Joseph, no sé por qué he dicho eso. Sabes que te respeto a ti y a tu familia.

—Eres un completo cobarde —grita Heather.

No sé cuándo se ha colocado detrás de mí. Suelto a Thiago y me acerco a ella para abrazarla, pero está tan furiosa que se aleja de mí y fulmina a Ryle, quien todavía se encuentra en el piso.

—Quiero que los tres se larguen de mi casa —espeta Joseph señalando a Ryle y a nosotros. Se da la vuelta y toma del codo a su esposa para llevarla dentro.

Los espectadores, poco a poco, se van dispersando hasta quedar solo unos cuantos.

—Te lo advierto, Ryle Hughes: aléjate de mi hermana —le lanza Thiago mientras se acerca a Heather para colocar una mano en su mejilla—. Hermanita, haz lo que más te haga feliz. Si cambiar de carrera y este chico es lo que tu felicidad significa, entonces te apoyo por completo.

Heather lo abraza. Él besa su frente y se despide de mí con un leve movimiento de cabeza.

Tomo a Heather de la mano y la saco de aquí cuanto antes. No es hasta este momento que me percaté de que ha llorado tanto como para estropear su

maquillaje.

Conduzco en silencio, esperando que haya procesado todo esto y esté lista para hablar conmigo. En su rostro hay una mezcla de tristeza y preocupación. No le pregunto si quiere quedarse a dormir conmigo en la fraternidad y manejo hasta allí. Esta noche no pienso separarme de ella por nada del mundo.

No se da cuenta cuando llegamos, hasta que paro el auto y ambos salimos. La guio a través del corredor de la fraternidad, luego por las escaleras que dan con el piso de arriba, hasta finalmente estar en la oscuridad de mi habitación. No enciendo la luz, ya que es suficiente con la luz natural que entra de la noche, y la encamino hasta la cama.

Ella se suelta de mi agarre y, con una destreza fascinante, baja el cierre de su vestido; yo lo quería hacer desde que la miré, pero no seré un patán y comprenderé si ella no quiere tener sexo, aunque yo sí lo necesito para olvidar esta noche de mierda.

Se queda solamente en su braga y en su sostén adhesivo, y el pene se me pone duro cuando despega cada uno de ellos y deja libres sus pechos.

«No pienses en eso. No pienses en eso», repito mentalmente tratando de que la sangre no bombee tan vertiginosamente.

Se acuesta en mi cama y ladea su cuerpo, lo que hace que sus pechos se unan y se miren aún más bellos y grandes; golpea la parte derecha del colchón para indicarme que me acueste a su lado. Solamente me quito los zapatos y desabotono los dos primeros botones de la camisa; quiero que sepa que soy capaz de comprenderla y de resistir la necesidad de perderme en ella, sobre todo si está indispuesta.

Me meto en la cama y me encargo de poner una almohada entre nosotros porque, vamos, soy un hombre y no sé si podré resistir su roce sin hacer nada. El gesto hace que ella ría y me bese.

—¿No puedes resistirte a tenerme casi desnuda y controlar tus manos?

Me río y acaricio su cabello azabache, el cual le cae como cascadas por sus hombros hasta llegar casi al medio de su estómago. Tomo un mechón de su

cabello y muevo mis dedos sobre él para recordar lo suave y sedoso que es, junto con su característico olor a flores.

No entiendo cómo todo este tiempo no he podido darme cuenta de estos pequeños detalles; es como si solamente me haya enfocado en la atracción química que ambos sentíamos y me haya olvidado por completo de ser especial con ella. Saber que he sido un completo imbécil me molesta muchísimo.

—Claro que puedo. Esta noche quiero tomarme mi tiempo y apreciar lo bella que eres.

Alza su mano y la coloca en mi mejilla; ladeo mi rostro para sentir su toque por completo.

—Gracias por darme el valor para luchar por lo que quiero. Nunca he imaginado tener esta clase de historia contigo, pero la amo mucho más que a todas las que he leído en los libros.

Esa opresión en mi pecho me golpea nuevamente, pero esta vez mucho más fuerte.

—No tuvimos esa clase de historia con chispas a primera vista —murmuro con los ojos cerrados por la placentera sensación que me resulta su simple toque—. Pero siempre supe que había algo especial en ti.

Cuando abro los ojos nuevamente, está sonriendo y mirándome con júbilo. Quita la almohada que hay entre nosotros y se acerca a mí ; sus pechos me rozan.

—¿Sabes que hoy ha sido la primera vez que has dicho que soy tu novia?

—¿Sí? Entonces, lo diré más seguido. Eres mi novia y la chica de mi vida.

—Me acerco a ella y la beso. Recorre mi cabello con sus dedos y me observa.

—Siempre supe que terminarías queriéndome.

Es entonces cuando lo comprendo todo. He llegado a querer a ciertas personas, pero jamás en la vida me han hecho sentir de esta manera, lo que hace tan clara la diferencia de los sentimientos que me golpean como un torbellino. Lo que siento por ella significa mucho más que la palabra

«querer»; esto va muchísimo más allá, y al fin comprendo el significado de esa opresión en mi pecho.

¿Cómo he podido ser tan ciego y testarudo?

Mi cuerpo se congela mientras las palabras se forman en mi mente y en mi corazón. He caído muy profundo por Heather, y es uno de los mejores sentimientos que he sido capaz de experimentar.

—No, Heather —le digo con la voz temblorosa—. Yo no simplemente te quiero, yo... te amo.

Su cuerpo se paraliza y sus ojos se humedecen por mi confesión. No me importa si para ella esa palabra es muy prematura, tenía la imperiosa necesidad de hacérselo saber. Necesitaba que supiera que no solo me he enamorado de ella, sino que también la amo y que ya no tengo miedo al expresarlo. Es tiempo de, al menos, romper con esa cadena que me ha impedido acercarme a ella de esta manera.

Aprieta sus labios en una línea fina para contener su emoción y, luego de unos segundos, su cuerpo reacciona inclinándose para besarme. Tenía razón al decir que ella sería mi adorable perdición, porque ahora sé que estoy completamente perdido por ella.

Creía que la redención era una palabra o, incluso, un estilo de vida que no aplicaba para mí; me acostumbré tanto a la oscuridad que me olvidé de lo bien que era estar del otro lado, un lado que ha sido traído devuelta por una maravillosa chica. Una chica que me hace sentir tan bien, tan perfecto, y quizás odio la cursilería, pero sé que ella está hecha para mí.

Capítulo 22

SUEÑO OPACADO

Heather

—*No, Heather. Yo no simplemente te quiero, yo... te amo.*

Con toda sinceridad, no pensé que él fuese el primero en decir esas hermosas palabras; de hecho, yo estaba a punto de hacerlo antes que él lo dijera, pero tenía muchísimo miedo de que Kilian se aterrorara y saliera corriendo lejos de mi alcance. Incluso fui capaz de ver el miedo que sus palabras causaron en él. Sé que a veces las personas usan un «Te amo» de manera descuidada, pero siempre supe que, cuando uno de los dos las dijera, sería muy real y profundo, tal y como se sintió. Me parece increíble que hayamos avanzado hasta este punto, dispuestos a superar nuestros miedos y a destruir las barreras que hemos creado. Creo que esas serán las mejores palabras que alguien alguna vez me dirá. He leído tantas novelas de romance con las líneas literarias más importantes, pero ninguna de ellas podrá superar esa, porque esas palabras fueron especialmente para mí y para nadie más.

El amor puede ser difícil, pero cuando es real eres la más dichosa sobre la faz de la tierra, porque no hay ningún sentimiento que se asemeje.

—¿Te has sacado la lotería?, ¿o a qué se debe esa carita sonriente? —Miley se acerca a la barra registradora con algunos libros que han llegado y que necesitan ser acomodados en sus respectivos estantes.

Es el momento para hacer que se trague sus propias palabras.

—¿Recuerdas que te dije que Kilian era diferente?

Ella rueda sus ojos y empieza a poner la etiqueta de precio a los primeros libros.

—Claro, y por la sonrisita sé que me dirás que lo has confirmado.

—Exactamente, las personas cambian, Miley, sobre todo cuando es por amor.

—Bueno, ya te lo diré cuando el chico más patán cambie por mí. —Se ríe y yo apenas lo hago—. Oye, Heather, el otro día me porté como toda una perra; es solo que me tomó por sorpresa que una chica tan inteligente como tú le hiciera caso a Kilian, pero supongo que tienes razón, y quizás esa sonrisa en tu rostro es la prueba más fiel, así que me da mucha alegría por ti.

Toma los libros a los cuales ya le ha puesto la etiqueta del precio, y sale disparada hacia los estantes. Sé que, con el tiempo, ella y los que han juzgado mal a Kilian entenderán que verdaderamente no tiene la reputación que él mismo se ha encargado de construir; entenderán que solo es uno de los muros que este chico posee.

Me dispongo a seguir con su trabajo cuando la puerta principal se abre y los tres mosqueteros entran empujándose unos a otros y haciéndose bromas entre ellos.

—¡Hey, Heather! ¡¿Qué hay?! —grita Ralph al tiempo que da un saltito para sentarse en el mostrador principal.

Muevo mi cabeza en negación y trato de empujarlo para que se baje, aunque no lo consigo.

—¿Pretenden hacer que me despidan?

Kilian se inclina sobre el mostrador y alborota mi cabello en saludo.

—Hola.

—Hola —respondo al tiempo que le ordeno a mi corazón que se tranquilice y no palpite tan rápido, mucho menos que me ponga las piernas como si de gelatina se trataran.

¿Por qué de repente todas estas emociones me pegan una tras otras? Oh, sí,

quizás porque hasta este momento ninguno de los dos nos permitíamos aceptarlas.

—Necesitamos tu ayuda —dice Jordan pasando su mano por su cabeza rapada—. Pues, verás, se suponía que, en este semestre, Ralph y yo teníamos que conseguir el mayor número de créditos. Ya sabes, la temporada regular de fútbol y de básquetbol se acerca, y es casi imposible lograr mantener nuestras cabezas dentro de un puto cuaderno...

—Lo que Jordan trata de decir es que queremos que hagas todos nuestros trabajos por nosotros —interviene Ralph.

Arqueo mi ceja y cruzo mis brazos sobre mi pecho, como queriéndoles decir: «¿qué demonios les pasa?». Kilian se ríe.

—Están bromeando. Lo que necesitan son estos libros —dice, guiñándome un ojo y estirando una lista sobre el mostrador.

Suspiro y paso mis dedos por mi cabello para echarlo hacia atrás y así revisar la lista que Kilian me ha pasado. Se tratan de libros de cálculos, de geometría, y de todo lo que parecen necesitar para hacer planos y esas cosas.

—Como que la palabra *libros* y ustedes no se llevan, ¿no?

Kilian se ríe; los dos mosqueteros no.

—Ahórrate las bromas, Heather, porque este es el jodido chiste del año —espeta Ralph por fin bajándose del mostrador.

—Si tan solo cumplieran con sus trabajos, esto no estaría pasando —les recuerda Kilian.

—Y pensar que te empeñabas tanto en aparentar que los estudios te valían una mierda —ironiza Jordan mientras se pierde en el pasillo de cómics y Ralph le sigue los pasos.

Salgo de detrás del mostrador con la lista en mano. Kilian se interpone en mi camino y me hace detenerme.

—Señorita, ¿puede recomendarme el mejor libro de romance?

Ladeo mi cabeza y le sigo la corriente.

—¿Algún escritor en especial?

Cruza su brazo sobre su pecho y acaricia su mentón.

—Aceptaré su recomendación a ojos cerrados.

Le doy un empujón juguetón y me dirijo hacia la sección de romance, y tomo uno de mis libros favoritos: *Tal vez mañana*, de Colleen Hoover.

—Ella es mi escritora favorita, y serás un completo imbécil si este libro no logra enamorarte.

—Entonces, soy un completo imbécil porque no puedo estar enamorado de nadie más que no seas tú.

Literalmente me he quedado sin respiración ante sus palabras. Muerdo mi labio inferior y aparto mi rostro porque pretendo evitar quedar como una tonta bajo sus hermosos ojos.

—Llevaré este, y puedes escoger dos libros que quieras; van por mi cuenta.

Inmediatamente vuelvo a verlo sin poder creer el gesto que acaba de tener.

—¿Me vas a regalar dos libros? —pregunto sonando demasiado extasiada.

—¿Acaso eso es muy poco?

Quiero decir que, para una lectora adicta como yo, dos libros no son nada, pero no es en sí la cantidad de libros lo que me emociona, sino que será el primer regalo que me dará. ¿Cuán bello puede ser esto? Me alzo de puntillas y envuelvo mis brazos en su cuello dándole un abrazo. Él no dice nada, solo besa la parte lateral de mi cabeza.

Me apresuro a tomar dos de los libros que tenía en la mira y, junto con el que él lleva y los libros de los chicos, los facturo y les deseo buena suerte con sus futuras vacaciones frustradas, porque tendrán que hacer muchos trabajos durante el verano de verano para poder conseguir créditos extra y estar libre de estrés en la temporada regular de fútbol.

No pasa mucho tiempo desde que los tres mosqueteros se han ido cuando Miley se acerca a mí.

—Necesito un café, ¿quieres que te traiga uno?

Hago una mueca desaprobatoria y le digo que prefiero un té helado; ella se ríe y luego me dice que regresará enseguida, y se apresura a salir de la

librería. Volteo hacia el estante que ella ha estado arreglando y noto que ha dejado olvidado su celular. Me encamino para tomarlo cuando la puerta vuelve abrirse.

—¿No puedes vivir cinco minutos sin tu celular? —bromeo, pero me paralizó en el proceso cuando miro a Ryle.

—Hola, bebé.

Mis venas se llenan de furia cuando me llama de esa forma, y mis fosas nasales se dilatan al recordar lo de anoche. Thiago no es un chico que se mete en peleas, y el hecho de que lo haya hecho por este imbécil me enfurece; también me enfurece solo al pensar que, si Thiago no hubiese estado, Kilian hubiera sido la persona que lo hubiera golpeado, y estoy tan segura de que mis padres habrían hecho que lo arrestaran.

—¿Qué demonios haces aquí? Porque estoy segura de que no has venido por un libro; eres demasiado torpe para entender uno.

No contesta, solo juguetea con unas agendas que están apiladas, una encima de otra, en una mesa del centro de la librería.

—Si estuvieras a mi lado, no tendrías que estar trabajando aquí, y eso lo sabes muy bien.

—Si estuviera a tu lado, no sería feliz, y eso lo sé muy bien.

—Eso no era lo que solías decirme. ¿Es que acaso no recuerdas que te morías por que te hiciera caso?

Trato de contener la calma, pero no sé por cuánto tiempo lo pueda lograr.

—Era una niña inmadura que no sabía lo que quería, pero ahora sí y te aseguro que tú no figuras en ninguna lista de mi vida.

Su mandíbula se tensa y, con paso decidido, se acerca a mí. No es que le tenga miedo, sin embargo, haría lo que sea para evitar estar a solas con él.

—¿Es tu última decisión?

—Por supuesto —afirmo elevando mi mentón.

Sonríe macabramente y sube su dedo índice por todo mi brazo; aparto su mano de un manotazo, y esta vez él me la sostiene con tanta fuerza que podrían

quedarme marcas de sus dedos.

—¿Recuerdas que te dije que llegaría el día que te arrastrarías por mí?

—Ese día nunca llegará.

Me suelto de su agarre y él chasquea su lengua al tiempo que mueve su cabeza de manera desaprobatoria.

—Nunca digas nunca, bebé, porque ese día ha llegado y es hoy.

—No sé por qué demonios piensas que voy a rogar por ti cuando es claro, hasta para un ciego, que amo a Kilian y que no lo pienso dejar.

Mi corazón late con mucha prisa, no por el hecho de estar discutiendo con este imbécil, sino porque es la primera vez que digo esas palabras en voz alta y me cautiva el impacto que tienen en mí. Debí haberle contestado que también lo amo; debió ser el primero en escuchar mi confesión. ¡Demonios, necesito ver a Kilian y decirle lo mucho que lo amo!

—Solo te daré una oportunidad más, Heather. Vamos a regresar, ¿lo entiendes?

Me colma la paciencia y empujo su pecho para hacerlo retroceder y para que salga de la librería de una vez por todas.

—¡Vamos a regresar porque tengo un video tuyo y estoy seguro de que no quieres que salga a la luz!

Me detengo en seco y él se jacta al ver el terror en mi rostro.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿Creíste que nunca me había planteado la posibilidad de que intentaras dejarme? Soy inteligente, Heather, y tomé medidas, entre ellas, grabar una de las tantas veces que perdiste la razón bajo mis sábanas.

Inmediatamente aparto mis manos de su pecho y cubro mi boca. ¡No, eso no es posible! ¡Tiene que estar mintiendo! Y si en todo caso es verdad, ¿cómo se atrevió a hacer algo así?

¡Dios mío! ¡Si es verdad, quiero asesinarlo! No puedo creer que haya hecho eso. Era un engreído y posesivo de primera, pero no lo imaginé capaz de algo así.

Me alejo de él y me niego a aceptar; esto solo tiene que ser una patraña para intentar que ceda a sus caprichos.

—Estás mintiendo —digo con una tranquilidad que, en este preciso momento, no poseo—. No eres capaz de hacer algo así.

—¿Tan segura estás?

¿Lo estoy? No, por supuesto que no lo estoy. Las ganas de vomitar van haciendo su camino de regreso. Me siento en el primer escalón de la escalera que da al segundo piso y trato de respirar varias veces.

—¿Qué es lo que quieres, Ryle?

Él se pone en cuclillas delante de mí y trata de tocar mi rodilla, por lo que la muevo para evitarlo.

—Quiero que regresemos y que todo vuelva a ser como antes.

—¡Estás loco! —Esta vez sí que grito. Definitivamente, los golpes que le propinó Thiago lo han hecho enloquecer.

—Si es tu última palabra —dice encogiéndose de hombros—, prepárate para que ese video salga en todas las redes sociales; será una bomba para el apellido de tu familia.

Se pone de pie y lo tomo de su antebrazo deseando poder estrangularlo.

—Muéstramelo —exijo. Tengo la esperanza de que eso sea una mentira.

Jamás le hubiera permitido hacer algo así, ni por muy loca que estuviera por él y, aunque no estoy completamente segura, nunca noté nada que fuera extraño cuando estábamos juntos.

—No estás en posición de exigir nada. Tienes solo dos opciones: si regresas conmigo, el video desaparecerá por completo; si no, lo haré público.

No le creo, simplemente no lo hago y, en caso de que sea verdad que tiene ese video y regresemos, nunca se deshará de él y será un constante chantaje, y no estoy dispuesta a vivir así el resto de mi vida. ¡Dios mío! ¿En qué me he metido?, ¿con qué clase de patán estuve encaprichada?

Siento bombear todo mi corazón y mi cabeza parece explotar. Quizás lo que

estoy a punto de hacer sea una errónea decisión, pero no voy a someterme a lo que él quiere.

—Entonces, hazlo público y asegúrate de poner en el encabezado que eres un completo patán y que esa es tu venganza porque no acepté volver contigo.

Lo suelto y me pongo de pie para llamar a la policía, a quien sea, pero tiene que salir de aquí. Me detiene y me toma de los hombros hasta empujarme contra una pared y colocar sus manos en mi garganta, sin apretarlas, pero la sola intención me produce ganas de llorar.

—¿Estás dispuesta a arruinar tu reputación por ese imbécil? —grita en frente de mi rostro. Como puedo giro mi cabeza para no verlo tan cerca; bruscamente él sujeta mis mejillas y me hace verlo—. ¡Contéstame! —vuelve a gritarme, sin apartar sus manos de mi garganta.

—Sí, estoy dispuesta a todo por él. —Tan pronto pronuncio esas palabras, me doy cuenta de que, en realidad, es la primera vez que estoy tan convencida de algo. Haría lo que fuera por Kilian.

Suelta una de sus manos y la estampa a un lado de mi cabeza, y hace sonar horrible su puño en la pared.

—¿¡Qué demonios le has visto!?

¿Por qué Miley no regresa? Ahora sí estoy asustada, jamás lo he visto agresivo. Miro hacia la entrada con la esperanza de que Miley aparecerá en cualquier momento, y él sabe que se está quedando sin tiempo.

—Bien, jugaré mi segunda carta —dice con sus ojos inyectados de furia—. Tengo a mucha gente que está dispuesta a declarar que Kilian y su pandilla son los que se encargan de organizar las carreras ilegales en Santa Mónica. Sabes que eso es totalmente prohibido, ¿verdad? Y también Asher entrará al jueguito y lo acusará por agresión. Sé que estuviste ahí, por lo tanto, sabes que ese fulano casi lo mata a golpes, y con su expediente no necesitarán mucho más para ponerlo tras las rejas por una larga temporada.

Mis ojos se llenan de lágrimas porque creo más en esta vil jugada, creo más que hará todo lo que está diciendo con tal de salirse con la suya. Es tan

vengativo como un maldito enfermo y, si no hago lo que dice, pondrá a Kilian en prisión. Si los cargos no son suficientes, él hará lo que sea: pagar bajo la mesa, usar sus influencias. ¡Maldición! Su familia es la dueña de una de las cadenas de restaurantes más importantes del país y nadie pondrá en duda su palabra.

Cierro mis ojos con fuerza y algunas lágrimas bajan lentamente por mis mejillas, y no puedo evitarlo.

—Ni siquiera me quieres, ¿por qué haces esto?

Pasa una mano por mi cabello, lo que me hace cerrar mis ojos con mucha más fuerza.

—¿Eres tan tonta? Sencillamente porque, formalizando una relación, hará que finalmente nuestras familias unan sus fortunas. ¿Cómo puedes ser tan egoísta y solo pensar en ti?

Lo enfrento y una vez más odio a la sociedad por crear a tipos como Ryle.

—Eres un enfermo. Tienes a mi padre comiendo de tu mano, no me necesitas a tu lado y, en todo caso, Thiago ya conoce lo que eres en verdad y nunca permitirá que esté contigo.

Se ríe como si yo fuera una total ignorante.

—Thiago... Sí, ya me las cobraré por los golpes que me dio y me importa una mierda lo que él diga. Además, ¿crees que tu padre uniría su fortuna con nosotros si tú no estás de por medio? ¡Eres tan estúpida!

—¡No me hables así, imbécil! —logro gritarle y ni siquiera sé cómo tengo el valor. En todo lo que pienso es que, en unas horas, mi corazón poco a poco se romperá, ya que tendré que terminar con todo lo bonito, espléndido y mágico que alguna vez me haya ocurrido en la vida y no tengo ni idea de cómo hacerlo—. Kilian no creará nada de lo que le diga.

Siento arder mi mejilla cuando se ha encargado de darme una bofetada.

—Estoy seguro de que te las ingeniarás para hacerlo tan real como sea posible; después de todo, su libertad está en tus manos —espetea mientras me acaricia, de manera enferma, el lugar donde me acaba de golpear—. Te veo

luego, bebé —se burla. Se aleja de mí y por fin sale del local.

Entierro mi rostro en mis manos y lentamente me resbalo por la pared hasta quedar en el suelo. Mi mejilla arde en el lugar donde me ha golpeado y mis ojos se escuecen por las lágrimas contenidas. No sé cómo haré esto, no quiero hacerlo, no quiero hacerle esto a Kilian.

La vida puede llegar a ser una mierda. Ryle es una mierda.

—¡Demonios! —gruño entre lágrimas.

No puedo romper el corazón de Kilian, no puedo arruinar lo nuestro ahora, que todo marcha tan bien, pero tampoco puedo poner en peligro su futuro. Quiere ser un gran actor y no voy a permitir que su sueño sea opacado. ¡No puedo!

La puerta principal vuelve abrirse y agarro una de las pesadas enciclopedias que están cerca de mí, ya que estoy dispuesta a golpear a Ryle. Si se trata de él, debí de haberlo hecho desde el momento en que puso un pie en este lugar.

Espero, espero, y nadie aparece.

Cansada de sostenerlo y, entre llanto, sintiendo cómo la respiración me va fallando poco a poco, dejo la enciclopedia en el piso y encojo mis piernas, descanso mi cabeza en mis rodillas y lloro por todo lo que pudimos tener y que ahora Ryle se está encargando de arrebatárnoslo.

La puerta se vuelve abrir y esta vez escucho pasos que se dirigen hacia mí.

—¡Santo cielo! —escucho que exclama Miley cuando está frente a mí—. ¿Qué te pasó? —pregunta al tiempo que corre hasta el mostrador para dejar lo que trae en la mano. Luego corre hasta mi lado—. ¿Se han metido a robar? —Niego—. ¿Padeces de alguna enfermedad? Llamaré al 911.

Sostengo su brazo y le indico que no lo haga.

—¿Puedes cubrir mi turno? Por favor, yo... —Muerdo mi labio para contener el llanto—. No me siento bien, tengo que irme.

—Claro, claro. ¿Crees que puedes manejar?

Le digo que sí en un movimiento de cabeza y salgo corriendo de la librería.

Entro a mi auto y me derrumbo en el asiento, desesperada y angustiada por lo que se aproxima.

Kilian pensará que solo he jugado con él, nunca se dará cuenta de que lo que estoy por hacer es porque en verdad lo amo.

Trato de pensar en una opción para salir de esto, pero lloro más fuerte cuando creo que Ryle me tiene acorralada y completamente atada de manos. ¡Mil veces imbécil! Tras llorar sin parar al debatirme entre buscar una solución y seguir sin encontrarla, pongo el auto en marcha y conduzco hasta la residencia.

Al entrar al cuarto, lo primero que hago es cambiarme de ropa y usar solamente una vieja camiseta que me llega hasta las rodillas. Me dispongo a meterme en la cama cuando mi corazón lentamente se hace pedazos al ver los dos libros que Kilian me ha comprado hace apenas unas horas, acomodados en el pequeño escritorio. Debería no prestarles atención porque al hacerlo no me ayudarán en nada, pero salgo de la cama y lo hago. Mis pies se sienten nuevamente de gelatina cuando miro que sobre ellos hay una nota que dice. «Me sentí celoso por la sonrisa que estos libros causaron en ti, pero debo agradecerles, ya que verte sonreír es todo un espectáculo».

Un sollozo se escapa de mi garganta, y cubro mi boca; mis manos se mojan con las lágrimas que se resisten a quedarse en mis ojos. Jalo la silla del escritorio y recuesto mi cabeza en la fría superficie mientras maldigo todo el tiempo a Ryle por lo que nos está haciendo. El dolor en mi pecho que me causa pensar en todo esto es simplemente demoledor.

Lo he estado pensando y sé que, para hacer real nuestra separación, tengo que usar el arma que él mismo me ha dado; tengo que decepcionarlo tanto como pueda, tengo que recordarle que tenía razón cuando me dijo aquellas palabras, y la única forma que se me ocurre es diciéndole que he regresado con Ryle porque a su lado es donde tengo que estar y porque es lo mejor para mi familia y para mí. Sé que, en cuanto saque a colación a mi familia, me lo creerá totalmente, y ya me duele el pensar lo decepcionado que estará de mí.

Lloro y me desespero porque no sé cómo hacerle frente a esto.

Golpean la puerta, pero no me preocupo en echar un vistazo, y no pasa mucho tiempo cuando se abre y alguien entra.

—¿Heather? —preguntan. Escuchar su voz solo agudiza mi llanto.

Kilian se aproxima hasta mí, se arrodilla a mi lado y toca mi hombro.

—¿Qué pasa, Heather?

Intento hablar, pero no lo consigo, solo logro levantar mi rostro y enredar mis brazos en su cuello. Él me abraza muy fuerte y pasa la mano por mi espalda en un gesto que se supone debería ser reconfortante, pero ahora duele tan malditamente.

—¿Es por algún libro? —inquire en un tono cómico—. ¿Tendré que entrar y golpear al protagonista por hacerte llorar o tendré que ir en busca de la escritora?

No sé cómo lo logra, pero mi llanto se mezcla con una risa y luego con llanto y luego con risa. ¡Maldición! No quiero dejarlo ir. Me toma de los hombros e intenta alejarme de él para tener acceso a mi rostro; yo no puedo verlo. Suspiro y finalmente lo suelto; todo el tiempo mantengo la vista gacha. Cariñosamente coloca su dedo índice sobre mi mentón y me obliga a verlo.

—Pero... ¿qué te ha pasado? —pregunta asustado al ver mi rostro, donde supongo está reflejada la bofetada que Ryle me ha dado.

En lugar de contestar, acaricio su rostro y dibujo líneas imaginarias, con mi dedo índice, desde su frente hasta bajar muy lento por su sien, por su mejilla, y finalmente hasta su mandíbula; luego invierto el proceso hasta llegar al inicio de su rubia cabellera.

—Respóndeme. ¿Qué te ha pasado? —exige saber y aleja mi dedo de su rostro—. Es evidente que alguien te ha golpeado.

No tengo idea de lo que pasa por su mente, pero me observa temeroso y confundido.

—¿Acaso estás loco? Nadie me ha golpeado —logro decir entre sollozos—. Es solo que me caí arreglando un estante y unos libros recibieron a mi

rostro.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Por qué siento que hay algo más?

Mi labio inferior tiembla y otra vez mi llanto se extiende sin poder evitarlo.

—Solo enfócate en este momento —pido al tiempo que lo acerco a mí.

Durante todo este tiempo, nunca me he detenido a memorizar los tatuajes que tiene, únicamente, en su brazo derecho. Probablemente sea la última vez que lo vea, por lo que recorro cada uno de ellos, desde la rosa que está deshojándose, el león, hasta la mano que sostiene un corazón que se desgarrar, tal como se siente el mío. Esto está destrozándome, pero no quiero dejarlo ir sin memorizar cada parte de él.

Se levanta, toma mis manos y hace que también me ponga de pie. Me lleva hasta mi cama, sujeta mi cadera y me alza para colocarme en su regazo. Descanso mis piernas a cada lado de él, y ambos nos miramos fijamente sin decir nada.

Acerca su mano hasta mi rostro y hace exactamente lo mismo que he hecho con él: dibujar líneas imaginarias. Cierro mis ojos porque no puedo sentir su tacto y verlo al mismo tiempo. Son demasiadas emociones que podrían explotar.

Su mano es más ávida que la mía y baja hasta mi clavícula; se inclina, me acerca a él y besa la piel de mi cuello. Suelto un gemido al sentir brevemente el roce de su lengua. Baja un poco más y deja un pequeño beso en el lugar donde se encuentra mi corazón, lo que provoca más lágrimas porque ahora nunca tendré la oportunidad de hacerle saber cuánto lo amo.

Mi camisa se encuentra fruncida, lo que deja al descubierto mis muslos. Él sujeta el borde de esta y me mira como esperando que le dé mi aprobación; lo hago y levanto mis brazos para que esté completamente fuera de mí. Ambos jadeamos cuando quedo solamente en mi ropa interior y sus manos acarician la curva de mi cintura.

¿Cómo podré hacer esto?

Toma mi mano y besa la palma de esta, y va dejando un reguero de besos por todo mi brazo hasta llegar a mi boca y finalmente acariciar mis labios. Su angustia se refleja en cada movimiento. Tiene miedo de lo que sea que pasa por su cabeza; tengo miedo de lo que pasa por la mía y tengo miedo de dejarlo ir. Nadie debería renunciar al amor de su vida, y yo cada vez estoy más segura que él es el amor de mi vida.

El beso se intensifica y lo único que puedo hacer es ayudarlo a salir de su ropa, al igual que él se asegura de quitar mi ropa interior. Los dos quedamos no solo expuestos por la desnudez, sino también por ser la primera ocasión en que estamos desnudando nuestras almas. Anteriormente, siempre nos hemos dejado llevar por la pasión, y es totalmente espantoso que esta noche sea la que ambos escogimos para hacer el amor por primera vez. Lentamente deja caer mi espalda en la cama y, una vez más, recorriendo con su caricia cada parte de mi cuerpo, me hace gemir y sollozar a la vez.

—No sé qué está pasando pero, si yo soy el causante de tus lágrimas, te juro que no ha sido mi intención y que lo corregiré, Heather. —Coloco mi dedo en su boca y lo hago callar.

No quiero escucharlo disculparse de nada cuando soy yo la que romperá su corazón en unas horas. Vuelve a inclinarse para besarme, y sé que está listo para perderse en mí. Siempre lo he dejado a cargo de la situación, pero esta vez quiero ser yo quien lleve las riendas.

Lo tomo de los hombros y lo tumbo en la cama, y quedo encima de él. Sus ojos ahora se encuentran brillosos, como si presintiera nuestro desenlace y, cada vez que parpadeo, hay una lágrima que cae de los míos.

Él ya está preparado y ambos contenemos el aliento al mirarnos y darnos cuenta de que estamos a punto de perdernos en el otro, por primera vez, involucrando nuestros sentimientos y nuestras almas.

Apoyo mis manos en su pecho; él sujeta mis caderas con mucha fuerza y, sin poder esperar más tiempo, me hundo en él. De su garganta sale un áspero y

sonoro suspiro, mientras lentamente bajo hasta que nuestras caderas están unidas. Curvo mi cuerpo al tiempo que me deleito por la manera en la cual ambos nos llenamos. Cuando bajo mi vista hacia él, me mira como si fuera una clase de pieza de arte, y verdaderamente creo que juntos somos esa clase de obra maestra por la cual las personas se detendrían a observar, tan lejos de la perfección, pero maravillosamente imperfectos.

Sus ojos todavía están brillosos, y podría decir que ahora lo están mucho más, abrumados por lo que sentimos en este momento.

Me inclino hacia él para besarlo, y su agarre en mis caderas se hace más fuerte, que me hace gemir en su boca. Separo nuestros labios lo justo para tomar impulso nuevamente y repetir lo que me hace sentir, entrando y saliendo de él en un ritmo lento, constante y delicioso. Sus caderas se levantan y es él quien aumenta el ritmo, por lo cual sujeto sus hombros, y ambos nos preparamos para las embestidas. Gimo al sentir la presión que se forma en mi parte baja y casi grito cuando juguetea con mis pechos y me hace delirar.

—Te amo tanto, Heather. Nunca lo dudes. —Su confesión es una mezcla entre gruñido y adoración, y no es exactamente lo que necesito para este momento, porque lo elevará a una categoría totalmente inolvidable e inalcanzable, y no sé cómo lograré seguir adelante.

Nosotros juntos es como tiene que ser siempre, y odio pensar en lo que pasará.

Pretendo contestarle, pero no creo que sea justo que use este momento para hacerle saber que mi corazón ahora descansa en sus manos.

Una leve capa de sudor se mezcla entre nosotros al tiempo que nuestros cuerpos se dedican solamente a encajar a la perfección y a producir sensaciones que nos indican que ambos estamos a solo un paso de llegar a ese anhelado punto. Y cuando lo conseguimos, él sujeta mi rostro y me besa con vehemencia; me toma con delicadeza y me deja acostada bajo su cuerpo.

Sus antebrazos, apoyados en el colchón, a cada lado de mi rostro, me hacen sentir completamente segura y, en lo que parece ser otra escena tormentosa,

ambos estamos derramando silenciosas lágrimas.

Mi pecho empieza a doler, y lo único que soy capaz de hacer es besarlo e ignorar las preguntas y respuestas que estamos muriendo por hacer, pero que ninguno se atreve a pronunciar.

Nuestras lágrimas se empiezan a mezclar. Él toma mis brazos y los lleva encima de mi cabeza; entrelaza sus manos con las mías y las aferra al colchón al mismo tiempo que me besa.

Rodeo su cintura; se posiciona y me vuelve a penetrar, una y otra vez, sin reparos ni demoras. Levanto más una de mis piernas, para sentirlo más profundo, y pronuncio su nombre tantas veces que tengo la impresión de que podría estar gritándolo.

Capítulo 23

JUGUÉ MEJOR QUE TÚ

Kilian

No tengo idea de qué es lo que ha pasado en las últimas horas, no tengo idea de si soy el culpable de su nuevo estado, en el que luce completamente desdichada, como si todo lo que hay a su alrededor se haya desmoronado, como si nuevamente se haya dado por vencida conmigo, pero me duele verla así.

Ella ya se ha vestido, y apenas hemos cruzado miradas brevemente. Me impresiona y me duele saber que, si soy el culpable de esta nueva situación, ni siquiera haya arremetido en mi contra. Sé que sus primeros impulsos no son el de llorar, sino el de arrasar con todo a su paso; quizás lanzarme los libros que le he regalado, un regalo en el cual pensé durante mucho tiempo. No soy el chico más romántico o detallista sobre la faz de la tierra, pero eso no quiere decir que no sabía exactamente que tenía que darle un regalo a su altura. Fue un momento de revelación cuando recordé la ocasión en que me confesó que lloraba solo por sus personajes literarios; quería que llorara por sus libros y que, cada vez que lo hiciera, recordara que fui yo quien se los regaló. De alguna manera quería que se enamorara de mí todavía más, si eso es posible.

Mentiría si digo que no me ha dolido, mucho más de lo que pensé, el que ella no haya regresado mis palabras. Necesito escucharla decir que también me ama y que no soy el único que ha caído. De alguna manera lo sé pero,

¡maldición!, estoy lleno de inseguridad y de un constante miedo, sobre todo ahora, que siento que estoy a punto de perderla nuevamente, y esta vez no tengo ni idea de lo que está pasando.

Está apoyada en el respaldo de la silla de su escritorio, con la cabeza gacha, y su pecho sube y baja como si estuviera necesitada de aire. Termino de atar los cordones de mis deportivos y con paso sigiloso camino hasta ella y rodeo su cintura con mis brazos descansando mis manos justo en su vientre; la acaricio y ella ahoga un gemido y echa hacia atrás su cabeza recostándola en mi hombro. Apoya su mejilla en la mía y una lágrima suya cae y moja ambas mejillas.

Tomo una larga respiración. Le he dado tiempo de arremeter en mi contra, y no ha dicho nada, así que estoy dispuesto a hablar hasta que ella me interrumpe.

—Te tienes que ir —susurra cerrando sus ojos con fuerza—. No podemos volver a vernos.

Mis manos en su vientre detienen su movimiento, y todo mi cuerpo se concentra únicamente en el dolor que sus palabras provocan en mi pecho.

—Heather, te juro que no sé qué pasa, pero podemos arreglarlo. Yo, de verdad, lo siento...

Ella se gira y se aparta lo suficiente de mí, lo que corta mis palabras. Cubre su boca y cierra sus ojos mientras niega, una y otra vez, como si tratara de controlarse. Jamás podré explicar en palabras lo mucho que me duele verla así por mi culpa.

Segundos después —que parecen una eternidad—, vuelve a abrir sus ojos y, de alguna manera, logra tranquilizarse. Ya no es la chica que estaba frente a mí como si en cualquier momento estuviera por desfallecer; esta chica es dura y sombría, nada en comparación con mi Heather.

—He tomado esta decisión porque comprendí que es lo mejor para... —Su labio inferior tiembla, como si estuviera a punto de volver a llorar, pero no lo hace—. Para mi familia y para mí.

Frunzo mi ceño, confundido porque esas palabras no son las que esperaba.

—¿Lo mejor para tu familia y para ti? —pregunto mientras trato de comprender lo que está pasando—. No lo entiendo.

¿Qué demonios tiene que ver eso con nosotros? Doy unos pasos hacia ella, quien alza su mano y la interpone entre nosotros indicándome que me detenga, y es lo que hago.

—He decidido volver a intentar tener una relación con Ryle.

—¿Qué has dicho?

Estoy alucinando, ¿verdad? Apuesto a que me quedé dormido mientras escuchaba mi nombre salir de esos preciosos y perfectos labios. Estoy seguro de que me quedé dormido junto a la chica más linda y maravillosa de este planeta, y ahora mismo estoy en una terrible pesadilla.

Me sostiene la mirada y ya no creo estar en una pesadilla; se siente tan real que prácticamente vuelvo a experimentar ese dolor por segunda vez, solo que en esta ocasión el dolor es tan fuerte y abrazador que no existe comparación.

—Estoy informándote de que he regresado con Ryle. No te quiero volver a ver nunca más, ni a ti ni a tus estúpidos amigos.

Muevo mi cabeza en negación, esperando que me despierte de esta puta pesadilla en cualquier momento. ¿Por qué me está haciendo esto? ¿Es algún tipo de venganza?

—¿Esto es tu venganza por todo lo que te he hecho pasar? ¿Es por eso? —pregunto y me vale una mierda la señal que me hace para que me detenga y no me acerque a ella.

Al ver que no me detengo, logra salir de ese espacio, se escabulle de mí y ahora está de pie cerca de su cama, nuevamente poniendo distancia.

—Por supuesto que no. Es solo que mi madre tenía toda la razón: solo fuiste un capricho y ahora lo he comprendido —dice, lo que parte mi corazón de maneras indescriptibles.

Lentamente me giro hacia ella, y es otra. Juraría que es la chica acerca de la cual me habló que era en su pasado y de la que tanto aseguraba huir. Entonces,

lo entiendo: esto no tiene nada ver conmigo, esto tiene todo que ver con ella y con su círculo de mierda.

Se ha cansado de ser algo para lo cual nunca nació, se ha cansado de intentar ser una nueva chica, porque muy en su adentro nunca ha dejado de ser la Heather Fleming que pisoteaba a todos y que le valía una mierda los sentimientos de los demás. Nunca fue la chica que pretendía luchar por algo en lo que creía y que se ponía en contra del mundo por un chico que no vale la pena, como yo.

—Te das cuenta de lo que estás haciendo, ¿verdad? —Mi voz repentinamente se escucha débil y quebrada.

Ella asiente, muy segura de sus palabras.

—Claro, muy a tiempo me he dado cuenta de todo. Estaba tan cegada por ti, pero he vuelto a pensar con claridad. ¿Crees que renunciaría a todos los lujos que posee mi familia por ti?

Mis puños se cierran tan fuerte que los nudillos se han puesto blancos, y la palma de mi mano duele tanto que no me sorprendería encontrarme con sangre si abro mis puños en este momento.

—Cállate, Heather —pido mientras trato de controlar la furia que sienten mis venas ante sus retorcidas palabras—. No hagas esto, simplemente no lo hagas.

No quiero mirarla porque no quiero cambiar el rostro de una chica dulce por esta chica fría y calculadora.

—¿Desde cuándo te importa tanto que sean sinceros contigo? —ironiza. Su tono, tan frío como sus palabras—. Eras el chico que le valía mierda los sentimientos de los demás ¿y ahora luces así por una chica?

Levanto mi mirada solamente para ver su rostro cuando me escuche.

—Me importa desde que la chica que está diciendo esas retorcidas palabras es la chica por la cual enfrento y lucho contra mis demonios. La chica a la cual malditamente le he entregado mi corazón. ¿Por qué demonios me haces esto cuando te he dado cada parte de mi alma?

Lo veo, veo el destello de arrepentimiento y dolor en su mirada pero, tan pronto como lo ha dejado salir, lo esconde a la perfección. Se encoge de hombros y aparta la mirada.

—Dijiste que el amor es como un juego y que no dudarías en usar tus cartas para convertirme en la perdedora; es claro que he jugado mejor que tú.

Por más que cierro mis ojos, no puedo contener la furia que siento. Nunca me han lastimado de esta forma, de la forma cruel en la cual ella lo está haciendo, sin ningún remordimiento, y jodidamente duele, duele en un nivel mucho más intenso y poderoso, tanto que apenas puedo respirar. Y si no consigo llegar hasta mi auto y salir a correr, no sé qué será de mí.

Me dispongo a salir de su habitación, pero su voz quebrada, pronunciando mi nombre, me enfurece tanto que, en lugar de marcharme, hago algo de lo que luego, sin duda alguna, me arrepentiré. A grandes zancadas llego hasta su escritorio y tomo los dos libros que le he regalado y los lanzo contra la pared; lo mismo pasa con las cosas que hay ahí.

Aviento todas las cosas que ella debió de lanzarme. Hubiera dado todo lo que poseo por que hubiera sido así y no de esta manera: destrozando el corazón que le he entregado. No me detengo, incluso, cuando me grita que lo haga. Finalmente cae sentada en el suelo, llorando con su rostro entre sus manos y en ese momento termino mi destrucción.

Apoyo mi frente sobre mi antebrazo, el cual está sobre la puerta que se interpone en mi salida; le doy unas patadas y me detengo, con mi respiración pesada y entrecortada. ¿Por qué demonios llora? ¿Por qué lo hace cuando es ella la que está acabando con lo nuestro?

—Estás mintiendo —musito con la esperanza de que se retracte de sus palabras—. ¿Ryle te ha dado ese golpe en tu rostro? ¿Te está exigiendo hacer esto? Por favor, dímelo y yo mismo lo mataré con mis manos.

Escucho que llora todavía más fuerte y vuelvo a golpear la puerta.

—Ya te lo he dicho: me caí y me golpeé. Ryle sería incapaz de ponerme una mano encima —asegura entre llanto.

—Estás mintiendo, tienes que estar mintiendo —grito y golpeo la puerta una vez más—. Heather, no me hagas esto.

—Te digo la verdad: no quiero volver a verte o saber algo de ti. Esto fue un error, un gran error.

Sus palabras son como sal y limón ante mi nueva y dolorosa herida. Paso una mano por mi rostro y tomo el pomo de la puerta; la abro y antes de salir me giro hacia ella y soy testigo de cómo todo su cuerpo convulsiona debido a su falso llanto.

Deseo más que nadie hacer que cambie de opinión, pero en este preciso momento no puedo pensar en otra cosa más que en lo furioso y lastimado que me hace sentir, y no quiero verla. No ahora, no mañana. No quiero volver a verla nunca.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? —pregunto una última vez con la mínima esperanza de que cambie de parecer.

—Por supuesto.

Niego y le doy un último vistazo al tiempo que experimento algo que nunca he imaginado sentir por ella: rabia y desprecio.

—Soy yo quien no quiere volver a verte en mi puta vida —espeto y cierro de un portazo su puerta.

A grandes zancadas, camino por los pasillos de esta estúpida residencia de mierda, hasta que por fin llego a la entrada de esta y salgo sin pensarlo dos veces. Me recuesto en un frondoso árbol y froto mi mano sobre mi rostro, mientras veo hacia la fachada de este edificio, el cual odio por completo. Odio la necesidad de entrar y volver hasta ella para exigirle que se retracte de lo que ha dicho, pero no lo hago.

A cambio, estrello mi puño contra el tronco del árbol y al instante maldigo por el dolor y por mis ojos llorosos. ¿Cómo ha podido hacerme esto? ¡Todas sus palabras han sido una mentira! Ella, sin duda, ha jugado mejor que yo; tan solo he sido un capricho y una distracción universitaria. El chico malo, cambiando por la aparentemente chica buena. ¡Demonios!

Me he jugado todo por ella, me he retado a mí mismo recordándome que no debía enamorarme de ella y, cuando finalmente acepté lo inevitable, he evitado cada pelea porque quería ser alguien merecedor de ella. Ahora todo lo que quiero hacer es regresar el tiempo atrás y nunca haberla llevado a mi habitación y besarla porque, sin duda alguna, fui yo quien traspasó la línea, y ese beso fue mi perdición.

¡Maldita sea! Me ha dicho que me dio el poder de destruirla porque tenía fe de que luego sabría cómo sanarla, pero nunca me ha advertido que quien me destruiría por completo sería ella y, lo que es peor, ha logrado que termine amándola para luego terminar decepcionándome.

Habría comprendido si su decisión de acabar con lo nuestro se hubiese tratado por todas mis mentiras y actitudes; le habría dado su tiempo para luego reconquistarla. No importa si hubiera tenido que hacerlo por el resto de mis días, pero jamás me he imaginado que nuestra historia daría este giro. ¡Qué estúpido he sido!

¿Cómo ha logrado meterse tan debajo de mi piel para tener este efecto sobre mí? Froto mis ojos y niego mientras me maldigo por haber sido diferente con ella, porque nunca he tenido esta clase de problemas, nunca me he permitido querer a alguien porque tener un punto débil no es algo que deseo para mí.

Tomo la Interestatal 10, que me lleva directo a Santa Mónica; probablemente no debería hacerlo, porque solo me hace recordar a cuando la defendí de ese imbécil, a cuando se acercó tanto a mí que nuestras respiraciones cambiaron por completo e incluso se tornó doloroso respirar. ¿Cómo es posible que ahora olvide todo eso? Simplemente no lo entiendo.

La playa está desolada. Aprovecho para aparcar lo más cerca que puedo y luego me bajo del auto; me quito los deportivos, para caminar descalzo sobre la arena blanca, y me siento en la orilla de la playa con una caja de cerveza — que compré de camino— a mi lado y empiezo a tomar la primera. Doy algunos tragos seguidos cuando miro hacia Pacific Park.

¡Diablos!, solía ser tan frío con ella en ese momento. No dejé que se

acercara tanto a mí porque ninguno de los dos quería perder el control, y ahora es evidente que he sido el único que lo ha perdido todo.

Desde el momento que acepté lo que ambos sentíamos, me prometí que nunca la dejaría ir. No podré cumplirlo porque es ella misma quien ha decidido marcharse de mi vida.

Trato de convertir todos estos sentimientos en algo más fuerte, algo como el odio, pero la sola idea de odiarla resulta asfixiante. Lanzo una botella de cerveza que se estrella contra una palmera.

Me acuesto en la arena mirando al oscuro cielo mientras recuerdo que, hace apenas unas horas, estábamos haciendo el amor; fue exactamente como lo sentí. Joder, he tenido sexo tantas veces que no podría contarlas, pero nunca había hecho el amor. Ambos nos estábamos estregando por completo y se sintió como si fuera una primera vez para ambos. Nuestra primera vez haciendo el amor. Ni siquiera usé un puto condón porque quería sentirla y saborear cada parte de ella; quería que fuera una noche digna de recordar. Sin embargo, ahora es por esto por lo que la recordaré: por mandarme de regreso al infierno sin remordimiento alguno.

Capítulo 24

CUARTO DE MILLA

Kilian

Siento como si cada parte de mi cruel existencia haya sido destruida por Heather. Busco dentro de mi corazón, en los pedazos rotos que ella ha provocado, tratando de encontrar alguna idea para saber dónde me he equivocado, para saber qué he hecho mal, regresar al punto de partida donde le entregué mi corazón, pero no hay nada. Lo único que encuentro es oscuridad.

Donde quiera que vea lo único que me rodea es una áspera oscuridad que poco a poco va opacando la chispa de luz que Heather ha encendido dentro de mí, por primera vez desde hace mucho tiempo.

No importa cuántas horas pase buscando una explicación, nunca termino por encontrarla, porque sencillamente le he dado lo mejor de mí. Le he dado una parte de mí que ni yo mismo sabía que existía, y todo ¿para qué? Juraba que sería el primero en decepcionarla, pero estaba lejos de conocer la verdad.

Estábamos equivocados: no sería yo quien la destruiría, sino todo lo contrario. Fui tan estúpido que le di todo el poder para desbaratarme y, al menos, sé que no regresará a unir las piezas que destruyó, así que he vuelto a la única cosa que logra sacar mi mente del presente y la transporta a un lugar donde solamente la adrenalina tiene cabida.

Esta vez no se trata de carreras ilegales con capullos de la universidad; esto

es el mercado negro, donde solo puedes encontrar corrupción y a la muerte asechando en cada cambio de velocidad.

—Price, hace mucho que no te mirábamos por aquí —escucho decir a Isaac, quien se acerca a mi auto y se inclina para ofrecerme una calada del puro de marihuana que sostiene frente a mí.

Este es el territorio de Isaac, estas son sus calles, y se hace todo lo que él dice, aunque yo nunca lo he hecho ni tengo las intenciones de hacerlo ahora.

—Gracias, amigo, pero ya sabes que no le entro a eso.

—¿Oyeron eso? —Se dirige a la vagabunda audiencia frente a él—. Se pierde de lo mejor, ¿no es así?

Todos gritan en respuesta. Es tan claro que todos aquí están drogados a más no poder, y los que no lo están disfrutan de unas heladas cervezas.

—Solo he venido a correr. Estoy seguro de que no nos caería mal un poco de dinero, ¿no lo crees?

—Claro, claro —dice mientras frota una parte del auto—. ¿Recuerdas cuando me hacías ganar un montón de pasta y eras el invicto preferido de todos?

—Por supuesto.

Sonríe y luego su risa se tuerce cruda y amarga.

—Hasta que decidiste irte con esos escolares y reducir tus ganancias al menos en un cincuenta por ciento. ¿Crees que puedes regresar aquí tan fácilmente como si nada haya pasado?

Poco a poco me arrepiento de haber venido. Las noches de carreras que acababan en celebración, teniendo sexo con la chica más caliente, o las que terminaban en adrenalina pura conduciendo a toda velocidad, como unos locos, para evitar ser atrapados por la policía, vienen a mí, noche tras noche, recuerdo tras recuerdo. Oscuridad, desolación, tristeza, soledad: todo de un solo golpe.

Había dejado atrás todo esto, había seguido adelante, pero ella ha hecho que, una vez más, me pierda; ha hecho que la marea de perdición venga

nuevamente por mí, y en esta ocasión no hay nada por lo que valga la pena luchar. No hay nada que valga la pena y que se encuentre del otro lado de la oscuridad. La oscuridad es el lugar a donde pertenezco y de donde no debí de haber intentado salir.

—Entenderé si no quieres que corra —digo. Enciendo el motor del auto para marcharme, pero Isaac hace una señal para que me detenga.

—¿Qué has traído? —pregunta asintiendo hacia el interior del auto. Señalo el óxido nitroso que se encuentra en el piso del asiento del acompañante y logro que él sonría—. Justo como en los viejos tiempos.

Me mira con una sonrisa macabra en sus labios y le da una calada a su puro.

—Justo como en los viejos tiempos, y tienes que ver las turbinas que he conseguido.

Se aleja un momento para checar las piezas que he traído y, antes de decirme algo a mí, les grita a todos de que ha llegado un nuevo competidor.

La adrenalina que siento en este momento hace a un lado la impotencia y rabia que Heather ha provocado en mí, y suspiro porque, al menos por una noche, el dolor desaparecerá. Es como si esto fuera una pastilla que sosiega el dolor que he estado sintiendo durante los últimos días. Días en los cuales he tenido la absurda esperanza de que ella me buscara para explicarme lo que hizo, pero empiezo a creer que no pasará porque no tiene nada que decir.

No volteo a ver de quién se trata la persona con la que voy a competir; en realidad, no me importa. Sé que ganaré, pero la euforia de estas personas hacia quien sea que esté del otro lado despierta un poco mi curiosidad. Se trata de un chico asiático, de no más de unos veinticinco años, quien sonrío como si del diablo se tratase. Hace rugir el motor de su auto y señala el mío.

—Auto por auto —lanza con una sonrisa de superioridad.

¿Quién tiene engañado a este imbécil? Es una falta de respeto que incluso piense que podría ganarme.

—Aceptaría de no ser porque tu auto es igual al que conduce mi abuela —replico, lo que hace que todos griten—. Cinco mil.

—¿Qué tal seis mil y tu óxido nitroso?

—Trato.

Algunos corredores compiten antes que nosotros; la estrategia de Isaac siempre es dejar de último a los mejores para así conseguir más dinero. Conforme pasan los minutos, la adrenalina en mis venas va adquiriendo más intensidad.

Ambos nos posicionamos al mismo nivel de la línea de salida cuando ha llegado nuestro turno. Miro a Isaac, que ya se está haciendo cargo de las apuestas de la noche, y este levanta su pulgar para hacerme saber que van más que bien. Ellos compiten en lo que son los cuartos de milla, por lo que será cuestión de segundos para llegar a la marca final y haber terminado con todo. El capullo, a mi lado, hace rugir sin parar su motor; ni siquiera me preocupo en mirarlo. Mi vista está únicamente enfocada en el final de la oscura carretera. El semáforo que se encuentra a lo largo tiene dos juegos de luces con varios niveles; cada uno de ellos se enciende y es hasta cuando la luz verde toma intensidad que la carrera ha empezado.

Los dos vamos al mismo nivel realizando cambios para no perder la delantera. La carretera está tan oscura que la única luz que se aprecia son los ojos de gatos puestos a lo largo del pavimento y nuestras luces delanteras, que iluminan el camino frente a nosotros.

Hago un cambio de velocidad cuando cruzo una estrecha curva, y no sé cómo lo ha logrado, pero él ha tomado la delantera. El lugar está tan lleno de curvas que la próxima frente a nosotros es tan cerrada que por poco pasamos los dos.

Los neumáticos traseros de su auto se deslizan fuera de la carretera y levantan la tierra que hay en los lados, lo que provoca que una gran nube de polvo distorsione mi camino y, por si fuera poco, su guardafangos se desprende y sale en el aire hasta golpear y quebrar el vidrio de mi auto.

Maldigo y aprovecho una de las curvas finales para desacelerar y poder tomar la delantera. Estratégicamente lo logro y presiono el botón para activar

el óxido nitroso justo en el preciso momento en que el tío este golpea la parte trasera de mi auto y se engancha con el mío, lo que hace que pierda totalmente el control y que ambos salgamos disparados fuera de la carretera y volquemos.

Sujeto con fuerza el timón para hacer que el auto se detenga y se vuelva a estabilizar. No es hasta después de algunas vueltas que finalmente logro que se detenga. Estoy completamente mareado; un líquido viscoso y caliente que se desliza por mi frente me advierte de que, probablemente, tenga varias heridas que necesitarán de que vaya al hospital.

Toco mi frente para cerciorarme de la sangre que corre por mi sien. Con mi brazo lastimado, me las ingenio para salir del auto y me encuentro con toda la gente reunida a nuestro alrededor. De alguna manera este imbécil ha logrado sobrepasarme varios metros y, en apariencia, es él quien ha ganado.

—Eso ha sido fantástico —escucho decir a Isaac, quien viene corriendo a mi lado y, una vez estando frente a mí, me da un golpe en el brazo sin importar que lo estoy sosteniendo porque empieza a doler horriblemente.

—¿Qué ha sido lo fantástico? Ese imbécil que tienes por corredor ni siquiera conoce las reglas de las carreras; se enganchó de mi auto justo en el momento que encendí el óxido nitroso. ¿¡Qué imbécil hace eso!?! —grito elevando mi voz hacia el asiático, que se encuentra rodeado por la muchedumbre.

—¿Reglas? —repite Isaac divertido—. ¡Estamos en el mercado negro y aquí no hay reglas! —grita.

Dichas esas palabras, todos lo vitorean, se reúnen a nuestro alrededor y le hacen paso al asiático, quien camina como si fuera el rey de la noche.

—Dame los seis mil dolores y tu nitrógeno.

—No pienso darte nada —adviento recobrando mi compostura, aun cuando todo el maldito cuerpo me duele.

Los matones de Isaac rodean mi auto y él solo sonríe.

—Después de tanto tiempo, ¿vienes a mi territorio por tu propia cuenta y te rehúsas a pagar lo que tú mismo has acordado?

—Es lo que parece.

Mi tono despreocupado hace que él escupa el suelo y eche un vistazo hacia su gente. Sé muy bien lo que eso significa.

—Última oportunidad, Kilian Price. Da lo prometido y no pasará nada.

—Para mí, las cosas no funcionan de esa manera, Isaac. Si vas a ganar, gana limpio. ¿No le has enseñado eso a las basuras que tienes por competidores?

—Te enseñaré la manera en la cual funcionan para mí.

Un tipo le pasa un bastón negro de madera que usualmente usan los policías y, en cuestión de segundos, Isaac se abalanza sobre mí y me da un golpe directo en mi estómago, que provoca que me curve y caiga de rodillas en la tierra.

El dolor es insoportable y hago lo que puedo para intentar defenderme, aunque eso nunca funciona ya que, si lo intentas, su gente te retiene para que él pueda dar los golpes sin intervenciones de nadie. Lo único que hago es cubrir mi rostro para evitar que me golpee en esa zona.

Mientras soy golpeado, a mi mente viene la imagen de mi mamá llorando sin cesar, como aquella noche que tuve un accidente y todos pensaban que no saldría de esa; de Violet sonriendo y pidiéndome que juguemos a las escondidas, como solíamos hacerlo de pequeños; las imágenes de Jordan y Ralph haciendo bromas sobre mí y, luego, su rostro. El rostro de Heather, que me dice que no se dará por vencida conmigo y que me pide que deje las carreras clandestinas, como si en verdad se preocupara por mí o por lo que podría pasarme, cuando ella es más letal que toda esta porquería junta.

—Golpéalo más fuerte —grita a alguien.

Y es lo que hace Isaac. Ahora no solo él está golpeándome con el bastón, sino que uno de su escuadrón se acerca a mí para darme algunas patadas.

—¡Autos, vienen autos! —informa alguien entre el bullicio.

Tan rápido como los golpes llegan, de igual manera cesan, y no pasa demasiado tiempo cuando escucho las pisadas de las personas corriendo en todas las direcciones, puertas de los autos abriéndose y cerrándose para salir

despavoridos del lugar.

Me quedo tendido en el suelo. Si es la policía, esto no puede acabar en otra cosa más que no sea la cárcel. Escucho que dos autos se detienen y, luego, pasos fuertes que corren hacia mí.

—¡Mierda! ¡Kilian! —escucho gritar a Jordan. Rápidamente los tengo a él y a Ralph a mi lado.

¿Cómo han llegado aquí?, ¿o estoy delirando?

—Mierda, mierda —repite Ralph sin cesar—. Llamaré a una ambulancia.

—No —logro articular quejándome del dolor—. Solo... sácame de aquí.

Intento ponerme de pie, pero el dolor es incesante, y de pronto todo se siente como en los viejos tiempos. Yo, metiéndome en un millón de problemas, y ellos, intentando sacarme; solo espero que no estén aquí con Lindsay o con Heather, especialmente Heather, porque no la quiero a mi lado. Ha tenido suficiente con dejarme como si nada y no necesita verme para regodearse de lo que ha provocado.

—¿Cómo se han enterado? —pregunto mientras sostengo mi estómago.

—Uno de los que estaban aquí es amigo mío —explica Ralph— y me avisó desde que llegaste. Sabíamos que no acabaría bien y salimos en tu busca en cuanto pudimos.

Ralph y Jordan me ofrecen sus brazos para ayudarme a ponerme en pie y, sosteniéndome de los dos, lo logro soportando el dolor, y no me refiero solo a un dolor físico, también a un dolor del alma.

Entre regaños y puras palabras, eventualmente llegamos a mi fraternidad. La amiga de Ralph, que estudia Medicina, ya está aquí con todo su equipo médico. Los chicos me dejan en mi cama, y rápidamente ella se encarga de aplicarme una IV para calmar el dolor que me ha provocado la paliza que me han dado, y limpia algunas heridas, en especial la de cabeza, justamente donde empieza mi cabello. Me coloca una gasa que cambia varias veces hasta que de alguna manera logra estabilizar la chorrera de sangre. Luego de que me venda el brazo y dice que necesito dormir, los echo de mi cuarto. Soledad es lo único

que necesito.

Hace mucho que no acudía al terreno de Isaac. Sabía que la noche acabaría en algo así; sin embargo, no di un paso atrás. Era como si mi propia destrucción me llamara como un puto canto de sirena.

Me reacomodo en mi cama y cierro los ojos. Llevo los dedos de mi mano izquierda a mi frente y presiono mi sien mientras siento el bombeo de ese lugar. Mi cabeza duele horriblemente y es una suerte de que nuevamente no necesite de puntadas. Pensé que ese era el peor dolor que alguna persona sería capaz de experimentar, pero no es así. ¿Por qué, si era capaz de vivir sin ella, ahora siento como si no podré? Es irónico: durante toda la vida era yo quien usaba a las chicas y ahora soy yo el usado.

Con mi puño, doy un fuerte golpe sobre el colchón. Siempre supe que estaba jodidamente perdido y nunca tuve esperanzas de salir de ese hoyo. Ella me las dio para luego arrebatármelas. Ahora mi perdición tiene un nombre que me pesa en el alma.

Gruño al escuchar los golpes desesperados en mi puerta. Juro por Dios de que, si se trata de Ralph o de Jordan, nuevamente asegurándose de que no haré otra locura, los golpearé sin parar. Me levanto haciendo un gesto de dolor y, tan pronto como la puerta se abre y aparece su imagen ante mí, me quedo paralizado. Mis venas arden llenas de furia, y siento cómo un bajón recorre mi cuerpo y me debilita tanto que un solo golpe me derribaría. La parte donde se encuentra mi corazón también duele... y ¡joder!, ¡cómo duele! En otro momento habría dicho que luce preocupada, pero ¿por qué lo estaría? No significo nada para ella.

—¿Qué demonios haces aquí?

Sus labios se separan ligeramente, como si intentaran decir algo, pero luego se cierran de golpe y su mirada recorre todo mi cuerpo, desde la venda que recubre mi brazo hasta la gasa que tengo en mi cabeza. Cubre su boca y el temblor en su mano casi me hace perder los papeles.

—¡Por Dios! Dime que te encuentras bien y... —Sus palabras terminan en

un sollozo. Intenta tomar mi rostro entre sus manos temblorosas.

Con todo el dolor de mi cuerpo, todavía logro moverme con rapidez y me echo hacia atrás para impedir que me toque, y eso parece desarmarla, pero claro que no es verdad.

—¡Maldición, Heather! ¡Ya deja de fingir!

Una lágrima rueda por su mejilla y mi primer impulso es acercarme a ella y abrazarla, pero no lo hago.

—Kilian, no me trates así. Por favor, no lo hagas.

Mis dientes se presionan tanto que toda mi mandíbula duele aún más. ¿Qué clase de persona es la que tengo frente a mí? Solo sé que no es la chica de la que me he enamorado.

—¿Y tú sí puedes tratarme así?

Da unos pasos a su derecha. Toma su cabeza entre sus manos y empieza a llorar; cierra con fiereza sus ojos y luego se vuelve hacia mí. ¿Cómo se atreve a llorar cuando es ella la que me ha destruido? Es ella quien ha jugado conmigo.

—Te juro que todo tiene una explicación... —Su pecho tiembla, y lo único que consigue es que me enfade más con ella—. Todo esto lo hago por...

—Tu jodida familia —gruño—. Ya lo has dicho, ¿sabes? Creo que, después de todo, no solo eres buena en psicología: la actuación se te da de maravilla.

Intento cerrar la puerta frente a ella para luego ir a partirle la cara a quien sea que le haya permitido la entrada a la fraternidad pero, antes de que pueda hacerlo, ella pone su mano en la puerta y me impide cerrar. ¡Maldición! Tiene que irse cuanto antes; no estoy preparado para esto.

—Por favor, solo dime que estás bien y que no te volverás a meter en ningún problema.

Frunzo mi ceño unos segundos. Un horrible nudo se forma en mi garganta y quema más que diez copas de tequila juntas. Siento el ardor en mis ojos.

«No te muestres débil», me grita una voz en mi interior, pero ella se ha llevado todo mi autocontrol y mi fortaleza. Me ha dejado sin armaduras y sin

una coraza.

—Te lo juro: te ves tan genuinamente preocupada que casi me convences — lanzo. El dolor en su mirada provoca que me acerque peligrosamente y me incline furioso hacia ella—. Fui claro al decirte que no te quiero volver a ver en mi puta vida y, si estás aquí para asegurarte de que me has destruido por completo... a mí, a la persona que te ama con cada latido de lo que queda de mi corazón, pues te felicito porque lo has logrado a la perfección.

Antes de que pueda ver o escuchar sus mentiras, cierro de un portazo, y esta vez no hay nada que me lo impida. Me recuesto en la puerta al sentir un calor que empieza a quemar todo mi pecho, me produce arcadas, y me deja de rodillas en el suelo.

Capítulo 25

IDEALIZAR UNA RELACIÓN

Heather

¿Alguna vez has repetido en tu mente cierto suceso una y otra vez?, ¿algún evento que deseas olvidar con todas tus fuerzas, pero que no puedes? Bueno, es justamente lo que me ha pasado por las últimas nueve semanas.

Apenas he logrado dormir, no puedo cerrar mis ojos sin soportar el recuerdo de Kilian y sus palabras. Mi mente me ha hecho revivir todo una y otra vez, como si se tratara de un libro, pensando en lo que pudimos cambiar para no haber llegado a estos extremos.

Desde la noche de su accidente, no lo he vuelto a buscar. No soporto el hecho de pensar que posiblemente lo he perdido. No quiero perderlo, no así, no de esta manera. No cuando lo amo demasiado y no me he resignado a que tenga que salir de mi vida por culpa de un patán como Ryle. Estuve a punto de confesarle todo esa misma noche. Me dolió demasiado cuando Jordan me dijo lo que había sucedido; por supuesto, él también me echó la culpa de todo. Corrí las cuerdas que nos separan hasta llegar a su fraternidad, lo miré y supe lo que había provocado. Lo que el maldito de Ryle provocó. Le dolía verme, lo podía ver en todo su rostro y, aunque me sigo diciendo que hice lo correcto por Kilian, duele el hecho de que tuve que romper su corazón y de paso, también, romper el mío.

He tenido que aparentar, delante de mi familia, que nuevamente todo está

bien con Ryle, pero ni por un segundo he permitido ni permitiré que me toque. Llenarse la boca diciendo que otra vez somos novios es lo único que conseguirá de mi parte. Cada día me arrepiento de haberme fijado en él; nunca debí haberlo dejado entrar a mi vida, porque su venenosa estancia solo ha podrido lo mejor que me pudo haber pasado, y ese honor se lo lleva Kilian.

Es doloroso saber que, aunque nunca haya sido mi intención lastimarlo, las constantes peleas aleatorias en las cuales he escuchado que se ha metido y las carreras clandestinas —que tomaron bastante fuerza antes del verano— son totalmente por mi culpa, y no puedo seguir provocando un dolor en él que ni yo misma puedo soportar. A veces creo que lo mejor es que nunca se entere de la verdad y termine odiándome y... olvidándome, pero entonces sé que mi vida volverá a ser miserable sin él en ella, y pretendo encontrar algo que me dé las fuerzas para seguir, algo a lo que estos últimos días me pueda aferrar, aunque sea un poco.

Salgo de la oficina de mi padre a toda prisa, me detengo frente a la fuente cristalina que está en la entrada principal del hotel y la observo como si fuera la primera vez, a sabiendas que toda la línea hotelera de la familia tiene la misma estructura. Las puertas de cristal con marcos dorados, que lucen como si fueran bañadas de oro; las palabras «Fleming Hotel» que ostentan, en lo alto de la estructura, que tiene un gran modernismo en cuanto a diseño se refiere; casi quince pisos de altura, con la bandera del país que ondea en el último piso. Sinceramente, estoy orgullosa de lo que han logrado, pero ¿de qué sirve todo esto si no han tenido éxito con su familia? Esta mañana me ha citado para darme nuevamente acceso a mis tarjetas y cuentas bancarias, el premio que implica tomar en serio «haber regresado con Ryle». Obviamente no lo acepté, lo he llevado bien con lo que gano en la librería; además, las apariencias con Ryle están por acabarse de una vez por todas.

A los pocos días de que Thiago se enterara de que había retomado la supuesta relación con Ryle, se puso como loco y me exigió que le dijera las verdaderas razones detrás de mi decisión. Intenté decirle lo mismo que le dije

a Kilian, que simplemente me había equivocado y que él tan solo había sido un capricho. Resulta que él no me creyó absolutamente nada y terminé por confesarle todo. Thiago es un chico que se toma a la ligera todas las cosas; sin embargo, cuando escuchó todo, experimentó un nivel de molestia que jamás en la vida había visto en él. «¡Jesús, Heather! ¡Cómo pudiste ser tan imprudente!», me gritó cuando le dije lo del video.

Hasta el día de hoy estoy completamente segura de que tal video no existe. Jamás le hubiera permitido a Ryle hacer una cosa así, y él nunca me dio motivos para pensar que algún día podría hacerme esto.

Una vez que ambos enfriamos nuestras cabezas, montamos un plan. Yo tengo que seguir en el juego de Ryle, mientras él investiga el historial de Kilian para ver qué tan mala es la situación, pero sobre todo para darle tiempo de darle el golpe final a Ryle con algo que haya hecho mal y que podamos usar en su contra.

Así que estos últimos días se ha ausentado porque está cerca de encontrar una pista sobre la familia de Ryle; ha desaparecido incluso cuando se ha hecho cercano a Lindsay.

Después de que Kilian destruyera gran parte de lo que había en mi habitación, aquella horrible noche, Lindsay me ayudó a recoger todo y era la única que sabía la verdadera razón por la cual terminé con Kilian de esa manera. Por mucho que me decía que tenía que ser fuerte, terminaba llorando todavía más y una noche ambas terminamos llorando cuando ella me confesó su más grande secreto, ese que intentaba dejar atrás constantemente. Pero una vez que sintió que la relación con Jordan se hacía seria, se sintió al borde de la desesperación y me confesó todo.

En unos años, sus papás estaban pasando por problemas económicos, iban a perder todo, pero un conocido de su papá le ofreció muchísimo dinero a cambio de acostarse con ella; desde entonces, más y más tipos empezaron a llegar y nadie de su familia hizo nada por ella, hasta que tomó la opción de huir de su casa y de nunca más ver atrás, pero todo volvió a ella cuando

Jordan se presentó en su vida. Ella le confesó todo y lo que él dijo es la peor estupidez de la historia: «Entonces, ¿eras una prostituta?». Lindsay piensa que no es merecedora de que ningún chico ponga sus ojos en ella, así que terminó todo con Jordan. Para colmo, esa noche Thiago se apareció en nuestra habitación y, al verla llorar, le dijo: «Eres muy linda para estar llorando por un patán».

El pobre ni siquiera estaba enterado de lo mal que Lindsay la estaba pasando, pero logró que ella sonriera. Lo conozco, es un picaflor y, luego de hacer comentarios sobre el color platinado del cabello de Lindsay, le advertí que no era el momento correcto para ocasionarle algún problema.

La pantalla de mi celular se ilumina y muestra el nombre de mi hermano. Dudo un momento antes de contestar, pero finalmente lo hago. Thiago ya se ha molestado muchísimo cada vez que ha llegado a la habitación y me ha encontrado más triste que la mona lisa.

—*Hermanita, estoy de regreso en la ciudad y necesito un gran favor.*

La ansiedad en su voz no pasa desapercibida.

—Claro, dime para qué soy buena.

—*Te necesito en el hotel tan pronto como puedas. Ya sé que no te gusta venir, pero hay una convención de una agencia de modelaje, y una de las chicas encargadas de asegurarse de que todo esté bien se lesionó el pie, y en verdad te necesito. Además, tengo información nueva.*

El corazón parece que se saldrá de mi pecho.

—¿No puedes pedirle a alguien más el favor?

Escucho que suspira.

—*Por favor, Heather.*

—Bueno, bueno. Dame unos minutos para prepararme.

—*Eres la mejor, hermanita.*

Limpio el borde de mis ojos y salgo de la cama para prepararme...

Los trabajadores del hotel me saludan y me dan la bienvenida a medida que hago mi camino hasta uno de los salones, en el cual se está llevando a cabo la

convención de modelaje. El lugar está repleto de diseñadores, fotógrafos y, por supuesto, modelos.

Hoy no era una noche como para usar sandalias altas o un elegante vestido, ya que solo deseaba quedarme acurrucada en mi habitación, pero jamás podría decirle que no a Thiago y, tan pronto como logro familiarizarme con el ambiente, pongo las manos a la obra y me aseguro del eficaz abastecimiento, tanto del champán como de los aperitivos.

Hace mucho que no asistía a estos elegantes eventos, rodeada de rostros que en este momento carecen de importancia, ya que nadie logra captar mi interés desde que mi relación con Kilian terminó. Luego de saludar a varios de los asistentes, por fin encuentro a Thiago entre la multitud y hago mi camino hasta él, sin importarme que está conversando con un chico que, por mucho que me sienta triste, es casi imposible no ver, que luce en su total gloria, demasiado guapo para ser real.

—¡Heather!, me has salvado la vida —exclama Thiago tan pronto como estoy frente a él—. Estás preciosa —dice al tiempo que ve mi largo vestido de noche.

—Bueno, luego discutiremos el precio por haberme sacado de la habitación. ¿Cuál es la información nueva?

—Hablabamos de eso en un momento. Déjame presentarte a Nick Matthews, el rostro principal de su agencia.

El chico modelo me ofrece su mano para estrecharla con la mía. Es completamente impresionante lo guapo que es y, al igual que yo, parece no disfrutar demasiado de la velada.

—Mucho gusto. Heather Fleming —digo después que él se ha presentado.

Apenas me integro a la conversación que Thiago está montando y sé que el chico está contestando por educación; su mente parece estar en otro lugar. Casi maldigo en voz alta cuando Thiago se excusa y dice que regresará en un momento; es evidente que últimamente no soy una buena compañía para nadie.

—Estás en un lugar impresionante, donde muchas chicas desearían poder

estar; sin embargo, no pareces cómoda —comenta Nick Matthews mientras le da un sorbo despreocupado a su copa de champán.

—Bueno, podría decir lo mismo.

Él se ríe, y vaya que es capaz de robar suspiros.

—Lo siento, esta noche no soy muy bueno con las conversaciones.

—¿Demasiadas copas?

—Quisiera que fuera por eso, pero está lejos de serlo.

—¿Penas de amor? —pregunto sin poder evitarlo.

—¿Tanto se nota? Porque también podría decirte lo mismo, a no ser que, de hecho, odies este tipo de eventos.

Por supuesto que en mi caso también se trata de penas de amor. Aprovecho que en ese momento pasa uno de los meseros, con una bandeja llena de copas de champán, y tomo dos: una para mí y otra para rellenar la de Nick. Me sorprendo al instante cuando me toma de la mano y me lleva apresurado a una de las mesas que se encuentran en el balcón. Una vez estando fuera, estoy a punto de preguntarle qué demonios le pasa, pero inmediatamente me suelta, suspira y me observa totalmente apenado.

—Lo siento por sacarte de esa manera, pero una chica a la que he evitado toda la noche se estaba acercando a nosotros, y ya no sé qué más hacer para mantenerla alejada.

Me río y murmuro una disculpa en cuanto veo que a él no le hace ninguna gracia.

—Evitas a las chicas, ¿eh?

—¿Qué puedo decirte? Hay una sola chica que se ha ganado por completo mi corazón. —Jala una silla para invitarme a sentarme y él se sienta frente a mí.

Soy demasiado curiosa como para no preguntarle por la chica; me dice que se llama Rosemary Smith y que es todo lo que él siempre ha soñado. Mientras habla de ella, sus ojos se iluminan de una manera espectacular. En resumidas palabras, él está completamente enamorado, y esa chica es muy afortunada.

¿Kilian tendrá el mismo efecto cuando habla de mí?

Durante los últimos días del semestre de primavera, fue difícil tratar de concentrarme en los exámenes finales al mismo tiempo que trataba de esquivar a Kilian en el campus. Era casi irónico que, siendo nuestra universidad tan grande, tuviera que encontrármelo, como mínimo, dos veces por semana y, cuando eso pasaba, tenía que resistir la necesidad de cambiar mi camino hacia el de él, preguntarle cómo estaba, hablarle de lo que fuera con tal de acercarme a él. Me dolía verlo tan perdido; sin embargo, nunca tuve el valor de buscarlo porque era claro que no deseaba saber nada de mí.

En las vacaciones de verano, no lo miré ni un solo día. Me enfoqué en trabajar de tiempo completo en la librería y escuché que él había tomado un curso de actuación, y hasta ese día fui capaz de sonreír. Saber que momentáneamente ha dejado las carreras para enfocarse en sus sueños es muy alentador para todos. Me pregunto qué es lo que dirá ahora, que el semestre de otoño ha comenzado y han aprobado mi traslado a la Facultad de Psicología. A diferencia de mi padre, que fue claro al decirme que mi nombre no figurará en su testamento, sé que Kilian estaría orgulloso de mí.

Regreso a mi mente al presente cuando escucho la voz de Nick bajar por completo, hablando desanimado, cuando me cuenta por qué se ha distanciado de Rosemary.

—Discúlpame, pero eres un completo idiota. ¿Cómo es posible que le correspondieras el beso a esa otra chica? Y no me salgas con la excusa de que es por el modelaje y todo eso —digo cuando veo que tiene intenciones de defenderse.

Pasa la mano por la parte delantera de su cabello, lo que me tienta a preguntarle si se toma bastante tiempo en él, porque también luce perfecto.

—Sé que he sido un completo idiota. Hasta este momento no dejo de repetírmelo ni de tratar de regresar el tiempo y evitar todo esto.

—Sí que lo eres, y llevarla con tu mamá no quiere decir nada más que demostrarle cuán importante es esa chica para ti. Te puedo asegurar que

Rosemary no pretende que la lleves al altar, o algo así; si está tan enamorada, solo quiere ser parte de tu pasado, de tu presente y, sobre todo, de tu futuro.

Me mira como si frente a él estuviera el letrero de Las Vegas iluminando su rostro; entiende la situación desde el punto de vista de otra chica enamorada, otra chica que solo desea que su chico esté en paz consigo mismo y con su familia. ¿Es que acaso cargamos con ese peso pretendiendo ser las mujeres maravillas cuando también necesitamos ser salvadas? Cuando todo lo que deseamos es encontrar el amor que nos sane y que no nos provoque más heridas.

—Es tu turno, Heather Fleming. Dime qué ha hecho ese tonto chico.

Dándome luz verde, suelto mi lengua, y ya sabemos que hablo de más cuando tengo alcohol en mi sistema, por lo que termino haciéndole un resumen de los últimos nueve meses de mi vida, desde la primera vez que nos vimos hasta el día de hoy. Nick presta atención mientras escucha los alejamientos y regresos de los cuales, básicamente, se ha tratado mi relación con Kilian, y me molesta que también en este momento lo recuerde y que tenga razón cuando me dijo que, a veces, hablar con extraños resulta reconfortante.

—Ese chico sí que necesita ayuda.

—Lo sé —suspiro; me siento nuevamente derrotada—. Y lo chistoso es que seguramente él ya se olvidó de todo lo que pasamos.

—Ustedes, las chicas, menosprecian demasiado nuestros sentimientos; creen que solo ustedes son capaces de sentir cada emoción a flor de piel cuando no es así. Para nosotros, es mucho más difícil expresar los sentimientos porque tenemos una sociedad tan mierda que te tachan de cursi o blandengue cuando demuestras estar enamorado.

—Coincido con lo de la sociedad de mierda.

Ambos nos reímos y chocamos nuestras copas.

—Puedo asegurarte de que estos meses, en los cuales ustedes han estado alejados, solo servirán para que todos sus sentimientos vuelvan con más poder.

No digo nada más porque, aunque pretenda que estoy llevando bien todo esto, la verdad es que no lo hago. Me pongo de pie, lista para despedirme. Él, educadamente, también se pone de pie y me ofrece su mano para estrecharla.

—Ha sido un placer conocerte, Nick. Lamento tener que irme y dejarte en este mar de pirañas, pero Thiago se ha de estar volviendo loco por mi ausencia.

—Y vaya que son grandes pirañas —bromea—. Ha sido un gusto conocer a la hermana de Thiago; él es un buen amigo y siempre un buen anfitrión cuando estamos en esta ciudad.

Sin más que decir, voy directo a encerrarme a unos de los baños porque ya no puedo sobrellevar todo esto. ¿Por qué es tan sencillo enamorarse, pero tan largo y complicado dejar de estarlo? El amor, simplemente, es ridículo. Me duele demasiado, que sigo aferrándome a algo de lo cual no estoy segura volver a tener, pero que anhelo tenerlo.

Él es todo un experto en alejar a todos de su vida, y yo soy una total inexperta al intentar hacer lo mismo; me hace sentir como una completa estúpida ante sus pies. Ya ni siquiera sé cómo debería sentirme, ya ni sé si hay razones para seguir soportando este dolor, ya ni sé si hemos pasado suficiente tiempo juntos como para decir si lo nuestro vale la pena, o si hemos pasado mucho tiempo separados como para idealizar una relación que no tiene fundamentos más que el sufrimiento.

Si hubiera sido honesta, habría hecho todo por él, incluso cuando ni siquiera se hubiera dado. Y lo más divertido de nuestra situación era que ambos estábamos dañados y fui yo quien se empeñó en repararlo cuando ni siquiera lo podía hacer por mí misma.

Al salir del cuarto del baño, Thiago está esperándome con sus manos cruzadas y desaprobando mi actitud de siempre, aunque lo que llama mi atención son los papeles que sostiene.

—¿Otra vez has estado llorando? —pregunta desaprobatorio.

—No, por supuesto que no.

—No mientas, Heather. Ya has tenido suficiente, así que espero que esto te anime.

Nerviosa, tomo los papeles que me brinda. El primer fólder contiene el historial policial de Kilian: desacato a la autoridad, desorden público, denuncia por invasión y destrucción a la propiedad ajena, *tickets* por conducir a alta velocidad. Algunas fechas son desde antes de conocernos, seguramente después del problema con su papá, pero los cargos con fechas nuevas son los que me pegan fuerte.

—Todo esto es mi culpa —aseguro al tiempo que siento un dolor en mi pecho que se rehúsa a dejarme en paz.

—No, nada de esto es tu culpa. Nada justifica que ponga su vida en riesgo. ¿Acaso tú andas por ahí buscando peleas? No. Kilian tiene que madurar. Entiendo que todo esto es difícil para ambos, pero hay maneras para salir adelante.

—Cuando te enamores de verdad, entenderás el dolor de un corazón lastimado.

Bufa.

—Si es así como luciré, no quiero enamorarme.

El siguiente fólder contiene datos de cuentas bancarias, apoyo a organizaciones benéficas, y otras cosas más, sobre la familia Hughes, que no soy capaz de entender.

—¿Qué es todo esto? —pregunto confundida.

—Son las pruebas que tanto necesitábamos. Resulta que Ryle Hughes ha sabido cuidar sus espaldas, pero su familia no tanto. Los Hughes han estado ayudando a organizaciones benéficas fantasmas, todo para reducir el precio de sus impuestos y pagar una miseria en comparación con la cantidad que dicta la ley sobre sus ingresos, y eso es penado con cárcel.

—Pero ¿de qué nos servirá esto contra Ryle?

Me mira sonriente y toma, de entre mis manos, los papeles y los analiza una vez más.

—¿Tú crees que a Ryle le gustará la idea de tener a sus padres detrás de unas rejas y de dejar que toda su cadena de restaurantes sea confiscada? Por supuesto que no, hermanita. Ha llegado tu gran venganza.

Cubro mi boca y corro a su lado para darle un fuerte abrazo.

—Oh, Thiago, jamás hubiera logrado nada de esto sin tu ayuda. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Fue difícil de conseguir, pero nada es imposible para mí si de tu felicidad se trata.

Cuánto me gustaría que él también encontrase su felicidad.

—Gracias por todo —digo y le doy un beso en su mejilla.

—Es cuestión de tiempo para que regreses con Kilian. Estoy seguro.

No me importa si esta vez no quiere verme; tendrá que escucharme y tratar de comprender por qué he hecho todo esto.

Capítulo 26

AMAR Y PERDONAR

Kilian

Los últimos días del semestre de primavera fueron los más terribles de mi vida. Todo mi alrededor parecía prenderse en llamas, destruido en cada remoto lugar al que me atrevía a mirar; sin embargo, después de un tiempo, me di cuenta de que solo era mi percepción, porque todo y todos estaban bien, incluida ella. Luego de aquella noche en el territorio de Isaac y de las grandes peleas que tuve con quien osaba en retarme, sabía que necesitaba un descanso, y aproveché las vacaciones de verano para ello.

Me enfoqué en mi trabajo en el *pub*, y conseguí reunir bastante dinero, lo suficiente como para detener de momento las carreras; también me dediqué a leer un montón de obras y en tomar algunas clases de actuación para prepararme para este próximo semestre, que estará acabando con nosotros.

Mantuve mi mente alejada de todo pensamiento que tuviera relación con Heather Fleming. La última vez que estuve cerca de ella fue la noche de mi torrencial problema con Isaac. Todavía no puedo creer que haya tenido el descaro de presentarse en la fraternidad después de lo que me hizo. Pensé que era una jodida sin sentimientos, pero estaba ahí, llorando por mí, luciendo tremendamente mortificada, a tal punto que quise dar un paso atrás y secar sus lágrimas, pero ¿quién ha secado mis lágrimas?, esas que solo ella ha provocado. Así que supe que su acto iba más allá de la desfachatez; después

de todo, la psicología no es lo único que se le da bien. ¡Qué buena actriz ha resultado ser!

No he vuelto a poner un pie cerca de Santa Mónica; aunque prácticamente fui yo quien la llevó a esa playa para que presenciara las carreras; también decidí ser yo quien se alejaría del lugar.

Asistir al primer día de clases del semestre de otoño fue prácticamente ilógico, ya que casi nadie se presenta los primeros días, pero lo hice porque fui al recinto de Psicología, esperando que también me defraudara con eso, pero no lo hizo. La miré entrar al recinto y no esperé más tiempo cuando me alejé del lugar. No sé qué esperaba ver de ella... ¿una chica triste? Sí, tal vez es lo que esperaba, y no una chica entusiasmada por su primer día de nuevas clases. Aunque, en el fondo, lo que precisamente me molestó no fue el hecho de que ella se notaba feliz, sino el hecho de que me sentí orgulloso de ella.

Días posteriores, me encontraba como un mendigo en la habitación, mirando hacia todos lados, con las ganas de salir a tomar y a olvidarme del mundo, aunque sin las fuerzas necesarias para salir de la cama. Así que tomé el libro que ella me recomendó, y lo leí sin parar. Una historia única y original que me hizo pensar más en nosotros y en lo que representa el amor. Casi quemo el libro porque empeoró más mi situación, aunque no lo hice porque es lo único que me queda de ella. Sé que todavía está con ese imbécil de Ryle, pero verla me recordó lo mucho que sigue significando para mí.

Hago una mueca de dolor mientras Georgina se encarga de frotar con crema algunas partes de mi espalda que duelen por la reciente pelea con Adrien que, por primera vez, yo no provoqué.

Me he estado quedando en el apartamento de Georgina desde hace varios días; ella ha soportado mis llegadas por las madrugadas, en las que he aparecido hasta el culo de borracho, sin poder confiar en mí mismo como para regresar al campus, ya que la distancia entre la fraternidad y su residencia es mínima y podría ganar el lado que me dice que vuelva a donde Heather y la bese hasta escuchar que todo lo que me dijo, aquella fría noche, no fue más

que una patraña de mentiras.

He intentado estar con Georgina, pero no he podido. Simplemente no puedo estar con alguien más porque cada toque, cada caricia, cada beso me recuerdan a... ella.

Georgina no es tonta y, desde el momento en que la rechacé, me exigió que le explicara qué es lo que realmente pasa y que le confesara el motivo de que, después de tanto tiempo, por arte de magia, haya recordado su existencia. Era eso o quedarme en el apartamento de Ralph y Jordan, exponiéndome a escucharlos hablar de ellas a cada momento, por lo que, a regañadientes, le conté todo y, para mi sorpresa, no despotricó contra mí ni montó una balurde escenita de celos. Todo lo contrario: estableció sus reglas y me dijo que podía contar con ella como una amiga, pero que nunca más la volvería a usar como juguete de satisfacción o de artefacto para intentar olvidar mis problemas, en especial el que lleva el nombre de Heather Fleming.

Lo comprendí y en el fondo me sentí contento. Siempre me he comportado como un patán con ella, llamándola cada vez que quería cogérmela para que sacara mi mente del mundo real en el cual me encontraba. La usaba y ella lo sabía, pero eso ha acabado gracias a Heather.

Heather Fleming es de las personas que entran a tu vida para marcar un antes y un después, y temo que, después de ella, nada vuelva a ser lo mismo.

—Esa chica sí que ha puesto tu mundo de cabeza —protesta Georgina al ver que no tengo intenciones de ir a la fiesta de inicio de curso que ofrecerá la universidad—. ¿Tengo que recordarte que has estado cerca de que te arresten?

Me he cansado de tratar de que todos entiendan que esta sensación de dolor emocional, por una chica que le vale una mierda mis sentimientos, es totalmente nuevo para mí, así que permanezco callado viendo la televisión, mientras escucho que se prepara para irse al concierto.

—Violet pasará por mí en un rato; espero que no te moleste verla aquí.

—Es tu apartamento —repongo—: puedes recibir a quien quieras.

Georgina rueda sus ojos y suspira frustrada.

—No entiendo cómo puedes odiar a tu hermana. —Se detiene en el momento en que golpean la puerta, y ambos sabemos que se trata de Violet.

Georgina se apresura en abrir y escucho el cálido saludo de Violet. Han hecho una clase de amistad desde que he pasado los días aquí, y Violet no se cansa de venir a verme en cada momento que puede. A veces me pregunto si Heather es quien se lo pide. «¡No seas idiota!», grita una voz en mi interior. Ni siquiera sé si ellas continúan hablando. Cuando está frente a mí, me saluda con un gesto de mano y a mi lado pone una cesta llena de manzanas verdes.

—Las he comprado de camino.

—Ya. Genial —contesto sin prestarle atención a las dichas manzanas.

—¿Prefieres que me quede a cuidarte?

—No, Violet, estoy bien. Además, ¿desde cuándo te preocupas tanto por mí? —pregunto ladeando mi cabeza, adquiriendo una actitud desafiante.

Sus ojos brillan por las lágrimas contenidas, y al instante me siento mal, aunque no hago nada por reparar mis acciones.

—Por supuesto que me preocupo por ti; eres mi hermano.

—Ojalá no lo fuéramos —murmuro sin poder evitarlo. Si Heather estuviera aquí, haría que me retractara o que incluso le pidiera disculpas, pero ella no está.

—Creo que he entendido que no importa cuántas veces me disculpe contigo; nunca...

—¿Nunca te perdonaré? —Arqueo mi ceja al tiempo que la interrumpo y la desafío—. Pues no, nunca lo haré, no cuando traicionas a tu jodida familia, sangre de tu sangre.

Asiente bajando su rostro, y apenas la escucho murmurar:

—Solo pienso que, si mamá lo hizo, quizás, algún día, tú también puedas hacerlo. Lo siento tanto, Kilian, y es la última vez que lo diré.

Jamás entenderé cómo mi mamá logró perdonar una traición y canallada como la que Violet y mi papá hicieron. Lo cierto es que yo no soy ella y no puedo olvidarlo ni perdonarlo tan fácilmente.

—Recuerda que a las ocho te toca tomar tu analgésico —dice Georgina mientras pone, en la mesa de café, las pastillas que me prescribieron.

La sola mención de las pastillas hace que Violet me quede viendo y niegue con su cabeza.

—¿Te sigues metiendo en problemas?

—Ciertamente, ese no es tu problema, Violet.

—Sí, claro que se sigue metiendo en problemas —dice Georgina lanzándome una mala mirada—. ¡Ya no sé qué hacer con él!

—No hables como si no te estuviera escuchando.

—Pues no lo parece —dice antes de desaparecer en su cuarto y volver a salir con su bolso—. ¿Nos vamos, Violet?

Violet niega.

—No, nos vemos luego. Me quedaré un rato.

—No tienes que hacerlo —digo al tiempo que me pongo de pie, pero ella me sostiene de los hombros y, con una actitud desafiante, me vuelve a sentar.

—Creo que ha llegado el momento en que tú y yo hablemos seriamente, y no, no se trata de ti ni de mí, se trata de Heather.

Escucho que Georgina ahoga una exclamación y sale tan rápido de su propio apartamento como si este estuviera prendido en llamas. Violet se sienta frente a mí, tan cercana que no me da tiempo de levantarme y dejarla sola.

Toma varias respiraciones y no pasa desapercibido el tortuoso brillo que sus ojos han adquirido.

—No importa si después de esto terminas odiándome por completo, pero no puedo ver cómo te destruyes por una chica que solamente ha hecho el mayor de los sacrificios por ti, y tú continúas metiéndote en problemas —dice, repentinamente, cubriendo su rostro para luego limpiar el borde de sus ojos.

—Te aseguro que Heather no ha hecho ningún sacrificio por mí.

Ella se descubre el rostro y me mira fijamente.

—Eso es lo que tú piensas, pero ella ha hecho todo esto por ti, y tú sigues arruinándolo todo.

—¿De qué demonios hablas, Violet?

Suspira y toma una larga respiración antes de enfrentarme.

—No te culpo si terminas odiándome por no haberte dicho nada, lo hice porque también te quería proteger. No podía decirte nada porque...

—¡Violet, ve al punto! —gruño.

—El día que Heather terminó contigo, yo supe por qué. —Traga saliva antes de continuar—. Me pasé por la librería para saludarla. En cuanto llegué, Ryle la estaba amenazando; me escondí detrás de un estante para escuchar todo...

La escucho balbucear toda la verdadera historia y cada palabra se estrella en mi interior con una extrema potencia. Descubro las verdaderas razones por las cuales Heather terminó conmigo y me siento como el peor patán de la historia. Todo lo que hizo por mí, y yo la he tratado tan mal todo este tiempo.

—Pudiste haberme dicho algo —murmuro con la voz extrañamente queda—. Eres mi hermana, Violet. Pudiste habernos ahorrado todo este sufrimiento.

Mis manos sujetan tan fuerte el borde de la silla.

—Precisamente por eso no lo hice. Ryle tenía todo a su favor y, si te hubiera dicho algo, lo único que hubiera conseguido habría sido empeorar las cosas.

No importa lo que diga, tuvo la opción de demostrarme cuán arrepentida estaba por lo que hizo y de habernos ayudado. Pasamos un calvario debido a que guardó silencio. Me levanto y estrello contra la pared las manzanas que me trajo; estas golpean un cuadro, lo que provoca que caiga al piso y que su vidrio se haga pedazos. Ver esas piezas me hacen pensar que el amor es muy semejante a eso. Es como una piedra preciosa: deslumbrante a simple vista, pero si la descuidas es tan jodidamente fácil de perder o de ser arrebatada por alguien más; en mi caso, por los demonios que se esconden en mi oscuridad y que he dejado ganar, y no sé hasta qué punto la he arrastrado a ella en esto.

¡Soy un completo imbécil!

—Iré a verla —digo, tomando mi cabeza entre mis manos, al sentirme como el mayor estúpido sobre la faz de la tierra—. La voy a recuperar, así tenga que arrastrarme por el piso.

Violet, inmediatamente, se pone de pie y toma mis manos con desesperación.

—No, no lo hagas. Eso solo tirará a la basura todo lo que ella ha hecho por ti.

—No puedo, Violet. No ahora, que sé toda la verdad.

—Escúchame... —pide viéndome como lo hacía cuando me enojaba con mi papá y ella trataba de hacerme entrar en razón—.... sé que ella está buscando una solución a todo esto; solo dale tiempo.

—¿Tiempo? —pregunto al tiempo que me alejo de ella—. ¿Más tiempo del que hemos estado separados? ¡No! Iré donde ese hijo de puta y destruiré ese video, si es que lo tiene; si no, de igual manera, lo destruiré a él.

Violet corre a ponerse en la puerta de la entrada y a bloquear mi camino.

—Esta vez no dejaré que tú mismo sabotees tu felicidad. ¡Mereces ser feliz, Kilian! Si has soportado estos meses, ¿no puedes hacerlo unos días más?

Gruño y tomo mi cabello entre mis manos.

—¿Y qué pasa si ella no encuentra una solución? Tengo que hacer algo. Violet, por favor, quítate de esa puerta —demando, pero ella no se mueve ni un solo centímetro—. ¡Violet!

—¡Por una vez en tu vida, deja de pensar solamente en ti! ¡Deja de ser injusto con los demás, especialmente con Heather!

Maldigo y me echo hacia atrás, tomo el aire que me falta. Las palabras faltan porque mi mente está ocupada en los pensamientos de impotencia y de rabia que me invaden. Esto es lo que he sembrado por tantos años, es el lugar donde mis demonios han creado su hogar, y yo les di espacio suficiente.

La defraudé, la dejé caer aun cuando no sabía que ella me sostenía. Odio aceptarlo, pero Violet tiene razón: tengo que buscar otra solución y lo único que se me ocurre es regresar al punto de partida. Ya no hay donde esconderme; si quiero conservar la poca luz que hay en ella, debo volver al origen de todo esto y enfrentarme a mí mismo.

—No iré a buscar a Heather —confieso. Me siento tan derrotado como la

mierda—. Iré donde mamá.

Violet me mira de manera como si lo que estoy diciendo fuera la locura del año. Me vuelve a preguntar si lo que he dicho es cierto y, una vez que le aseguro que lo es —hasta casi jurar que no le estoy mintiendo—, se aparta de la puerta y corro hasta mi auto para ir a casa de mamá.

Heather no me perdonará esto. ¿Cómo pude haber sido tan ciego y nunca notar que algo andaba mal? ¡Qué estúpido y que injusto fui con ella! Conduzco a toda prisa y, cuando finalmente he llegado a casa de mamá, pienso, una y mil veces, si esto es lo mejor o si lo correcto es ir en busca de Heather. Pero muy dentro de mí sé que, en estos momentos, no tengo las palabras adecuadas para presentarme ante ella.

Entro a casa y voy directo a su cuarto; mamá está ocupada con su computadora pero, en cuanto me ha visto, cierra el cacharro, sonrío y se levanta para recibirme. Por primera vez en mucho tiempo, no solo permito que me abrace, sino que también la envuelvo en un fuerte abrazo.

—Cariño, ¿qué pasa?

Me conoce lo suficientemente bien como para saber que nuevamente me siento perdido.

—He perdido a la mejor chica que alguna vez encontraré, mamá. Y todo por la mierda que es mi vida.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Las personas que han crecido o, durante un tiempo, han vivido en un hogar roto son las que más me comprenderán, y mi mamá lo hace mejor que nadie. Tener todo el cariño de una familia y que de pronto todo eso cambie, ya sea porque una de las dos personas más importantes —la figura paterna o la materna— dejan de estar ahí, a veces resulta algo insoportable. Cuando mueren, de alguna u otra forma, encuentras la resignación pero, cuando te dejan por formar otro hogar, nunca habrá resignación. Siempre estarán las siguientes preguntas: ¿qué hice mal?, ¿en qué fallé?, ¿no fuimos lo suficientemente buenos como para que se quedara con nosotros? Preguntas que, al nunca encontrar una respuesta, terminan por

consumir tu alma: exactamente lo que me ha pasado a mí.

Al principio, cuando nos enteramos del engaño de mi papá, una de las cosas que pasaron por mi mente fue que mi mamá no había hecho lo suficiente para mantenerlo a su lado; necesitaba culpar a alguien. Pero tan pronto como lo pensé, me arrepentí de culparla a ella, cuando lo único que ha hecho durante toda su vida ha sido estar ahí para nosotros. Así que toda mi furia y mi resentimiento se fueron directamente hacia Violet y hacia Edward Price.

—Tu vida no es como dices, Kilian. Es solo que no has tomado buenas decisiones.

—Es lo mismo, mamá —contesto al tiempo que me separo de ella y camino hacia una silla que está enfrente de su televisor.

Me siento y me quedo viendo hacia ningún punto en específico; está ahí, pero verdaderamente es como una visión mal enfocada. Suspiro varias veces y paso las manos por mi rostro mientras deseo volver el tiempo atrás para cambiar todo, para hacer las cosas bien, para corregir los errores que hoy me carcomen. No importa si aprenderé la jodida lección o no, pero seré feliz y, sobre todo, digno de Heather.

—Cuéntame: ¿quién es esta maravillosa chica que ha logrado que entres en razón?

Ella está sentada en su cama, así que apenas sonrío y me levanto para sentarme a su lado y sujetar su mano. Sé que se sorprende por el gesto, pero no dice nada.

—¿Quién es Heather Fleming? Pues ella es todo lo que una persona como yo no merece, es la chica que siempre estará para ti. No importa lo que hagas; siempre te recibirá con una sonrisa. La mayor parte del tiempo, es testaruda y difícil de prever y es una de las personas más fuertes que conozco. Su mundo puede estar de cabeza, pero deja todo a un lado para ayudarte. Ella, simplemente, es mi todo.

Mi mamá me observa con una sonrisa agrisada y pasa su brazo sobre mis hombros y me acerca a ella. Como todas las mamás que no se conforman con

eso, me pide que le cuente más de Heather, y es lo que hago. Por primera vez, en mucho tiempo, tengo una amplia y abierta conversación con mi mamá.

—Esa chica tiene una gran fortaleza en su interior.

—Es lo que siempre le digo.

—Y tienes un gran ejemplo de bondad y de perdón frente a ti, cariño.

—¿A qué te refieres?

También la conozco a la perfección para asegurar que lo que me dirá me calará hasta los huesos.

—Por lo que me cuentas, le ha tocado unos padres completamente superficiales, que tienen más amor por lo material que por su propia sangre y, si no fuera por su nana o por su hermano, estaría sola. Ella también está lastimada, cariño, pero nunca ha pedido ayuda o ha volcado sus sentimientos en odio, sino que ha luchado por encontrar su propia luz.

Descanso mi barbilla en mi mano y contengo esa opresión que siento en mi pecho y en mi garganta, esa opresión que solo sentía cuando era un pequeño niño.

—¿No crees que no estás listo para ella?

—¿A qué te refieres, mamá?

Toma mis manos cariñosamente y acaricia mi mejilla.

—No es justo para ella que regreses solo para que, en el primer problema que tengan, caigas siempre en los mismo: peleas y todo eso.

Exhalo y siento cómo mi corazón se vuelve a destruir. Tiene razón: por mucho que quiera salir corriendo en busca de Heather, no estoy listo para estar frente a ella. Creo que necesito sanar mis heridas antes de intentar sanar las suyas.

—Tienes razón: en este momento no puedo ser su luz, y mi oscuridad solo hará más grande la suya.

—Tú lo has dicho —dice al tiempo que toma cariñosamente mi rostro—. En este momento no, pero lo serás, Kilian. Estás aquí, hablando conmigo, con una mamá que te ha extrañado durante estos años. Has dado un gran paso.

Entonces, le hago la misma pregunta que una vez le hice a Heather:

—¿Cómo lo haces, mamá? ¿Cómo has podido con todo esto sin romperte en pedazos?

Aparta su mano para limpiar sus mejillas, ahora mojadas por algunas de sus lágrimas.

—No es fácil, por supuesto que no lo es, pero no me di por vencida porque los tengo a ustedes. Tengo que luchar por ti y por Violet.

—Pero una de las personas por quienes luchas es precisamente quien te lastimó; en tu lugar, yo la odiaría por siempre.

—Una madre nunca puede odiar a un hijo, haga lo que haga. No puede odiarlo porque se estaría odiando a sí misma; además, lastimar a los demás, queramos o no, está en nuestra naturaleza, al igual que está en nuestra naturaleza el perdonar, solo que a algunos les resulta más difícil. Pero eso no quiere decir que no sean capaces de lograrlo, y yo sé que tú puedes.

Niego y me pongo de pie. Resulta que todo este tiempo la cobarde no ha sido Heather, sino yo. He sido cobarde al huir de toda esta mierda porque simplemente el dolor es demasiado abrumador, ese dolor que se empeña en permanecer atado a mí.

—No lo sé, mamá. No sé si pueda.

Se levanta de la cama y, con su dedo índice, me indica que le dé unos segundos, y sale de la habitación. Mientras estoy solo, deambulo por todo el lugar hasta estar frente a su mesa de noche, donde el brillo de su cadena de oro llama mi atención. La tomo entre mis manos y recuerdo perfectamente el día en que mi papá se la dio para uno de sus aniversarios. Sus nombres comienzan con la letra E, Ellie y Edward, por lo que precisamente esa letra es la que los representaba, y ese es el dije que ambos usaban, y ella todavía lo conserva. ¿Cómo es posible que puedas dejar de amar a una persona a la que alguna vez le profesaste tu amor verdadero? El corazón no debería de tener ese permiso. Amas o no amas; no debería existir un punto medio.

Hago un mal gesto cuando veo que sostiene entre sus manos la pequeña

cajita donde tontamente guarda las cartas de amor que mi papá le enviaba.

—Oh, no, mamá, no tengo tiempo para vivir de recuerdos.

—Cállate y ven aquí —pide al tiempo que entra a su cama.

Se acomoda bajo las sábanas, pero yo no hago nada para moverme de donde estoy porque verdaderamente he venido para buscar una solución a mi vida y no a escuchar palabras que ahora carecen de un significado.

Impaciente, rueda sus ojos y bufa; golpea el colchón para volverme a indicarme que me recueste a su lado.

—¿Eso es necesario?

—¿Crees que quiero recordar las palabras bonitas que me dedicaba tu papá? ¡Obviamente no, Kilian! Pero esto es muy necesario. —Se ríe mientras habla y también termino riéndome con ella.

Me tienta decirle que debería quemar esas porquerías, pero ¿quién soy yo para pedirle algo así? Derrotado me recuesto a su lado, pero insiste en que me tengo que quitar los zapatos y acomodarme para una larga trayectoria de falsas promesas de amor. Sé lo difícil que es para ella, así que no me quejo ni digo alguna mierda y escucho en silencio una carta de cursilería barata que ha tomado al azar.

No lo entiendo. Él parecía tan enamorado de ella que nunca serías capaz de imaginar que le haría una canallada. O quizás los hombres sabemos cómo utilizar las palabras en contra de las mujeres, sabemos qué decir para que ellas caigan a nuestros pies y, la verdad, eso es una mierda. No quiero decirle palabras como esas a Heather y pensar que en un futuro no las cumpliré. No quiero ser como mi papá o como la mayoría de los hombres en este mundo. Quiero tenerla a mi lado por siempre.

Ya he tenido suficiente y ni de broma puedo seguir escuchando, así que le quito la nueva carta que está leyendo y la vuelvo a guardar en la caja. Por la forma aliviada en la cual respira, sé que ella lo estaba esperando ansiosa.

—No sé cuál es tu punto, mamá; solo te diré que no está funcionando en nada.

—Mi punto es que hay dos cosas de las cuales nunca podremos huir: del tiempo y del amor. Y precisamente el amor es el único capaz de hacernos tocar fondo o de sacarnos de él. Cuando pasó todo esto, creía que no podría con lo que vendría después de un divorcio; no solo perdí a mi esposo, también perdí a mis hijos, y te aseguro que me costó muchísimo poner una sonrisa frente a ti, en especial cuando la tuya había desaparecido.

—Mamá...

—Escúchame —pide levantando su mano, lo que hace que me calle—. Estaba tan asustada de todo ese proceso... Tu papá y tu hermana, dejando la casa; tú, metido en carreras ilegales; toda mi identidad y cada parte de mí estaban destruidas en millones de pedazos. Y sí: lloré lo que tuve que llorar. Pero entonces, un día, me levante y dije: «No más». Lo hice por ustedes y por mí misma porque, como amaba a tu papá, también me amaba a mí misma. ¿Crees que lo hubiera conseguido si no hubiera perdonado todo?

Bajo la mirada hacia la cajita y murmuro un «No» cuando entiendo lo que trata de decir.

—¿Te das cuenta? La única manera de volver a encontrarnos no es buscando lo que solíamos ser, sino perdonando lo que nos llevó a ser de esta manera y, finalmente, amándonos por lo que somos ahora.

Suspiro pesadamente y estoy a punto de decirle que no es fácil, pero no lo hago porque no tengo que recordárselo cuando ella lo sabe perfectamente.

—El perdón no llega con un solo golpe —asegura—, pero ya has lanzado el primero de muchos y has encontrado a alguien para amar y para amarte, Kilian. No te detengas, no ahora.

Y es en ese momento cuando te das cuenta de que toda tu existencia se reduce a amar y perdonar. Todas las personas a mi alrededor han puesto sus fuerzas y esperanzas en mí al perdonarme una y otra vez, en especial Heather. ¿Es que acaso yo, una persona que ha sido perdonada incontables veces, no soy capaz de perdonar ni de buscar el perdón por todo lo que he hecho?

Si una persona dañada es capaz de ser reparada y de tener un nuevo

comienzo, esa persona quiero ser yo. Por mi mamá, por Heather y por mí.

Capítulo 27

SALIR DEL BOSQUE

Heather

Ryle está frente a mí. Desde su chantaje siempre imaginé cómo sería su rostro cuando Thiago y yo encontráramos la manera de enfrentarlo. He esperado tanto tiempo por este momento que quisiera pincharme a mí misma para recordarme que esto está pasando, que frente a mí está un Ryle Hughes completamente acabado y sin salida.

—Entonces, ¿quieres que anónimamente estas pruebas lleguen a la policía estatal?

Ryle observa furioso a Thiago, con sus manos empuñadas. Y Thiago, bueno, él sencillamente luce como el jodido abogado del diablo, tan seguro de que esta vez somos nosotros quienes tenemos atrapado a Ryle.

—No, por supuesto que no.

—Entonces, dame el supuesto video —exijo.

—No lo tengo.

—¿Cómo que no lo tienes? —grita Thiago al tiempo que se acerca a él—. ¿Qué has hecho con él?

—No lo sé.

—Mira, niño estúpido, ya no estamos para tus juegos. Si a ti te vale ver a tu familia en problemas, a mí me valdrá mucho más —dice Thiago y me toma de la mano para salir del campus de fútbol, donde me he citado con Ryle.

Todo el mundo está tan enfrascado en la banda que está sobre el escenario que, por suerte, no nos prestan atención. Thiago solo incrementa el paso y yo solo quiero que se detenga porque necesito enfrentar a Ryle y exigirle que acabe con esto de una vez por todas.

—Espera —lo escuchamos decir. Ambos nos detenemos al mismo tiempo y nos giramos, una vez más, hacia él—. No lo tengo porque ese video nunca existió.

Saco el aire que estos meses he estado conteniendo, y el alivio es tan increíble. Thiago me observa igual de feliz y me da un apretón de manos. Quiero darle un gran abrazo y adorarlo por lo que acaba de lograr. ¡Jamás podré decirle cuán agradecida estoy de que sea mi hermano!

—Te das cuenta de lo inmundo que eres, ¿verdad? —digo cuando nos hemos encaminado hacia Ryle nuevamente—. Todo este tiempo, te has regodeado de tenerme retenida, sin poder encontrar una salida, pero todo lo malo acaba, Ryle, y tu tiempo se ha acabado.

Abre su boca para decirme algo, pero hay una cosa que he deseado hacer desde un tiempo, por lo que no lo pienso mucho y alzo mi puño hacia él y logro engancharlo en su mandíbula tan fuerte que, en cuanto mi mano está de regreso, duele fatalmente.

—¡Ooh, hermanita! ¡Qué golpe! —escucho exclamar a Thiago con euforia—. Oh, y ni creas que te daré estos papeles; digamos que lo guardaremos por precaución.

Se encamina unos pasos hasta Ryle y él sí que le da el puñetazo del año. Abro mi boca en sorpresa y lo único que quiero hacer es echarle todas las porras a mi hermano.

—Se arrepentirán de esto —nos amenaza mientras se sostiene la quijada, que ha recibido dos golpes seguidos esta misma noche, y sale de nuestro alcance tan rápido como un relámpago.

—¡Dios!, mi puño duele horriblemente; sin embargo, volvería a hacerlo una y otra vez —comento sonriendo a pesar del dolor.

—Duele, ¿no? Pero le diste uno bueno. Ahora, ve a buscar a Kilian —me anima, y es lo que hago no sin antes darle un gran abrazo. ¡Es el mejor hermano que alguna vez tendré!

Probablemente Kilian no esté aquí, así que intento salir del lugar tan rápido como puedo, apartando gentilmente a los estudiantes que se encuentran disfrutando del concierto de bienvenida. Pero siento una menuda mano en mi brazo que me hace detenerme; pienso que podría ser alguien que me ha confundido, pero jamás he imaginado que se trataría de esta chica. Georgina.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunta vacilante.

—Creo que tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Por supuesto que tenemos de qué hablar. —Me toma del brazo y me saca de entre la multitud.

¿De qué tiene que hablar conmigo? Juro que, si trata de burlarse de mí, será algo con lo que no podré. Finalmente se detiene bajo una pequeña caseta y se gira furiosa hacia mí.

—No sé qué demonios tratas de hacer con la vida de Kilian, pero te advierto que le estás haciendo mucho daño y no pienso permitirlo.

—No sé a qué te refieres —miento al tiempo que me siento totalmente devastada por sus palabras.

¿Acaso ahora están juntos nuevamente?

—Ja. Eres una total hipócrita —lanza molesta—. El tipo no para de meterse en peleas y problemas por tu culpa, y tú sales con esa estupidez. ¿Qué es lo que pretendes hacer con él?, ¿arruinarlo? Porque, si esa es tu intención, déjame decirte que lo estás logrando.

Es como si mi corazón descendiera desbocado de su lugar y quisiera salir huyendo lejos de mi alcance, lejos de los daños que estoy creando a mi alrededor, daños que le estoy provocando a Kilian. Mi Kilian.

Intento marcharme, pero ella me lo impide.

—Arruinarlo es lo que menos quiero —contesto—. No sé si están juntos, pero puedes estar tranquila: todos nuestros problemas se han acabado.

Ella bufa y rueda sus ojos exasperada.

—No, no estamos juntos, pero créeme: si Kilian no estuviera tan enamorado de ti, intentaría algo con él. Aunque es tuyo aun cuando lo estás haciendo sufrir.

No contesto porque sencillamente no le creo nada. Ella lo intuye y me enfrenta.

—Escúchame... Sí, él y yo tuvimos una clase de lío, pero eso fue antes de ti. Yo no sabía de tu existencia ni cuánto te habías adueñado de él hasta hace apenas unos días, que llegó todo golpeado a mi apartamento. Kilian no es de las personas que cuenta su vida con total facilidad; conmigo lo hizo ¿y sabes por qué? —Muevo mi cabeza en negación—. Está totalmente desesperado, chica. Lo tienes al filo de la línea y no negaré que me duele verlo así; me duele porque, aunque él nunca me tomó en serio, yo sí y lo quiero.

Es todo. No necesito escuchar sus palabras para que luego mi mente cree un escenario, el cual terminará torturándome más que los otros recuerdos de nuestra separación. Una vez más, me dispongo a dejarla sola, pero su empeño en hacer que la escuche podría ser admirable si fuese en otra ocasión.

—Déjame terminar, por favor. No soy tonta, sé que jamás tendré una oportunidad con él. Eres tú quien ocupa su corazón, y no seré la villana de tu historia: te ayudaré si necesitas algo, pero no me quedaré de brazos cruzados viendo cómo lo destruyes.

—Te juro que nunca he pretendido destruirlo.

—¡Pues es lo que parece! —exclama—. Tú no lo has visto; he sido yo quien lo he escuchado llegar en la madrugada, apenas sosteniéndose por sí solo a causa del alcohol, maldiciendo tu nombre hasta quedarse dormido. Ni siquiera quiere regresar a la fraternidad porque, entonces, te tendría más cerca y ni con eso puede lidiar.

1,2,3,4,5... No importa cuántas veces cuente, no importa cuántas exhalaciones tome: nada puede aliviar el dolor que sus palabras están provocando en mi interior. Para todos soy la malvada, la chica que está

destruyendo al que una vez fue el indestructible Kilian Price, pero muy pocos conocen las verdaderas razones de mis actos.

—No lo entiendes, y nadie lo entenderá.

No tengo por qué darle explicaciones a ella, así que es todo lo que le digo y esta vez logro salir del lugar sin que ella me detenga.

Me apresuro a subir al auto y otra vez vuelvo a llorar, pero esta vez lo hago porque presiento que en estos meses él me ha llegado a odiar demasiado que no tiene caso reparar lo nuestro. Él nunca ha intentado buscarme y hablar por, al menos, unos segundos, y me hace pensar que, por lo que me ha dicho esta chica, quizás salir del bosque es mejor que intentar volver a él. Quizás eso es lo que piensa Kilian; quizás todo se ha ido por la borda, y el ancla que nos mantenía a flote se ha desprendido de nuestro barco.

Capítulo 28

LUCIÉRNAGA

Kilian

«Si no puedes perdonar por amor, perdona al menos por egoísmo, por tu propio bienestar», dijo una vez Dalai Lima. Esta cita me la mencionó mi psicóloga en una de mis sesiones, y desde ese día no dejo de repetirla en mi mente.

Durante los últimos cuatro años de mi vida, no sabía hacer otra cosa más que cargar con odio en mi corazón. Creí que nada cambiaría o mejoraría para mí; la oscuridad, simplemente, crecía con cada día que pasaba y yo dejaba que me consumiera. El veneno que provocaba mi odio se regaba por todo mi cuerpo, convertía todo mi alrededor en algo meramente destructivo y anulaba los sentimientos que era capaz de albergar como un ser humano. Parecía que era para lo que había nacido y pensaba que nunca encontraría una escapatoria, pero todo eso cambió cuando Heather Fleming apareció en mi vida. La chica que, poco a poco, me dio esperanzas.

Desde la primera vez que conversé con ella, tuve una clase de presentimiento; en ese momento pensé que era malo, pero ahora me doy cuenta de cuán equivocado estaba. Más bien se trató como de un aviso que me aseguraba que mi vida cambiaría por completo, tal y como esos encabezados alarmantes que aparecen en los noticieros cuando se espera que un desastre natural dé paso a otro más fuerte. No tenía ni idea de lo importante que su

presencia sería para mí y, en cuanto sentí algo por ella —como siempre—, traté de sabotearme al intentar alejarla de mí; ni siquiera quería que realmente fuéramos amigos.

Jordan y Ralph constantemente me preguntaban por qué no me refería a ella de la forma en la cual me refiero a las demás chicas. Siempre supe la respuesta, pero ahora lo veo claramente: nunca le dije «cariño» o alguna clase de recurso barato porque sabía que ella era diferente. No merecía un apelativo común; me gustaba muchísimo más llamarla por su nombre. Nunca había amado a nadie con la misma intensidad con que la amo a ella. Por más que me negaba a aceptarlo, por más que me negaba a cederle ese control, terminé por enfrentar lo inevitable: mi corazón cayó rendido ante ella.

Todavía puedo recordar la primera vez que se quedó a dormir en mi cuarto. La contemplé toda la noche y ni siquiera me atreví a meterme en mi propia cama porque me provocaba demasiadas sensaciones con las cuales no podía lidiar. También me acuerdo de cuando me vio pelear con Asher y estaba tan aterrada y molesta conmigo. ¿Cómo es posible que, a pesar de todo, ella haya insistido en quedarse a mi lado? Heather Fleming se ha encargado de meterse no solo en mi vida, sino en cada uno de mis pensamientos, y ha logrado llegar a mi corazón. Para cuando se fue adentrando en la oscuridad de mi vida, sabía que tenía que encontrar una luz, por ella y por mí.

No fue fácil aceptar que necesitaba ayuda, incluso continuaba negándolo en mis primeras sesiones con la psicóloga, pero, conforme sus palabras se fueron metiendo en mi vida y despertando a mi subconsciente, me di cuenta de que yo no tenía la razón. En las sesiones posteriores, hicimos un recorrido por lo que ha sido mi vida, desde que era un niño, la llegada de Violet, nosotros creciendo juntos... toda nuestra vida hasta que llegamos a mi detonante, al detonante de mi guerra interna. No sé cómo lo hizo, pero en una de las sesiones cerré mis ojos mientras revivía cada una de las cosas que he pasado... Demonios, ni siquiera me reconocí a mí mismo.

Arrestos por destruir el consultorio de mi papá, por hacer añicos el vidrio

del auto de esa zorra, por la primera gran pelea en la cual me metí, por no hacer lo que me pedían las autoridades. He vivido a través de las heridas todo este tiempo, cargando con un odio que me impedía ser feliz, pero del cual he tenido suficiente.

Me rehusaba a perdonar a Violet o a Edward porque creía que al hacerlo les estaba dando la razón de que estaba bien lo que habían hecho —cuando sigue lejos de estarlo—, pero gracias a mis terapias me he dado cuenta de que eso no es lo que conlleva el perdón, sino que perdonar significa dejar ir todos los sentimientos negativos que me causan tanto dolor. Según mi psicóloga, el proceso del perdón —en mi caso— no es algo que lo lograré de la noche a la mañana. Sé que estoy lejos de estar donde en verdad quiero, pero si algo sé con seguridad es que quiero llegar a ser esa persona al lado de Heather.

A pesar de todas las noches en las cuales no pude dormir, repitiendo su nombre en mis labios y dibujando su rostro en mi mente, no me arrepiento ni un jodido segundo de haberme alejado de esa manera. Hoy, más que nunca, sé que lo tenía que hacer y podría decir que estoy orgulloso de haber tomado esa decisión, de haber escogido su felicidad y su paz por sobre las mías, pero estoy listo para recuperar a mi chica, para recuperar al amor de mi vida.

Antes de golpear a la puerta de su habitación, lo único que me pregunto es si ella estará lista para volver a casa. Malditamente me aterro solo de pensar una respuesta negativa.

Afuera parece que está sucediendo un aluvión con la lluvia del demonio que no quiere cesar y, ya que unas palmeras han caído sobre los principales paneles de luces que abastecen a la residencia, ahora todo se encuentra a oscuras. Uno de los ejercicios que he aprendido en mis terapias es que, cuando me sienta aterrado por algo, simplemente cuente hasta tres y actúe. Y es lo que he hecho en este momento: contar hasta tres y llamar a su puerta.

Toda la residencia está en total silencio. Ella grita para decir que abrirá en un momento, y literalmente puedo escuchar los latidos de mi corazón, que parece que se va a salir de mi pecho. Será la primera vez que la volveré a

tener a tan solo unos centímetros, y seré capaz de verla a los ojos y hablarle, sin tener que huir una vez más, como lo he estado haciendo cada vez que la he encontrado en algún lugar del campus y he cambiado mi rumbo porque no puedo resistir estar cerca de ella y saber que no soy digno de su amor.

Maldición, nunca he estado tan nervioso en toda mi vida a como lo estoy ahora. Creo que jodidamente dejo de respirar cuando la puerta se abre y frente a mí tengo una chica con el rostro iluminado gracias a la pantalla de su celular, que ha estado sonriendo hasta que me ha visto y su sonrisa ha desaparecido.

—¿Kilian? —murmura tan confundida y temerosa como si frente a ella estuviera un fantasma—. ¿Qué... qué haces afuera con toda esta lluvia?

Bajo la vista hasta mis deportivos, completamente empapados, incapaz de decirle a lo que he venido. Cuando vuelvo a verla, su rostro todavía sigue iluminado por su celular, y lo observo sin poder evitarlo. Noto que estaba viendo un video que tiene por encabezado: «Las caídas más chistosas».

—¿Eran completamente chistosas?

Frunce su ceño, sin entenderme del todo, por lo que señalo su celular y capta lo que he preguntado. Sonríe y lleva un mechón de cabello detrás de su oreja. Está nerviosa; eso es algo bueno, ¿verdad?

—Muy chistosas —contesta risueña.

—Ya.

Nunca me he considerado un torpe, pero en este momento sé perfectamente que hay un millón de cosas que deseo hacerle saber, pero no tengo una jodida idea de cómo comenzar.

—Tú estás completamente mojado —dice señalándome—. ¿Te gustaría pasar?

Sí, estoy completamente mojado porque, antes de entrar a la residencia, pasé un buen rato fuera de esta dándome el valor interno, que nunca me ha faltado, para poder entrar y tratar de recuperarla.

—¿No te molesta?

—Por supuesto que no.

Da un paso al lado de la puerta para darme espacio para poder entrar. En cuanto estoy dentro, todos los recuerdos que creamos aquí —tanto buenos como malos— me golpean uno tras otro, y tengo que respirar para poder mantenerme en control. Ella se mueve con soltura a través de su habitación y abre su armario para darme una gran toalla blanca.

—Supongo que esto servirá.

La pequeña lámpara recargable es la única que alumbra su habitación, pero con eso tengo suficiente para ver sus ojos y volverme a perder en ellos como si fuera el primer momento. Sus mejillas están sonrojadas, quizás por las risas que le han provocado esos videos, o porque de alguna manera ella ha estado bien sin mí. Y realmente espero que sea así, porque no soportaría pensar que ha sufrido todo este tiempo. Yo lo tengo jodidamente merecido, pero ella no.

—Sí, claro que sí.

Completamente insegura, mira toda su habitación como analizando qué debería hacer o no y, después de quedarse pensativa, toma la silla de su escritorio y la lleva frente a los pies de su cama y me hace la seña de que me siente. Lo hago y ella toma lugar en su cama.

Seco mi cabello con la toalla que me ha proporcionado y torpemente se me escapa de las manos algunas veces. Escucho que ella se ríe y, cuando la observo, rueda sus ojos y se levanta para continuar con mi tarea. Ni siquiera me está tocando como tal, y me ha cortado la respiración.

—Listo —asegura, algunos segundos después; echa la toalla sobre mis hombros y se vuelve a sentar en su lugar, a los pies de su cama, a tan solo unos escasos centímetros de distancia.

Bueno, es mi momento.

—Yo... he venido porque necesitamos hablar.

Su sonrisa, poco a poco, se desvanece como lo ha hecho hace algunos segundos.

—¿Y de qué quieres hablar?

—De nosotros.

—¿Todavía hay un «nosotros»?

No podría decir si su tono está lleno de curiosidad o de acusación.

—Siempre ha habido un nosotros, Heather.

Gira un momento su rostro y me quita el acceso a él.

—Si tenemos que hablar, quiero ser la primera, ¿de acuerdo?

En realidad, tengo muchísimo miedo de que ella sea la primera en hablar.
¿Qué tal si solo me dice que se ha cansado de mí?

—Todo lo que hice tiene una explicación. Nunca te dejé porque quería estar con Ryle, sino porque...

—Lo sé todo —susurro.

—¿Qué es lo que sabes? —apenas logra preguntar. Parece como si el miedo la haya invadido y, en cualquier momento, caerá de rodillas a llorar.

—Por qué me dejaste, los chantajes de Ryle. —Bajo la cabeza y paso una mano por mi cabello—. Me enteré hace unos tres meses, el día del concierto de bienvenida. He sido un estúpido.

Cuando alzo mi vista, ella me observa sin dar crédito a lo que he dicho.

—No entiendo por qué Thiago te lo dijo; me correspondía a mí hacerlo. No entiendo qué es lo que pasó para que no cumpliera su promesa.

¡No puedo creer que todos se hayan enterado menos yo! Qué ciego y estúpido he sido.

—No fue él quien me lo contó.

—¿Entonces? —pregunta confundida.

—Fue Violet.

—¿¡Violet!?! —exclama—. ¿Cómo es eso posible? Lindsay y Thiago eran los únicos que sabían todo esto.

Le digo todo lo que me dijo Violet. Esa tarde ella iba a pasar a saludarla en la librería; cuando entró, vio que Ryle la tenía sujeta de la mano y estaba amenazándola. Se escondió detrás de un estante y escuchó toda la discusión; decidió no decir nada porque sabía que guardar silencio, supuestamente, sería lo mejor para mí.

—Pero ella no tiene ninguna justificación, Heather. Ella sabía todo y se quedó callada.

—Kilian, es tu hermana y solo quiso protegerte, al igual que yo. No puedes culparla por no decirte nada; sé que en el fondo sabes que tengo razón.

No contesto nada, porque sinceramente creo que ellas tienen razón. Si me hubiese enterado de todo cuando pasó, hubiese ido por Ryle y, probablemente, a estas alturas, yo estaría en prisión.

—Lamento todo esto, Heather. Lamento que hayamos pasado unos terribles meses por ese imbécil, lamento haberte echado la culpa de todo cuando tú solamente intentabas protegerme.

—Lo hice por ti, Kilian. Todas las palabras hirientes las dije por ti, las noches de llantos las sufrí por ti... —No puede continuar porque su voz se corta.

Me levanto apresuradamente y me siento en su cama; no dudo ni un segundo cuando la tomo del brazo, la jalo hacia mí y la siento a horcajadas sobre mi regazo. Observa hacia otro lado, por lo que pongo mis manos en su espalda baja y la acerco a mí para besar su mejilla. Noto que ella contiene la respiración.

—Te juro por mi vida que lo siento tanto —digo—. Tú tenías un propósito para herirme, y lo único que yo hice fue lastimarte en venganza.

—Fue horrible tener que decirte todo eso cuando no lo sentía —musita y toma una gran respiración antes de verme fijamente—. Yo te amo, Kilian, y no sabía los sacrificios que se pueden hacer por amor hasta que te conocí. Te juro que lo haría una y otra vez si se trata de protegerte.

No tengo las palabras correctas para poder expresar lo que mi corazón y mi alma sienten ante sus palabras. «Yo te amo, Kilian». ¡Dios! Pensé que jamás sería digno de escuchar esas palabras. Pensé que nadie me llegaría a amar, pensé que era un sentimiento que nunca encontraría, pero aquí está ella, una chica con la que conecté en un nivel inimaginable y una chica con la cual quiero vivir lo que me queda de camino. Amo a Heather Fleming y ojalá nunca

más vuelva a dejarla caer; no quiero volver a fallarle.

—Soy yo quien te tiene que proteger de todo y de todos, Heather, y he fallado. Me di por vencido; fuiste tan contundente que creí todas y cada una de tus palabras —murmuro al tiempo que siento cómo una lágrima se escapa de mi ojo; ella trata de limpiarla, pero aparto su mano porque quiero que vea que todo este tiempo también he sufrido.

Ella frunce sus labios y ahoga un suspiro.

—Lo siento desde el fondo de mi corazón —vuelve a decir.

—Soy yo quien siente todo lo que ha hecho.

Puedo ver que está mordiendo su labio inferior; eso es solo una señal de que está conteniendo las ganas de llorar, por lo que, sin pensarlo muy bien, quito la toalla de mis hombros, la cual cae en la silla, y tomo sus manos entre las mías. Mi movimiento ha hecho que ella dé un respingo y que cierre sus ojos. Con delicadeza, poso mis dedos en su mentón y hago que me vea; ella no se resiste y terminamos viéndonos fijamente.

—Cuando supe lo que verdaderamente pasó, estuve a punto de correr de nuevo hacia ti, pero me di cuenta de que probablemente terminaríamos en una situación así por el estilo de vida que llevaba; por eso no te busqué. He pasado tres meses intentado arreglar mi vida, Heather. Eres lo mejor que me ha pasado y sé que conseguir tu perdón tomará mucho tiempo. Yo, mejor que nadie, lo sé, pero también sé que puedo obtenerlo y por eso estoy aquí.

Esconde su rostro al descansar sobre mi hombro, envuelve sus brazos alrededor de mi cuello y me abraza sin importar lo mojado que estoy a causa de la torrencial lluvia, que no deja de caer.

—Eso es lo que me he repetido, Kilian: que todo tenía que pasar de esa manera, que tenía que soportar tus miradas de odio cada vez que nos encontrábamos en la universidad. Luego, simplemente, no volví a verte y creí que se debía a que me habías terminado de odiar por completo.

—Jamás. Evité que nos encontráramos porque, al saber toda la verdad, era más fácil ir por ti, pero no estaba listo.

—Bueno, pero yo no dejaba de preguntarme qué era lo que había cambiado. Incluso, en esos momentos, te empeñabas en herir mi corazón, y no se supone que le hagas eso a la persona que amas.

—¿Y no se supone que las peores heridas del corazón son hechas en nombre del amor?

—Entonces, todo este tiempo he tenido razón al decir que el amor es una mierda —responde con total seguridad—. Cada noche me he obligado a tratar de comprender por qué siempre intentaste alejarme, incluso cuando apenas nos estábamos enamorando.

La interrumpo y tomo sus hombros para alejarla de mí para que ambos podamos vernos. Niego una y otra vez con mi cabeza.

—Te quería desesperadamente en mi vida, pero sabía que no te podías quedar en esa etapa, la cual continuaba llena de oscuridad. Ahora mismo estoy en terapia psicológica, y no estoy aquí para decirte que ya estoy completamente bien, porque estoy lejos de estarlo. Mucho menos podría decir que todas mis heridas han sanado, pero quiero sanar a tu lado y que tú sanes a mi lado. Quiero que ambos nos reconstruyamos juntos, porque estoy seguro de que podemos lograrlo.

—¿Y qué pasará si no lo logramos? Nuevamente te aterrará y harás eso que tanto se te da bien: alejar a todos.

—Aunque lo odiamos, alejarte fue una de las mejores decisiones que he tomado en toda mi vida y, gracias a eso, me di cuenta de que nunca más quiero dar una batalla solo, sobre todo cuando el destino, de alguna manera, me ha recompensado al traerte a mi vida.

Odio que vea mi rostro y no crea en nada de lo que lo estoy diciendo, pero ¿por qué lo haría?, si siempre termino defraudándola.

—Sé que no me crees —continúo—, así que solo déjame demostrártelo, y verás que no te estoy mintiendo. No te prometo un futuro libre de errores, pero sí te puedo asegurar que enmendaré cada uno de ellos y que lo afrontaremos juntos.

—Yo... no lo sé.

La angustia que siento al verla desarmada e insegura, simplemente, es indescriptible.

—Seré tu luz si es lo que necesitas, o podría ser la oscuridad que haga que la tuya busque desesperadamente la luz.

Logro que sonría.

—Luz. Quiero luz, aunque un poco de neblina no estaría mal.

También logro sonreír y acaricio su mejilla.

—Te conquistaré cada día de mi vida, Heather Fleming. Haré todo lo que pueda para recuperar tu confianza y tu amor.

—Ese es el problema: mi amor siempre lo has tenido, Kilian.

—Entonces, recuperaré tu confianza y nunca daré nada por sentado —musito al tiempo que limpio sus mejillas, a sabiendas de que mis manos están malditamente heladas y temblorosas—. No he terminado de amarte y estoy seguro de que nunca podré hacerlo. Quiero volver a intentarlo.

—También quiero volver a intentarlo —murmura, y sus palabras le dan un vuelco a mi corazón en recuperación—. Solo pediré una cosa.

—Lo que quieras, Heather.

Cierra sus ojos y toma una larga respiración.

—No hagas que me arrepienta.

¿Alguna vez has sentido una clase de alivio celestial? Yo nunca lo había experimentado, pero podría decir que lo que siento en este momento sería algo similar. Ella está dispuesta a volver a intentarlo, está dispuesta a darme el beneficio de la duda, aun cuando tiene temor e inseguridad. Está dispuesta a que tengamos un nuevo comienzo, y juro por mi vida que esta vez no lo arruinaré.

Llora y se inclina para besarme. Coloco las manos en su trasero para acunarlo y para acercarme todavía más a ella, y así poder abrazarla.

—Te he extrañado a tal punto que llegué a pensar que estoy totalmente loco. Arreglaremos lo nuestro y no dejaré que Ryle te tenga en sus manos.

—También te he extrañado, y Ryle ya no es un problema —asegura con una sonrisa llena de alivio.

—¿Por qué? No creo que ese imbécil se dé por vencido tan fácilmente; es una rata y... —Pone su dedo índice sobre mis labios.

—Thiago me ayudó durante estos meses para encontrar su punto débil; parece que cuida muy bien su espalda, pero su padre no lo ha hecho. Investigó a toda la familia Hughes, y resulta que han estado evadiendo impuestos por muchos años, han dado ayuda a organizaciones benéficas fantasmas, y todos sabemos que eso conlleva a la cárcel. Fue nuestra carta.

—Y Ryle, obviamente, no permitiría que su familia perdiera todo.

—Exacto, por lo que Ryle Hughes y sus chantajes se pueden ir a la mierda.

—Thiago es un puto genio.

Sonríe.

—Sí que lo es. También es el mejor hermano.

Saber que no estuvo pasando por esta mierda sola me da un alivio inmenso. Alivio es la palabra en la cual no dejo de pensar.

Jamás volveré a darme por vencido ni con ella ni conmigo ni con el mundo que nos rodea. Y cuando algo no ande bien, seré el primero en levantarnos antes de que siquiera podamos tocar el piso.

Mis manos, acunando su rostro, recuerdan que es para esto que han sido creadas y, cuando mis labios rozan los suyos, estos reafirman que es la única chica, sobre la faz de la tierra, a la cual le serán fieles y devotos.

Nos acomodamos en su cama, y ella se encarga de arroparme con su manta rosa. Estar así, recostados y tan cerca, se siente malditamente como un sueño, y me estoy proponiendo que nunca haré el mínimo intento por despertarnos.

Antes de ella todo era ruidoso; ahora hay un silencio perfecto, que es como una melodía acompañada por los latidos de su corazón. Heather ha llegado a mi vida como si se tratara de una luciérnaga que ha iluminado mi oscura existencia y, cada vez que la miro a los ojos, tengo la plena seguridad de que ambos estaremos bien.

—Nunca pensé que encontraría este sentimiento —murmuro.

Heather levanta su rostro y se acerca a mí para dejar un beso en mi mejilla, y aprovecho la oportunidad para atraparla entre mis brazos, lo que hace que se ría.

—Yo tampoco. Considerémonos suertudos.

—Definitivamente yo lo soy.

Ambos sonreímos y, sin poder evitarlo, la beso. Heather maldice cuando la lámpara recargable, lentamente, reduce su intensidad hasta apagarse por completo y dejarnos a oscuras.

—¡Dios! Solo espero que esta lluvia cese o que se encarguen de arreglar el tendido eléctrico porque no me gusta dormir sola bajo estas situaciones.

—¿Qué hay de Lindsay?

—Digamos que no pasa mucho tiempo aquí.

—Qué bueno que finalmente ese triángulo amoroso ya no exista.

—Dímelo a mí. Elegir entre Thiago y Jordan no fue algo fácil para ella —asegura acompañada de un gran suspiro.

Me permito abrazarla por todo este tiempo separados, y ella me abraza con la misma intensidad. Rio cuando maldice porque a su celular solo le queda veinticinco por ciento de carga, y cree que eso no le durará toda la noche. ¡Cómo extrañaba sus maldiciones! Tomo la oportunidad y le pido que pase la noche conmigo en mi nuevo apartamento.

—Me encantaría. Me he estado preguntado cómo es.

—¿Así que sabes que tengo un nuevo apartamento? —pregunto tratando de molestarla.

—¿Crees que no he sido tan masoquista como para estar al tanto de noticias como esas?

—Bueno, hemos sido dos masoquistas.

Sonrío y creo que ella también lo hace.

—Siempre he tenido miedo de que me olvides —confiesa.

—Y yo he tenido miedo de que te vuelvas a enamorar.

—No, eso es imposible —asegura.

—Ahora lo sé.

Me abraza y yo lo hago todavía con más fuerzas, como si nunca pudiera tener suficiente de este valioso momento.

—Supe que has hablado un poco más con Violet y que te has acercado muchísimo a tu mamá.

Asiento y aprovecho el momento para ponerla al tanto de mis avances. Sí, es cierto que he estado hablando con Violet más de lo que lo hacía antes, pero no termino por cerrar heridas. Con mi mamá es diferente: ella nuevamente es parte de mi vida, y eso me hace sentir muy bien... En cambio, con mi papá... bueno, eso me tomará muchos años.

—Pero no quiero hablar de eso justamente ahora, Heather. Prefiero enfocarme en nosotros. Oh, y arregla una pequeña maleta: quiero que me acompañes a hacer unas cosas mañana.

—Claro —contesta rápidamente, animada.

Aprovecho de que no ha salido de la cama y la atraigo contra mí y vuelvo a besarla, mientras me repito que esto no es un sueño y que ella en verdad está a mi lado, una vez más, lo que me permite creer en la cursilería de los «felices por siempre». Simplemente es todo lo que quiero a su lado y ahora entiendo por qué todas las chicas quieren un amor como el de Romeo y Julieta.

No es por el final trágico, sino porque todas, incluso nosotros, anhelamos encontrar un amor que nos consuma hasta los huesos, tal como pasó con ellos; un amor que nos saque o que nos lleve a la oscuridad; un amor que convierta esa oscuridad en luz, que nos haga olvidar los momentos de pena y los convierta en sonrisas y finalmente... cree un amor que sea capaz de luchar contra todo. No hay nada más que quiera en esta vida que ella sea la dueña total y única de mis días y de mis pensamientos por lo que resta de nuestras existencias.

Heather Fleming ha llegado a mi vida para enseñarme el significado del perdón y del verdadero amor; me ha recordado lo que es vivir y lo magnífico

que se siente tener la capacidad de amar; me ha entregado su corazón y yo le he entregado el mío de la misma manera.

Capítulo 29

ROJO COMO LA SEDUCCIÓN

Heather

—Maldito clima —maldice Kilian en cuanto entramos a su nuevo apartamento.

—Oye, no maldigas el clima —bromeo al tiempo que sacudo mi cuerpo al intentar quitar el escalofrío que la temperatura helada de la ciudad me ha provocado.

Kilian me ayuda a quitarme la chamarra que llevo puesta y la deja escurriendo sobre el respaldo de una silla de metal. Se da cuenta de lo friolenta que me encuentro y se coloca detrás de mí, me abraza y frota mis brazos para ayudarme a entrar en calor. Aprovecho y me acerco todavía más a él.

—Creo que te gustará el apartamento —murmura, muy cerca de mi oído, y muerde mi lóbulo juguetonamente.

—Creo que me gustará más la recámara.

Él se ríe y besa mi mejilla; a continuación, me da un recorrido por todo el apartamento. Es muy bonito, no es tan pequeño, pero el bajo precio es casi de locos agregando que está en una buena zona de Los Ángeles. La sala y la cocina resultan ser muy acogedoras, pero, en definitiva, la recámara es lo que más me gusta y, por el pequeño balcón que posee, puedo asegurar que la iluminación en el día es increíble.

—¿Te gusta? —pregunta expectante.

—Muchísimo. ¿Cómo es que finalmente te decidiste en dejar la fraternidad?
Se encoge de hombros.

—Te lo dije: he hecho muchos avances y creo que sabes que estaba ahí solo por llevarle la contraria a Adrien Kennedy. Ya era hora.

Sonrío y lo abrazo, sin importarme que su ropa todavía esté húmeda. Me quedo en silencio por varios segundos, pensando en cuánto se está esforzando por ser una mejor persona, y eso me hace amarlo mucho más.

Vuelvo a ver hacia el balcón y ya puedo visualizarme sentada ahí, con un buen libro entre mis manos.

—¿Qué tanto piensas?

—En que ese balcón será mi lugar preferido para leer.

—Me da muchísimo gusto escucharlo, porque fue por eso mismo que decidí quedarme con él.

Levanto mi rostro para verlo y sé que habla muy en serio; sin embargo, necesito que lo repita.

—¿Es en serio?

—Muy en serio. Mientras el agente inmobiliario me mostraba el apartamento, no estaba muy seguro de quedarme con él pero, en cuanto entramos a la habitación y miré ese pequeño balcón, inmediatamente te visualicé ahí leyendo un buen libro, y supe que tenía que ser mío.

Oh, es como si todo mi corazón se encogiera y se expandiera al mismo tiempo. Una completa locura la forma en la cual me hace sentir.

—Deberías cambiarte de ropa —digo para cambiar de tema porque no quiero que vea lo sentimental que me estoy sintiendo.

—O bien podría quedarme sin ella.

Me separo de él y me está viendo tan coqueto que de pronto el frío desaparece casi por completo, y me siento completamente lujuriosa.

—Y yo no me opondría —aseguro igual de coqueta que él.

Se acerca para besarme y me hace caminar en reversa, hasta finalmente

detenerse. Deja de besarme y me hace girar; me doy cuenta de que estamos frente a un espejo y miramos nuestros reflejos desaliñados a través de este.

—No solo te visualicé sentada en ese balcón, sino aquí, frente a este espejo, me vi a mí perdiéndome por tu completa desnudez.

Juro por los divinos libros que casi me quedo sin respiración, y sé que él lo nota porque sonrío satisfactoriamente y agrega:

—No digo que será hoy, sobre todo si no estás segura, pero...

—Estoy completamente segura —me atrevo a decir al tiempo que lo interrumpo.

Su mirada, al igual que la mía, se intensifica, y me puedo desarmar por completo ante tanta electricidad y lujuria que sentimos. No me importa si hay un grito interno que me dice que debería esperar un poco más, no me importa si hay o no advertencias, lo deseo tanto como él me desea.

Tan pronto como su mirada se ha intensificado, se ha tornado temerosa, y no entiendo el porqué.

—¿Qué pasa?

Me abraza y descansa su frente en mi hombro. Mi corazón se acelera y acaricio su espalda mientras espero por su respuesta.

—Es solo que... tengo miedo de hacerte el amor y que me vuelvas a dejar.

El alma se me cae a los pies al escucharlo y al recordar esa noche, especialmente porque una vez me dijo que no estaba listo para hacerme el amor, pero sí que lo estaba para hacerme suya. Es increíble cómo han cambiado las cosas. Sabía que su llegada sería un problema; sin embargo, nunca me detuve a pensar que significaría tanto como para transformar mi vida entera. Levanta su rostro y ambos nos miramos fijamente, perdidos en la intensidad de las palpitaciones de nuestros corazones.

—No te volveré a dejar, Kilian. Pase lo que pase, no lo haré.

—¿Lo prometes? —pide desesperado por una respuesta.

—Lo prometo.

Nos quedamos en silencio por varios minutos. Creo que él intenta procesar

el hecho de que está reviviendo esos viejos y atormentantes recuerdos, y yo haré lo que sea por alejar esos episodios de su vida.

En un momento de aprobación final, me mira antes de empezar a desprenderme de mi ropa; asiento hacia él, y empieza su tarea. No pasa mucho tiempo cuando ambos estamos desnudos por completo viendo nuestro reflejo carnal en el espejo.

Su dedo índice empieza a trazar mi cuerpo y me hace jadear cuando desciende cariñosamente hasta la vuelta de mi cintura y se detiene ahí, para luego pasar su mano helada sobre mi vientre y bajar, lenta y tortuosamente, hasta... bajar hasta mi sexo, lo que hace que los músculos de esa zona se contraigan. Me aferro a sus hombros y curvo mi trasero hacia atrás al tiempo que siento su prominente erección contra mí.

Ahogo un jadeo cuando me hace abrir un poco mis piernas para introducir sus dedos y estos empiezan a trazar un círculo malicioso y delirante. Eso, sus besos a lo largo de mi cuello y la manera en la cual me mira a través del espejo serán los causantes de las exclamaciones que estoy conteniendo. Sus dedos dejan de torturarme y se coloca frente a mí, lo que mejora mucho más mi vista.

Me atrae contra él y besa mi clavícula hasta ir bajando por mis pechos y jalar mis duros pezones con su boca. Esta vez jadeo fuerte al sentir mis piernas temblorosas, así que me tengo que sostener con más fuerza de sus hombros porque, de lo contrario, perderé el equilibrio. Acuna mi trasero y se agacha un poco para impulsarme y cargarme; le rodeo el cuerpo con mis piernas y me lleva hasta su cama, sin dejar ni un momento de besarme.

Es de locos lo mucho que lo he extrañado y lo mucho que he deseado tenerlo así, de esta manera, expuestos por completo, anhelantes de nosotros y de nada o nadie más, jadiando nuestros nombres hasta perder la cordura y quedar sin aliento.

Me recuesta con cuidado en la cama y continúa con sus besos; sus manos recorren mi cuerpo con sensualidad, lo que me vuelve más y más loca. Se

acomoda entre mis piernas y detiene todos sus movimientos por un momento; podría decir que me admira y se embebe de mí, al igual que yo lo hago con él. Se inclina para otra vez besarme; rodeo su cuerpo con mis piernas y su espalda con mis brazos, como si intentara fusionarnos en un solo. Deseo que él sienta lo que provoca en mí y yo deseo sentir los temblores que soy capaz de producir en un chico que ha estado perdido, pero que se encontrará poco a poco.

Su mano derecha encaja con exactitud en la parte externa de mi muslo cuando me hace flexionar mi pierna y acaricia mi piel.

—Te amo con locura, Kilian. Nunca lo olvides.

Él se detiene un momento y me observa fijamente con sus ojos, llenos de un nuevo y esperanzador brillo.

—No sé qué he hecho para merecerte, pero gracias por amarme, Heather — logra murmurar—. Gracias por ser tú y nadie más que tú quien me ha traído de vuelta a la vida. Y te amo con igual locura, como nunca he imaginado llegar amar.

Me besa y sé que está posicionándose para perdernos en el otro, apoyando sus codos a ambos lados de mi cabeza, para encerrarme y atraparme tal y como lo ha hecho con mi corazón. No me toma por sorpresa cuando empuja sus caderas hacia mí y lo siento dentro en todo su esplendor. Se detiene por un momento, así que abro mis ojos para encontrarme perdida en los de él, bajo su poderoso hechizo; vuelve a embestirme y entierro mis uñas en su espalda, lo que lo hace gruñir y jadear.

Cada uno de los movimientos que está realizando son suaves y delicados, tan delicados que acarician mi corazón y siento las lágrimas brotar de mis ojos. Lo amo demasiado y sigo sin poder creer que esta noche se haya aparecido ante mi habitación; tenía la esperanza de que algún día lo haría, pero nunca imaginé que ese día podía estar tan cerca. Toma mis manos y las entrelaza con las suyas al tiempo que aumenta sus movimientos y los hace constantes. Mantengo los ojos cerrados mientras acuno su trasero con mis

piernas y le permito sentir a mi corazón todas las clases de emociones que estoy pasando en este momento.

Nuestros cuerpos comienzan a tensarse al escuchar nuestros gemidos fusionarse en un solo aliento, y jadeamos juntos cuando lo siento derramarse dentro de mí y ambos caemos rendidos ante el otro.

Descansa su frente sobre la mía; una vez más, se mezcla la fina capa de sudor que nos recubre, y me atrevo a poner mi mano sobre su pecho y sentir su corazón completamente descontrolado. Coloco su mano sobre mi corazón para que sienta que solamente late por él. Lo escucho maldecir e, inmediatamente, acompañar su maldición diciéndome cuánto me ama.

—Te voy a amar cada día de mi vida como si no existiera un mañana, Heather.

Me escucho a mí misma sollozar y lo traigo contra mí para abrazarlo, mientras respiro con demasiada dificultad.

No estoy segura de qué hora es; de lo único que estoy segura es de que ya ha dejado de llover y de que fuera está un poquito oscuro, pero es solo cuestión de tiempo para que el sol salga casi por completo. Por un momento me entra un poco de pánico al pensar que todo lo de anoche haya sido un cruel sueño luego de quedarme dormida viendo esos videos chistosos. Pero, tan pronto como abro ampliamente mis ojos, me encuentro con los de Kilian sonriéndome.

Acaricia mi mejilla y se acerca para dejar un beso casto sobre mis labios.

—Lamento mucho sacarte de la cama, pero tenemos que aprovechar el amanecer.

—¿No podemos dejarlo para mañana? —pregunto somnolienta.

—No —contesta. Hago pucheros cuando veo que él sale de la cama, ya vestido de pies a cabeza.

—¿A dónde vamos?

Se ríe y jala juguetonamente de mis tobillos para apresurarme.

—No me hagas decirlo porque, si lo hago, no te impresionarás cuando estemos ahí, y ese no es el chiste.

Me río y a regañadientes me visto siguiendo sus instrucciones cuando me dice que me ponga ropa y zapatos de deportes.

Después de dejar estacionado su auto en una intersección de North Beachwood Drive, empezamos a caminar derecho hasta llegar justamente frente a un portón de hierro que está cerrado. Pienso que es aquí donde terminaremos, pero Kilian se encamina para abrir la puerta que se encuentra en la parte izquierda del portón y la atraviesa. Me guiña un ojo y sonriendo lo sigo.

El sueño y la pereza ya se van yendo por completo a medida que me pregunto qué estamos haciendo aquí. Apenas damos unos pasos cuando vemos un letrero en el cual se anuncian rentas para paseos en caballo.

—¿Recuerdas que te dije que algún día te traería aquí? —pregunta.

El largo camino, los letreros y las botellas de agua que ambos llevamos son los que me hacen dar cuenta de dónde estamos y lo que estamos a punto de hacer. Claro que estamos en Hollywood Hills, y creo que mi corazón se podría salir de mi pecho cuando me doy cuenta del camino que estamos a punto de tomar. Es un camino que nos lleva, sin duda alguna, a la cima de la colina Monte Lee, en la cual se encuentra el letrero de Hollywood.

Asiento porque es lo único que soy capaz de hacer ahora mismo, ya que me ha dejado sin palabras. Sonríe al tomarme de la mano para emprender juntos una larga caminata empinada, la cual parece interminable.

Hay varios letreros que están puestos con el único propósito de ahuyentar a los turistas. Uno de ellos alerta de que hay serpientes de cascabel; eso me preocupa un poco, pero Kilian asegura que es totalmente falso, así que me río cada vez que seguimos las direcciones y señalizaciones contrarias a las que están disponibles para los turistas.

Gracias a Dios, Thiago y yo nunca pudimos llegar a la cima, así que este momento es único y lo recordaré por siempre, junto a Kilian.

Mientras subimos, Kilian todavía se va burlando de mí, ya que toda mi vida he vivido aquí y nunca hice esto pero, en cuanto le digo que ahora estoy completamente feliz de que sea así —ya que será una experiencia única con él—, me mira embelesado y me besa, y así acaba con sus bromas.

Llegamos a un punto donde nos detenemos un poco a tomar aire y agua; desde aquí el letrero se mira cada vez más cerca, lo que hace que me emocione muchísimo más. Giramos a la izquierda para tomar un camino que nos llevará justamente a la parte trasera del letrero y, casi cayendo desmayada, nos toma cincuenta y cinco minutos poder llegar. Literalmente me quedo sin aliento ante la vista impresionante que se encuentra frente a mí.

Me aferro a la valla que custodia la zona para que nadie tenga acceso al letrero y me deleito ante la inmensidad y preciosidad de la ciudad de Los Ángeles, a tan solo unas horas del magnífico amanecer. Es perfecta. Estas últimas horas parecen salidas del sueño más precioso que alguna vez tendré.

—Totalmente patético, ¿no es así? —escucho que comenta Kilian mientras da un trago de su botella de agua y se recuesta en la valla.

—Totalmente patético —contesto sonriendo como una gran tonta.

Kilian se acerca a mí en el preciso momento que derramo una lágrima de felicidad; él la limpia cariñosamente, y luego miramos la vista panorámica que tenemos frente a nosotros, la cual me hace suspirar.

—He soñado con traerte aquí desde la noche en la cual te lo prometí, pero hasta este momento no estaba listo y nunca he estado más listo en toda mi vida. El haberte alejado de mí me ha hecho dar cuenta de lo mucho que te necesito y cuán desesperadamente te quiero en mi vida —confiesa al tiempo que me toma de los hombros para girarme y quedar frente a él—. No estaba seguro de si tú estabas lista para regresar conmigo pero, si todavía no lo estabas, iba a presentarme las siguientes noches de tu vida hasta que me aceptaras nuevamente. Iba a pasar Día de Acción de Gracias en la puerta de tu

habitación, y mi deseo habría sido que salieras para encontrarte conmigo.

—Eso habría sido impresionante —bromeo, lo que hace que ambos nos riamos—. Kilian, de todo lo que hemos pasado no cambiaría nada si tuviera alguna remota oportunidad de hacerlo. Has transformado mi vida en algo mejor y, aunque me hiciste llorar mucho, no recuerdo haber sido más feliz.

Sus ojos brillan de felicidad, al igual que los míos. Me da un cariñoso beso; luego nos quedamos en silencio apreciando esta belleza natural.

—Sé que no te gustan las fotos, pero que me condenen si desaprovecho la oportunidad de tomarnos nuestra primera gran foto en este impresionante lugar.

—Qué nos condenen si llegamos hasta aquí sin tomarnos una —digo mientras poso para la foto.

—No nos tomaremos la foto con esta valla detrás de nosotros.

—¡Estás loco si crees que la cruzaremos solo por una foto! Es muy peligroso y, en cuestión de minutos, tendríamos a los helicópteros policiales volando sobre nosotros.

Él se ríe.

—Lo sé, por eso llegaremos hasta la cima —dice señalando el corto camino que nos falta para llegar a lo más alto de la colina.

Lo sigo y, una vez en lo más alto, nuevamente me quedo sin respiración. La paz y la vista que me ofrece este lugar son simplemente dignas de admirar. Hay una pequeña neblina que cubre la ciudad, pero no es tan densa como para que pierdas de ver todo. Nos ubicamos en un lugar estratégico para poder tomar la foto, donde se puedan ver las iniciales del famoso letrero; Kilian se coloca detrás de mí, envuelve mi cintura y me acerca a él. No soy del tipo de chica que tiene una foto de sí misma como fondo de pantalla, pero definitivamente esta la tendré de fondo de pantalla, de pantalla de bloqueo, de perfil; en fin, de todo lo que me permita el dichoso celular.

—Te amo, Heather Fleming. —Me mira fijamente, sin dudas ni temores.

Algunas veces, huimos de ese amor que nos hace vibrar y perder la razón porque somos tan temerosos al enfrentarnos a este tipo de emociones que

preferimos un amor monótono —que bien sabemos que puede causarnos heridas que esperamos que no sean de gran profundidad—, pero este amor arriesgado, vibrante y peligroso, rojo como la seducción y refrescante como la brisa marina, muchas veces es el amor que es capaz de enfrentar los obstáculos y superarlos, porque es tan fuerte y poderoso que no existe poder alguno que pueda contra él.

A pesar de mi corta edad, Kilian ha llegado a mi vida sin imaginar siquiera lo mucho que me cambiaría. No importa si ha mentido u omitido cosas, o si me ha alejado; al final, he decidido perdonarlo porque, si siempre decides que el perdón nunca es una opción, entonces no has aprendido a vivir del todo. Y él me ha enseñado a vivir cada día de mi vida, a perseguir los sueños que anhelo y deseo, a creer en mí misma y a llenarme de una confianza indescriptible. Y si eso no significa amar y vivir, entonces ¿qué lo es?

—Te amo, Kilian Price —contesto con los ojos rebosantes de lágrimas.

Kilian Price ha iluminado mi vida demostrándome lo que no era capaz de ver ni de sentir, dándome el propósito de vida que tanto buscaba. Me ha enseñado a luchar por lo que quiero, a sacar las alas de valentía que todos llevamos dentro y, por primera vez, a amar sin ataduras y sin censuras.

Soñar, vivir, caer, levantarse, perdonar y amar sin miedo es de lo que se trata la vida, y lo he aprendido gracias a él.

FIN

Agradecimientos

No hubiera sido capaz de haber llegado hasta este momento sin el apoyo de todas las personas que me animaron a lo largo del camino, que —de alguna u otra manera— lograron derribar todos los miedos que sentía del mundo literario.

Dos de esas personas son Jennifer Barán y Astrid del Rayo. Mil gracias por haber sido unas de las primeras lectoras que se acercaron a mí para hacerme saber cuánto les gustaba lo que escribía, por enseñarme a soñar en grande y, sobre todo, mil gracias por considerarme su amiga y por ser las fundadoras del *Gabs Squad*.

Siempre anhelé encontrarme con lectoras a las que pudiera considerar mis amigas, y ustedes, que se han autodenominado *Gabs Squad*, han hecho esto realidad. Agradezco a todo el grupo, especialmente a Annita Gómez, Susi Fernández, Kate Álvarez, Marcia Requejo, Carlita Ivanova, Monserrath Cernícharo, Rita Quirós, Angie Girón, Aideen Hernández, Alejandra Rodríguez, Alis Pereira, Jorleny Soto, Vanessa Mares, Yareniz Espejel y Estela Pomares. Gracias por ser tan geniales, chicas. ¡Las quiero!

A mi mamá, por creer en mí desde que le confesé que pasaba mucho tiempo en la computadora porque escribía historias de romance juvenil. Gracias, mamá, por ser tan incondicional conmigo, por el apoyo que me has brindado desde siempre y por ser la mejor mamá del mundo.

Mi infinito agradecimiento a Ileana Rodríguez, por ser una increíble mejor amiga, aun con las miles de millas que nos separan. Gracias por compartir mis

sueños y por unirte en este viaje literario. Gracias por siempre animarme cuando me daba por vencida y por siempre estar a mi lado. Eres una bendición en mi vida.

Un cariñoso agradecimiento a los nuevos lectores, que me han dado una oportunidad al leer esta historia, que se ha robado mi corazón.

Y por supuesto, un enorme agradecimiento a todo el equipo de Selecta involucrado en este proyecto. Lola Gude, gracias por creer en mí, por cumplir mis sueños y por hacer de esta una de las mejores experiencias de mi vida.

Si te ha gustado

Adorable perdición

te recomendamos comenzar a leer

Dos cafés y una aventura

de *Ana Álvarez*



Recuperando la libertad

Habían pasado casi tres años desde que Mónica Rivera dejó su coqueto *loft* para mudarse con su hermana, embarazada de gemelas. La ausencia del padre de las niñas había prolongado su estancia para ayudarla no solo durante el embarazo, sino también en el cuidado de las dos revoltosas criaturas, y solo cuando Cristian volvió a formar parte de la vida de Lorena y de sus sobrinas, se permitió volver a su hogar y a su vida anterior.

Regresó a su casa con alegría, dispuesta a recuperar el tiempo perdido y su anterior vida de soltera, para comprobar que había cambiado y ya no le satisfacían las mismas cosas. El hecho de haber pasado mucho tiempo sin más diversión que ir al parque de bolas, o cenar en compañía de su hermana, su cuñado y el hermano de este, César, la había alejado de sus anteriores diversiones.

Aunque no había permanecido apartada de su hogar todo el tiempo. Durante los últimos meses, en que Cristian y su hermana habían retomado su relación, rota cuando Lorena se quedó embarazada, ella pasaba alguna noche ocasional en su *loft* para darles intimidad, pero no se había vuelto a mudar de forma definitiva hasta que se habían ido a vivir juntos, unas semanas atrás, y desde entonces intentaba recuperar su vida.

La primera noche a solas se sentó en el sofá, abrió una botella de vino y se sirvió una copa. Se dijo que ya saldría de fiesta en otra ocasión, en aquel momento lo único que deseaba era tranquilidad y saber que dormiría toda la noche de un tirón, sin que ninguna de sus sobrinas alterase su sueño. Que podía tomarse unas copas de vino sin el temor de atender una fiebre de madrugada o cualquier otra contingencia propia de bebés.

Cogió el mando de la televisión y seleccionó un canal tras otro hasta

encontrar una película, que vio sin interrupciones, mientras picoteaba algo de cena y bebía a pequeños sorbos de la copa. Había recuperado su vida, y aunque quería a las pequeñas Maite y Ángela con locura, tenía muy claro que la maternidad no era para ella, ni la vida en pareja tampoco. Con seguridad le llevaría un tiempo volver a adaptarse a su rutina de antes, pero lograría retomarla y ser la Mónica de siempre: alegre, desenfadada y un pelín aventurera. Y no pensaba permitir que ningún hombre, por muy atractivo que le pareciese, cambiara eso. Ella no era como su hermana, de pareja estable, de vida familiar y hogareña. En los treinta y tres años de vida que ambas compartían, pues eran gemelas idénticas, solo le había conocido a Lorena dos relaciones, aunque el hombre de su vida era sin duda Cristian, el padre de sus hijas.

Ella, en cambio, llevaba a sus espaldas una buena colección de hombres, aunque ninguno había durado mucho.

Era enamoradiza, se lanzaba a una relación con todas sus energías, se colgaba del hombre en cuestión hasta la médula y, tan de repente como todo había comenzado, se desinflaba su interés y el sujeto dejaba de atraerla. Le tocaba entonces cortar la relación, y a veces quedaba un corazón roto a sus espaldas. Sentirse la mala de la historia no era agradable, pero no podía evitarlo. Se enamoraba y pensaba que sería definitivo, pero siempre se equivocaba.

Los tres años que llevaba sin mantener ningún noviazgo la habían hecho recapacitar y decidir que, en el futuro, tendría más cuidado a la hora de lanzarse de cabeza a una relación que, sin lugar a dudas, tendría un final. El único hombre que durante ese tiempo había atraído su interés estaba prohibido, porque cuando todo terminara estaría obligada a verle y eso sería muy incómodo, para ella y para toda su familia. César Valero, el cuñado de su hermana, debía seguir siendo solo eso, por muy simpático y atractivo que le pareciese.

Tras los primeros días de relax y de disfrutar de su casa, se decidió una noche a salir a tomar una copa en uno de los locales donde solía acudir antes del

embarazo de Lorena.

Se arregló con esmero, se puso uno de sus vestidos más sexis, se maquilló a conciencia y, cuando se miró al espejo, sintió que había recuperado a la Mónica de siempre.

Entró en el local y se dirigió con paso lento hasta la barra, donde se acomodó en uno de los taburetes. Era consciente de las miradas que la siguieron y que continuaron posadas en su espalda.

—¡Hola! —saludó el camarero que la reconoció al instante—. ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí!

—Sí, mucho. He estado de viaje —mintió sin ganas de dar explicaciones de su prolongada ausencia.

—Imagino que te volveremos a ver a menudo.

—Es muy probable —dijo sin comprometerse.

Después de tres años, y aunque la decoración era la misma, notaba algo diferente en el local. No sabía qué, pero no se había sentido cómoda cuando entró y tampoco en aquel momento, analizada por varias miradas masculinas que la desnudaban con descaro desde diversos ángulos.

No buscaba rollo esa noche, solo deseaba tomar una copa sola o en agradable compañía, pero su instinto le decía que no iba a conseguirlo.

No tardó en observar que el taburete vacío a su lado era ocupado por un hombre joven, de su misma edad. También observó una alianza de casado en el dedo anular y torció el gesto.

—¡Hola, preciosa!

Pensó que mal empezaba y temió que lo siguiente fuera el tópico de «¿qué hace una chica como tú en un sitio como este?».

—¿Qué haces aquí tan sola?

Sonrió al ver que se había equivocado muy poco, pues el tópico estaba servido. Alzó el vaso y aclaró lo evidente.

—Tomando una copa.

—¿Y no prefieres hacerlo en compañía?

—No tengo problema con la compañía siempre y cuando se trate solo de

eso.

—Por supuesto, si es lo que quieres.

El hombre se acomodó mejor y fue acercando el brazo que tenía apoyado sobre la barra, aunque sin atreverse a rozarla. Su intuición le decía que un contacto más directo no sería bien recibido. No obstante, la mujer era una belleza y nueva en aquel local, lo que había suscitado su interés y pensaba dejárselo claro.

—¿Es la primera vez que vienes por aquí? Nunca te había visto antes.

Se había girado un poco en el taburete y la contemplaba con descaro, desviando con frecuencia la vista hacia los senos, resaltados por el vestido.

—Era asidua, pero hace bastante que no vengo por aquí.

—¿Por algún motivo especial?

—He estado fuera.

El hombre acercó el taburete unos centímetros más con gesto casual. Mónica sonrió viéndole venir.

—¿Por trabajo o por placer? —inquirió.

—Haces demasiadas preguntas. Yo solo deseo tomar una copa, no verme sometida a un interrogatorio.

—Bien, tú me dices de qué hablamos entonces. ¿Del tiempo?

Ella dio un trago y se encogió de hombros.

—Hace una noche preciosa —continuó el hombre.

«Mierda. ¿No puedes ser más original?», pensó, comenzando a hartarse de aquel tío tan simple.

—Está nublado.

—¿No me había dado cuenta, porque desde que has aparecido todo se ha iluminado!

Mónica trató de no escupir el sorbo de su bebida con la carcajada que no pudo controlar. No le fue posible, y su precioso vestido quedó salpicado de líquido.

—Disculpa —dijo, saltando del taburete con el mal humor pintado en el

rostro—. Tengo que ir a limpiar esto.

—¡Te has puesto perdida!

—¿Tú crees? —masculló con ironía.

—¡No hay más que verlo!

El hombre bajó a su vez y se dispuso a seguirla. Mónica se volvió hacia él a cada momento más irritada.

—¿Dónde se supone que vas?

—Te acompaño.

—Soy muy capaz de limpiar una mancha sin ayuda. Quédate donde estás, ya has hecho bastante.

—¡No irás a culparme! Eres tú la que ha espurreado el cóctel sobre el vestido.

—Cállate. Y déjame en paz, ya he tenido suficiente compañía por esta noche.

Furiosa, entró en el lavabo de señoras, mientras escuchaba a sus espaldas la voz de aquel imbécil llamándola borde. Empapó una de las toallitas de papel del expendedor en agua y jabón y frotó tratando de quitar la mancha, pero solo consiguió dejar un cerco húmedo y mucho mayor que el inicial.

Bufó desabrida y, colgándose el bolso con gesto malhumorado, salió del aseo y del local sin volver la vista atrás, dejando el resto de la bebida sobre la barra. ¡Lástima que ya la hubiera pagado, aquel idiota merecía hacerse cargo de la consumición!

Apenas entró en el coche y se acomodó ante el volante, ligeras gotas de lluvia golpearon el parabrisas. ¡La noche mejoraba por momentos! Porque, como era habitual en ella, había salido sin paraguas, a pesar de que el tiempo amenazaba lluvia.

Se dirigió a su casa, y para variar no encontró una plaza de aparcamiento en las cercanías del portal. Tras dar varias vueltas por los alrededores, estacionó a un par de manzanas, y salió del coche dispuesta a mojarse.

Caminó despacio con los altos tacones sobre la acera resbaladiza; lo único

que le faltaba era caerse y hacerse daño.

Cuando entró en el edificio y el espejo del ascensor le mostró su aspecto, no supo si reír o llorar. El cristal le devolvió una imagen desastrosa, muy alejada de la mujer guapa que salió un par de horas antes, con el pelo húmedo pegado a la cara, el vestido empapado y el maquillaje corrido. Esperaba no encontrarse con ningún vecino y pasar a ser «la bruja del segundo» a nivel comunal.

—¡Joder! —susurró bajito para sí misma—. ¡Con lo mona que me había puesto yo esta noche!

Resignada, entró en su casa, se dio una ducha caliente y, a continuación, trató de quitar la mancha al vestido, con la esperanza de que el líquido pegajoso del cóctel no lo hubiera arruinado. Era uno de sus favoritos y no quería renunciar a él.

Mientras frotaba con cuidado la delicada tela, no pudo dejar de pensar en el hombre que había provocado la salpicadura y en otros como él. ¿De verdad pensaba que su patético intento de ligar funcionaría? Trató de recordar si tres años atrás ella hubiera podido sucumbir a un acercamiento semejante, y no estuvo segura. De lo que sí lo estaba era de que aquella noche solo le había producido hilaridad y aburrimiento.

Tras poner el vestido a secar colgado en una percha, se acurrucó en el sofá e intentó relajarse y quitarse el mal sabor de boca de las horas anteriores.

Una luz parpadeante en la esquina superior de su teléfono móvil le indicó que tenía un mensaje de wasap no leído y se apresuró a mirarlo.

Era de Lorena, de unas horas antes, y el contenido le arrancó una sonrisa:

«Hola, Moni. Las niñas te echan de menos, y yo también. Como imagino que ya te habrás desquitado con creces de estos años de celibato, ¿te apetece venir a almorzar mañana? No hace falta que sea muy temprano, puedes dormir hasta tarde y venir con la hora justa».

Antes de responder comprobó que el reloj marcaba las dos y cuarto de la madrugada, por lo que decidió dejar el mensaje aceptando la invitación para

la mañana siguiente. Claro que iría, también ella echaba de menos a las diablillas de sus sobrinas y a su hermana. No existía plan mejor para un domingo.

Vestida con ropa cómoda, bastante diferente de la que había usado la noche anterior, Mónica llegó a la urbanización residencial donde vivía su hermana. Unos vaqueros, una camisa de algodón y zapatos planos era el atuendo perfecto para enfrentarse a sus sobrinas, pues no tenía dudas de que acabaría en el suelo, y con la ropa maltrecha. Cuando estaba con ellas perdía toda la compostura y se tiraba sobre la alfombra a jugar o a lo que fuera necesario.

Apenas cruzó la puerta de la casa, tras estacionar en la calle, las niñas de poco más de dos años se le echaron encima.

—¡Tita! ¡Tita! —exclamaron, abrazándose a sus piernas.

—¡Holaaaa! —Se arrodilló y las abrazó a su vez.

Eran iguales, aunque no tanto como Lorena y ella. Ángela tenía las mejillas más regordetas y Maite el pelo más claro que su hermana, aunque solo era perceptible para quienes las conocían bien. También la personalidad de ambas estaba muy marcada y en eso sí eran muy diferentes.

—¿Cómo están mis niñas?

—Mis niñas quieren jugar.

Detrás de sus hijas, Lorena contemplaba divertida la escena.

—¿Habéis sido buenas? ¿Os portáis bien?

—Nos hemos comido el pescadito. Para que no se lo coma Icon.

—¿Icon? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—El gatito. Ven, mira a Icon.

—Es un gato de peluche —aclaró Lorena mientras su hija salía hacia su habitación para buscar el juguete—. La semana pasada César trajo un gato de una camada que había en el parque y las niñas se volvieron locas con él. Pero ya sabes lo que opino sobre los animales en las casas, aparte del desastre que podría originar si se colara por descuido en mi estudio o en el de Cristian. De modo que se lo llevó de vuelta y se lo ha quedado él. Para compensarlas, su padre les ha traído uno de peluche, y le han puesto el mismo nombre que César

al suyo.

—¿Icon?

—No, Rickon, como un personaje de la serie *Juego de tronos*, pero las niñas no lo pronuncian bien.

—¿De modo que César y *Juego de tronos*! Una caja de sorpresas, tu cuñado. Por cierto, ¿cómo está?

—Hoy, de excursión. A Cristian le han encargado un reportaje para una revista de naturaleza y se han ido juntos. No lo espero hasta la noche, de modo que tenemos un día de chicas por delante.

Ángela regresó con un peluche que colocó en el suelo sobre la alfombra y ambas se pusieron a jugar con él.

Mónica y Lorena se sentaron en el sofá a charlar mientras las vigilaban.

—¿Cómo te va la vida de casada? —preguntó Mónica a su hermana, aunque la sonrisa radiante de esta se lo decía todo.

—No estoy casada.

—Vives en pareja y tenéis dos hijas... estás casada, aunque sea sin papeles. Pero, por tu expresión, deduzco que bien.

—Soy muy feliz, Moni.

La mirada ilusionada de su hermana la llenó de alegría. Ella sabía demasiado bien cuánto había sufrido en el pasado y cómo merecía esa felicidad que disfrutaba en la actualidad.

—Me alegro muchísimo.

—¿Y tú? ¿No te animas?

—¡Calla, Lore, que te veo venir! La vida de pareja no es para mí. Ni la maternidad. Quiero muchísimo a tus hijas, pero me encanta ser la tita Moni, la que se tira en la alfombra y les da helado a escondidas. En el futuro seré quien las maquille, les compre los condones y las cubra cuando tengan una borrachera de adolescentes.

—¡No se te ocurrirá hacer eso!

—Por supuesto que sí. La responsabilidad es otra cosa, y la fidelidad

también. Ninguna de ellas es para mí.

—Ya me dirás cuando encuentres a alguien especial.

—Aún no lo he encontrado.

—¿Seguro?

—Seguro. Sé por dónde vas, y no —negó con énfasis—. Tu cuñado es un tío cojonudo, simpático, divertido y no pongo en duda que en la cama te tiene que dejar con los ojos vueltos del revés. Pero no es nadie especial.

—Sin embargo, tú has pensado en cómo te tiene que dejar en la cama, reconócelo.

—No me lées...

—Moni, que nos conocemos.

—Con ese pedazo de cuerpo, si todo va acorde... pues no puede ser de otra forma. Que ya sabemos que el tamaño sí importa.

—¡Oye! Tú ya lo has averiguado.

—¡No, qué va! Lore, es el hermano de Cristian, jamás me liaría con él. Ahora, lo único que quiero es algún polvo ocasional que me dé alegría al cuerpo y sin ningún tipo de compromiso; estoy cansada de relaciones que empiezan y se acaban en un pispás.

—De acuerdo, no insisto. Cuéntame entonces cómo van tus polvos ocasionales.

—¡Fatal! —exclamó con expresión abatida—. Anoche salí, y aunque mi intención no era regresar a casa con un hombre, quería volver a mi vida de antes. Pero lo único que logré fue regresar con un enfado monumental, un vestido manchado y calada hasta los huesos.

—Y sola.

—Pues sí, sola. Ya te he dicho que no buscaba compañía para la noche, sino un poco de charla, y pasar un rato agradable. Pero se me acercó un idiota que lo único que logró fue aburrirme y que yo misma me manchara el vestido con la bebida que estaba tomando. No pudo ser más patético en su intento de ligar conmigo. O los hombres se han vuelto imbéciles en el tiempo que he estado

fuera de circulación o yo, demasiado exigente.

—Quizá ambas cosas.

—No sé, Lore. ¿Cómo se puede entablar conversación con un interrogatorio o hablando del tiempo? De verdad que salí de allí asqueada.

—Y sin echar un polvo.

—Sí, pero ya te he dicho...

—Sí, sé lo que has dicho. Pero creo que te hace mucha falta que alguien te deje con los ojos vueltos del revés en la cama. Y no tiene por qué ser César —añadió al ver la cara de exasperación de su gemela—. ¿Cuánto hace que no estás con un tío?

—Mucho. Pero me las apaño de maravilla con mis juguetitos.

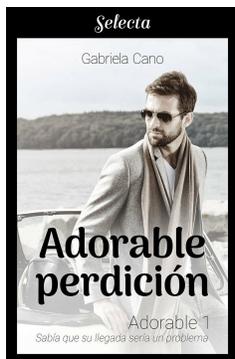
—Los juguetitos no besan, ni abrazan.

—Ni hay que aguantarlos después ni lavarles los calzoncillos. Tampoco hablan del tiempo ni dicen estupideces. Y no quiero seguir hablando de esto.

—Se levantó del sofá y se sentó en el suelo junto a sus sobrinas—. He venido a jugar con mis niñas.

Lorena se resignó a que no iba a sacar más información de su hermana aquel día, por lo que también se unió al juego, esperando a un momento más propicio para sonsacarle.

Un amor arriesgado, peligroso y rojo como la seducción, que hará vibrar sus almas y les hará perder la razón



Heather Fleming lo único que quiere es dejar atrás su odiosa personalidad y tener el nuevo comienzo que le brinda la vida universitaria. Todo lo que ella anhela es reunir el valor para enfrentar a sus padres y poder perseguir sus sueños, lo que nunca imaginó, es que encontrará a una persona que le ayudará a cumplirlos.

Kilian Price es un chico que durante muchos años ha vivido lleno de resentimiento, aprendió a usar las carreras ilegales como una forma para drenar sus sentimientos y a elevar muros a su alrededor para alejar a las personas, pero estos muros no significarán nada cuando inesperadamente se interese por una chica obstinada que tratará de irrumpir en su oscura vida.

Una vez que sus caminos se crucen por completo, Kilian Price y Heather Fleming lucharán contra sus propios sentimientos y demonios internos, se enfrentarán a una sociedad estereotipada, omisiones y decisiones erróneas. Pero ¿al final podrán contra todo? ¿Ambos lucharán por lo que quieren y aprenderán el significado del perdón o simplemente se darán por vencidos?

Gabriela Cano es una joven escritora nicaragüense, nacida un 29 de septiembre de 1994. Licenciada en Química Farmacéutica. Se considera una chica super fangirl, creativa y extremadamente soñadora. Su amor por la lectura, así como sus escritoras favoritas, sembraron en ella la curiosidad e ilusión por crear sus propios mundos. Fue de esta manera como el destino la empujó a descubrir su verdadera pasión: La escritura. Compartió sus primeras historias juveniles en una famosa plataforma de lectura digital y desde ese momento no ha parado de escribir. Le encanta aprender idiomas extranjeros, siendo el inglés su favorito. Tiene un enamoramiento con la ciudad de Paris, lugar que espera visitar algún día. Disfruta pasar tiempo con su familia y amistades cercanas. Entre el arte que más ama, se encuentra la música, la cual es una constante en su vida, por lo que siempre procura que sus novelas estén conectadas con el mundo musical. Sus cantantes favoritos son: la boy band británica-irlandesa One Direction, Shawn Mendes y su ídolo máximo es ¡Taylor Swift! Quien ha sido su mayor inspiración. ¡Ama tanto las canciones de Taylor que no puede pasar un solo día sin escucharla!

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Gabriela Cano

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-00-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Adorable perdición

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 17

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Gabriela Cano
Créditos